



EL ZORRO  
DONDE EL MAIZAL

*Débora Gil*

EL ZORRO DONDE  
EL MAIZAL

DEBORA GIL

Título: *EL ZORRO DONDE EL MAIZAL*

© 2016, Debora Gil

De la edición y maquetación: 2017, Romeo Ebooks

Diseño de la cubierta: 2017, Debora Gil

Primera edición: abril 2017

Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a Amazon y compre su propia copia.

Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

# Índice

## Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Agradecimientos

Sobre la autora

# 1



*Por más que quisiera, ella nunca podría recordar qué pasó aquel día. Tampoco tenía idea si ese episodio habría sido lo que determinó que su padre, tuviera un trato preferencial hacia el hijo de una sirvienta.*

*Lo único que sí sabía era que se había perdido en el maizal. Y que tenía tres años. Y que había chicos que se perdían en el maizal que a veces, jamás volvían.*



## 1854 Chascomús, sur de la Provincia de Buenos Aires.

Había que encontrar a la hija del patrón. Sus padres, las mujeres y hasta el último peón gritaron su nombre el día entero entre las insondables espigas. Tras una búsqueda penosa, caída la noche a riesgo de perecer congelada, Lorenzo Aráoz, el hijo de la cocinera india, se había escapado de su madre para luego de unos instantes, emerger de la espesura con ella, la chiquilla perdida, agarrada de la mano.

Comprender la naturaleza de su reacción espontánea era tan raro cómo adivinar cómo hizo para encontrarla donde nadie había podido y en plena oscuridad. En el revuelo, no hubo persona a quien se le ocurriera preguntar. La nena, llena de tierra, con los labios violetas y tiritando de frío fue cargada a las corridas hacia la casa. Alguien salió cabalgando en busca de un doctor y los peones se dispersaron.

Pasada la conmoción inicial, las fiebres cedieron y las suposiciones se agotaron. Recién ahí Don Carrazans, el patrón, mandó a llamar al chico, pero Lorenzo, parecía no saber de qué se le hablaba.

La historia con tintes de milagro, se propagó como los arroyos desbordados de la primavera, incluso hasta los pueblos vecinos. Porque el héroe era una criatura, porque era el vástago de una criada de la estancia de Los Robles con fama de bruja. Y porque aquel que veía por primera vez a Lorenzo Aráoz se llevaba una impresión singular; y es que su piel dorada y el cabello renegrado y espeso, contrastaban con un azul pasmoso, casi irreal como el del cielo luego del amanecer. Esos ojos enormes sostenían una mirada intensa, y el que lo miraba caía víctima de una especie de encandilamiento que se rompía en el preciso momento en el que él pestañeaba.

Lejos de causarle intriga o admiración el incidente colmó la paciencia de Micaela. La madre de Paula, todavía no terminaba de entender por qué su esposo se empeñaba en que ellas lo acompañaran al campo pudiendo estar esperándolo en la comodidad de la casa de Buenos Aires. Qué necesidad, decía. Y se quejaba de esas tierras del sur desguarnecidas e incivilizadas, llenas de ovejas inmundas, tan aislados de la civilización; que no era un lugar adecuado para damas ni para niñas. Para colmo, protestaba sin pausa mientras su doncella le desprendía los broches de la cabeza, por si el ataque del indio

no fuera lo suficientemente aterrador, estaban esos gauchos mugrientos que se hacinaban en el establo, que no tenían un ápice de urbanidad ni de decencia, que ni se daban cuenta cuál china le pertenecía cuando se emborrachaban.

Lo cierto es que a pesar de sus protestas, las estadías ahí eran cada vez más largas. Primero fue por la temporada de caza, más tarde por la esquila y ahora por la cosecha. Ella comenzaba a sospechar que su esposo disfrutaba más de su campo que de la sociedad, y esa certeza le crispaba los nervios.

Antonio Carrazans golpeó la puerta de la habitación de su mujer.

—Adelante —contestó Micaela y despidió a la doncella arrebatándole el cepillo y cerrándose la bata de seda.

Antonio la observó de reojo, como si pecara inmiscuyéndose en menudencias femeninas. No había estado en todo el día porque una majada le había llevado más trabajo del que esperaba. Pero aunque se demorara un mes en volver, el tiempo no era suficiente para enmudecer a su esposa.

—Cómo sigue Paula —preguntó él en tono neutro.

Micaela le dijo lo que sabía por Nicolasa, la negra que la cuidaba, porque prefería no ir al cuarto de su hija para no contagiarse el resfrío.

—La fiebre le bajó y duerme.

—Traté de hablar con el chico...

—¿Para qué? —preguntó ella exasperada. Pero al ver reflejada en el espejo la mueca amenazante de su marido, concedió— Y qué te dijo.

—Nada, no dijo nada. Nada que se pueda entender —aclaró— No sabe ni hablar.

—¿Y si estás tan interesado en cómo la encontró, por qué no le preguntas a la madre? Alguien tiene que entender lo que dice.

—Le pregunté. Ella dijo que él no sabe.

—Bueno, era de esperar, tiene cinco años, es un bruto. Y la madre, esa india que lo único que sabe hacer es cocinar, también es una ignorante —agregó— El chico debe pasar el día entero vagando por la plantación. Pudo imaginar donde estaría Paula. No entiendo a donde pretendes llegar.

Micaela comenzó a peinarse frenéticamente. Había escuchado rumores sobre el carácter sobrenatural que se le atribuía al asunto y temía que su familia se viera envuelta en habladurías que pusieran en duda su credo. Para colmo, su esposo indagaba como sugestionado en que aquello era una posibilidad. Temiendo que trajera a colación aquel penoso suceso que tenía que ver con el origen de ese chico, cambió el rumbo de la conversación.



—Lo importante ahora, es que Paulita está bien —dijo apoyando el cepillo sobre la mesa— Y no gracias a esa negra protegida tuya que no la cuidó.

—Nicolasa es apenas una niña. Se asustó más que vos —dijo él con las palmas hacia arriba.

Su esposa puso los ojos en blanco sin atreverse a desmentirlo y como no sabía qué más hacer sin abandonar su postura, continuó peinándose.

Por un momento, Antonio se dedicó a ir y venir por la habitación preocupado.

—Quiero que busques una institutriz para Lorenzo —dijo, tocándole distraídamente el pelo que le caía por la espalda. Micaela le sacó de un tirón el mechón de los dedos y dio un respingo para atacarlo de frente.

—¿Lorenzo? ¿Así se llama? Pero por favor ¿Una institutriz? ¿Desde cuándo los aborígenes se educan?

Él se apartó escondiendo la mano como queriendo borrar ese gesto inapropiado y le dedicó una mirada que podría haber detenido el caudal del río Salado. Su voz fue terminante.

—No te estoy preguntando.

Con Paula repuesta, los Carrazans estaban listos para emprender el largo regreso a Buenos Aires. El domingo antes de la partida, asistieron a la celebración de la misa en la capilla del pueblo. A la salida, mientras su esposo esperaba en la volanta, Micaela se tomó unos minutos para hablar con el párroco y pedir consejo. Una ferviente convicción le hacía suponer que darle instrucción a un indio y para peor bastardo, iba en contra de seguro, de algún precepto. El párroco, entendiendo sus razones y sus dudas la absolvió de culpa y cargo, explicándole que todos los hombres eran criaturas de Dios siempre y cuando fueran bautizados; que el niño debía recibir el santo sacramento a la brevedad y educarse cuanto antes en la fe cristiana para evitar, dijo, la propagación de la infamia, por haber sido concebido de forma vergonzosa. Esa tarde, él mismo se apersonó en Los Robles y efectuó la ablución al pie de su caballo. No hubo ceremonia y las únicas personas que presenciaron el acto fueron Don Carrazans y la nana de Paula, la mulata Nicolasa, que ofició de madrina ante la negativa de Micaela de ser ella misma.

Terminado el trámite, el patrón lo invitó a pasar. La señora Micaela,

había hecho preparar chocolate con masitas y alfajores.

Mirando el campo y apoyada en una de las columnas de la galería Nicolasa se quedó observando al bautizado que se alejaba a seguir con su alma ya bendita. Se quedó pensando si la ceremonia habría sido legítima siendo que ella también estaba manchada por el pecado.

Oyó a su ama llamarla y corrió rápidamente a su lado. La patrona estaba más mala que nunca luego del accidente. Pero como ese día Nicolasa era madrina, nada más que por la circunstancia estaba gozando de un trato preferencial.

El sacerdote, les pidió que se pusieran en presencia de Dios para que el Señor Jesucristo, les conceda por su Espíritu, la Gracia de compartir junto a él la bendición final. Haciendo una genuflexión y sosteniendo un cuenco, rezó otras oraciones para finalmente terminar por rociarlos a ellos, a los pisos y hasta a el paragüero con agua. A Nicolasa le cayó una gota en la oreja y se le dio por pensar que quizás el Supremo sí la santificaría, si prometía cosas como dejar de escuchar detrás de las puertas. El cura concluyó con sus invocaciones y Nicolasa haciendo una reverencia elocuente, se retiró a la cocina.

Como para dar por finalizados sus servicios, el religioso se dirigió a Micaela para informarle que ya había dado con la persona indicada para la tarea encomendada. Se trataba de una joven con instrucción, oriunda de la zona, huérfana de padres irlandeses. Que su nombre era Deirdre y que había sido educada en la fe católica por una tía con la que vivía a pocas leguas.

Micaela, ya no estaba muy cómoda con la indicación de andar evangelizando salvajes, aunque debía confiar en el consejo eclesiástico. Y por si fuera poco, pensó en ese momento tratando de sonreír delante del cura, ahora el mocoso tendría maestra irlandesa. Sería el hazmerreír hasta de las Damas de Beneficencia, se mortificó.

Cuando se fue el sacerdote, subió al dormitorio a hacer las valijas. Finalmente terminaba el calvario. Volvería a su residencia de Buenos Aires donde se reuniría con gente de su clase que le haría olvidar este mal rato. Miró por la ventana el paisaje monótono y evocó con melancolía la calle Larga con sus románticos jardines, la residencia de los Montes de Oca y los leones esculpidos en mármol, el castillo de la quinta Saénz Valiente, las tiendas, los bailes, las misas en San Ignacio.

Nicolasa estaba armando el equipaje de espaldas a ella. Doblaba las prendas y pensó que, si no fuera porque azotar a un negro ahora estaba mal

visto, le hubiera desarmado ese cuerpo perfecto a rebencazos. Pero sabía cómo hacerla sangrar de otra manera.

Paula entró corriendo para echarse a los brazos de Nicolasa.

—Más vale que se vayan despidiendo—dijo en tono inflexible Micaela—no pensará que va a ir con nosotros habiendo descuidado sus deberes. Tendría que agradecer que no me deshago de usted.

La mulata entendió enseguida y empezó a llorar al tiempo que se agarraba de su ama para implorar:

—Por piedad señora, ella estaba durmiendo la siesta, y se levantó, se escapó, nadie la vio... Y yo no...

—¡Silencio! No me interesa —dijo sacudiéndose las mangas donde la otra había apoyado sus dedos— De todas formas, le estoy dando la oportunidad de hacer mérito si es que pretende quedarse con esta familia.

Al ver que Nicolasa lloraba, Paula estiró los brazos hacia ella y Micaela la detuvo con fuerza para que no pudiera llegar a la negra.

—Usted no vuelve con nosotros. Se queda acá—. Y arrastrando a Paula del brazo por la habitación, ignorando sus protestas, pasó un dedo por la cómoda y agregó:

—Quiero que no haya mueble sin cubrir, que se enceren los pisos y se limpie cada semana. Para la próxima visita aquí, si es que vuelvo, esto se tiene que ver como una quinta de San Isidro.

Después de escuchar el veredicto, la joven mulata mantuvo la cabeza gacha. Masculló un *sí señora* y sintió algo de alivio en el instante en el que Micaela soltó a Paula para que volviera con ella.

Como ya estaba anocheciendo, la señora le ordenó que llevara a Paulita a la cama y que le sirviera ahí la comida. No estaba de ánimos para aguantar criaturas, añadió.

Después de darle de comer y, como era habitual, Nicolasa la acostó y la arropó, cantándole canciones hasta que se quedó dormida. Aquellas canciones, eran las únicas que sabía y se las había cantado desde el día en el que se la pusieron al pecho aprovechando la leche que no bebería su hijo muerto. Nicolasa tenía doce años el otoño en el que, el *innombrable*, la volteó sobre el barro y la deshonoró una noche de lluvia torrencial. Su cuerpo de niña, era muy pequeño para poner un bebé, le dijo la matrona al recibirlo sin vida. La misma semana, había nacido Paulita y no necesitaron buscarle un ama de leche en otro sitio teniendo una en casa disponible. Demasiado joven, había dicho la señora Carrazans en aquel entonces. Este episodio terminó por

darle la razón.

Ahora, la complexión de Nicolasa había cambiado por completo. Tenía dieciséis años pero ya no era menuda y flacucha. Para su desgracia, sus curvas eran toda una provocación. Ocultaba su busto abundante con pañoletas y usaba corsé bien suelto para que las caderas no se vieran tan anchas en comparación con la cintura. Rara vez andaba sola y se cuidaba de no alejarse. Sobre todo, si llovía.

Pese a su juventud, quería a su Paulita como si fuera un pedazo de ella y moriría si cualquier cosa le pasara. Su ama era muy buena no ensañándose pensó, pero la condenaba al más cruel de los castigos separándola de su niña.

Apagó la vela de un largo soplido y se echó sobre la alfombra a los pies de la cama. Muchas veces dormía ahí si Paula sufría de sueños malos. Con los puños, se secó las mejillas mojadas.



Martin llegó a la casa de su hermano mayor. Un enorme portón de hierro que siempre estaba abierto, daba la bienvenida a la propiedad. La mayoría de los caserones de Buenos Aires ya no contaban con la comodidad de tener un espacio donde ingresar con los carruajes. Mientras le entregaba las riendas de la calesa al caballerizo, reflexionó en lo singular que era su hermano Antonio. No escatimaba en lujos; tenía una residencia a la altura de las de las familias más acomodadas de la ciudad, como los Duggan, o los Uribelarrea. Sin embargo, casi nunca estaba ahí. Pasaba gran parte del año en Los Robles, provisto con apenas lo indispensable, vestido como cualquier gaucho, negándose a regentearla a la distancia como lo hacía el resto de los terratenientes.

Hacía pocas horas que había desembarcado en Buenos Aires y la humedad ya lo estaba volviendo loco. La niebla que lo agarró entrando al puerto, lo había empapado íntegro como si lo hubiera sorprendido un chubasco. Antonio lo había estado esperando en el muelle pero Martín se negó a ir a la casa de su hermano hasta tanto no se diera un baño caliente. Antonio, como era habitual, se había burlado de la higiene de su hermano menor; para él que pasaba la mitad de la vida entre cardos y ganado, esa manía por la limpieza era una excentricidad.

Un mayordomo lo aguardaba en la entrada. Martín se sacó el sombrero, los guantes y los depositó en la mano que el hombre amablemente le extendía. Luego lo siguió por ese recorrido que parecía interminable, el pasillo, el jardín con las arcadas cubiertas de rosales, y al fondo, las pesadas puertas de hierro que se abrían al segundo patio. Ahí era donde habitaba la intimidad de la residencia; hacia éste, convergían todas las habitaciones. Era un lugar de lo más pintoresco, con senderos de grava entre plantas frutales, el aljibe y la formidable pajarera que albergaba medio centenar de aves exóticas.

Antonio salió a recibirlo por la puerta del fumoir con los brazos abiertos.

—¡Ahora sí llega el viajero limpito a visitar a sus parientes!

Martín le dedicó una sonrisa sardónica y cuando quiso hablar fue interrumpido por el chillido de un pájaro.

—Nunca voy a entender cómo hacen para dormir con éste cotorrerío — se quejó.

Antonio lo abrazó diciéndole al oído:

—Tapan los gritos de Micaela.

A pesar de ser tan diferentes ambos disfrutaban estar juntos y no solían discutir. Habían tenido que criarse solos luego de que un malón raptara a su madre y quizás fuera por ello, que esa simbiosis perduraba inalterable a través de los años.

—¿Cómo ha ido todo en mi ausencia?

—Aburrido. No se cumplió ninguna de tus profecías fatales y ese chico que dejaste a cargo se lava las manos más seguido que vos.

Martín era boticario. Tenía su propio negocio y lo atendía con responsabilidad. Hacía bastante que ambicionaba hacer ese viaje a Inglaterra para participar en una disertación científica sobre salud y enfermedad. Se trataba de un congreso anual que se celebraba desde hacía unos pocos años con el propósito de actualizar sobre nuevos descubrimientos y adelantos. Había aplazado varias veces la posibilidad de trasladarse por la preocupación de dejar la botica tanto tiempo y su hermano intentaba convencerlo para que abordara un barco, él daba innumerables razones de lo peor que podría suceder.

Antonio, le fue relatando las últimas noticias mientras iba sirviendo un par de copas de coñac. Le contó que Micaela estaba guardando reposo porque el embarazo no la tenía a buen traer, y que pasaba la mayor parte del día en cama atendiendo las mínimas visitas.

Martín no tenía particular aprecio por su cuñada. Para él, era presumida, antipática y vacía de ideas como el común de las porteñas. Lo único que le importaba era conservar el estatus y para lograrlo se valía de la chusma; no se podía mantener una conversación sin tener que soportar que ventilara asuntos ajenos hasta exceder las normas del buen gusto. Una cosa era el cotilleo entre mujeres y otra, dedicarse a las indiscreciones en la sobremesa. Pero su principal defecto era su capacidad para volverse irritante. Lo practicaba como las gallinas el cacareo. Contradecía cualquier cosa. Nada de lo que cualquiera opinara era de su agrado y con desparpajo esgrimía las razones. Por ejemplo, bastaba con decirle “Qué día hermoso” para que ella respondiera una frase como “Prefiero la lluvia. Los días soleados gustan a la gente común”. Por suerte, Paula permanecía excluida del alcance de su ejemplo. Si había algo en lo que definitivamente Micaela se esforzaba, era en no prestarle el más mínimo interés a su hija. Martín desconocía las razones de ese comportamiento y terminó por pensar que simplemente había mujeres que



carecían de instinto natural hacia la maternidad. Y si ahora estaba embarazada de nuevo, por supuesto era por puro accidente. Pero estos eran temas de los que nunca hablaba con su hermano. Era muy respetuoso de las circunstancias ajenas y siempre pensó que cada uno no era completamente artífice de su destino y hacía lo que podía con lo que le tocaba.

—¿Y por dónde anda mi princesita? —preguntó.

—Tu sobrina anda por ahí, no las vas a reconocer. Con la campanilla llamó a uno de los sirvientes y ordenó que la fueran a buscar.

—Contáme, cómo encontraste el negocio.

—La verdad, estabas en lo cierto en eso de que podía encontrar alguien que me reemplazara, el muchacho se las arregló —tuvo que admitir Martín.

—¡Pero claro hombre! ¿No ves que el mundo sigue girando si salís de esa cueva?

Con una media sonrisa, Martín se levantó y empujó con los dedos una bola sobre la mesa de billar. Uno en el campo y otro en la cueva, sintetizó para sí sin llegar a decirlo. Aunque su hermano no quisiera admitirlo, tampoco le agradaban las reuniones sociales. Habían sido criados en la estancia y por más que vivieran en plena ciudad, parecía que nunca terminaban de acostumbrarse al tumulto. La hacienda la regenteaba Antonio, sencillamente por ser quien más se entretenía haciéndolo. Martín tenía intereses distintos, aunque le gustaba mucho ir al campo de vez en cuando.

—Estuve pensando seriamente en aceptar tu propuesta de hacer temporada en Los Robles, me hace falta aire puro.

—No lo puedo creer: mi hermano en Los Robles, un milagro. Por supuesto, cuando gustes. Vas a encontrar todo muy cambiado... Con los arreglos, digo. Bueno, ya te había dicho.

Martín exhaló un suspiro. Antonio no lo objetó y bebió un sorbo de coñac sonriendo con los labios pegados al vaso. El nombre del mohín era Micaela. El último viaje al sur, había sido siete años atrás y volvió espantada. Desde ese entonces, Antonio se empecinaba en hacer de ese lugar una casa donde Micaela fuera capaz de quedarse. Su objetivo era estar lo más alejado posible de aquello de lo que justamente su esposa más cerca pretendía estar: la sociedad porteña.

Antonio abandonó su bebida en el escritorio y empezó a detallarle como se había hecho de diversos materiales y lo que le había costado conseguirlos, como el mármol y el algarrobo de Córdoba o la caoba de Europa. Que había tenido que llevar un constructor idóneo para su proyecto, uno de los mejores

que había en Buenos Aires. Un yesero italiano trabajó los frisos. La casa conservaba sus espacios originales, pero modernizados y muy europeo. Coronó el relato con la descripción de las especies que hizo plantar y las que todavía le restaban conseguir, cientos de árboles que ya daban sombra.

—Dios nos libre ¡Querés hacer una selva! —dijo Martín que por más que lo intentara no podía imaginarse el cambio en aquella llanura chata que se veía desde las ventanas de la estancia.

La puerta se abrió y Paula entró dando saltos.

—¡Tío Martín! —gritó y corrió a abrazarlo.

Martín se puso de pie para recibirla con la intención de alzarla por el aire, como solía hacer, pero hubiera sido imposible, estaba altísima.

—¡Pero qué grande está mi princesa! Por todos los santos ¿Cuánto más va a crecer si acaba de cumplir diez años?

—Pensé que no se iba a acordar de mi cumpleaños —sugirió con picardía. Sabía que su tío jamás se olvidaría de su cumpleaños.

—Cómo no acordarme: usted señorita nació el quince de marzo del cincuenta y uno y tiene un Tío muy guapo que le trajo un baúl lleno de... Vaya y fijese usted misma.

Paula corrió hasta el baúl a abrirlo. Había vestidos, telas, zapatos, una sombrilla, un bolsito de raso, una botellita de perfume francés y tres muñecas rusas. Paula no dejaba lanzar exclamaciones y dar saltitos desenvolviendo los presentes.

—Tío, son muchos...

—Nada es sobrado para mi princesa, menos siendo mi más entusiasta discípula y mi mejor sobrina.

—¡Soy tu única sobrina! —se quejó Paula.

—¡Me agarraste! ¿Y qué me decís de lo de *discípula*? El joven que contraté no te llega ni a los tobillos —dijo guiñándole el ojo a Antonio simulando cara de afligido— no sé qué voy a hacer; mezcla los frascos de magnesio con la jalapa, el zen oriental con el tamarindo. Imaginá cómo será que confunde el aceite al menudeo con el ácido nítrico.

Paula lo miraba con preocupación.

—Yo confío que en algún momento va a aprender... —continuó Martín dramatizando— Quizás deberías ayudarlo.

A Paula se le iluminó la mirada, pero al ver el semblante serio de su padre calló y luego se disculpó.

—Voy a ayudar a madre con el bordado.

Martín la observó alejarse.

—Es tan viva para su edad... Es muy inusual, combina belleza con inteligencia. Cuando quieras acordar le van a estar proponiendo casamiento —dijo en tono melancólico.

—Si le seguís enseñando cosas inapropiadas no la va a pretender ningún joven con dos dedos de frente.

—Antonio, no seas retrógrada, que la educación no es inapropiada. En París, en Londres, las mujeres estudian, van a la universidad, incluso trabajan y es de lo más normal. Paula está interesada en el conocimiento, aprende rápido. Le gusta más estar en la botica entre libros y frascos que jugando. ¿Qué hay de malo en eso? A mí me parece ejemplar.

—A la madre le hace menos gracia que a mí. Después vienen las lamentaciones. Ya hemos tenido esta charla, cambiemos de tema.

Martín le dio la espalda mirando las obras de arte que colgaban de la pared. Y volvió a mirarlo.

—Cómo anda la gente de la estancia —preguntó al cabo sin nombrar a nadie en particular pero ambos sabían que se refería a la cocinera india y a al chico.

La cara de Antonio se transformó.

—Todo igual.

Luego de un largo silencio, un sereno se escuchó transitar por la calle pregonando “las cinco han dado y nublado”.



Con un chasquido, el mayoral hizo caer las azoterías y emprendieron la marcha a media rienda. Aun así, la polvareda que se levantó con tamaña caravana, hizo toser a Paula y a Alicia, su institutriz.

Los hermanos Carrazans habían comprado en Ensenada, una cuadrilla de buena sangre con una yegua madrina para este viaje a Chascomús. La idea, era no depender del recambio en las postas que eran escasas y no resultaban ser los mejores sitios para las mujeres. Una carreta, con una yunta de percherones de repuesto, transportaba el equipaje, rifles y provisiones. Adelante montaban Martín y Antonio y de a ratos se turnaban para descansar en el carruaje. No había habido ataques de indios últimamente, pero convenía no bajar la guardia y andarse atento por los caminos del sur.

Micaela en esta ocasión, se había excusado en el embarazo. Autorizó a Paula a hacer la travesía con la única condición de que continuara con las lecciones de piano. Siendo que ya se empezaban a adivinar sus limitadas habilidades manuales, al menos no dejaba de ser una exhibición exquisita en las tertulias, y según su madre, la única gracia capaz de atraer a un marido.

Aunque era muy chica para preocuparse por casamientos, a Paula la afectaba saberse carente de aptitudes. Pero por más que se esforzara, nunca podía disfrutar de las cosas que a otras niñas parecía serles tan fácil.

Se incorporó y se asomó por la ventanilla a mirar los caballos que los escoltaban. Siempre le habían dado un poco de temor esos animales, pero le simpatizaba esa yegua con una campana en el pescuezo que hacía que toda la manada la siguiera.

Entrada la tarde, divisaron El Abrojal; tierras de José Anchorena, un amigo de su padre. Al tomar la huella, el mayoral sopló un asta de buey para anunciar su llegada. Su tío, que montaba al lado, se acercó un poco más a la ventanilla para contarle que Anchorena era dueño de tantas estancias que

algunas, hacía años que no visitaba.

—Ésta será una de ellas —opinó Alicia— porque tiene los postigos entornados.

Un hombre con cara de tetera, salió a recibirlos.

—Ave María purísima —escuchó saludar a su padre adelante.

—Sin pecado concebida —le contestó el otro dándoles licencia para desmontar.

Un sirviente abrió la portezuela ayudándolas a bajar. Dejando que ellas se desempolvaban tranquilas, los hombres se pusieron a deliberar sobre el clima. Paula escuchó decir que si el tiempo lo permitía, la parada sería de una sola jornada como para darles resuello a los caballos.

—No llueve desde hace días, pero es pleno junio, estamos con el veranito de San Juan encima. Hace calor —agregó el hombre y saludó a las mujeres haciendo un gesto con la mano para que entraran ellas primero.

—Esperemos que las lluvias nos agarren llegados a Los Robles —dijo su padre colgando el sombrero en un perchero. A Paula le llamó la atención eso: nadie le recibía el atavío y para él resultaba de lo más natural.

—Las habitaciones están preparadas y la comida se sirve a las ocho. El cochero lleva la tropilla al puesto de Galibar si le parece, Don Carrazans.

—Perfecto —dijo su padre alejándose con su tío por el pasillo.

—¿Qué es el veranito de San Juan? —le preguntó Paula a Alicia.

—Son unos días cálidos en medio del otoño —le explicó acomodando sus anteojos amarillentos— En algunos pueblos encienden fogatas que les dicen Juanes y los jóvenes juegan a las Cédulas de San Juan.

—¿Qué es? ¿Cómo se juega?

—¡Ay, no sé si me voy a acordar! Se llena una canasta con papелitos que con los nombres de los caballeros. Las mujeres, van sacándolos por turno y les toca un caballero al azar. A ese le tienen que escribir una cédula anónima. Es muy entretenido porque puede que alguna esté interesada en la otra persona y transformarse en una verdadera declaración de amor — exclamó entusiasmada.

Alicia, como su tío, a diferencia del resto de los adultos se dedicaban a responder estoicamente a sus preguntas. Paula admiraba a ambos por saber sobre tantos temas aunque las especialidades de su institutriz fueran el solfeo y las infinitas maneras de llegar al matrimonio.

—Entonces —continuó— el que recibe la misiva tiene que adivinar quién pudo haber sido.

—Y ahí lo descubre y lo dice.

—No. Se lo guarda en el bolsillo. Si está interesado en la dama, seguirá la conquista y si no, queda como un caballero —le explico mientras las conducían por el pasillo. Alicia miraba en todas direcciones como no queriendo perder detalle.

—Y cuando vos jugaste ¿Qué escribiste?

—Puras pavadas. Ya ni me acuerdo —contestó sin mucho entusiasmo y cambiando de tema se concentró en el decorado.

—Para ser una propiedad que nunca visita Anchorena, es bastante lujosa —dijo despacio para que solo Paula la escuchara.

Las habitaciones estaban ubicadas una al lado de la otra y cada una entró a la que le correspondía. Sobre la cama de Paula, el acolchado de puntillas españolas que se abría en gajos, se asemejaba a las fauces de algún monstruo a la espera de tragar al durmiente. Estaba aterrada con las cosas que se estaba imaginando, cuando un alarido en el cuarto contiguo la hizo pegar un salto y salir corriendo. Una lagartija, no más larga que una mano, se paseaba campante por la ventana de Alicia. Paula inmediatamente empujó la celosía y el bicho no tardó en encontrar la salida. Pero Alicia ya era una conmoción de estornudos. Era de salud endeble y odiaba a todas las criaturas de la creación desde los insectos hasta los patos. Aprovechó la aversión de su institutriz a dormir entre esas paredes para, sin mencionarle lo del acolchado, cambiarle el cuarto. A Paula, una lagartija paseando no le afectaba en absoluto.

Una sirvienta cargó una jarra de porcelana con agua caliente para llenar la jofaina y encendió el candelabro. Se lavó y bajó a comer.

En su casa se servían tres platos y luego el postre, pero por lo visto la cocinera estaba contentísima de tener invitados a quien agasajar ya que los platos fueron seis y los postres tres. Al retirarse estaba tan satisfecha y tan cansada que apenas se recostó se quedó dormida.

Al amanecer, luego de desayunar, emprendieron el tramo final del recorrido. El mayoral anunció que, a buen ritmo, estarían llegando a Los Robles antes del anochecer.

Su tío intercedió para que, en el último tramo, le permitieran sentarse en la cola de la carreta de bueyes con las piernas colgando. Es el paraíso, oyó que decía su padre. Los cardales y la paja brava casi llegaban al borde del entablonado y se le pegaban abrojos al vestido. Pensó en que su padre debía hablar de ese paisaje así porque el pasto era dorado e interminable. Parecía

como si nada malo pudiera pasar en ese territorio inhóspito en donde lo único que se veía era, de vez en cuando y a la distancia uno que otro venado y ñandúes. Los árboles estaban tan lejos unos de otros que, sobre cada uno se formaba una aureola de pájaros.

Las ruedas de madera, crujían en los surcos secos y profundos del camino. Cada tanto caían en alguna encajadura vieja y había que bajar para alivianar la carga y guiar de los arneses a los animales para destrabarlas.

De pronto, se detuvieron ante una majada de ovejas que no cesaba de desfilar frente a ellos.

—¿De dónde salen tantas ovejas? —preguntó Paula parándose sobre el pértigo con la temeridad de un pirata sobre el mástil.

—Son nuestras. Aquí comienza Los Robles —dijo su padre acercando el caballo.

Era tan chica Paula la última vez que había estado en la estancia que no podía recordar nada.

—¿Y por qué corren?

—Allá —dijo solamente su padre señalando un grupo de jinetes que se aproximaban al galope. De golpe venían unos hombres gritando tan desaforados que Paula pensó que no se necesitaba ser oveja para salir huyendo.

—Las guían adónde se juntan los arroyos, es más fácil controlar la majada en el remanso —le explicó Martín que siempre era más instructivo.

A través de la formación, surgió un gaucho que cabalgaba de forma espectacular: estaba totalmente parado sobre el lomo y revoleaba un poncho en el aire.

Maravillada, Paula señaló en esa dirección intentando llamar la atención de Alicia que ya se asomaba en el otro coche.

—¿Qué es eso? —preguntó Martín tratando de controlar su caballo que de pronto se había puesto nervioso.

Antonio forzó la vista hacia la polvareda, sin embargo conocía la respuesta. Y más que responder, dijo como para sí:

—Lorenzo.

Martín, miró a su hermano al resguardo del ala del sombrero.

En ese instante, Paula divisó a un jinete haciendo una acrobacia increíble: su caballo galopaba y él desmontó para seguir corriendo a la par colgado de sus crines. Luego. De un saltó voló por el aire para volver a subirse al lomo del animal.



—¡Mirá tío! ¡Mirá! —gritaba Paula aplaudiendo.

—Por todos los santos ¿Todos tus paisanos montan así? —preguntó Martín.

—Ni parecido. Qué otra cosa se puede esperar de un indio criado entre gauchos, es medio salvaje —le contestó Antonio.

—¿Medio?

Antonio espoleó su caballo y fue a reunirse con los arrieros para dar alguna instrucción. Demoraron la marcha hasta que, su padre volvió dando la orden de continuar. Los carruajes avanzaron perezosamente, traqueteando por la huella pedregosa. Paula se asomó por la abertura a espiar a los arrieros. De cerca, pudo apreciar que ese gaucho, el de las acrobacias era un niño, no mucho mayor que ella. Estaba derecho como un soldado tratando de causar buena impresión. Sobre la frente, le cruzaba una vincha que no servía para acomodar ningún pelo de ese enjambre. Lo vio soplarse los mechones y en ese instante la descubrió asomada.

Colorada de vergüenza, cerró la abertura del toldo y volvió a su lugar.

Tenía unos ojos tan asombrosos que pensó en que deberían ser mágicos y que si él hubiese querido, podría atravesar con su mirada el grueso lienzo que los separaba.

La distrajo una sacudida al cruzar una lomada sobre un puente. A la distancia, se abría un bosque tupido; las tonalidades parecían pinceladas al azar hechas por un pintor caprichoso: rojos, verdes, ocre y amarillos. De esa espesura, surgía un nuevo camino, más transitable que la errática huella que venían siguiendo y los caballos tranquilizaron el paso.

Paula volvió a su lugar a la parte de atrás y se sentó sobre el tablón a mirar el cielo plomizo filtrarse a través de los frondosos robles que aún retenían en sus ramas las hojas amarronadas por el otoño.

Pronto llegaron a un claro y creyó estar en la entrada de un castillo de uno de sus libros. La casa, rodeada por jardines había permanecido oculta por los árboles. En el frente los balcones llenos de plantas colgantes, enmarcaban la escalera de la entrada principal.

Esto realmente superó todo lo que me había imaginado —dijo Martín sinceramente cautivado.

—¿Te gusta? —preguntó Antonio con falsa humildad— pero falta lo mejor, entremos antes que se largue el chaparrón.

Al cruzar la balaustrada, un trueno hizo retumbar los vidrios.

—Justo a tiempo Sr. Carrazans —dijo un hombre, entretanto una horda

de sirvientes los rodeaba para descargar todo lo demás.

Impaciente por recorrer su casa, Paula se separó del resto. El empapelado en damasco, exactamente como le gustaban a su madre. Los pisos brillantes, encerados y sobre cada mueble mantelitos tejidos a crochet con algún adorno. Siguiendo a su izquierda, se encontró con un recinto vacío y grande, un salón de baile. En la esquina, un piano.

—¡Ave María purísima! —oyó una voz a su espalda.

—Sin pecado concebida —se apresuró a contestar.

En el umbral de la puerta, una negra con los ojos llenos de lágrimas gimoteó sobándose el pecho.

—Mi muchachita, pero si es toda una señorita...No debe ni acordarse quién soy —y acercándose le envolvió maternalmente las mejillas con las manos— Yo la cuidaba cuando era chiquita ¿Se acuerda?

Paula no se acordaba de ella en absoluto pero le sonreía. Tenía la vaga sensación de sentirse cómoda con ella. Su piel era como el color del dulce de leche y olía a flores silvestres. Tenía la boca amplia, los dientes blancos y los ojos grandes como almendras. De pronto, sonó un trueno y la vio pertrecharse perturbada.

—Tranquila... —intentó calmarla Paula— sólo son truenos...

Antonio surgió por detrás en la oscuridad. El ruido cargado de sus botas contra el piso pareció alborotar más a la chica, pero él la ignoró.

—Veo que has encontrado el piano. Al fin tendré quien lo toque para mí por las noches.

Paula seguía pendiente de la mulata sin descuidar prestarle a su padre la debida atención.

—Papá es todo tan bello...

—Ojalá tu madre opinara lo mismo... ¡Nicolasa! —gritó innecesariamente— Llévela a su habitación y que acompañen a la Sra. Alicia a los cuartos de invitados.

Lo primero que hizo al entrar a su cuarto fue mirar el acolchado; gracias a Dios, era normal, pensó. Se sacó los zapatos y frotó los pies en la alfombra de Esmirna. Luego se zambulló en la cama mullida y acostó a sus muñecas. De su bolso sacó un libro y unos cuantos frascos que había traído de la botica por si acaso y los dispuso con prolijidad sobre el escritorio. Afuera se escuchaba el aguacero y se quedó mirando un instante cómo la lluvia intensa y el viento barrían con las gallinas que corrían a guarecerse. Un hombre empujaba una vaca que parecía de lo más cómoda en medio de los charcos.

Se desabrochó la capota y se sorprendió al encontrarse con un espejo con luna. Si su madre lo viera, se lo habría hecho cubrir con sábanas. Ella decía que las niñas no debían tener espejos en las habitaciones, pero jamás le explicó por qué. Como su padre había obviado el detalle, nadie se iba a dar cuenta si no lo tapaba.

Un aroma exquisito invadió el ambiente. Cuando entró Nicolasa, le preguntó:

—¿Qué es eso Nicolasa?

La negra, acercándose a la salamandra con una sonrisa pícara, sostuvo entre sus finos dedos un canastito que colgaba.

—Unas hierbas para perfumar. Yo misma preparé el menjunje. Es para usted, se lo ponía cuando era bebé.

—¿Y cómo se prepara menjunje?

—Con flores. El aroma se desprende con el calor de la salamandra. Cuando pase la tormenta podríamos salir juntas a buscar capullos y hojas y yo le enseño.

—¡Me encantaría! —exclamó con entusiasmo.

Se escuchó sonar una campanilla.

—La cena está lista. Debe tener hambre. Se cocinó el plato preferido suyo y de su padre: locro requete espeso con guiso de vientre, con granos de maíz tostados —dijo enumerando con los dedos que parecía iban a ser insuficientes con tantos ingredientes y cuando pareció terminar agregó—

—Y estaba en la duda si natilla o cuajada, así que hice preparar los dos.

Paula le echó los brazos al cuello:

—¡Gracias Nicolasa! Son mis preferidos.

—De nada mi niña, no se imagina lo contenta que estoy de que esté aquí... —dijo y se emocionó de nuevo— pero mejor baje al comedor no vaya a ser que don Antonio se ponga malo.

Paula se sentó a la mesa después de que lo hicieran su padre y su tío. La lluvia era un repiqueteo constante. Los tres cruzaron las manos y Paula comenzó la plegaria. Un trueno interrumpió sus oraciones y pestañeó pensando en Nicolasa. Haciendo un esfuerzo para no desconcentrarse continuó:

—...Y líbranos del mal...Y bendice a esta familia...Y gracias por la natilla...Y dales valor a los que temen las tormentas, amén.

Martín la miró extrañado y preguntó:

—¿Desde cuándo le tenés miedo a las tormentas?

Paula contestó con total seriedad mientras estudiaba su comida con el tenedor.

—No tío, yo no le tengo miedo. Pero hay personas que sí y debemos preocuparnos por el más necesitado.

Martín y Antonio intercambiaron sonrisas.

—Esperemos que el tiempo mejore rápido, hay mucho trabajo por hacer. Aparte de ir de cacería tenemos que poner orden algunos asuntos.

Una señora menuda apareció en la sala y mirando fijamente a Paula, dejó una fuente y se retiró.

Paula se dio cuenta del escrutinio y se quedó absorta en el vaivén de su larga trenza de pelo negro.

—¿Ella es la cocinera ranquel, verdad? —preguntó Martín y Antonio asintió.

Iba a apagar la vela, pero prefirió dejarla encendida. El croar continuo de los sapos y los sonidos producidos por quien sabe qué tipo de fieras la inquietaba. Abrazando una muñeca se acercó a la ventana. Abajo, entre las plantas, le pareció ver a alguien. A pesar de la oscuridad, reconoció a la cocinera. Luego, apareció junto a ella el chico que hacía acrobacias con el caballo. Los vio tomarse de la mano y correr campo adentro bajo el aguacero. Un portazo a sus espaldas la sobresaltó.

—Mi'ja, disculpe si la asusté, fue la correntada. Le traje un vaso de leche tibia con miel, la va a ayudar a tener sueños lindos.

—Gracias, vos también deberías tomar —le aconsejó sin abandonar la ventana.

—¿Qué está tan entretenido allá afuera?

—Vi allá abajo, en el medio de la tormenta a ese chico y a la cocinera.

Todavía sosteniendo la brillante bandeja de plata, Nicolasa entrecerró los ojos como si estuviera meditando algo.

—Y por qué le llama la atención eso mi niña.

—No sé, corrían bosque adentro, en sentido contrario a la casa ¿Estarán bien?

La mulata apoyó con cuidado la bandeja sobre el escritorio.

—Ah mi'ja, no les haga caso, son indios y hacen cosas raras. Pero es buena gente, inofensiva. Acuéstese, mañana va a cambiar el tiempo, andan gritando las lechuzas.

Paula volvió a mirar, se cruzó de brazos y permaneció en silencio.

—Por ahí irían a visitar al padre —conjeturó alzando los hombros.

—¿Qué padre? —preguntó Nicolasa.

—El padre del chico indio.

La negra, negó con la cabeza y desechó la posibilidad con un gesto de la mano.

—No tiene padre.

—Tiene que tener padre Nicolasa. Nadie nace si no tiene padre y madre —le contestó adoptando esa entonación serena y modulada que usaba siempre que debía explicar algo complicado.

—Ay mi niña, qué curiosa que se ha vuelto con la edad. A veces las mujeres tienen hijos sin padre. Es cuando las echan a perder los Mortíferos.

—¿Qué es un Mortífero?

Nicolasa se dio cuenta que había hablado de más.

—No es necesario que lo sepa ahora —y buscó cambiar de tema—  
¿Está cómoda con las mantas así o le traigo más? La señorita Alicia ya tiene ocho encima.

—¡Ocho! —exclamó Paula tapándose la boca sin poder creerlo y se rieron.



El suelo todavía estaba encharcado y Paula se alzó el vestido para internarse en ese jardín maravilloso, repleto de flores y plantas aromáticas. Llevaba la canasta detrás de Nicolasa cuando miró al suelo y descubrió que la mulata andaba descalza. A ella también le gustaba sacarse los zapatos y la imitó. Con tanta lluvia que había caído, el barro frío le brotó entre los dedos haciéndole cosquillas y pensó en que, si todo el mundo sintiera eso, nadie se volvería a cubrir jamás los pies.

Se atrasó un poco y la alcanzó en un santiamén dando saltos por las piedras del caminito. Como la otra hablaba sin parar ni siquiera se percató de su demora. Luego de mencionar cosas del *menjunje* y algunos yuyos que se usaban para curar giró al fin para mirarla. Paula que se había perdido toda la explicación, puso cara preocupada. Y le dijo que iba a tener que anotar todo más tarde. La mulata se agachó satisfecha a seguir con su perorata.

Le fascinaba eso de aprender de esa manera; su madre nunca le enseñaba nada. Siempre decía estar ocupada y solo gustaba de las cosas con las que se podía lucir con sus visitas, como bordar o servir el té. Paula terminaba pasando la mayor parte del tiempo con Alicia o entre la servidumbre y, cuando se lo permitían, en el negocio de su tío Martín.

La joven mulata se detuvo de repente y su falda se onduló grácil como las de las señoras cuando llevaban vestidos de fiesta. A Paula le pareció que era muy hermosa. Nombraba las especies a medida que separaba los vástagos del tallo y los metía dentro de la canasta de mimbre:

—Jazmines, cuatro o cinco. Manzanilla, alelíos y violetas, un ramito. Rosas, una de cada color. Siempre que sean bien frescas, de capullos abiertos ese día o el anterior. Hojas de cedrón y casquillos de eucaliptus que guardo adentro. Listo. —dijo, mientras le enredaba una margarita entre las trenzas.

Paula se la tocó agradeciendo con una sonrisa y espió dentro de la

canasta.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Lo dejamos secar al sol tuíto un día en un paño. Mañana se puede usar.

—¿Y cómo las usamos?

—Pues se enyena un saquito en el sahumador para que haga humo. Arriba se pueden colgar en un gancho sábanas, frazadas o prendas. En fin, lo que se quiera hacer oler rico. Y dura como pa' la misa criolla.

—¿Podemos ir también a ver la huerta? Mi padre dijo que crecen frutillas.

La mulata estiró el cuello espiando el otro camino, el que iba a la huerta.

—No, no está güeno ahurita mi niña, está echado a perder. Aparte, no es época de frutillas. Pero que no le agarre angurria, puede probar mermeladas de la fruta que quiera. Todavía quedan en la alacena un montón que no hemos llevado aún a ofrecer a la pulpería.

—¿Ganás dinero vendiendo mermeladas?

La mulata se rió por la pregunta y pensó que era una niña muy despierta para su edad.

—¡Por supuesto! Pero no es todo pa' mí. Una parte es para los que los preparamos, el resto pa'l el patrón. Y también vendemos huevos y leche.

—¿Y verduras?

—No, no. Esas sí que son sólo para nosotros. Pero si sobran sí —dijo mientras volvían.

Una gallina y un gallo pasaron correteando frente a ellas. De repente, a mitad del aleteo, el gallo se le montó en el lomo y picoteándole el cogote, empezó a cacarear.

—¿Por qué hace eso?

—Es el baile del amor —sentenció la negra y la miró calibrando hasta dónde la había satisfecho con la conclusión.

—¡Pero la está lastimando!

—No Paula. Bailan. Lo que pasa es que los gallos son muy malos pa' bailar, por eso pisan a las gallinas.

—Para distraerla, Nicolasa se apoyó en el aljibe guiñándole un ojo.

—Tengo una sorpresa pa' usted —dijo, y tirando de la cuerda hizo rechinar la polea hasta que apareció el balde. Adentro, había escondida una botellita verde.



—Paula abrió la boca emitiendo un suspiro de sorpresa.

—Es *agrio* —le explicó desatando el nudo para hacerle probar. Paula saboreó el del cazo el jugo de naranjas dulces que sabía increíblemente fresco.

Desde la galería se escuchó el llamado de Alicia, ya era hora de su lección. Por apurarse, terminó derramándose encima lo que le quedaba.

—¡Despacio Paula! —dijo Nicolasa —es suyo, puede tomar en cuanto quiera— Y como si recordara algo se rascó la nuca y, apresurando el paso dijo:

—Bueno señorita, voy a lo mío y usté con su maestra. Más tarde esperemos que el viento seque un poco este chiquero, ansina puedo mostrarle los corrales. Pero ahura hay que d'entrar y derecho al fuentón a lavarse esas patas.

En la cocina se toparon con la cocinera india en plena labor y con su hijo. La mujer amasaba unos bollos que tiraba a una sartén en medio del fogón y el chico comía a cucharadas de un frasco orejones de duraznos. Ni bien tuvo a Paula enfrente, dejó todo y la saludó con una reverencia solemne. Luego, se dirigió a su madre en un idioma que Paula desconocía. Como fuera, él se rió con una sonrisa amplia y contagiosa y la cocinera lo festejó. A Paula le molestó que dijeran cosas que ella no entendía y no quiso ser menos. Con suficiencia, se dirigió a Alicia en su rudimentario inglés diciéndole lo único que le salió:

—*The cat is under the table* —y levantó las cejas repetidamente hacia su institutriz buscando complicidad.

Como si lo hubieran tensado con una soga, Lorenzo que iba saliendo por la otra puerta, se frenó y le contestó:

—*Don't worry about madam. There are no cats here. Although there are some wild, but they don't like hide under the table.*

Paula se quedó con la boca abierta y torció tanto el cuello al volverse para mirarlo que le agarró un ataque de tos. A Alicia, que no era de manifestaciones espontáneas, se le dio por reírse y Paula cruzó los brazos indignada.

Aunque no entendía de qué se estaba hablando, Nicolasa escrutó a la india con la mirada, pero la otra siguió con la masa. La conocía al dedillo y no se iba a dejar engatusar por esos ojos negros de ternero pastando. Y ese ahijado suyo, Lorenzo, era un mortífero en pañales al que no había que perderle el tranco. Especialmente, si andaba cerca de su niña.

Los hermanos Carrazans habían salido al amanecer. Recorrieron leguas para verificar la disposición de las majadas y controlar el trabajo de pastores y arrieros. A la vuelta, se detuvieron en un corral cercano al casco.

—Los gauchos son vagos, si uno no les anda encima hacen desastres — dijo Antonio inspeccionando al detalle la condición de las herramientas.

—¿Qué tal este capataz que venía tan recomendado?

—Mucho mejor. Le puse los puntos desde el principio y por el momento respeta. Fijáte —señaló el piso alrededor del abrevadero sin ocultar su satisfacción—. Limpio. Antes llegaba y era un regadío de lana desperdiciada. Hasta en los carneos, si yo no estaba, cuando sacaban las garras cortaban la pata a la mitad y se perdía buena parte de carne.

—Así que es de confianza.

—Ni hablar, se encarga casi de cuanto se te ocurra: lleva la contaduría, le paga a la peonada y controla los animales.

—Parece bastante completo. Ya casi ni necesitarías venir... —sugirió Martín.

—Ni sueñes. Hay que estar; en la parición, en la esquila que es el triple de gente... Y a esos sí, los que vienen de afuera, no se les puede sacar el ojo.

—¿Te acordás ese que vino de las tolderías?

—Después de eso aprendí. No contrato sin papeleta. Pero igual no es garantía de nada... Son brutos. Por ahí hunden la tijera y sacan una lonja entera de carne con el vellón. Yo mismo me he tenido que encargar de curar ovejas, pintarlas con alquitrán, y todavía me quedo cortando clavos esperando que no se me mueran.

Martín se acuclilló agarrado de la baranda para estirar los músculos, estaba falto de costumbre de andar tanto trecho montado.

—Cómo va la venta de hacienda.

—La última tropa se vendió bajo en la tablada del sur.

—¿Y los malones? —Cualquier persona podría haber preguntado por malones y no habría tenido la carga anímica que significaba para ellos dos la sola mención del tema. No obstante, Antonio buscó una respuesta vaga y despreocupada mientras comprobaba con el dedo el filo de una tijera de tusar.

—Se llevan una oveja, una gallina o caña y en el peor de los casos, algún potro, pero por lo general, es controlable. Si se ponen belicosos, los gauchos los amansan enseguida —dijo clavando la tijera en una tabla del corral.

Martín le dio la espalda y permaneció un rato en silencio mirando el horizonte. Al final se animó a decir:

—Me gustaría ir a la laguna de madre.

—Me imaginé que ibas a decir eso. Volvamos a almorzar y luego nos damos un paseo. Por ahí podemos cazar algunos patos.

Retomaron al paso el camino angosto que orillaba el arroyo.

—Qué destino ese paraje... Yo no sé cómo a padre se le ocurrió vender la mejor fracción de sus campos.

Antonio coincidía con su hermano. En la época de seca tener un cauce independiente del que pasaba por los Robles era una bendición. Las tierras estaban desocupadas, pero en cuanto aparecieran los dueños, no podría pasar más el ganado para abrevar hacia esa zona baja.

—Tenía sus razones. Era la única forma que encontró de sacarse del corazón a su esposa o de causarle daño.

—No conservo muchos recuerdos de madre. Sólo esas historias fantásticas que contaba sobre esa laguna que tanto amaba. Y que tenía una imaginación sin límite —sonrió para sí meneando la cabeza— Igual que Paulita; quién diría, no la conoció y heredó su carácter ¿le contaste alguna vez? —preguntó Martín.

—Paula no tiene edad todavía para esas cosas. Es hora, volvamos.

Espolearon sus caballos y regresaron al trote. En el trayecto no volvieron a hablar. Nombrar a la señora que les había dado la vida había estado prohibido por demasiado tiempo. Todavía les daba culpa hablar de ella, como si estuvieran conspirando contra la memoria de su padre.

Aun así, sabían todo lo que debían saber sobre la historia. Las tierras en las que se asentaba la laguna habían pertenecido a la rama familiar de su madre, Leticia Arregui. Sabían que sus padres habían sido inducidos a un matrimonio acordado por conveniencia y que entre otras cosas, terminaron siendo los dueños de la porción de tierra más grande conocida entre Buenos Aires y el río Salado. Pese a que esas leguas no valían nada, ostentaban el peso que da la abundancia. Pero a pesar del corrimiento de la frontera, el indio era un problema constante. Atacaban todo tipo de transporte que se aventurara por la zona e incluso, arremetían contra los fuertes. La estancia no era la excepción y tras furtivos robos, que se sabía eran avisos, un día fueron atacados por un malón. Uno de los aborígenes hirió a su padre de una cuchillada en el abdomen y se llevó a Leticia. Herido en el piso, su padre tuvo que presenciar impotente la escena desgarradora de su esposa al hombro

de un salvaje. A modo despedida, los indios quemaron el lugar. Ni Martín ni Antonio estaban ahí. Pero Martín podía recordar a la perfección el vacío y el olor a chamuscado que llenaba el espacio donde antes se levantaba su casa. A su padre le salvó la vida un esclavo negro fiel: el abuelo de Nicolasa. Recordaba que su padre había estado gravísimo y tenía la certeza de que el viejo había sobrevivido gracias a su obstinación. Tenía una cuenta pendiente antes de irse de este mundo, rescatar a su mujer y vengar su desgracia.

A falta no solo de vivienda sino de seguridad necesaria para criar a dos niños, su padre los mudó a Buenos Aires y comenzaron una vida completamente distinta a la del campo y no volvieron a verlo por mucho tiempo.

Estuvo buscándola durante años sin descanso hasta que por fin dio con ella. Junto con oficiales del ejército arrasaron con una toldería que albergaba en total veinte cautivos: siete mujeres y el resto chicos. Si los indígenas habían sido crueles con él, su padre se aseguró de matar los suficientes para volvérselos a encontrar de nuevo en el infierno. Destruyeron cuanto pudieron y hasta los oficiales se hicieron con algunas indias. Sin embargo, un grupo reducido logró a escapar.

Pero por lo que supieron años más tarde, mas por habladurías que por información que les hubiera dado su progenitor, Leticia ya no era la misma. Lejos de la reacción esperada, en sus ojos se reflejaba un odio que su esposo no supo interpretar. Al parecer, en su momento las autoridades intentaron formularle preguntas, dónde había estado, o que le habían hecho, pero fue en vano. No contestaba nada. Imaginaron que habría olvidado su idioma o estaba conmocionada. Pero finalizado el cuestionario, cuando su padre pretendió darle un abrazo protector, ella permaneció tiesa en su sitio como una rama de quebracho seco.

Fue conducida al fuerte junto al resto de los liberados. La intención de su padre era trasladarla lo antes posible a Buenos Aires para alejarla del horror que habría vivido. Estaba seguro que al ver de nuevo a sus hijos volvería a ser la de antes. Pero cuando él tomó coraje para ir a visitarla a su habitación y tener una charla con ella, Leticia ya se había marchado. No hubo malón, ni huellas de caballos, no había sido un asalto. Ella escapó por propia voluntad en medio de la noche, para reencontrarse con el mismo indio que la había tomado cautiva.

Poco antes de la entrada a la arboleda divisaron a un jinete que venía hacia ellos. Se detuvieron a esperarlo y recién al acercarse se dieron cuenta de que se trataba de una joven. Vestida de luto, pero con ropas gauchas masculinas. Alrededor, le flameaba una larga cabellera rojiza sin atar. Era toda una rareza.

—No tengo idea quién es esa mujer —murmuró Antonio.

—Ha ser europea, por el pelo suelto.

—¿Señor Carrazans? —dijo agitada por la cabalgata.

Los dos asintieron y como ella mirara a uno y a otro, Antonio se presentó.

—Yo soy Antonio y éste es mi hermano Martín.

Miró a los dos pero al ver a Martín pareció sonrojarse.

—Le pido disculpas por llegar sin anunciarme —dijo— pero no encontré quien le acercara una esquila. Soy la señorita Ballantine. Deirdre Ballantine.

Al instante supo quién era porque el nombre figuraba entre los salarios de los libros contables. Nunca la había conocido, ella se ocupaba de Lorenzo justamente fuera de las temporadas de trabajo, cuando Antonio volvía a la ciudad.

—Claro, la institutriz de Lorenzo —dijo.

Martín, intentó disimular su desconcierto. Su hermano, que le negaba a su hija aprender “más de lo que le correspondía”, parecía pretender civilizar al indio. Era algo que ni a él mismo podría habersele ocurrido.

—Correcto —afirmó ella— No me he acercado a presentarme con anterioridad porque el capataz me ha dicho que usted no estaría interesado en los avances. Precisamente, aprovechando este encuentro considero oportuno poner en su conocimiento que el chico es brillante y...

Hablaba continuado y sin tomar respiro, como si las palabras fueran el flujo de una cascada imposible de detener.

—Señorita Ballantine, mi capataz... —la interrumpió Antonio, haciendo una pausa por que iba a confirmarle que seguía sus órdenes, que no tenía interés en enterarse de los adelantos de Aráoz. Pero se recordó a sí que no tenía por qué ser soberbio con esa pobre dama, quizás viuda, que debía rebajarse a trabajar para poder mantenerse.

—Mi capataz —repitió— me ha mantenido al tanto de sus informes. Ciertamente me llama la atención que describa al chico como brillante. Es solo un aborígen —dijo tensando una sonrisa descreída.

—Señor, si me permite. Empecé enseñándole a leer y a escribir. Él se

interesó por conocer de mi país, verá usted, yo soy escocesa.

—Sí, recuerdo al sacerdote haberlo mencionado.

—Así es. Entonces le decía algunas cosas en inglés, y aprendía muy rápido. Se interesó en saber qué otros idiomas yo sabía. Le dije que francés y latín. También los quiso aprender. Tiene una facilidad especial para hablar cualquier lengua.

—Es bastante sorprendente lo que usted cuenta, hace unos años atrás no era capaz de enhebrar dos palabras en español y de pronto es políglota.

La mujer le dirigió una mirada indefinida. Probablemente pensando que no le creía o que se burlaba de ella.

Martín se apuró a tomar la palabra antes de que la conversación agradable se fuera por la borda.

—La verdad es que nos complace que Aráoz tenga tales aptitudes. Y no tengo dudas, el mérito debe ser solo gracias a que ha tenido una maestra excepcional.

Por un momento, la maestra y Martín mantuvieron una mirada sospechosa y a Antonio lo sacó de quicio que el otro estuviera flirteando abiertamente con una mujer de luto. Terminaría de una vez por todas con aquella conversación. Bajando el ala de su sombrero saludó:

—Cualquier cosa que necesite, póngase en contacto con el capataz. Le agradezco su dedicación, señora.

—Señorita —aclaró y saludando a su vez, giró su caballo como para alejarse. Pero para cuando Antonio pensó que el diálogo por fin había acabado, Martín tuvo la creativa idea de invitarla a cenar.



Luego de contar sin resultado una buena cantidad de ovejas, unicornios, dragones y otros seres fabulosos saltando un cerco imaginario, Paula abandonó la cama rezongando. Odiaba la siesta. Nunca había tenido sueño a esa hora del día y sin embargo, debía permanecer injustamente encerrada y a oscuras esperando que comenzaran los primeros ruidos en la casa.

Con su libro bajo el brazo, una manta y la muñeca y bajó las escaleras con el sigilo de un ratón para no despertar a nadie. Podía dar un paseo breve y luego volver a su habitación, sin que se dieran cuenta que faltaba.

Afuera no se veía un alma. Salvo por el coro infatigable de los pájaros y unos ladridos a lo lejos, todo estaba en un letargo límpido.

Se recostó bajo un árbol que tocaba el cielo, entre las raíces que eran tan altas que parecían la fortaleza de un castillo. Pocas veces se acobardaba estando sola, pero el silencio se volvió inquietante y se acurrucó en la manta abrazando a su muñeca. A pesar de la resistencia, al rato le ganó el sueño.

Lorenzo pasaba limando el reborde de una herradura vieja cuando vio una figura acostada a los pies del ombú. Al acercarse, descubrió que se trataba de Paula y que estaba dormida. Se trepó a una rama y se quedó agazapado observando desde lo alto.

En ese instante, una vaquita de san Antonio se le posó en la frente y la vio removerse con suavidad. Su piel era tan clara, que el gesto que hizo le formó una pequeña línea rosada sobre la nariz. Era delicada, era bonita, era la hija del patrón. Pero lo que más le llamaba la atención eran esos grandes ojos negros que ahora no podía ver; le parecían distintos a todos los ojos que había conocido. Tenía que ver esos ojos, aunque no quería que se despertara. Se deslizó hacia abajo y se extendió como una araña sobre ella, sin tocarla, apoyado en sus brazos y con los pies separados. Con suavidad, le sopló la cara para que abriera los párpados. Paula hizo un perezoso aleteo de pestañas

y cuando se encontró acorralada comenzó gritar, y él también gritó y los dos siguieron gritando hasta que ella puso fin al escándalo:

—¿Qué se supone que estás haciendo? —chilló más espantada que enfurecida al tiempo que se incorporaba.

—¡No tiene la bolita del medio de los ojos! —dijo de pronto como si hubiera descubierto el fuego. Paula trató de entender qué le estaba diciendo.

—¿Cómo-que-no-tengo-bolita-en-los-ojos?

—Le falta el círculo negro de adentro —aseguró señalándola con el dedo.

—¡No me falta ningún círculo de adentro! Lo tengo como vos, nada más que los míos son muy oscuros, como los de mi mamá y no se me nota.

—Lorenzo ladeó la cabeza como si la explicación no terminara de convencerlo.

—¿Y dónde está su mamá? —quiso saber para constatar.

—Está en Buenos Aires. No pudo venir porque va a tener un bebé.

Lorenzo pareció decepcionado. Al instante se repuso.

—¿Le gustan las naranjas?

Paula asintió con desconfianza.

—Yo puedo conseguir muchas.

—Yo también pudo conseguir —espetó ella acomodándose el vestido.

Lorenzo redobló la apuesta.

—¿Vio alguna vez un cordero chiquitito, recién nacido?

—No... —dijo visiblemente impresionada.

Él se levantó sonriendo satisfecho y le ofreció el brazo como todo un caballero.

—Yo le puedo mostrar —dijo.

—No me puedo alejar... Me van a castigar si me descubren —contestó ella tomando su brazo.

—Es acá nomás. Nada lejos.

—Está bien.

El corral donde se guardaban los corderos recién paridos estaba semi cubierto por un techo oblicuo que ofrecía reparo. Lorenzo saltó la baranda y con destreza atrapó el más chiquito para Paula. Ella abrazó al animal acunándolo como lo hacía con sus muñecas. Hundió las mejillas en el vellón suave y luego las restregó en el morro húmedo. La hembra empezó a impacientarse y



Lorenzo lo restituyó con sumo cuidado.

Después, la llevó a conocer los conejos, los pollitos, las vacas, los chanchos, los caballos y el monte de frutales. A Paula le parecía que la estancia era inmensa y solo estaban en las inmediaciones de la casa.

—¿Le gusta montar? —preguntó mientras colgaba la herradura limada en un tabique de la cuadra.

—Un poco me da miedo —confesó ella.

—No hay que tener miedo, yo le puedo enseñar. Va a ver que le va a gustar. De pronto, la tranquilidad fue quebrada por el inconfundible chillido de Alicia que pareció hacer eco entre los árboles.

—No sé... —dijo— Me tengo que ir, quizás mañana.

Paula se fue corriendo, aun así alcanzó a escuchar que Lorenzo le gritaba.

—¡A la siesta llevo los caballos al ombú!

Nicolasa cosechaba verduras cuando Paula pasó a su lado a la carrera. Atrás se escuchaba la cantinela de Alicia enfurecida. Pero Paula se escabulló por la entrada de la despensa.

—¿Sabe usted donde está Paula? —dijo acercándose a la negra.

—Si le digo la verdad, le miento.

La institutriz se bajó sus lentes amarillos y le dirigió una mirada de exasperación con los brazos en jarra. Y luego partió empacada como un toro. La mulata se agachó a seguir con lo suyo hablando consigo misma.

—Y pensar que la patrona me la sacó por que se alejó de mí. No, si ya lo decía yo: mi niña es la reina del escape... —se rió mientras sacudía las gotas de un ramito de perejil.

—¿Qué es ese sonido, Ñuque? —preguntó Lorenzo a su madre.

—Es el piano del patrón —contestó ella.

—¿Quién toca el piano del patrón?

—La señorita Paula ha de ser... Escucha, está cantando también... —agregó su amigo Belisario en tanto se limpiaba los dientes con una paja seca.

Se estaban apagando las brasas, la ronda de mate había terminado. Había que ir a descansar. Su madre, le apoyó la mano en la frente. El reverbero de un presagio, como cuando se reconocen los vientos que

anuncian las estaciones, azuzó los sentidos de Lorenzo. Cerró los ojos y abrió los brazos con las palmas hacia el cielo estrellado tratando de identificar el desasosiego que lo invadía.

—Todo se ha callado... —le dijo asombrado a su madre— la hija del patrón le ha robado el canto a los pájaros.

## 6



Estuvo castigada practicando escalas sin parar hasta la hora de la cena. Y no se fue a la cama sin comer gracias a que su tío había invitado a cenar a una señorita. No sabía quién era ella, pero ambas simpatizaron enseguida. Su larga cabellera roja danzaba cada vez que giraba su cabeza, y le hablaba como si fuera adulta, como lo hacía su tío. Parecía maravillada con todo lo que él le refería acerca de su oficio. A tal punto que Martín terminó por sugerirle que ella misma podía ser boticaria si quisiera, como Paulita, dijo.

Luego del postre le pidieron a Paula que interpretara algo en el piano; tuvo que hacer de tripa corazón y aguantarse la ampolla que le había salido en el dedo. Pero no lo hizo solo por educación, ella también quería impresionar a la señorita Deirdre.

A la tarde siguiente ya no le dolía nada y en lo único que pensaba era en cómo escaparse de nuevo. Otra vez, esperó con paciencia. Cuando estuvo segura de que todos dormían, atravesó descalza el pasillo. Pegó la oreja a la puerta de Alicia y no se movió hasta asegurarse de que oía sus ronquidos. Bajó la escalera. Fascinada por la fuga, tomó por el jardín hasta el ombú. No había señales de Lorenzo. Se sentó entre las raíces un rato. Luego se recostó y se hizo la dormida. Cada tanto abría un poquito un ojo para comprobar si Lorenzo había llegado, o pendía sobre ella, o se había trepado a alguna rama. Y nada. Estuvo un tiempo largo esperando y sabía que se levantarían todos y que ella no estaría en su cama. Sabía que Alicia iba a tronar, si es que una voz aguda como aquella podía tronar. Y sabía que de nuevo, tendría que tocar muchas horas para pagar su desobediencia. Y aunque las ampollas le llegaran a los huesos de tantas escalas, no se iba a mover de abajo de ese árbol.

—Paula, esta situación es intolerable. Adonde se ha visto. Usted debe

obedecer. Debe dormir la siesta. Las niñas que no descansan y desobedecen perjudican su salud y la de las institutrices.

Y dicho esto, Alicia tuvo una reacción inesperada, se cubrió con el pañuelo y comenzó a hipear hasta alcanzar un llanto abrumador.

—Perdón. No quiero que llores. No lo voy a hacer más...No me iba a perder, es muy fácil ubicarse. Paseaba por acá nomás... Es que me aburro —decía Paula conmovida.

Alicia terminó de sonarse la nariz y se recompuso al instante.

—Bueno, si está aburrída podemos perfeccionar lo que tocó ayer.

Como ya lo había previsto, no se sorprendió al escuchar la sentencia. Pero antes, quería saber por qué Lorenzo no había ido.

—¿Puedo tomar primero un vaso de leche? —preguntó con la expresión más inocente que pudo lograr.

—Si por supuesto. Ya llamo para que se lo traigan.

—No, no. No es necesario, voy a buscarlo yo misma.

Entró en la cocina y se encontró con la cocinera escudriñando la despensa. La mujer le daba un poco de temor, su madre solía decirle que los indios eran crueles, que no tenían sentimientos y que vivían en el pecado. Lorenzo no le había parecido así, y esta señora no debería ser mala si Nicolasa la trataba. Tomando coraje, se animó a preguntarle:

—Disculpe ¿Sabe usted donde está Lorenzo?

La india la contempló con una sonrisa y una dulzura que la desconcertó. Dio unos pasos pequeños hacia ella y alzó con cautela la mano, como si temiera espantarla y la apoyó en su cabeza. Paula sintió un calor tremendo emanando de esa mano en su coronilla. Y luego, como una especie de arrullo, le llegó su pronunciación melódica:

Es temprano para comprender. Kamapu. Un día llegará, que Piuku lo traerá hecho zorro.

Paula no entendía lo que le decía ella, pero le pareció que debía de ser algo lindo. Nicolasa entró en la cocina y al instante intuyó de qué podría tratarse una conversación entre esas dos.

—¡Hasta aquí vamos bien dijo el pavo en la puerta del horno!

—¿Sabe usted dónde está Lorenzo, Nicolasa? —le preguntó Paula.

—Mi ahijado se ha ido con otros a campar. Llevan una caballada de su padre.

—¿Para qué se llevan los caballos Nicolasa?

—Para la venta mija.

—¿Y por qué vende papá caballos?

—¿Y por qué voy a saber eso yo? Pregúnteme cosas que yo sepa, pues.

—¿Van a tardar?

La negra miró de reojo a la india.

—Pues me parece que se va a quedar con las ganas de volver a ver al niño Lorenzo. Para cuando vuelvan, usted no va a andar por aquí. Y mejor de esa manera, a su taíta no le han de gustar esas amistades con muchachos y Alicia anda con los nervios descompuestos.

Paula emitió un bufido.

—Es que ella siempre anda mal con los nervios ¡Alicia! —recordó de golpe que había puesto la excusa de buscar un vaso de leche y la otra todavía esperaba en la sala.

—Ay hija, es que usted da más vueltas que una oreja —le dijo casi a la estela que dejó.

Se acercó a la india que sonreía, sería por algo que le habrían revelado esos espíritus suyos en Paula. Sabía que era curandera y hasta que veía cosas. A veces iban indios a visitarla y a ella misma le había curado uno que otro empacho. Pero era algo que no practicaba estando el patrón por miedo a que la echara.

—Ojalá usaras tu hechicería para dejarla quieta como estatua. Preparáme unos mates de leche con canela y yo se lo llevo.

Por suerte, Alicia estaba ojeando entretenida nuevas partituras y no la retó por la tardanza.

Paula deslizó el fino paño de terciopelo rojo que cubría las teclas y se sentó en la banqueta. Se acarició los dedos doloridos y echó sus trenzas hacia atrás. Afuera un golpe la distrajo. Un pajarito chocaba contra la ventana una y otra vez como si quisiera entrar al salón. Se puso de pie, abrió el vidrio y el ave se fue volando. A la distancia, una nube de polvo se condensaba en la inmensidad de ese cielo azul. Supo que eran los caballos; la tropilla galopando, los gauchos con pelo largo y vincha, bebiendo de los arroyos y cazando bichos para comer. Para eso llevaban boleadoras en la rastra que envolvía el chiripá. Luego, se juntarían a asarlos recitando poesías, tocando la guitarra alrededor de un fogón y dormirían a la intemperie. Ahí, estaría Lorenzo. Su tío le había contado todo lo que sabía de los gauchos. La pampa les pertenecía y ellos eran libres. No tenían que ir mirando al piso mientras caminaban a la misa, ni aprender aritmética, ni tocar el piano a la perfección. Nadie los ponía en penitencia si se llenaban de barro o no dormían la siesta.

Incluso, comían con los dedos.

Echó un largó suspiro volviendo al piano. No pudo evitar sentir envidia; era mucho más divertido ser gaucho, pensó.



Sobre la fogata, con aparente descuido la mujer iba echando la leña perfumada del espinillo. Hablaba en Mapudungun, la lengua de la tierra.

—La ceremonia del Nguillatún, en memoria de nuestros ancestros.

Las llamas crepitaban en sus ojos y ensombrecían los relieves de su perfil anguloso. La oscuridad, fuera de ese anillo de personas, era un muro. Cerca, el pulular de criaturas salvajes que no se dejaban ver temerosas del fuego.

Lorenzo, esperó la señal de su madre, y poniéndose de pie, empezó a bailar el Choiké Pürün, la danza ritual del avestruz. Dando pasos hacia uno y otro lado con los brazos en la espalda movía la cabeza y el cuerpo al ritmo de los tambores. De pronto, los tambores se callaron y abrió los brazos mostrando un colorido poncho frente a las ofrendas. El altar, estaba compuesto por cuatro escalones de madera que simbolizaban el número mágico. Unas ramas secas lo envolvían para recordarle a la tierra que esperaba sus frutos. En la cima un cuenco con semillas y especias como obsequio. Seis jóvenes más se iniciaban aquella noche. A Lorenzo le dio pena que su amigo Belisario no pudiera asistir por no ser indio, rara vez se separaban.

Pasaron toda la luna de vigilia esperando el amanecer. En ese momento, agradeciendo al sol, enterraron las ofrendas y consumaron la ceremonia purificándose con el agua fría de la laguna.

—Comeñé... —lo llamó. Aunque le hubieran impuesto un nombre cristiano a su nacimiento, para su madre, Lorenzo se llamaba Ojos Lindos o Comeñé.

—Ñuque —contestó él.

—En este mismo lugar a urilla de la laguna, te parí y te lavé con agüita fría para hacerte fuerte. Hace largas estaciones que ya no hay tribus en este

suelo. La tierra, no pertenece a naides y el corazón pertenece ande se amadrine. Tu piuku, tu corazón, es de los Zorros pero debes irte porque así lo han dicho las estrellas.

—Ñuque, soy de donde usted está, no voy a otro lado.

—El patrón te ha dado letras, te ha confiado su rebaño, pero vienen tiempos de cambio. Los zorros somos hijos del viento.

Una brisa premonitoria lo despeinó y Ñuque, agarrándose el estómago, se retorció con expresión contrita. Lorenzo quiso ayudarla, no sabía lo que le pasaba, pero ella lo apartó.

Tanteando una alforja que tenía donde había estado sentada, hundió la mano y extrajo un collar que colgó en el cuello de su hijo.

—Este es un Maimatu, te va a proteger, espanta los malos espíritus.

Lorenzo miró el collar. En el centro, llevaba tallado un zorro blanco.

—Era de tu A Ku, tu abuelo.

Lorenzo de algún modo supo que debía asumir la responsabilidad que simbolizaba semejante regalo.

—Prometo llevarlo con el valor de un guerrero, como el abuelo —su mirada se elevó hacia donde corrían los espíritus que ya no vivían y quiso saber— Ñuque, ¿mi padre era guerrero también?

—No. Tu padre Comeñé, era un huinca que murió para dejarte los ojos.

—¿Y para que tengo yo sus ojos?

—Esos son ojos de mar y de cielo. Están hechos de horizonte. Te dio sus ojos pa' recorrer su mismo camino —la mujer se agachó a tomar un puñado de tierra y dejándola escapar de sus dedos, señaló en dirección a donde la polvareda se esparcía— tienen que llevar las ovejas a pastos tiernos. No han de volver hasta que la medida de sus garrones sea tres más que ahora.

La mujer se levantó y sin volver atrás para no deshacer lo hecho, se alejó por el camino en el que había despuntado la mañana.

Unas horas más tarde, el desayuno no estaba servido y a Nicolasa le pareció demasiado raro; la india se despertaba antes que los gallos y nunca le fallaba al patrón. Cuando abrió su rancho, la encontró muerta. Tenía puesto un traje que nunca le había visto. Entre las manos tenía una caja rectangular de madera que la mulata apartó, para echarse a llorar sobre el pecho de la única amistad que había conocido.





Lorenzo no acababa de asimilar la muerte de su madre cuando Deirdre le entregó una carta que le había llegado del señor Carrazans. Le ordenaba preparar sus cosas para trasladarse a Buenos Aires.

Debía estar donde el patrón lo precisara, pero no entendía qué iba a hacer a un lugar en el que, por lo que le habían contado, no había ovejas. No sabía el por qué ni el para qué. Pero a pesar del limitado entendimiento que podía tener de las circunstancias a su corta edad tuvo una certeza: Nunca había buscado a su forma, advertirle que esto sucedería.

Un hombre se presentó un día para escoltarlo en el trayecto a la ciudad. Se llamaba Bourque y su aspecto era inquietante. Tenía cicatrices profundas regadas por la cara como si se hubiera peleado con una jauría de leones y se movía con un sigilo taimado: ni como paisano ni como señor. Hablaba de modo arrastrado, se notaba era extranjero y su boca era un juntadero de dientes ennegrecidos y desaparejos.

Ya en la huella, Nicolasa buscó interceptar a Lorenzo para despedirse. Pero al reconocer al jinete que iba junto a su ahijado, quedó agazapada contra los matorrales como un búho sorprendido en plena oscuridad. Lorenzo más acostumbrado a detectar los movimientos furtivos que su acompañante, se dio cuenta enseguida que algo andaba mal y dejó a Bourque adelantarse un trecho hasta perderlo en la curva. Ella se sacó el poncho que la cubría y le arropó la menuda espalda y enseguida echó mano al cuchillo que colgaba de la cintura de su ahijado. Por respuesta, él presionó sus dedos fríos con un gesto resuelto que pareció tranquilizarla. Bourque, regresó al instante haciéndoles comer el polvo levantado en el galope. Al descubrir a la negra, arqueó una ceja dedicándole una mueca de diversión y Nicolasa agachó la cabeza y echó a correr hasta perderse en la enramada.

En todo el camino ninguno de los dos dio señales de querer comenzar

cualquier conversación. Las golondrinas planeaban al ras del horizonte anunciando mal clima y los pastos ondeaban al viento. Las espigas azotaban los flancos de los caballos y el de Bourque se removía nervioso. Le dio un par de rebencazos para enderezarlo y luego volvió a pegarle innecesariamente cuando ya se había tranquilizado.

Al parecer, el hombre no estaba acostumbrado a dormir a cielo abierto porque quiso hacer noche en un puesto. A Lorenzo le tocó un camastro lleno de pulgas. Por el hueco vacío que se formaba entre el techo de paja y las paredes de adobe, aparecían y desaparecían vinchucas de todos los tamaños. Un paño que apenas cubría la ventana, aleteaba con la ventisca y los refucilos iluminaron la espalda espectral de Bourque roncando a unos metros. Lorenzo, se escabulló afuera aparejándose encima del recado. Tapado con el poncho de su madrina y apoyado en la rueda de una carreta ajena, pensó en que prefería estar a merced del agua o de una jauría de perros salvajes antes del bicherío y el extraño. De lo primero estaba acostumbrado a defenderse.

La imagen de Ñuque doblándose de dolor se superponía a cualquier otro pensamiento. Ella había elegido morir después que él saliera con las ovejas. La sequía lo trajo antes para alimentar la majada en los escasos pastizales sembrados de la estancia pero aun así, no llegó a tiempo. No es que Lorenzo no supiera de la muerte, pero por mera superstición infantil, no creía que su madre pudiese morir. Nicolasa tuvo que explicarle de varias formas hasta que entró en razones de lo que le trataba de decir. Comprendió que tenía doce años, que ya era un hombre y que estaba solo.

Unas gruesas gotas de lluvia le pegaron en la cara y sintió una puntada agria en la boca del estómago. No le tenía miedo a la noche de la pampa, ni al temporal que se cernía sobre él, ni a los animales al acecho. No, él conocía de qué se trataba todo eso, era su territorio. Lo acobardaba este éxodo, la ciudad sin ovejas, los días sin madre. Las lágrimas se le apiñaron hasta que el pecho se le hundió en sollozos. Escarbando en el suelo fangoso se ovilló comprimiendo todos sus músculos. En la palma de la mano apretó el collar de sus ancestros. Un alivio palpable se apoderó de él cuando todo lo que quedaba del linaje de los zorros se le clavó en la piel. Quizás él fuera el último de su tribu pensó mientras veía correr la sangre. Y en algún momento luego de aquel descubrimiento, se quedó dormido.

\* \* \* \* \*

La impresión inicial que tuvo de Buenos Aires fue lo único que recordaría para siempre: el olor repugnante de los saladeros, lo incómodo de montar por las calles empedradas, y ese río ancho del que no se distinguía la otra orilla. Lo que vino después, se esfumó tan rápido como el resplandor de un fósforo ¿Qué podrían haberle dicho para que él se subiera a ese barco? Recordaría algo parecido a una ambigua protesta con los vagos argumentos que podía esgrimir un peón a su edad y que a nadie le importó.

Bourque, embarcó con él. Se había cambiado de ropas y parecía haberse sometido a una operación de camuflaje: rasurado y peinado, llevaba un libro de adorno debajo del brazo y ocupó un camarote de primera. A Lorenzo le entregó un boleto en tercera clase y nada más, ni una moneda, ni alimento. Desapareció por el resto de la travesía.

Recordaba haber compartido el camarote con cuatro mujeres y seis niños. Cuando ellas le preguntaron por qué iba a Inglaterra no supo qué responder. Y también recordaba haber jugado con los chicos y haber visto a esas señoras descomponerse del estómago como su madre. Pero ellas no morían.

Y el mar. Recordaba la emoción que le causó el mar. Era como la pampa, pero en vez de verde, azul. El viento no ondeaba los pastizales dorados por el sol, pero movía las aguas con idéntica vehemencia. Los animales aparecían y desaparecían con la misma gracia que en la llanura. Estaban por ahí, había que estar atento para descubrirlos. A veces eran gaviotas revoloteando y no había manera de adivinar de qué lugar vendrían o donde harían nido. Otras eran delfines saltando sobre el surco de agua que enroscaba el barco a su paso. Una tarde, vieron ballenas. Lorenzo preguntaba cómo se llamaban los bichos a quien quisiera responderle. No era difícil encontrar algún pasajero dispuesto, paseando por la cubierta aburrido. A veces, bajaba a la bodega. En ese encierro lleno de cajas apiladas, baldes y equipajes estaban los oficiales de pañol en sus tareas de mantenimiento. Allí conoció a uno de sus tantos protectores en aquel solitario periplo, un tonelero que reparaba los barriles con aros metálicos y tablas, y a quien ayudó a cambio de una frazada agujereada.

Tuvo que arreglárselas para comer. Las mujeres al principio compartieron con él pero luego no alcanzó para todos. Había visto a los jugadores de póquer ganar dinero en cubierta pero no tenía para apostar. Se quedaba horas mirando ese ir y venir de cartas y no tardó mucho en aprender el juego. Un francés avezado en artimañas, lo había estado observado espiar

los naipes. El idioma no impidió que se entendiera la propuesta y sellaron el trato. No era complicado: curioseaba, hacía señas, el francés ganaba y dividían las ganancias. Con eso alcanzó para mantener la panza llena todo el camino y devolverles el favor a sus benefactoras de camarote. Aunque nadie lo descubriera no se sentía orgulloso engañando. Aunque en la trampa descubrió una habilidad en la que nunca antes había reparado: era buen observador. Con solo prestarle atención a unos pocos gestos de los participantes, ya sabía si tenía que ganar la confianza o pasar desapercibido. Si estaban en guardia o por lo contrario, relajados. La forma de respirar, de tocar las cartas, la posición de los hombros. Ya casi ni necesitaba espiar para saber cómo se iba a desencadenar el final de cada partida.

Cuando el barco atracó en el puerto de Liverpool, Bourque reapareció. Había desembarcado antes y lo esperaba en el muelle sonriendo con esa sucesión desagradable de dientes podridos. “Has engordado”, se burló y Lorenzo sospechó que el pasaje en primera clase posiblemente se lo había pagado con lo destinado a su comida. Todo era muy extraño. Pero intuía que ni Carrazans ni ninguna persona se tomaría tantas molestias con el propósito hacerle daño, así que se dejó conducir. Conservaba su cuchillo pegado a la cintura por si acaso.

Saliendo del muelle tuvo la sensación de que el piso se hundía, como cuando pisaba las parvas de lana y jugaba con Belisario a caminar por las nubes. Y un par de veces tuvo que agarrarse de la baranda porque le parecía que se iba a caer. Había escuchado a un marinero decir que sucedía.

Tomaron un carruaje de alquiler hasta las afueras de un poblado llamado Hampshire. Un sitio repleto de árboles de las más variadas tonalidades detrás de los que se asomaban restos de fuertes y algunos castillos. Luego de trajinar serpenteando entre bosques y praderas, llegaron a una construcción enorme y amurallada. Una majada atravesó el portal y si bien Lorenzo no tenía idea de lo que sería de él, esas ovejas lo tranquilizaron.

Un monje salió a recibirlos y Bourque le extendió un sobre que éste guardó celosamente entre los pliegues del hábito. Bourque hizo una especie de reverencia tosca y desapareció en el mismo carruaje que los había trasladado hasta ahí.

La puerta se cerró y el padre August, como se presentó, condujo a Lorenzo explicándole en inglés que podía dejar sus cosas y que luego lo llevaría a recorrer el lugar. El monje hablaba amablemente pero a Lorenzo le costaba seguir la velocidad del idioma. Era muy diferente a lo que había

estudiado con Deirdre. Una veintena de chicos vestidos de gris paseaban y jugaban en el jardín. No muy lejos, un arroyo y un grupo, de más edad, remando o nadando.

—Dónde estoy —preguntó al fin.

—Saint George —contestó el hombre mirándolo con pena.

No era raro que los chicos llegaran sin estar al tanto de lo que eso significaba. Saint George era un orfanato. Quienes entraban ahí, eran huérfanos o bastardos que por lo general, tenían algo que ver con estratos sociales altos por lo que recibía generosas contribuciones. Tenía las mismas disciplinas que cualquier institución educativa y aquello ciertamente insidiosa en preservar la conciencia de quienes los abandonaban a su suerte en ese sitio.

El inmenso salón donde se hospedaría, tenía unas ventanas grandes pero que no estaban a la altura de un niño, permitiendo pasar abundante luz aunque no ver el exterior. Una cantidad incierta de camas apiladas, se alineaban a lo largo de un pasillo de pisos brillosos. A los costados, unos muebles sin puertas, mostraban la prolijidad con la que se guardaban los efectos personales de los pupilos.

Lorenzo por todo equipaje tenía un atado con una muda de ropa y el poncho. Pero como pudo observar más tarde, los demás niños tampoco tenían mucho. Dentro del edificio estaba la sastrería y zapatería para vestir a los alumnos. Ahí se dirigieron para verificar sus medidas y el padre August le entregó lo que de ahí en más sería su uniforme: unos pantalones oscuros con rayas delgadas, chaqueta negra con faldones y chistera, botines acordonados y una camisa blanca. Todo era nuevo y era la primera vez en su vida que no se vestía con algo que había pertenecido a otro.

Los internados estaban divididos por edades. Los más chicos, no hacía mucho que habían abandonado los pañales y se ubicaban en el primer piso, donde estaban a su vez, las habitaciones de los monjes. Los mayores se ubicaban en el segundo piso pero no siempre estaban todos. Gozaban de cierta libertad para entrar y salir por haber conseguido algún trabajo o enrolarse en la milicia y terminaban abandonando el lugar inexorablemente a los dieciocho años. El resto únicamente salía por medio de un padrinazgo. Él al principio no entendía muy bien de qué se trataba eso; veía llegar carruajes, recoger algún chico y luego regresarlo. Le preguntó al padre August, siempre estaba dispuesto para conversar y era el único con el que podía entenderse bien porque hablaba algo de español. Él le explicó que los padrinos eran

tutores que caritativamente, se responsabilizaban por algún huérfano que elegían. Podían hacerse cargo de conseguirles útiles, ropa o llevarlos a algún paseo. Mirando la última volanta que desaparecía por el camino, deseó que alguien lo llevase a él también. Más tarde se fue dando cuenta de que por lo general, los elegidos eran los menores y los más agraciados. La selección era bastante cruel, los posibles candidatos se presentaban en fila, esmerándose en el peinado y en la sonrisa frente a los interesados. Pero al final ninguno era adoptado, pasado el entretenimiento o la exhibición social, volvían a dejarlos.

Poco a poco se fue adaptando a la rutina cotidiana que tan distinta era a todo lo que él estaba acostumbrado. Al comienzo el mayor inconveniente tuvo que ver con la dinámica del lenguaje; por más que lo había estudiado con Deirdre, todos hablaban muy rápido y a veces utilizando modismos imposibles de traducir. Pero al no poder hablar con nadie, salvo el padre August, en su lengua natal, con la práctica se fue al extremo contrario, hasta que le costó en algún momento recordar como se decía algo en castellano.

La comida era completamente diferente pero le parecía mucho más sabrosa que la criolla; a la carne por ejemplo, la aderezaban con distintos tipos de salsa, la comían medio cruda y era blanda en la boca, todo lo contrario al charqui del campo al que se debía masticar y tironear para arrancar un pedazo tragable. Los postres eran lo mejor: tenían cremas de colores que jamás había probado. Los juegos, las canciones, las cosas que se hacían todos los días. Se fue haciendo a la idea de no preguntarse, de olvidar todo lo relacionado con el mundo exterior y fue así como empezó a borrar sin darse cuenta su pasado. La mayoría ahí, de una manera u otra también lo hacía.

Con los domingos llegaban las visitas, pero no había muchos internos que fueran visitados. De cualquier manera, era día libre y el descanso comenzaba luego de la misa dominical. Al llegar el invierno, había vacaciones navideñas, pero pocos eran retirados del establecimiento. El comedor se adornaba con ramas de muérdago, se cenaba ganso asado y entonaban villancicos mientras veían caer la nieve serena por la ventana. Nunca antes había comido ganso. La primera vez que se lo pusieron enfrente, pensó en que era la gallina más grande que había visto en su vida.

Todo obedecía a una rutina preestablecida. Y en los segmentos idénticos en los que se dividían las semanas, o las estrictas normas de conducta, Lorenzo se sentía seguro. No importaba qué pasaba allá afuera o en cualquier lugar del planeta, él tendría al día siguiente comida en la mesa, una

cama caliente y un maestro que le ordenara lo que se esperaba de él. El mínimo intento por desviarse de lo establecido era severamente castigado y los correctivos iban desde el ayuno hasta algún azote. Pero Lorenzo jamás se metió en problemas porque no tenía flojedad ni para las labores ni para el estudio. Como todos, a las seis de la mañana asistía a la misa del alba y luego concurría a desayunar. Volvía a asear el cuarto y tenía clases hasta el horario de almuerzo. Por la tarde, ayudaba en tareas de mantenimiento o participaba de las actividades artísticas o deportivas y terminaba el día con una cena y otra misa. Las campanadas del patio convocaban a una u otra tarea.

Estudió geografía política y económica, historia, gramática en latín, matemáticas, y literatura. En historia, memorizó las monarquías inglesas, de los reyes y reinas y las batallas. Le daban tanta relevancia a estos datos como a las plegarias. A veces pensaba en Deirdre y se imaginaba contándole todas las cosas que había aprendido.

También pensaba mucho en su amigo Belisario, en cuando competían por cualquier cosa que se les ocurría; si había que ir hasta un lugar, corrían una carrera a ver quién era el más rápido. Si iban a pescar, quién atrapaba el pez más grande. Si montaban un potro, quién aguantaba más corcoveos. Todo el tiempo estaban moviéndose, jamás se quedaban quietos. Por eso a Lorenzo le gustaban tanto los deportes allí. Si no hubiese sido por los deportes, podría haber sido fácilmente el centro de burlas debido a su exótico color de piel, tan diferente a las amarfiladas de sus compañeros, o sus esmerados intentos por tratar de hacerse entender. Pero el desempeño en la competencia era de vital importancia en este país. En el remo, sobresalió entre los novatos y a las pocas semanas, ya estaba compitiendo contra los mayores. Cuando el invierno hizo imposible continuar con la rutina, empezaron a jugar al criquet y football de carnaval. A Lorenzo le gustó más el segundo y sobre todo, en la nieve. El criquet era un juego tranquilo para el que se requería paciencia y precisión. El Football de Carnaval era pura fuerza física que incluía zancadillas, amontonamientos, y velocidad. Se tomaba, se pasaba y se corría con la pelota en la mano logrando puntos al pasarla por unos palos con forma de hache, tumbando a todo el que se interpusiera. A medida que fueron pasando los meses y casi de un año a otro, su cuerpo fue cambiado considerablemente y ostentaba una resistencia que lo hacía difícil de derribar.

A pesar de sus esfuerzos, no era complicado darse cuenta de que carecía absolutamente de talento artístico. Su mentor, en vano intentó con el piano, la gaita y el laúd. De los dedos gruesos de Lorenzo solo salían sonidos

inarticulados y estrepitosos que no guardaban ritmo ni armonía. Pero aun así, apreciaba la música y mucho. Por eso le gustaba estar con Thomas. Fue eso quizás lo que los convirtió en grandes amigos.

Thomas era extremadamente perezoso y torpe para moverse. Asistía a los encuentros deportivos solo para sentarse en el banco y echaba a perder en cuanto podía el resultado de cualquier competencia para que lo volvieran a sentar allí. Y aunque pudiera ser imposible que alguien lo admirara por ello, a Lorenzo le parecía loable que alguien en ese sitio tuviera las agallas de elegir por su cuenta que era lo que quería o no hacer. Y mientras el resto se abalanzaba salvajemente uno sobre otro en busca de una pelota embarrada, Thomas sacaba un libro de partituras y leía como si allí se estuviera contando la historia más cautivante de todos los volúmenes de la biblioteca. Pero aunque su conducta fuera de lo más interesante, nada se comparaba a cuando comenzaba a tocar el piano; era un instante mágico. A Lorenzo se le despertaban todos los sentidos y los recuerdos de repente y de forma descontrolada: los caballos salvajes galopando por la pampa, aromas a leña y a cocina tibia. El pan de grasa amasado esponjoso por las manos de su madre y el silencio en Los Robles como cuando la hija del patrón, también sentada al piano, les robaba el canto a los pájaros.





—¿El sirviente que recibió la correspondencia, ha recordado algún otro dato?  
—preguntó con impaciencia la condesa de Devonfort a su mayordomo.

—No señora. Insiste en que no recuerda nada en particular —contestó William al tiempo que servía el té.

La mujer se levantó del sillón y se paró junto a la ventana con expresión furibunda. Las nubes iban pasando por sobre el paisaje otoñal oscureciendo ciertas zonas y resaltando otras. Como los árboles que conservaban aún sus hojas marrones y que descubiertos de repente por esa luz espectral, parecían estar muriendo.

—Échelo —dijo tranquilamente infundida por la escena— Que sirva de ejemplo para los demás. Si alguna persona trae un mensaje o lo que sea, quien lo recibe debe saber al menos con quién está tratando.

—Sí, milady —contestó él pero no salió de la habitación. Sabía que hasta no ser dispensado, no le convenía ni siquiera respirar.

Abandonó su sitio y comenzó a pasearse por delante del sillón rígida, con la frente en alto y los brazos cruzados detrás de la espalda.

William pensó en que la condesa, a pesar de su refinamiento, se movía de manera muy masculina. Estaba excedida de peso y sus atributos eran casi nulos. Por increíble que pareciera, había tenido un hermano gemelo muy agraciado que murió de tisis en plena juventud. Bastaba observar el óleo donde los dos retozaban en una hamaca para concluir en que la naturaleza dotó a uno con lo que le había sacado al otro. Los dos tenían cabello castaño y ojos claros, pero en el varón todo era armónico; la expresión, el cuerpo y hasta la manera de sentarse. Ella en cambio, ya de chica era desproporcionada al detalle: tenía un torso demasiado grande para piernas tan cortas y una cabeza que era un pelambre de rulos. La edad le había sumado ahora, lunares horribles en zonas inquietantes. El peor, era uno de tamaño considerable

emplazado en la oreja que a primera vista, daba la impresión de ser un insecto parasitándola. Debajo de la nariz, otro con un ramillete de vello denso, y William no podía creer que nadie le hubiera sugerido alguna vez rasurarlo. Eso sí, su gusto por el vestuario era intachable porque se podía permitir disponer de lo más exclusivo. Jamás se sacaba los guantes y William sabía el motivo: sus jaquecas recurrentes fomentaron el vicio de masticarse las uñas hasta dejar una lámina arrugada que apenas pendía de sus dedos. Pero ella no parecía tener problemas con su autoestima; era astuta, rica y tenía la extraña virtud de permanecer indolente como un florero.

Su falta de encanto y su fortuna, eran seguramente las razones por la que se casó con el Conde de Devonfort cuando ella era prácticamente una niña y él tenía un pie adentro del cementerio. En poco tiempo terminó por perder todos sus lazos de sangre. Después del conde, murieron sus padres y años más tarde, su gemelo, consumido por la enfermedad y por la tristeza cuando su esposa no sobrevivió a su primer parto.

Así fue como la condesa quedó a cargo de su sobrino huérfano. Por supuesto, ella carecía totalmente de instinto maternal o algo semejante, así que se preocupó por despacharlo lo más lejos posible hasta que se le ocurriera qué hacer con él. Pero por más que tratara de evitarlo, la criatura díscola parecía empeñada en llamar su atención: a duras penas terminó sus estudios luego de haber organizado desórdenes estudiantiles, escapadas y hasta manifestaciones públicas e indecorosas con damas respetables. Y no es que hubiera infligido alguna ley, pero hacía tambalearse continuamente, el prestigio de generaciones de linaje. Las quejas venían de distintos ámbitos, y la condesa se convenció de que ese demonio había venido al mundo solo para aumentar sus dolores de cabeza.

William conoció al sobrino de la condesa en una de esas lejanas temporadas en donde ella todavía organizaba cacerías de zorro para entretener a sus invitados y no volvió a verlo nunca más. Lo recordaba alto, elegante y resuelto. Caminaba con despreocupado garbo, como quien sabe que puede comprar cada baldosa que pisa; pero a juicio de su tía era un bueno para nada. No le interesaban los negocios y si alternaba en eventos sociales, era solamente para ejecutar sus conquistas.

La antipatía de ambas partes, la riqueza compartida sin más herederos y otras diferencias insalvables provocaron el alejamiento de Charles. Supo que el joven reclamó su parte de la fortuna y que había viajado a la Argentina para finalmente hacer algo provechoso con su dinero. Para la condesa,

aquella expedición a América era una excusa. No creyó que fuera capaz de concretar inversión de ninguna especie y posiblemente todo se tratara como siempre, de algún escándalo del que debía escapar. Si de algo lo acusaba aparte de su propia jaqueca, era de malgastar hasta el aire que respiraba.

Al tiempo se supo que murió de un disparo en una cacería cerca de Buenos Aires. A la condesa no le afectó la noticia en su momento ni mostró después mayor preocupación por las acciones legales seguidas al infortunio. Nadie hubiera puesto en duda su pesar, ante todo se debían guardar las apariencias; desde que William la conocía mantenía el luto riguroso y así siguió. La señora envió un emisario al Río de la Plata para tramitar la documentación necesaria y ya, única dueña de su patrimonio y reconquistada su reputación, por fin había encontrado la tan ansiada paz. Hasta ahora.

—Creo que ese tal Antonio Carrazans está tramando algo con todo esto, pero todavía no tengo en claro qué —dijo ella de repente y William, interrumpido en sus pensamientos, se limitó a quedarse firme en su lugar. No emitir juicio, no evidenciar ningún gesto ni siquiera indiferencia. Después de tantos años al servicio de la condesa, había aprendido no solo a quedarse parado hasta que lo echara, sino también que, aunque diera la sensación de por momentos esperara su opinión, no era así.

—William...

—Condesa.

—¿Cuánto lleva usted trabajando aquí?

¿Podía ser que le leyera el pensamiento?

—Catorce años milady.

—Ella pareció sopesar riesgos. Se sentó en el sillón y comenzó a tamborilear en el apoyabrazos. De pronto lo examinó reflexiva.

—Necesito encargarle una tarea un poco más compleja que las habituales. Preciso de su prudencia y su tacto para éste asunto. Sé que usted no me va a fallar —lo lisonjeó.

—A su servicio condesa.

—Quiero que se traslade a Hampshire. Entrevístese con el religioso que regentea Saint George. Conozca a este... —y haciendo una leve inclinación sobre el papel, tiró de la cadenilla de oro del monóculo para calzárselo en el ojo— Lorenzo Aráoz —Observe si es cierto que se parece tanto a mi difunto sobrino. Finja que está interesado en apadrinarlo. Pregunte también por otros jóvenes para no llamar la atención.

—Por supuesto, milady.

Ella hizo una mueca afable y suavizó el tono, como dramatizando la manera en la que William debía conducirse.

—Debe acercarse. Conversar con él, para dimensionar cuánto es lo que sabe...Anote todo lo que averigüe. No pierda detalle. Parte mañana mismo. Ya puede retirarse.

—A sus órdenes condesa —dijo haciendo una reverencia y se diluyó entre la puerta y la oscuridad del pasillo sin hacer el más mínimo ruido.



En un primer comienzo, William se había desempeñado como ayudante en el palacio de la condesa. Podía definirse a sí mismo como una persona tranquila y reservada. El resto de la gente lo veía del mismo modo por eso fue recomendado para ese puesto después de unos meses cuando el mayordomo anterior renunció. No era fácil trabajar con ella y con sus arranques de ira. Jamás había tenido otro gesto, salvo este pedido especial, que denotara alguna afabilidad de su parte. Ciertamente, hacía muy difícil tenerle algún tipo de simpatía.

Como distracción a su trabajo de mayordomo, tenía un franco a la semana y lo usaba para visitar a sus parientes y hacer una salida nocturna. Salvo estas excursiones al pueblo, las jornadas eran aburridas y monótonas y se había acostumbrado a ello con facilidad. Pero esto de jugar al detective lo inundó de una ansiedad novedosa.

Tenía serias dudas de que la condesa asumiera alguna consideración hacia un posible vástago de su sobrino, pero en la impaciencia de sus acciones, se adivinaba, no estaba tranquila con el descubrimiento.

Ella había abierto un pequeño cajón del escritorio con una llave que llevaba colgada al cuello. De ahí extrajo un retrato que conservaba de su sobrino vaya a saber por qué misteriosa razón. Se lo entregó para orientarlo. De todas formas, a él le pareció ridículo poder establecer la paternidad de alguien con tan solo una imagen aunque por supuesto no siquiera lo sugirió.

La entrevista con el Superior de la orden fue amena y por sobre todo, instructiva. La obra se solventaba con el valioso aporte de señores que por lo general, tenían un pecado a ocultar detrás de esas paredes. Así fue que la presencia de William no necesitó de ninguna explicación, era común que el

sitio recibiera este tipo de visitas. Bastó con manifestarle su intención de conocer las instalaciones y observar a los alumnos en su desempeño.

Caminando junto al religioso por los pasillos escuchó un piano; una interpretación de tal nivel de excelencia que era imposible ignorar.

—¿Es un pupilo el que está tocando? —preguntó asombrado.

—Pase por aquí así puede escucharlo mejor —lo instó sin ocultar su orgullo mientras abría la puerta de la sala de música.

El pianista de inmediato dejó de tocar y se puso de pie respetuosamente.

—Sigue tocando Thomas —lo animó el religioso. El chico volvió a ubicarse en su butaca y mientras continuaba con su ejecución, el religioso le refirió a media voz que el apellido del chico era Rickinson, que aspiraba a entrar a la academia de artes cuando cumpliera los dieciséis y que no tenía familia ni padrino.

William sabía lo que le deparaba el futuro a ese chico si nadie pagaba su carrera, terminaría desperdiciando su talento en la milicia o martillando un yunque para sobrevivir.

El clérigo pareció calibrar su interés y luego deslizó:

—Esperamos que alguna persona se interese en él pronto.

William asintió.

—Escucharon un poco más de la pieza y luego retomaron el paseo.

Recorrieron la galería flanqueada por rosales blancos y amarillos que abrazaban las columnas. A los costados, rodeadas por árboles repletos de frutos, se erigían esculturas de diferentes santos. Una amplia terraza se abría a mitad del edificio, desde dónde se apreciaba abiertamente todo el paisaje incluyendo un espejo de agua en donde se estaba practicando remo. Un grupo de pupilos que había terminado de acomodar sus embarcaciones, avanzó hacia ellos trotando alegremente como si no vinieran de hacer ejercicio.

—Y éste es nuestro equipo de remo.

Los jóvenes se detuvieron con respeto al encontrarse frente al Superior. Comenzó nombrándolos de izquierda a derecha, pero William no necesitó presentaciones. Encontró lo que buscaba con solo verlo. Ahí estaba Lorenzo Aráoz. Y el parecido con la imagen que guardaba en el bolsillo de su chaqueta era tal, que si no hubiese sido por su tez, bastante más oscura que la de su progenitor, se podría decir eran la misma persona. Los ojos azules, las pestañas largas y pobladas, el remolino de pelo cayendo en la frente, el hoyuelo profundo dividiendo la mandíbula angulosa.

El Superior los autorizó a seguir su carrera y mientras se alejaban, se

detuvo a hacerle una breve descripción de las bondades de cada uno. Pero facilitó mucho la conversación al poner especial énfasis en Lorenzo cuando le confesó que era uno de sus alumnos predilectos. Le reveló que recibía aportes desde Argentina para su educación pero que jamás nadie lo había visitado nunca ni nadie le escribía. Incluso nadie había preguntado por él en todo el tiempo que llevaba allí. Que al principio le había costado relacionarse pero luego hizo migas con Rickinson, el pianista.

—Ellos a veces ni hablan entre sí, Lorenzo se sienta a escucharlo por horas y Thomas toca encantado para su único oyente.

William había quedado tan sorprendido con el hallazgo que volvió a mirar atrás hacia el grupo.

—Incluso, tiene habilidades físicas increíbles —ponderó el fraile— se destaca en todo lo que requiere destreza. Es puro temperamento. Aunque no tiene vocación —dijo meneando la cabeza con evidente preocupación— pero no es de extrañar, no ha tenido buena cuna. Tengo entendido que donde vivía domaba caballos y era arriero. Imagino será un buen soldado si se pone al servicio de la corona.

—Es probable —dijo William pateando las piedritas del piso— Aunque si es bueno con los caballos, la condesa tiene frisiones, sería cuestión de probarlo.

—Por supuesto. Si quiere puede dialogar con él luego de que se ponga en condiciones.

—Cómo no. También quisiera saber un poco más del joven pianista.

William terminó la visita haciendo una onerosa donación a nombre de la Condesa de Devonfort.

Primero se había entrevistado con Thomas; ella le había pedido mostrar interés por algún otro pupilo y estimó que el chico merecía una oportunidad. Por otro lado, era el único vínculo que tenía Aráoz.

Luego conversó con Lorenzo para terminar de confirmar lo que rezaba la esquila recibida por la condesa: el chico no tenía ni idea de quien era su padre. La madre de raza india, fue sirvienta desde niña de la familia Carrazans. Luego murió de algún tipo de infección imposible de determinar porque no tuvo atención médica. Por alguna razón, esta mujer se había cuidado de no revelar la identidad del progenitor, un punto a favor de la condesa en caso de pretender negar su parentesco. Tampoco sabía los

motivos que había tenido su patrón para enviarlo tan lejos de su patria.

William sintió cierta impaciencia luego de haber visitado el instituto. Realmente deseaba que la condesa continuara la lucubración que estaba planeando y favorecer así a esos jóvenes. Uno tenía una carrera artística por delante que la pobreza no iba a poder solventar. Era un chico tan sensible como introvertido. El otro era hijo de un noble y probablemente nunca lo supiera. Pero era imposible prever la resolución que ella tomaría.

Luego de haber hablado un rato largo con Lorenzo, quedó asombrado de la personalidad que irradiaba. Lo que se podía esperar de un chico abandonado a su suerte a miles de leguas de distancia de su hogar, no era justamente lo que encontró. Por el contrario, parecía indoblegable. Porque eso fue exactamente lo que percibió William en ese primer encuentro; no era en absoluto un chico desvalido en un orfanato. Eso explicaba por qué era el preferido del regente, dirigía el equipo de remo y era el motivador para el espíritu atormentado de su compañero Thomas.

Pensó en que si el destino hubiera sido distinto o si existiese testigo que tuviera pruebas, cosa que parecía improbable, ese chico sería el heredero de toda la fortuna de la condesa. Golpeó con los nudillos el techo del carruaje. ¿Y por qué no? Pensó mientras los caballos comenzaban a avanzar perezosamente. Con alguna opinión que rayara la inocencia, podía influir en ella, presionarla a pronunciarse en el asunto. Esa mujer escrupulosa no podía morir sola ahogada en su riqueza cuando existía alguien con su sangre merecedor, por derecho o por cualidades, de heredar algún día todo aquello.





Cumplía quince años y estaba sentado al borde de la cama sosteniendo el sobre lacrado entre sus manos.

La única diferencia entre ese día y el resto de los días era la entonación en el desayuno de la canción de cumpleaños por sus compañeros del internado. No había regalos, ni torta, ni otra manifestación de afecto más que aquella. No es que Lorenzo estuviera habituado a estas tradiciones; allá en el campo casi ni se conocía en qué fecha se había nacido. Pero a la distancia y en su soledad, sentía la falta de hasta lo que nunca había tenido.

En ocasiones miraba de lejos y con cierto recelo el buzón con su nombre. Cada uno tenía el propio y semejante abundancia de espacio para nada parecía una burla siniestra. Ni se le hubiera ocurrido revisarlo como hacía el resto de los compañeros a los que veía decepcionarse una y otra vez. Pero cuando la semana anterior pasó por delante, vio la punta de un sobre asomar por la ranura. No tenía a nadie que pudiera escribirle. Lo más seguro era que se tratara de una carta puesta en la casilla equivocada. Abrió con cautela la puerta enrejada como si del interior estuviera a punto de escaparse un pájaro. Leyó la letra redonda y prolija del remitente. Miss Deirdre Ballantine, su maestra del campo. Entonces, la escondió entre las páginas de un libro y se dedicó a mirar el sobre cerrado por siete días esperando este momento. Éste sería su regalo de cumpleaños.

Miss Deirdre comenzaba disculpándose por el tiempo transcurrido explicándole cuánto le costó dar con su paradero. Pero le aseguraba que de recibir su respuesta continuaría escribiendo asiduamente. Le contó que el señor Carrazans había estado bastante ausente debido a que su esposa tuvo inconvenientes en el parto al dar a luz mellizos. Que recién pudo saber dónde estaba Lorenzo cuando toda la familia se trasladó a pasar la temporada de esquila. El hermano del señor Carrazans, don Martín viajó con ellos y

comenzó a cortejarla y no pasó mucho hasta pedirla en matrimonio. La boda se celebraría en Buenos Aires porque ahí vivían todas sus amistades. Miss Deirdre estimaba, estas líneas llegarían a Hampshire luego de que ella se casara. Le preguntaba por su rendimiento académico y por sus ocupaciones cotidianas. Esperaba, él se encontrara con buena salud e indicaba su nueva dirección para que pudiera responderle.

Pero ésta no fue la única sorpresa que recibió Lorenzo ese día. Un caballero, con quien se había entrevistado en una ocasión, volvió a visitarlo para hacerle una propuesta. Por empezar, estaba interesado en que adiestrara caballos en una propiedad en las afueras de Londres. La campiña, era de una condesa para la cual trabajaba y los caballos se utilizaban para el esparcimiento de sus invitados. Recibiría a cambio, algunas libras en pago y podía aprender cosas que no se veían en la escuela, le aseguró. Lorenzo pensando que esa instrucción adicional se refería al oficio de palafrenero, se encargó de aclararle que tenía los conocimientos necesarios. William sonrió ante la dignidad del chico sin decirle que, en lo que se lo iba a instruir no tenía absolutamente nada que ver con tareas de establo.

Lorenzo sabía que este tipo de proposición era a lo que él debía aspirar. Un trabajo, la manera de ganarse la vida y forjarse algún futuro en este nuevo país. Lo habían preparado para eso y la oportunidad llegaba. A pesar de que lo apenaba abandonar esas paredes que lo habían protegido, su espíritu anhelaba la libertad nuevamente. Estaba ansioso por aventurarse en nuevas experiencias y conocer al fin, Inglaterra.



*Océano Atlántico, cerca de las costas del Brasil.  
Fines de Marzo de 1868.*

El mar, y nada más que el mar. Ni un guijarro siquiera sobresaliendo del paisaje que hacía más de dos meses se prolongaba hasta el horizonte. Harían escala en Río de Janeiro para luego continuar hacia la cuenca del Plata; Montevideo y más tarde Buenos Aires.

Lorenzo divisó las primeras islas. Sin levantar las manos de la barandilla volteó para dirigirle un gesto piadoso a su acompañante. William, que descansaba en cubierta recostado en una mecedora blanca, entornó los ojos. No le bastaba con tocar un puerto cualquiera. Necesitaba llegar a suelo firme y, de ser posible, no volver a poner por el resto de su existencia, un pie en nada que flotara.

Lorenzo abandonó el avistaje para sentarse a su lado. Lo apreciaba con el respeto y el cariño que se podía sentir por un tío bonachón. William se había convertido en su mentor cuando Lorenzo no podía esperar nada de nadie. Durante años, se las había arreglado para sacarle provecho a las incertidumbres de la condesa, quien hasta el día de su muerte se atormentó a la espera de que alguien apareciera con pruebas de que su capataz de establo era el heredero de Devonfort. Quizás ese era el motivo por el cual quería tenerlo cerca: llegado el caso, Lorenzo debería estarle agradecido.

Ignorando por completo su parentesco, él nunca tuvo más contacto con la señora que para ensillarle alguna vez el caballo. Solía tratarlo con extraña curiosidad y él estaba seguro de que el problema era el color de su piel, parecida a la de los gitanos que solían verse emborrachándose y robando por la comarca.

William no tuvo más remedio que ocultarle su verdadero origen, pero a cambio tenía un plan más ambicioso, un capricho personal: transformarlo en un noble. O al menos darle el refinamiento y la distinción que lo hicieran parecer tal. Y la condesa finalmente tendría sus propias razones no menos misteriosas ya que no opuso reparos en acceder a las desopilantes pretensiones de su mayordomo si éste sugería que necesitaba una instructora de baile o un ayuda de cámara para asistirlo en su proyecto.

Lorenzo retribuía esta educación preferencial esforzándose aún más en su trabajo y, para seguir con el engaño, nadie se lo impedía. De modo que salía al amanecer a montar la mayor cantidad de potros posibles y volvía

antes de que cayera la noche, a simular entradas de gala al cobertizo o a comer manjares entre los caballos con la moderación de un duque. De hecho, llegó a pensar que la condesa era reservada aunque demasiado generosa.

Pero un día la condesa murió. Y Lorenzo no se inquietó por su futuro, sabía que se las arreglaría en cualquier otro lugar. Se preocupó por William, había pasado media vida ahí adentro entrenándose en las artes de desenvolverse como pez en el agua entre la aristocracia y no era el tipo de persona a la que le gustara innovar. Sin embargo, nada de lo que preveía que iría a pasar, lo preparó para el desenlace, cuando William le contó la verdad y las razones por las que un legista los citaba. Jamás habría adivinado que en un sitio tan lejos de su patria, se toparía con la respuesta a su duda más íntima, aquella que anhelaba desterrar porque creía que había quedado perdida. La identidad de su padre.

El legista inició la lectura de los bienes. Casi todo sería donado a instituciones benéficas. La extensa lista iba desde joyas hasta propiedades repartidas por media Europa, valores, acciones y títulos de renta. La condesa, no lo reconocía como legítimo heredero. Aun así, le cedía las inversiones de su sobrino Charles en Argentina, más una considerable suma para emprender el viaje y establecerse hasta tanto pudiese ejecutar su patrimonio.

Una cláusula establecía una condición para la anterior: el dinero en efectivo sería administrado por el legista, quien debería fiscalizar que el señor Lorenzo Araóz se comprometiera a no volver jamás a Inglaterra.

Por último, le dejaba a William, el salario correspondiente a tres años de trabajo y una carta de recomendación, con el propósito de solventar los gastos que le pudiera demandar el cambio de empleo.

La condesa se había esforzado en que la respetabilidad del linaje quedara estampada en su mausoleo para la eternidad. Aunque los óleos, celosamente guardados y desparramados en aquel acto sobre el escritorio, dieran prueba irrefutable de la consanguinidad. Lorenzo tragó saliva cuando vio la cara de su padre en un lienzo. Enfrentaba por primera vez, el misterio de su propia existencia.

A William no parecieron sorprenderle las últimas voluntades de su señora y escuchó los términos sin inmutarse.

Unas horas más tarde Lorenzo caminaba con las manos cruzadas en la espalda a través de los jardines florecidos. William, lo conocía a tal punto que temió el derrotero de sus pensamientos.

—Te debo una disculpa —se adelantó a decirle y Lorenzo lo miró

vagamente con el ceño contraído— Por haberte ocultado toda esta historia — agregó.

—Era tu obligación. Hiciste demasiado por mí.

—¿Cuándo pensás partir?

—Lo antes posible. Parece que la condesa temía que me quedara a esparcir rumores sobre su lecho de muerte —dijo con una sonrisa oscura.

—Lamento que ella no te haya conocido. Lamento todo esto. Pero lo que más lamento es que tengamos que separarnos para siempre.

—En realidad estaba pensando... Me gustaría que vinieras conmigo.

Qué distinto era este viaje de aquel que emprendiera a tan temprana edad y que lo llevara a un país desconocido. Atrás habían quedado las penas, el hambre, y los beneficios de las partidas de cartas ajenas. Ahora viajaba como los señores, durmiendo en camarotes con sábanas bordadas de la compañía de navegación; donde se flambeaba la loza de las bañeras para evitar las enfermedades que provocaban la muerte en altamar y se comían apetitosos platos escuchando tocar una banda de música.

En cubierta algunos jugaban al tenis, otros leían y las damas se mostraban paseando del brazo de algún caballero o de su nodriza. Pero las miserias seguían existiendo escaleras abajo; antes de zarpar, hizo cargar diez baúles atiborrados de comida que dispensó a las familias que viajaban en segunda.

El aleteo desordenado de unas gaviotas cambió el rumbo de sus pensamientos hacia lo alto, en donde se confundían con el rechinar de las jarcias y los maderos. Por suerte, no había habido tormentas en la última semana por lo que William había perdido su insalubre palidez. Lo vio levantarse de su asiento y caminar esquivando los marineros que pulían con piedra pómez el entablado. Seguro iría a verificar el estado del camarote por enésima vez. No había forma de que entendiera que debía dejar de comportarse como un mayordomo, así que lo dejaba hacer para no importarlo.

Su porte infundía respeto: era alto, delgado y reservado aunque con él mantuviera un trato distendido. Caminaba con la espalada derecha y la barbilla al frente. Tenía los ojos pequeños y encapotados de una coloración entre celeste y gris. Las cejas largas y entrecanas como sus cabellos. Tres arrugas bien definidas le surcaban la frente y no por ser mucho mayor, sólo

doblaba en edad a Lorenzo. Sería por fruncir el entrecejo en actitud agobiada, como corrompida por algún pensamiento. Aun así, siempre se mostraba de buen humor. Era un ser humano simple y valioso.

William le había contado lo poco que sabía de la difícil relación entre Charles Brendson y la condesa, y las circunstancias en las que éste había muerto. Para Lorenzo quedaban bastantes cabos sueltos y, salvada la toma de posesión de su patrimonio, se proponía esclarecer el asunto.

Ya tenía un abogado encargándose en el Río de la Plata. Todavía desconocía con qué se iba a encontrar. El testamento no especificaba el patrimonio donado, aunque el letrado de Hampshire le adelantó que se trataba de un paraje, que bien podía estar ocupado ya que había sido librado a su suerte por largo tiempo.

Al mediodía, atracaron en la magnífica ribera brasileña. Mientras el capitán realizaba las maniobras de amarre se veían llegar balandros llenos de papayas, piñas y plátanos, para abastecer al transatlántico.

Las chimeneas escupieron unas cuántas bocanadas de humo que pintaron de negro el cielo celeste y eufóricas campanadas llamaron para el desembarco.

A Lorenzo, le resultó sencillo aprender en el buque los rudimentos del portugués conversando con un músico carioca de la banda de a bordo. Siguiendo sus consejos, caminaron hasta una posada cercana a la bahía donde atendía un matrimonio.

A William le llamó la atención la precariedad de la construcción. El hospedaje era apenas una cabaña elevada con terrazas al mar. Las paredes eran de troncos y el techo de hojas de palmeras. La puerta de ingreso de la habitación era una celosía y luego había otra abertura con apenas una cortina de hilachas de coco por la que se podía salir a la terraza compartida. No usaban cobertores para las camas, nada más que un par de sábanas y en el piso no se veía ni una alfombra. Lorenzo, que ya había experimentado los calores tropicales se reía explicándole que allí no hacían falta ni cobertores ni vidrios ni mucho menos alfombra porque jamás era invierno. Al final, ese día ardiente culminó igual de caluroso y William sin remilgos, optó por echarse a dormir a la intemperie en una hamaca que colgaba entre palmeras.

Con el calor a Lorenzo también le costó dormirse. Cansado de dar vueltas en la cama se levantó decidido a ir tras el músico de tambores que le llegaba desde la orilla del mar. Bajó por la rambla y se fue acercando a una

fogata en donde unos nativos tocaban unos extraños instrumentos de caña rodeando a unas mulatas que bailaban el Carimbó. Las mujeres saltaban y agitaban el pelo contoneando sus cuerpos imitando la silueta de las llamas. Los jóvenes alegres, percutían los cueros. Parecían no haberlo visto, pero una nena rompió el círculo para tomar de la mano a Lorenzo que no se resistió y se incorporó a la danza como si fuera su propia ceremonia, como si volviera a encarnar un avestruz.

Ya era la hora del desayuno cuando William lo vio aparecer por el sendero de la playa. Sentado en la terraza con la taza de té en la mano, se quedó pensando en aquellas deambuladas nocturnas y en que quizás los rasgos, no eran lo único que el joven había heredado de su padre.

—Me imagino que ahora irás a dormir —lo sermoneó y el otro le robó una pepita de uva por respuesta.

—De ninguna manera Will, iremos a pasear por la villa. Habrá ocasión de sobra para descansar cuando volvamos a subir al barco —dijo desapareciendo entre las cortinas de coco.

La sola mención del barco alteró el apetito de William que dejó a un lado una simpática tostada con forma de mariposa adornada con dulces. Más temprano luego de una corta lectura, había encontrado sobre su cama tendida, un pato hecho de toallas y salpicado con pétalos de flores. Después de todo, el hospedaje no estaba tan mal; los dueños de casa se esmeraban al detalle con lo poco que tenían. Y aunque lo obligaran ahora a dormir en un agujero en la arena, lo haría con gusto antes de volver a meterse en un camarote a merced de los caprichos del oleaje.

Para cuando lo vio aparecer de nuevo, Lorenzo se había mojado el pelo, cambiado de ropa y ya andaba despabilado como un oso en primavera.

Dejaron sus cosas preparadas y salieron a conocer las calles de esa ciudad orlada con palmeras y plantas de hojas enormes. Las callecitas del centro, ofrecían vistas de toda la bahía entre caserones que rebosaban de vegetación. Las pendientes que caían sobre las playas eran parte de un mosaico de atractivos puestos que ofrecían desde comida hasta mercancía pirata.

Lorenzo se distrajo comprando presentes para Deirdre y su madrina y si por él hubiera sido, se habría echo de un mono si no fuera porque William lo miró aterrado como si estuviera a punto de adquirir un monstruo de pesadillas.

Por la tarde buscaron sus cosas porque todo estaba listo para zarpar. Un



estibador zarandeaba las amarras espantando a las aves que se hamacaban y volvían una y otra vez mientras terminaban de cargar los últimos bultos.

La calidez de los lugareños era innegable y la partida del buque era todo un acontecimiento; los chicos con maracas en las manos y guirnaldas de flores al cuello, saludaban desde la explanada a los pasajeros que partían. Un grupo de negros con el pecho descubierto y pantalones blancos, cantaban y se zarandeaban de un lado a otro con enormes canastos de frutas en las cabezas sin que se les cayera ni una ciruela.

Como el resto William parado en proa sacudió al viento un pañuelo blanco por largo rato. Luego se lo arrojó a un grupo de mujeres descalzas bregando por cualquier chuchería del otro lado del océano que los turistas estuvieran dispuestos a obsequiar. Lorenzo lo miró de reojo con diversión. De inmediato hurgó en sus bolsillos y, sacando otro que tenía de repuesto, se lo mostró con gesto despreocupado. Sabía que debía conservar uno perfumado en caso de que lo atacaran nuevamente los mareos en altamar.



## *Río de la Plata, abril de 1868.*

El mar pasó del azulado al verde para acabar transformándose en las aguas barrosas del Río de la Plata. El olor salobre de la brisa marina fue reemplazado por una humedad incipiente que empastaba hasta las maderas celosamente bruñidas.

El estuario estaba hilvanado de centenares de navíos de distintos portes y banderas que anclaban lejos de la orilla. Bordeando las márgenes del río, se extendía una fila interminable de casas pintadas de blanco, insulsas comparadas con las coloridas edificaciones brasileñas. Enmarcando la monótona silueta urbana del horizonte sobresalían pocos puntos altos, las cúpulas de las iglesias y algunos árboles dispersos.

El transatlántico empezó las tareas de anclaje a varias millas de distancia, ante el estupor de los pasajeros que desconocían las particularidades del puerto. Lorenzo sabía que al muelle, llegaban nada más que embarcaciones pequeñas o medianas. Así que los navíos de ultramar debían anclar a buena distancia fondeando en la rada y un vaporcito iría por ellos siempre y cuando hubiera creciente. Pero por lo visto este no iba a ser el caso. A pesar de que la explanada tenía una extensión significativa, en el último trecho no alcanzó el calado y en medio del río, tuvieron que trasbordar del pequeño vapor a una carreta tirada por bueyes que los llevara hasta la orilla.

El carromato, era un juntadero de tablas podridas y parecía estar a punto de desarmarse. Batallando contra el fango y el oleaje que por momentos, rebasaba las anchas ruedas, los ocupantes debían sostenerse como podían. Sentado, intentando frente a toda adversidad conservar las formas, William alzaba los pies para no mojarse los zapatos. Pero fue inútil: en el primer banco de arena en el que se atoraron perdió el equilibrio empapándose hasta las rodillas. Lorenzo, colgado de los travesaños y completamente seco, se reía sin piedad. El trecho tenía una disparidad simpática entre los viajeros de lujo y los demás: un toldo para evitar la resolana. Como fuera, todas las damas arribaban al dique en igualdad de condiciones, con las faldas embarradas, mojadas y despeinadas por el traqueteo.

Ya en tierra firme, tuvieron que esperar un rato a que arribaran el resto de las carretas con el equipaje. Lorenzo se estremeció de placer al sentir el aroma inconfundible de las tortas fritas. Buscó el lugar de donde provenía el aroma hasta que se encontró con una mulata voluminosa por donde se la

mirara que amasaba, cortaba y echaba los pedazos de masa en una olla enorme repleta de aceite. Compró una porción, le convidó a William y se apoyaron en los pilotes de madera a comerlas. La masa suave que se le deshacía lentamente en la boca, la gente hablando español a los gritos, el desorden de los estibadores; en ese momento tomó conciencia de que estaba sucediendo: había vuelto a su país. Las vagonetas de carga fueron deslizándose delante de ellos por las vías angostas y en cuanto reconocieron sus baúles, caminaron acompañándolos hasta la entrada, hasta los kioscos octogonales en los que se inspeccionaban.

En el lugar, dos caballeros conversaban poniendo en novedades a un tercero sobre el reciente asesinato en Entre Ríos del gobernador Urquiza. Uno se notaba decepcionado y temeroso. Afirmaba que de esa forma era imposible continuar, que de ningún modo se conseguiría la paz nacional. El otro, mas aguerrido, discrepaba. Decía que el caudillo se lo merecía y enumeró causales. Habló algo de la retirada de la batalla de Pavón, su participación en la guerra contra el Paraguay y otras cosas más que no pudo escuchar por que tuvo que concentrarse en los trámites migratorios.

De pronto se dio cuenta de que estaba al tanto de todo lo que pasaba en Europa, no obstante desconocía las rencillas de su propio país salvo por algunas referencias que obtuvo a bordo. Y por primera vez experimentó ese sentimiento ambiguo que lo acompañaría por mucho tiempo: era un extranjero en su propia tierra.

Sorteando la multitud, se encontró frente a frente con una dama de voz dulce a la que reconoció al instante.

—¿Lorenzo? —dijo ella con una interrogación en la mirada.

Él soltó el equipaje y extendió la mano emocionado para saludarla, pero ella con espontánea familiaridad la esquivó para abrazarlo.

—¡Miss Deirdre! ¿Cómo hizo para reconocerme?

—Es tan fácil —dijo alardeando con una sonrisa amplia— aunque tuvieras cien años y estuvieras lleno de arrugas, ojos así son difíciles de encontrar ¡Pero no puedo creerlo! —dijo separándose de él sin soltarlo de los brazos— estás hecho todo un hombre Y qué alto. Cuando te fuiste, no me llegabas a la barbilla.

Lorenzo se dio vuelta y atrayendo a William, los presentó.

—Señora, es un placer conocerla. Lorenzo me ha hablado mucho de usted —dijo.

—Lo mismo digo señor Borthon —dijo extendiendo su mano

enguantada— Su español es muy bueno.

—Tuve un buen maestro —aseguró con una sonrisa hacia Lorenzo—  
Puede llamarme William.

—Señor William, entonces —y dirigiéndose a los dos indicó:— en la calle, hay un landó esperándonos. Ya dispuse todo para que almuercen en mi casa.

Lorenzo intentó protestar y Deirdre pareció leerle el pensamiento.

—Por favor. Quiero que me hagas el honor. Más tarde el carruaje podrá llevarlos al hotel.

Un lacayo se dispuso a cargar los baúles de viaje y se generó un momento de confusión cuando William se obstinó en alzarlos él mismo. Lorenzo le echó una mirada fulminante por detrás de Deirdre y William soltó las manijas metiéndose las manos en los bolsillos.

Por la explanada, paseaba un grupo de tres señoritas que miraron a Lorenzo sin pudor. William le dedicó una mueca interrogativa aunque, Lorenzo ni se inmutó. Deirdre no dejaba de estar atenta a todo lo que sucedía.

—No irás a alarmarte, supongo que estarás acostumbrado a mayores manifestaciones. Tengo entendido que las costumbres europeas difieren de las porteñas —dijo, mientras su antiguo alumno la ayudaba a poner pie en el estribo.

Lorenzo sonrió.

—Todavía no he conocido a una joven que llegue a *alarmarme*. No obstante puedes prevenirme, si así lo deseas, acerca de a qué debo estar atento para no quedar expuesto.

William rezongó con una profunda inspiración negando con la cabeza. Era increíble cómo Lorenzo lograba ese tipo de atracción femenina en cuestión de segundos. La señora Deirdre parecía encantada con sus encrucijadas. Ella fingió un mohín reprobatorio y continuó.

—Bueno, por acá las damas no concurren a cafés ni a restaurantes, como tengo entendido que hacen las parisinas, pero a diferencia de las londinenses, no salen con chaperonas. Siempre que sea caminando, claro.

—¿Para ir sin carabina tienen que ir andando?

—Algo así. Depende de si es casadera, de la belleza, la clase social...

—enumeró, indicándole al cochero que se pusiera en marcha.

Lorenzo observó por la ventanilla las calles del centro plagadas de cafés, fondas y alguna que otra casa de juego no muy trascendente. Qué curioso, pensó. Era tal cual ella le refería: los caballeros sentados, parados

bajo el resguardo de una glorieta, conversando. Las damas paseaban con pasos cortos y apurados, como si llevaran un encargo urgente.

—Deben terminar extenuadas con tanto ejercicio. Será por eso que las muchachas londinenses no son tan bellas como las criollas —reflexionó dirigiéndose a Deirdre con un brillo juguetón en los ojos, y agregó— Sin embargo las criollas no pueden competir con las escocesas ciertamente.

Deirdre le dio un golpecito en el brazo con el abanico dándose por aludida con el piropo. A William le llamaba la atención la manera amistosa en la que se trataban. Ella era muy joven, tendría unos diez años más que Lorenzo. Era evidente que había confianza genuina entre ellos.

—¿Y qué hacen los caballeros? —preguntó él interesado.

—Van al Club en donde charlan, leen diarios, juegan partidas de chinouis, al mus, al chaquete.

—Qué entretenido.

Ella pescó al instante el sarcasmo. Su antiguo alumno que corría a la par de una manada de caballos podría haberse convertido en un caballero, pero difícilmente sería de aquellos que se quedaban sentados.

—Son señores mayores y algo retrogradas, no aceptan a la juventud bulliciosa —los justificó.

El carruaje tomó por las calles angostas y empedradas del centro. Las huellas trajinadas hacían difícil la circulación a través del tráfico y en un momento se detuvieron por completo. En el camino se acababa de producirse un accidente entre un carro de frutas que había perdido el control impactando contra otro aguatero. Lorenzo y William se bajaron para cerciorarse de que no hubiera alguien herido y luego ayudaron al cochero a dirigir a los caballos marcha atrás para tomar por otro camino. Cuando volvieron a subirse, Deirdre se quejó por estos incidentes que cada día, decía, eran más. En los últimos años la ciudad se había transformado en un enredo de carros con tanto inmigrante. Lorenzo no tenía muchos recuerdos como para hacer una comparación con lo poco que había visto cuando era chico. Salvo por la cantidad de gente, que de verdad, ahora parecía mucha más. No obstante, comparada con Inglaterra, Buenos Aires parecía una aldea detenida en el tiempo.

Hablaron de todo; de Hampshire, del viaje en barco y ella hasta le preguntó con total naturalidad, por las modas europeas.

—Los folletines que recibimos tardan una eternidad. Es inevitable estar atrasada.

A Lorenzo le pareció que su vestido era igualmente muy elegante. Resultaba evidente que, siendo la esposa de un aristócrata, había ocupado un rol en el que ella se desenvolvía a la perfección.

—Estás cambiada —dijo.

—Vos más —contestó y se rió— esa forma de hablar, como un inglés que acaba de aprender castellano, es de lo más graciosa.

El coche dobló por la calle Defensa en la que prácticamente, no había vereda. Era tan estrecha que el landó casi tocaba las paredes en las que se veían las marcas que otros conductores habían dejado.

—Llegamos —anunció Deirdre— tenemos que apurarnos para evitar el congestionamiento.

La residencia tenía dos plantas y a la parte de abajo se le sumaba el negocio que tenían en la esquina.

Un sirviente delgaducho, abrió con diligencia la puerta de entrada y detrás, apareció Martín Carrazans. El dueño de casa les lanzó una mirada indefinida antes de saludarlos. Lorenzo se arrepintió de haber aceptado la invitación.

Una señora con un vestido del mismo verde que la habitación pareció brotar de las paredes al acercarles un vaso de limonada. Era como si todo se hubiera confabulado para transcurrir el momento con la mayor celeridad posible. Enseguida pasaron al comedor donde se había dispuesto el almuerzo. Casi tan rápido como estiró el brazo para que le sacaran la chaqueta, William se había acomodado en la cocina como parte de la servidumbre y Lorenzo no intentó aclarar el equívoco ya que su propia situación era bastante incómoda.

—¿Y cuánto piensa quedarse en Argentina, Sr. Aráoz? —preguntó Martín y su esposa lo escudriñó por sobre la copa, gesto que no pasó inadvertido para Lorenzo.

Apoyándose en el respaldo de la silla contestó:

—Indefinidamente —dijo, y bebió un sorbo de vino— Voy rumbo al sur, para contactarme con un abogado que me está llevando unas tramitaciones y luego... Veré.

Martín se abstuvo de preguntar, pero se quedó pensando en las implicancias que tendrían tales trámites para su hermano Antonio.

Cortando un trozo de pan, Deirdre le comentó:

—Antonio y Micaela están allá; viajaron la semana pasada. De seguro los vas a encontrar cuando pases a visitar a tus amigos de Los Robles. No sabes que cambiados están esos chicos. Yo fui a principios del verano y me

ha costado reconocerlos, ya son hombres como tú.

—¿Belisario sigue trabajando para Don Carrazans? —preguntó interesado. Había otros compañeros pero ese mocoso de dientes amarillos, el único que le podía competir una carrera, el que pasaba los días y las noches con él velando por las majadas, había sido como un hermano para él.

—Sí, ahí como de costumbre, entre las ovejas y las vacas. Renegando como el resto de los gauchos por los nuevos tendidos de alambrados.

—¿Ninguno de ellos salió de Los Robles?

—No, solo tú has tenido ese... Privilegio —deslizó Deirdre bajando la vista de repente hacia la servilleta que tenía en el regazo.

La necesidad de indagar sobre aquello era tan fuerte que Deirdre se mordió el labio por haberlo soltado. Con su esposo, podía hablar sobre cualquier tema, menos vedadas cuestiones familiares. La renuencia de él era tal, que ni siquiera se atrevía a preguntarle. Por ejemplo esa predilección de Antonio por Lorenzo Aráoz. Y no era el único asunto espinoso para los hermanos; la misteriosa desaparición de la madre de ellos no terminaba de aclararse. Sospechaba que su cuñada sabía más que ella, pero Micaela era absolutamente inaccesible y mantenían un trato cortés aunque distante.

Martín carraspeó en medio del silencio distrayéndola. Lorenzo retomó la conversación:

—Me alegro de que el señor Antonio se encuentre en Los Robles, me gustaría entrevistarme con él para agradecerle lo que hizo por mí.

Martín cambió de tema como si no hubiese escuchado la frase anterior.

—No sé si le comentaron, el ferrocarril del Sud llega ahora a Chascomús. Es considerable la rapidez con la que se atraviesa semejante distancia.

—Y lo cómodo —agregó Deirdre.

Ella le comentó a Martín lo que había sucedido en la calle y la conversación derivó en las bondades y peligros de los medios de transportes, los nuevos tranvías tirados por caballos y los accidentes terribles que había a causa de estos. Y terminó disgregándose hasta la guerra contra el Paraguay y finalmente sobre el cólera.

Martín de pronto parecía haberse distendido hablando de trivialidades convirtiéndose en el anfitrión perfecto. Lorenzo reflexionó que, por más que el boticario se lo propusiera, no era impenetrable, parecía más bien todo lo contrario, a la larga le costaba sostener un estado apático.

Mientras servían el té, un sirviente entró con un sobre en la mano y se



lo entregó a Martín que se puso de pie al instante.

—Van a tener que disculparme, me necesitan en el hospital —y agregó besando la coronilla de su esposa— guardáme mi postre.

Emitiendo un suspiro Deirdre se volvió hacia él.

—Es una pena que no esté Paula aquí para tocarnos el piano —dijo distraídamente bebiendo un sorbo de té.

Lorenzo se quedó con la taza suspendida invadido por una melancolía recobrada que no se supo explicar.

—No va a faltar oportunidad —dijo.



Pasado el tiempo necesario para que William se recobrase de la travesía por altamar, emprendieron el viaje. Era inútil permanecer en la ciudad cuando tenía asuntos que urgían en la pampa.

No obstante, había aprovechado su estadía ahí no solo para ver a Deirdre. También había estado haciendo algunas conexiones que serían importantísimas para su futuro. Tenía intención de dedicarse a criar ovejas. Quizás también, algunas cabezas de ganado. Y aunque todavía era prematuro ocuparse de los pormenores, estaba decidido a innovar. Obtendría un producto más parecido a lo que actualmente estaba buscando el mercado europeo. Cuando se estableciera y los animales echaran lanas, experimentaría con pigmentos para teñirla.

No había venido a Argentina a hacer lo que sea que hizo Brendson. Él no tenía nada que ver con ese desconocido que fue su padre. Como no tenía nada que ver con la elite porteña ni con esos caballeros que no hacían cosas de hombres, que tan pronto se dedicaban a los juegos de azar como a esparcir rumores políticos o a defender como si fuesen suyas las guerras que no libraban.

Tomaron una galera de alquiler que los llevó hasta a la estación del Ferrocarril del Sud. Había empezado a caer una llovizna leve y ninguno de los dos llevaba paraguas. Lorenzo obligó a William a quedarse con los baúles al resguardo del alero mientras él, impecablemente vestido, parecía disfrutar del mal tiempo buscando un changarín. Desde donde estaba, William aprovechó para observar el movimiento del andén. La mayor parte de los vagones eran de carga y los coches, se notaban desprovistos de comodidades. Y sabía que a Lorenzo poco le importaba. Admiraba esta dualidad natural que tenía de comportarse como fuera preciso según las circunstancias. Había hecho todo para civilizarlo y Lorenzo había respondido dócil absorbiendo su

educación como una esponja. Era culto y refinado en sus modales, había conocido junto a Thomas los más exclusivos salones en compañía de damas distinguidas y nadie habría sospechado jamás de su prosapia. Y ahí estaba su obra, dirigiéndose como una flecha a volver a transformarse en el campesino que había sido.

A pesar de sus prejuicios con respecto al tren, el desplazamiento se hizo entretenido; pasaron largos ratos en el vagón comedor conversando con la poca gente que se trasladaba a esa región. En un principio se abocó inútilmente a desempolvar los asientos con el pañuelo; pero la tierra entraba por todos los recovecos y acabó por ocuparse sólo de sacudirse el sombrero.

Lorenzo absorbía las imágenes que desfilaban por la ventanilla como si por primera vez cayera en la cuenta de lo desolada que era la llanura. En contraposición, los bucólicos paisajes de Hampshire salpicados de colinas bajas, praderas tupidas de coníferas y arroyos repletos de truchas parecían desbordantes de vida. Pero de pronto, le pareció ver un movimiento a lo lejos y comprendió que no había perdido del todo sus reflejos. Espoleado por este sentimiento de incorporó para poder descubrir lo que para el viajero común pasaría desapercibido: la abundancia de perdices levantando vuelo, las vizcacheras vacías, y en lo alto, los caranchos en círculos merodeando al animal muerto. El viento ya no entraba insulso por la ventana, olía pastizal seco recién pisoteado por ganado cimarrón, a zorrinos distantes, a afrecho quemado por el sol. Inspiró profundo y presionó por sobre la camisa, el zorro de madera que llevaba colgado al cuello.

El tren llegó a destino completamente vacío; los pocos que emprendían esa travesía a la nada fueron distribuidos antes, a lo largo de un inagotable regadío de paradas junto con la mercadería. Ellos dos eran los únicos que se aventuraban al límite del recorrido. De todas formas, el movimiento en el andén era intenso; los paisanos que vendrían de quien sabe qué distancias, se aproximaban a la estación en carretas a la espera del resto de la carga. Era todo un acontecimiento para esas almas desparramadas que recibían de a bocados, migajas de la civilización.

Después de que bajaron, el convoy, emprendió el retorno y la estación se cargó de un humo denso y vaporoso. Un anciano de espalda encorvada, apoltronado en un carro repleto para abastecer los rancheríos, se ofreció a llevarlos hasta la primera posta.

Luego de andar en la caja de la carreta por un rato, William ya no encontraba la manera de sentarse y estaba ansioso por llegar a la posta hasta

que por fin vio aparecer la construcción. El sitio era un espanto: un rancho miserable con un único árbol de sombra y un tronco en el que se ataban los caballos. Un poco más atrás, un corral con chanchos, perros y gallinas alimentándose de la misma pila de desperdicios.

Entraron a través de una abertura tapada con cueros de vaca que, según le dijo Lorenzo, junto con unos trastos colgantes llenos de agua, ahuyentaban las moscas. Adentro era oscuro y el piso era de tierra, que una mujer se empecinaba en barrer levantando incordiosas nubes de polvo sin que a nadie pareciera importarle. Siguió a Lorenzo hasta una mesita en un rincón. Antes de sentarse no pudo evitar mirar con repugnancia las paredes en donde coexistían cuerdas, marcas de ganado y cráneos de animales todo tomado por telas de araña chamuscadas por el humo. Todavía de pie, miró a Lorenzo que ya se había sentado en una silla enclenque y al ver su expresión despreocupada reconsideró su propia intolerancia; ésta sería su nueva vida a partir de ahora. Y a pesar de todo, se acostumbraría.

Todo el lugar se había quedado en silencio ni bien entraron. Una vez que se acomodaron, un hombre de barba salió de atrás del mostrador enrejado a atenderlos. Vestía igual que el resto: una especie de pantalón con botamangas anchas y arriba, una tela que cubría las caderas, asegurada a la cintura con una faja de cuero. Esos eran los famosos gauchos, pensó. Unos seres desaliñados de pelo largo y cara de pocos amigos a los que no les hubiera venido mal un buen baño.

El hombre dijo algo rápido en castellano que él no pudo entender. Ya le había anticipado Lorenzo que aquello iba a pasar, que en el campo no se hablaba como en la ciudad. Cuando el hombre se retiró, una mujer de pelo blanco apoyó ruidosamente dos jarros sobre la mesa y vertió un licor tan fuerte que le ardieron los ojos solo de olerlo. Del bolsillo del delantal sacó un par de cuchillos que plantó en la mesa con el mismo ímpetu. Ni platos, ni servilletas, ni tenedores. Mucho menos, mantel. El hombre de la barba volvió a aparecer y sirvió sin mayor preámbulo, carne asada en una tabla. Lorenzo la cortó en lonjas que apoyó en el pan y se la dio a probar. El asado, como lo llamó, terminó siendo sabroso a pesar de estar, al gusto inglés, pasado de cocción.

—La pulpería, es como un oasis en el desierto Will. Los paisanos recorren varias leguas para abastecerse.

—Para abastecerse de licor... —dijo William tomando un sorbo que le quemó hasta las entrañas. Sacudió la cabeza y no le quedó remedio que toser

para alivianar el ardor.

Lorenzo se rió al tiempo que le palmeaba la espalda.

—Eso que bebiste es *caña* —dijo despacio para que pudiera aprender la palabra. Luego preparó más pan con carne. No se expende solo licor —lo corrigió— Por acá pasa todo: carretas, correspondencia, es el lugar donde la gente se entera de los nacimientos y de las muertes.

Unos hombres que jugaban a las cartas lanzaron unos gritos, al parecer alguien había sido demasiado afortunado en la partida.

—Se alertan sobre vacas perdidas, juegan a las cartas, despotrican por política o fantasean con Buenos Aires. Ninguno de ellos quizás haya salido jamás de acá. Cada tanto, se organizan esas competencias tan divertidas para divertir a la paisanada.

William preguntó interesado qué tipo de competencias eran aquellas y justo cuando Lorenzo le iba a contar, les avisaron que había llegado la diligencia. Este último transporte los llevaría a destino: el paraje Del Salado. En ese lugar, Lorenzo contó, había un pueblo pequeño con el mismo nombre y que era el punto neurálgico de un conjunto de estancias al suroeste de Chascomús. Entre ellas Los Robles de los hermanos Carrazans, en donde él se había criado. Hacia ahí iban.

Este último trayecto sería más corto al parecer que el anterior y sobre todo más cómodo. Se había quedado dormido cuando escucharon los cascos de un caballo aproximándose. Lorenzo limpió el vidrio para poder ver hacia afuera. El cochero se detuvo y el extraño se presentó:

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida —contestó Lorenzo al tiempo que abría la puerta para descender.

—Me ha mandao el abogao Gonzalez Mestre a que los escolte. Está hospedado en Arroyo Cruzado esperando a vuestra mercé.

—Vamos para allá entonces.

Arroyo Cruzado. Lorenzo no lograba recordar aquella propiedad. Aunque le gustó el nombre. Se lo imaginó como un curso de agua insidioso, interpuesto en los propósitos de alguien.

Un personaje extraño salió a recibirlos. Todavía no era de noche, pero sostenía en alto una lámpara de kerosén. Vestía levita oscura y pantalones de paño que a Lorenzo le hicieron recordar el uniforme del orfanato. De cerca, pudo ver que usaba anteojos, tenía cara redonda y roja y unas orejas extremadamente largas, daba la sensación de que eran las patillas mal

rasuradas lo que provocaba el efecto. A juzgar por sus ropas tan inadecuadas para la zona como la de ellos mismos, tenía que ser el abogado. El hombre estiró la mano como para presentarse y la volvió a encoger de inmediato para llevársela a la nariz y estornudar. Y luego pareció que lo hacía a propósito: cada vez que les iba a estrechar la mano, estornudaba.

—Parece que ha pescado un resfrío —dijo William para decir algo mientras el abogado intentaba reponerse.

Por fin concluyó el acceso y alzando la nariz como buscando inhalar el aire elevado, pudieron hacer las presentaciones.

—Con total honestidad, estaba impaciente porque llegasen —comentó — este clima destemplado, la niebla que flota y las alimañas que se arrastran de aquí para allá están destruyendo mi salud. ¿Cómo ha sido el viaje? —Dijo mirando a William. Lorenzo se había quedado observando con melancolía la planicie oscura.

—No mejor que lo que usted ha pasado —se quejó William en franca concordancia.

—¿De quién es esta estancia? —quiso saber Lorenzo ignorando las quejas.

—Pertenece al general Bastos Leguizamo —dijo, subiendo los escalones de la entrada extendiendo el brazo para que lo siguieran —Es bastante grande aunque fue subdividida. La residencia se usa ahora para dar asilo a los viajeros.

—Está muy bien cuidada —observó Lorenzo.

—Así es, aunque consideren una bendición poderse albergar aquí. No tiene idea lo que son las postas que se encuentran a la vera. Ni en el mismo pueblo hay algo decente. Lamentablemente está a la venta, los herederos ya no se pueden hacer cargo.

Luego de refrescarse bajaron a cenar. El abogado comenzó a explicar lo que había averiguado. La conversación se veía interrumpida constantemente por los estornudos y en tanto William se compadecía, a Lorenzo lo estaba sacando de quicio. Así de a retazos, les fue contando que lo que Lorenzo poseía era un campo de escaso valor, que nadie había ocupado desde que las tierras fueran adquiridas por Lord Brendson.

—Disculpe —y volvió a estornudar mientras sacaba un papel que empezó a leerles.

En aquella ocasión, Brendson había adquirido una legua cuadrada con una casa de azotea, un par de ranchos y un pozo de balde. También era

propietario de ganado aunque ocurrido su deceso, toda la hacienda quedó en completo abandono y a merced del robo de los vecinos. Su única heredera, la condesa de Devonfort, dispuso el remate de los animales como estaban, sin inventariar.

—Y a precio regalado —dedujo Lorenzo, imaginando el escaso interés que podía tener alguien como la condesa en las insignificantes posesiones de su sobrino.

—Así es. Se vendieron un total de 800 cabezas de vacunos contadas vacas, toros y terneros, 200 cabezas de ovinos y 20 caballos.

Gonzalez Mestre dio vuelta la hoja para verificar la contabilidad y volvió a estornudar sobre los números.

—Disculpen. Como decía, se vendieron a catorce pesos por vacuno, un peso por ovino y 20 caballos a ochenta pesos.

—Bastante si se tiene en cuenta que eran animales dispersos, enfermos y sin errar. ¿Quien estuvo a cargo de vender? —preguntó Lorenzo.

—Un veedor. Por lo que pude averiguar, la condesa ordenó saldar con aquel monto, deudas pendientes del difunto Lord Brendson. No obstante, y en este punto creo que fue cuando cambiaron sus planes, hace un tiempo dejó un depósito a su nombre, señor Aráoz, por idéntico valor.

Lorenzo y William cruzaron una mirada vacía.

—Lo que no entiendo —prosiguió— es por qué no se deshizo de las tierras junto con el ganado. Por lo que pude averiguar, había gente interesada. Quizás la condesa no era dada a las negociaciones —concluyó restándole importancia con un movimiento de la mano.

—¿Sabe quién era el interesado? —preguntó Lorenzo.

—Los hermanos Carrazans.

Lorenzo quedó pensativo y el abogado siguió.

—Todo eso era propiedad de esa familia en el pasado. A decir verdad, son dueños de casi todo en la periferia, la estancia de Carrazans es la más importante de la región.

Lorenzo lo sabía. Había recorrido esos vastos territorios a caballo, guiando las majadas hacia mejores pastos; y aun así, nunca salían de los dominios de Carrazans.

—Quisiera apresurar los trámites para comenzar con la compra de ganado.

El abogado lo miró con cautela. Qué podía saber de cosas del campo, un europeo vestido de esa forma, que seguro frecuentaba exclusivos salones,

tomaría el té a las cinco en punto y perseguiría jovencitas casaderas en bailes de sociedad. Aunque había algo exótico en él, algo de su espíritu, no era un inglés común, tenía ojos claros pero era moreno. Y Aráoz era un apellido criollo. Descartó preguntarle por ello pero no pudo resistirse a dar su opinión con respecto a la premura con la que pretendía gastar el dinero.

—Es una pérdida de tiempo. Avéngase a seguir el consejo de alguien que sabe, es probable que ese estanciero todavía siga interesado. Esto no sirve para nada —dijo, agitando los papeles de forma indolente.

—¿Por qué cree que no sirve para nada? —preguntó al abogado que opinaba más de lo que le incumbía.

—Mire Don Aráoz, se ve a la legua que usted no es un hombre de campo. Le convienen las inversiones inmobiliarias urbanas, son más rentables. La actividad agraria condice riesgos e incertidumbres, no es para cualquiera.

—¿Dijo que esta casa está a la venta?

El abogado, lo miró contrariado para luego despatarrarse en un nuevo estornudo.





Lorenzo se paseaba por la planta alta sosteniendo una copa de brandy. Desde su habitación, se recreaba con una perspectiva privilegiada: algunos bueyes abrevándose en el arroyo que atravesaba la propiedad, el camino curvilíneo a través de la arboleda añeja y por techo el horizonte absoluto, sin una sola elevación.

Hacía una semana había conseguido una buena tropilla; la había ido a buscar al puesto de don Emeterio y pese a la galopada estaban echando carnes gracias a los pastizales tiernos de su estancia. Ahora, solo bastaba llegar el resto del ganado.

La casa, fue una adquisición acertada; lindaba con las tierras que había heredado y, a diferencia de aquellas construcciones abandonadas, ésta se encontraba impecable. Solo tuvo que hacer algunas reparaciones de poca importancia en las caballerizas y en el granero.

Lo distrajo un golpe seco que se escuchó abajo en el corral. Era ese potro bravo que había comprado junto con la tropilla. Corría de un lado a otro pateando las tablas que lo encerraban como queriendo demostrar lo absurdo de su confinamiento. Él también a veces se sentía igual con esta especie de vida prestada. Qué destino el de aquel hombre, pensó, que ni bien había logrado hacer algo útil murió sin poder disfrutarlo. Aunque dudaba que, de ser diferente el azar se hubiesen comportado como padre e hijo, le habría gustado conocer a Lord Brendson. Sí. Aunque sea conocerlo. Se sentía incómodo debiéndole favores a un muerto. Intentó imaginar qué suerte de relación habría tenido con Ñuque, su madre, y al instante desechó la idea. Por las contadas anécdotas que William le había relatado de los hábitos de su progenitor, no debería haber sido nada loable.

Un ejemplar perfecto, pensó. El día que lo vio, el dueño apenas lograba sostenerlo y entre los puesteros hacían bromas comentando que para lo único

que serviría sería para reservado para las domas. El precio que pedían por él era exorbitante, un robo si se tenía en cuenta que estaba a medio amansar y no había probado la embocadura. Luego de divagar en negociaciones, al final optó por pactar la compra de seis yuntas de carreta aparte de la tropilla y obtuvo su redomón a un valor más conveniente. Y ahí estaba: parado en dos patas echando bocanadas de aliento humeante de forma amenazadora, como si supiese que estaba siendo observado desde la ventana. Si seguía derrochando bríos de ese modo, iba a ser una oportunidad excelente para domarlo.

La próxima ocasión, quería aparecer en lo de Carrazans bien montado. Cuando fue a Los Robles, ellos ya se habían ido a Buenos Aires.

Y su amigo Belisario que casi no lo reconoce. La última vez que se habían visto eran baguales mestizados entre el fango y el paisaje. Ahora, ambos calzaban chiripá y botas de potro, con todo ante la equidad de vestuario saltaba a la vista que Lorenzo parecía más patrón que otra cosa. Charlaron un rato y tomaron unos mates. A pesar del afecto que todavía los unía, era penoso intentar conciliar el pasado con el presente. Hasta el andar te ha cambiao, se burló Belisario mascando como siempre, una paja seca.

Si no hubiese sido porque no quería pasar por sobre Don Carrazans, le hubiera gustado conchabarlo en Arroyo Cruzado. Pronto llegarían los toros para emparejar con sus vacas y necesitaba contar con alguien de confianza. Esa semana tenía que empezar con las papeletas de la peonada.

Aprovechando esa visita, fue a ver a su madrina. La mulata Nicolasa, se había transformado de pronto en una mujer de una belleza exótica. Quizás fuera porque la familia Carrazans la había criado que le trataran con más atenciones de las que usualmente se le daban a cualquier negra. No vivía ya con ellos en Buenos Aires desde hacía tiempo, estaba a cargo de Los Robles, y aunque hablara entreverado por haber pasado toda su existencia en el campo, tenía modales de señora. No sabía leer y escribir más que su nombre y algunos números pero tenía un conocimiento ancestral en labores domésticas. Luego de recibirlo con todos los aspavientos y los gritos necesarios para asustar a unos faisanes que coleccionaba Carrazans, lo abrazó hasta casi cortarle la respiración. Tenía la delicadeza de los rasgos de los blancos unida a la inexorable fortaleza de los negros. Conversaba hasta por los codos, mezclando una historia con otra con tanta rapidez y en tal desorden que se hacía agotador seguirle el tranco. Él disfrutaba y se reía entre tanto la escuchaba cotillear de personas que ya ni recordaba. Hasta que nombró a

Paula. Y toda su atención, sin ninguna lógica, se centró en esa mención. Y se encontró preguntándole si aún tocaba el piano, cosa del todo inapropiada porque él no tenía ningún tipo de trato como para interesarse por los pasatiempos de la señorita. Pero a Nicolasa pareció no resultarle extraño que alguien se preocupara por el centro mismo de su universo. Siempre la había querido como una madre y se notaba que estar lejos de ella la mortificaba.

El frustrado encuentro con Don Antonio demoraba cuestiones que solo conseguiría aclarar con él y lo hacía sentir en falta. Barajaba diversas teorías sobre las que tenía curiosidad, sin embargo prefería no aventurarse en especulaciones o juzgar. De cualquier forma, las razones que hubiera tenido su ex patrón carecían de trascendencia. Debía ceñirse a estarle agradecido. Le escribiría una carta que reemplazaría un encuentro hasta que se diera la oportunidad.

Se sentó en el escritorio haciendo a un lado el grueso libro contable y sumergió repetidas veces la pluma en el tintero. También escribiría a Thomas. El pianista estaba en una extensa gira por Europa dando conciertos. Era la primera vez que permanecían tanto sin noticias uno de otro. A diferencia de él, Thomas sí tuvo contacto directo con la condesa. Ella propició su ingreso a la Real Academia de Música, lo solicitó para tocar en celebraciones en su mansión y lo rodeó de provechosos contactos que hicieron de trampolín a su carrera. La condesa no daba puntada sin hilo, gozaba de los privilegios de ser la benefactora de uno de los más prometedores artistas del momento. Su amigo ahora, era rico. Recordó con nostalgia cuando pasaba las horas sentado frente al piano como si en eso se le fuera el alma. Era maravilloso escucharlo por horas interpretar cualquier melodía sin error. Thomas estaba convencido que si demostraba ser lo suficientemente bueno, alguien de su familia vendría a buscarlo. Aunque eso no sucedió jamás.

William se anunció en la puerta entornada.

—La comida está lista.

—Gracias Will, ahora bajo. Mi estómago me lo estaba recordando, ¿Qué preparó la cocinera?

—Algo de carbón entre otras cosas que no entendí, es imposible que nos comuniquemos.

Lorenzo se rió del equívoco. William todavía no dominaba el idioma.

—¡Carbonada será! Te va a gustar —le aseguró. Sabía que William tenía serios problemas con la servidumbre a la que se empeñaba en transformar en una dotación digna de un palacio. Lo más divertido eran las contiendas con la cocinera que tenía su carácter y monopolizaba la cocina preparando lo que le venía en gana cada día.

El cielo estaba adornado por más estrellas de las que William hubiera guardado algún recuerdo. La luna, en el horizonte, se veía delgada como una tajada finísima de melón. Oyó el eco de unos cascos chapoteando en el barro. A pesar del frío, Lorenzo con el torso desnudo, llevaba de tiro a ese caballo loco. La neblina les cubría las piernas como dos fantasmas que, flotando, tramaran algo nefasto.

Los vio entrar al arroyo, más allá del cerco de cinacina. Hubiera querido acercarse pero escuchaba tantos chillidos de criaturas indescifrables que no hubiera puesto ni borracho, un zapato fuera del umbral de la galería. Permaneció a un paso de la baranda cubierta de musgo y se abstuvo de tocarla.

Mientras más agudizaba la vista, más se acostumbraba a sondear la oscuridad de la noche que en ese lugar era más oscura que en cualquier otro. Lo vio salpicarlo y el cuero desprendió un vapor irregular. El animal, no recibía el baño de buen gusto, emitía bufidos, subía y bajaba el pescuezo. Pero luego de un rato, pareció sosegar y bajó la cabeza para beber. Entonces Lorenzo, le enroscó la soga por todo el cuerpo uniéndola con unos extraños nudos para desconcertarlo; de donde él tiraba no era precisamente el lugar donde el caballo sentía la cosquilla. Todo el pelaje le tembló y empezó a corcovear para deshacerse del fastidio. Pero a Lorenzo no lo intimidaba; se volvió a situar a su lado hasta que le calzó una cincha. Y de pronto y sin aviso, para sorpresa de William y del caballo, se le colgó del cuello con todo su peso. Ahora sí, la bestia desplegó todo su arsenal: retrocedía, levantaba la cabeza, buscaba deshacerse de la incomodidad batiendo las patas y lo lograba; lo arrojó al agua una y otra vez pero todo era en vano, desde lo profundo emergían de nuevo los brazos que lo hostigaban.

William miró hacia atrás con la ilusión de encontrar otra alma que estuviera observando el espectáculo. Incluso sentía ganas de ponerse a aplaudir, pero sabía que no tenía hacer ruido.

Ahora alrededor del morro le armaba un bozal y con un movimiento

muy ágil lo montó. William esperaba que lo tirara pero Lorenzo atrajo una rienda de forma tal que el hocico le quedó pegado al flanco, imposibilitándole moverse de otra forma que no fuera en círculos. El caballo ya no podía hacer movimientos bruscos, estaba fatigado y empantanado. Cuando dejó de ofrecer resistencia, lo sacó despacio a la orilla obligándolo a marchar hacia uno y otro lado. Desmontó de un salto y antes de que el potro viera la posibilidad de escapar, él lo tentó con comida. El animal goloso, zambulló el morro pero Lorenzo le permitió comer poco, cerró la alforja y le dio la espalda. El otro comenzó a seguirlo manso, deteniéndose cada vez que su amo lo hacía. Comenzó a alimentarlo marcando sus movimientos con ruidos; emitía un silbido, si iba hacia la izquierda, otro, si iba a la derecha.

William no se consideraba un hombre supersticioso, pero los métodos de Lorenzo poco tenían que ver con una técnica. Él parecía tener un diálogo con esas criaturas. Ahora, daba la impresión de haber obrado un milagro: ese demonio negro se había convertido en un santo. Pero cuando Lorenzo confiado lo volvió a montar, el potro se lo sacó de encima de un corcoveo lanzándolo de cara al arroyo. Las carcajadas de William se escucharon desde donde estaba Lorenzo que con los brazos en jarra también se reía.

William entró a buscarle una toalla. No le extrañaba que este caballo imposible, fuera especial para él. Tenía que ser una odisea doblegarlo, para despertar en el muchacho el instinto de apego.



Recostado en el lomo de su caballo, con la mirada hacia el cielo, buscaba interpretar el vuelo del cotorrerío que pasaba a los gritos.

—Cimarrón —dijo estirando la mano que colgaba laxa a un costado y acarició el pelaje oscuro— viene alguien.

Le había puesto Cimarrón a su caballo porque parecía haber sido arrancado de esas bagualadas salvajes que evitaban la presencia humana. Arisco, fibroso y rápido. Lindo para jinetear. Bastaba con apenas espolearlo y salía como perseguido por una aparición. No obstante, era dócil como una oveja cuando Lorenzo se tumbaba sobre él; como si el descanso de su amo le produjera comodidad, como si hubiese una conexión de temperamento entre los dos. Como en ese momento, que lo vio girar las orejas en dirección a la rastrillada y sintió el cuero del animal contraerse bajo su piel.

Por la nube de polvo, eran de Buenos Aires. Solo los que venían de la ciudad se aventuraban a las llanuras con carruajes tirados por criollos en lugar de carretas de bueyes pertigueros. Como era de esperar, no les duró el tranco. A esa marcha no había yunta ni vehículo que aguantara. El conductor tuvo que detenerse por algún desperfecto y se bajó a revisar los enganches.

Por debajo de la capota asomaron unos guantes blancos que abrieron con vigor una sombrilla. De pronto, los caballos se espantaron y la sombrilla voló por los aires. El carruaje fue arrastrado barranca abajo mientras gritos desesperados de mujer retumbaban en el paisaje. Lorenzo se lanzó en su persecución maldiciendo no llevar lazo. En un santiamén galopaba paralelo a la yunta desbocada. Se lanzó sobre uno de los caballos dejando escapar a Cimarrón. Los correajes iban sueltos rebotando en el pedregullo, tuvo que suspenderse entre los dos animales para repuntarlos y logró detenerlos antes de alcanzar un vado profundo; de lo contrario, el coche habría volcado. Lorenzo aseguró las riendas y accionó el freno enérgicamente. Dentro de la

caja del landó, un par de piernas luchaban por incorporarse entre infinitos volados. En su impúdica pose, lo primero que la dama atinó a hacer fue acomodar su decencia y desempolvarse aquí y allá como si él no existiese. Por fin, elevó sus ojos negros y pestañeó de una forma que a Lorenzo le resultó fantástica, como el movimiento de las alas de un colibrí. Y luego frunció los labios rosados en señal de ofuscación y a él se le ocurrió que brillaban como los gajos jugosos de las frutas exóticas del Brasil. Todas las bellezas de la naturaleza estaban conjugadas en ella. Las palabras se le empastaron en la boca cuando preguntó si se encontraba bien. La muchacha tenía la nariz ligeramente rasguñada.

—Sí, muchas gracias —dijo, haciendo el intento de componer su peinado al tiempo que emitía un resoplido cargado de resignación— Es increíble cómo logró usted saltar así sobre estas fieras irracionales. Siempre digo que es preferible andar de a pié. Nunca se sabe qué ocurrencia van a tener.

—Se asustaron por la sombrilla —le explicó él.

—Pero qué absurdo, ¿Acaso no saben lo que es una sombrilla?

Ante la obviedad, Lorenzo la miró sin saber exactamente qué era lo que él tenía que contestar.

Atrás había quedado un tendal de prendas femeninas y un baúl abierto en medio de los cardos. La sombrilla en cuestión se balanceaba sobre la rama de un espinillo.

—Él tuvo la culpa —señaló Lorenzo apuntando con la cabeza con intención al cochero. Trotaba hacia ellos pero se veía más preocupado por levantar las cosas desperdigadas que en llegar hasta el carruaje y verificar el estado en el que se encontraba su pasajera.

—¿No dijo recién que había sido mi sombrilla? —dijo en actitud escéptica.

—Él tendría que haber puesto el freno al bajarse.

Lorenzo se inclinó ligeramente hacia atrás al ver una enagua que colgaba del borde de la rueda. La tentación de tomar la prenda y entregársela era grande, pero se abstuvo. Aunque de solo imaginárselo sonrió con malicia. Era un caballero y no valía la pena avergonzarla, en realidad lo que prefería era que las mujeres le rogaran que las despojara de la ropa.

Esa sonrisa, que venía de la nada, a ella le pareció encantadora, pero como no había dicho nada gracioso, se quedó mirándolo a la espera de una explicación.

—A su servicio, señorita —se despidió él sin más, levantando su boina. Ella contempló sus ojos azules y se dio cuenta que no le había prestado la debida atención.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Lorenzo Aráoz, para servirle.

—Señor Aráoz, soy yo, Paula. Paula Carrazans.

Él se detuvo.

—Señorita Carrazans, qué sorpresa. No la habría reconocido de ningún modo, cuando yo me fui, usted era una niña.

—Lo recuerdo perfectamente, usted también era un niño —recalcó ella.

El cochero llegó al punto muy apenado y le preguntó si estaba bien. Luego se disculpó para seguir recolectando los objetos perdidos y descolgó la enagua juntándola con el resto de las cosas que se iba echando sobre un hombro. Lorenzo todavía sin moverse le preguntó por su padre.

Ella le dijo que estaba en Los Robles, que podía pasar luego de las seis que era la hora en la que llegaba y se despidieron.

Lorenzo se alejó un par de metros y silbó a Cimarrón que pastaba más atrás. El caballo levantó el pescuezo apuntándole con las orejas. Lorenzo inspiró profundamente, lleno de satisfacción, pero el animal lo ignoró y continuó comiendo. Paula que estaba asomada, reprimió una sonrisa acomodando los pliegues de su falda y él le correspondió con una inclinación circunspecta.





A pesar de haber sido anunciada su visita, Antonio Carrazans entró en el despacho y al toparse con Lorenzo, empalideció.

—Aráoz, el parecido con su padre es increíble, parece que tuviera ante mí al mismísimo Lord Brendson —dijo estrechando su mano.

—Eso es lo que dicen —repuso.

—Tome asiento ¿le sirvo whisky o prefiere caña? Presumo que habiendo tanto allá debe tener más hábitos sajones que criollos.

Lorenzo asintió.

—Whisky por favor.

Antonio Carrazans agitó una campanita de escritorio y de inmediato apareció un sirviente negro de uniforme impecable para servirles de una botella que estaba a dos pasos y que él mismo podría haber alcanzado. No había muchos muebles alrededor, aunque la decoración no era en absoluto austera, por el contrario, lo poco que había sido puesto ahí tenía la finalidad de exhibir exagerada opulencia para una casa de campo; unos cuantos objetos de arte como óleos sobre la pared, estatuillas francesas sobre la chimenea y luego en una vitrina, espuelas, marca ganado y sellos, todo de plata. Por el perfume que desprendían las maderas parecía que el ebanista acababa de darle el acabado, todo era nuevo. Sin embargo, la tapicería y los cortinados desentonaban por alguna razón, como si el resultado del lugar no hubiera tenido supervisión femenina. Como su propia casa.

Recibió el vaso e hizo girar el líquido en el interior para oxigenarlo.

—¿Usted conocía bien a Lord Brendson? —preguntó.

—No, no en realidad. Pero de ningún modo olvido una cara. Sobre todo luego de lo que sucedió. Me imaginó que ya sabrá cómo murió.

—Un accidente en una partida de caza.

—Así es. Su padre... —dijo jugando con el borde del vaso— pertenecía

a un grupo elite, ingleses que se aventuraban al sur con el propósito de invertir, sobre todo en ferrocarriles.

—Sí, estoy al tanto. Tengo un abogado ocupándose del tema.

Carrazans se removió en su sillón.

—Ahorre su dinero, no lo malgaste en abogados. No efectuó más transacción que comprar las tierras de la laguna. Lo sé por gente que lo conocía —dijo con la mano en alto haciendo un gesto vago, en círculos, como tratando de deshacerse de recuerdos sin importancia— Coincidí con él un par de veces en algún evento en Buenos Aires, no hacía mucho que había llegado.

—¿Qué clase de evento?

—Fiestas, tertulias. Se trataba de un noble y, como sucede en estos casos, no tardó en ser invitado a cuanta velada se realizara. Le presentaban desde actores políticos hasta muchachas casaderas.

—¿Y cómo fue que llegó hasta aquí?

—Por aquel entonces, había asumido como juez de paz de este partido un amigo mío, José Anchorena. Él invitó a Brendson y a otros a conocer el paraje que regía y me pidió organizarles un coto de caza. Como era la costumbre, duró varios días. Unos se hospedaron en mi estancia, otros en aledañas, como Arroyo Cruzado.

Antonio Carrazans se interrumpió para sorber un trago eterno y a Lorenzo se le ocurrió que su padre quizás podía haber pasado la noche en la casa que él acababa de comprar, pero no quiso interrumpir el relato.

—Yo era el anfitrión —declaró de repente con cierta amargura— Habíamos encontrado cuanta especie de bicho se le ocurriera. Los ingleses estaban entusiasmados y querían más: tenían planeado cazar un jagareté.

Carrazans continuó dándole una lección magistral de cacería como si él hubiera nacido en otro planeta: que el jagareté es difícil de encontrar, que había que ir en la oscuridad y despacio, que no es fiera que ande desprevenida.

—Una tarde, ya oscureciendo, salimos todos juntos. Luego de varias horas de andar, un movimiento entre arbustos enardeció a los cazadores. En el albor de la emoción, uno de ellos disparó. No había duda de que se trataba de la presa tan esperada. Cuando nos acercamos, nos dimos cuenta de la calamidad.

—Murió al instante.

Carrazans asintió apesadumbrado.

—Una herida mortal —dijo.

—¿Y qué fue del hombre que le disparó?

—Estuvo preso hasta que se comprobó su inocencia. —dijo haciendo un chasquido con la lengua— Un accidente que se sabe que puede ocurrir si se cruza la línea de fuego. Para colmo de noche.

Antonio se inclinó acercándose a su visitante como si temiera ser escuchado por alguien más.

—Al llegar con la fatídica noticia, nuestra cocinera, su madre, sufrió una indisposición. No era mujer de andar mostrando, de hecho, casi ni hablaba. Por eso nos resultó tan llamativa su actitud.

A Lorenzo de pronto lo atravesó el recuerdo de Ñuque. Aunque a Carrazans pudiera resultarle insólito que ella no develara sus razones, a él no. Los indios no se emparejaban como los blancos ni le daban el mismo sentido a la paternidad o a la muerte. De todas formas si el final de Brendson provocó aquella reacción, tenía que existir, por ilógico que pareciera, algún sentimiento que la uniera a su padre. Se quedaría con ésta trama. Todo acababa siempre en supuestos cuando quería encajar las piezas de los erráticos pasos de su progenitor.

—Nadie supo que estaba encinta hasta unos meses después —continuó Carrazans— no se le había conocido hombre. Usted sabe lo que son los pueblos chicos, circularon habladurías de que alguien la había visto con él. Y si uno sacaba las cuentas...Sin embargo, no tuve la certeza hasta que usted creció; por su parecido.

Lorenzo quiso terminar con lo que había ido a hacer.

—Su relato ha sido sumamente esclarecedor. Quisiera que sepa que me encuentro a su entera disposición, estoy en deuda por todo lo que ha hecho por mí.

—Bueno —sonrió Antonio con modestia— los hechos sucedieron en mis dominios y sabía que del otro lado del océano podía haber gente interesada en su existencia.

Antonio se respaldó en su asiento.

—Por otro lado... —dijo— usted ha vuelto a rescatar a mi hija... Ya me relató las acrobacias que hizo para detener el faetón.

—No fue nada. Debe usted saber que fue el cochero quien puso a la señorita en peligro; bajó del carruaje sin las debidas precauciones.

—Me voy a encargar de él. Es voluntarioso, pero con pocas luces. Y volviendo a lo suyo, ¿Piensa usted establecerse definitivamente aquí o vuelve

a Inglaterra?

—Por ahora me quedo. Compré Arroyo Cruzado y tengo pensado poner a producir la legua colindante.

Con la última frase esperó sereno la reacción de Carrazans. Su finca no estaba a la venta y no quería tener que llegar a esa cuestión ahora que su deuda personal habría dado lugar a cualquier clase de pedido. Por suerte, Paula entró en el despacho interrumpiendo el encuentro.

—Señor Aráoz —dijo con una leve inclinación.

Él respondió con idéntico gesto y al bajar la cabeza vio que Paula llevaba los pies descalzos y llenos de barro. Era bastante inusual que una dama de sociedad que viajaba con semejante cantidad de ropa en un baúl, se acoplara con tanta facilidad a la sencillez campestre. Ella notó que miraba demasiado el piso y automáticamente se elevó en puntillas como una bailarina, escondiéndolos bajo la falda.

Don Carrazans continuó su diatriba exaltando su participación en el rescate de la otra tarde y Paula asentía sin cambiar de posición sin que su padre se diera cuenta de nada. Lorenzo se llevó el puño a la barbilla, como meditando, pero en realidad estaba haciendo el esfuerzo por contener la risa ¿Cuánto podría aguantar en esa posición absurda? Paula empezó a mostrar signos de incomodidad: esbozó una sonrisa fingida y pestañeó de nuevo como colibrí. No abandonó la figura hasta que unos fuertes golpes en la puerta desviaron la atención de Lorenzo.

—¿Quién anda! —preguntó Antonio desconcertado.

Un gaucho encorvado con una joroba a mitad de la espalda, se asomó con timidez estrujando el sombrero.

—Ceferino, patrón; Es su yegua.

—¿Ya parió?

—No, viene atravesao, va a haber que sacrificarla.

—¿Pucha, carajo! —masculló dando un puñetazo en el escritorio que sacudió hasta el tintero de plata— ¿Y el potrillo?

—No sé Patrón, le podemos abrir la tripa y probar si lo sacamos vivo.

Lorenzo interrumpió dirigiéndose a su antiguo patrón:

—Si me permite, yo quizás pueda ayudar a salvar a ambos.

Antonio lo miró con interés y no lo pensó más de unos segundos. Era su mejor yegua y le tenía cariño. Se rascó las sienes y señaló hacia la puerta dándole la venia para que interviniera.

—Me quedaré aquí bebiendo otro trago; prefiero perderme el

espectáculo de tener que acabar con ella.

Lorenzo fue al establo y Paula sin consultarle a nadie corrió a su habitación a buscar el botiquín que siempre llevaba consigo; nunca se sabía cuándo se podía precisar.

Enterada del asunto, Nicolasa fue tras ella, no quería desaprovechar la oportunidad de pavonearse con su ahijado que era evidente, iba a hacer algo prodigioso por el patrón.

Cuando las mujeres llegaron a las caballerizas, encontraron a la yegua extenuada echada sobre el heno. Lorenzo, inclinado sobre su flanco, le practicaba maniobras circulares en el abdomen.

—Yo también quiero ayudar —dijo Paula y él se dio vuelta dirigiéndole una mirada escéptica. Ella ignoró el gesto justificándose:

—Tengo algunos elementos que pueden servir —dijo levantando el maletín— tijeras, aguja e hilo, algunos ungüentos... Puedo hacer cualquier cosa.

Lorenzo miró a su madrina, y la negra no supo si esos ojazos azules le preguntaban si se le ocurría algo ingenioso o si pedían que se llevara de ahí a la hija del patrón.

—¿Dónde está ese Ceferino? —preguntó.

Nicolasa alzó las cejas y puso cara de circunstancia.

—Mi'jo, si usted va a componer a la yegua del patrón, más vale que ese inútil va a querer tomar distancia de sus éxitos. No lo necesita para nada ¿No es ansina? Yo puedo traer... ¿Agua caliente? —dijo, queriendo ser útil tratando de recordar qué se usó en su propio parto.

—Agua, sí. Y unos trapos largos como para atar —le contestó él al tiempo que se acuclillaba y metía sus dedos por el orificio de donde tenía que salir el potrillo.

Paula tragó saliva. Las circunstancias eran bastante bochornosas, pero no iba a mostrar debilidad. Había visto desde lastimaduras lacerantes hasta miembros agusanados. De humanos por supuesto, aunque nunca su tío le había permitido acercarse a algo que tuviera que ver con partes íntimas.

Para su satisfacción la participó en su diagnóstico.

—Perdió todo el líquido, viene áspero.

—¿Se van a morir?

—Está al revés, vamos a hacer lo posible... ¿Por qué lleva cosas de doctores?

—Ayudo a mi tío en la botica y con las curaciones.

—¿Puede coser heridas?

—Si claro... Pero yo ninguna vez he...

—Quizás tenga que hacerlo hoy.

De nuevo metió sus dedos por ese lugar y Paula no pudo disimular su horror al advertir que deslizaba todo el brazo adentro. La yegua se removía dolorida incapaz de incorporarse.

—Quizás tenga algo que la pueda calmar... —dijo ella revolviendo ruidosamente su maletín.

—Acaríciela.

—¿Qué? No, no —se revolvió nerviosa— No me llevo con los caballos. Bueno, ellos no se llevan conmigo. Acá está —dijo sacando un frasco oscuro. Se untó los dedos con una sustancia gomosa y armándose de valor abandonó sus prejuicios para embeber la vulva de la yegua alrededor del brazo de Lorenzo.

—¿Qué demonios es eso? —dijo él arrugando la nariz.

—Es un calmante, duerme toda la zona. Mi tío trajo la receta de Asia, es en base a...

—No creo que un unguento solucione los problemas de esta yegua.

Paula hizo una mueca afligida abandonando la curación y él buscó retractarse;

—De todos modos, creo que ella le estaría agradecida si supiera el esfuerzo que le demanda dada su poca afición a los caballos. Lo tengo —dijo y lanzó de repente un gruñido por lo que le costó la maniobra. Sacó una pata menuda empapada en un fluido gelatinoso y la yegua alzó el cuello para de inmediato dejarlo caer pesadamente al piso. En ese momento entró Nicolasa con un balde y girones de trapos.

—Justo a tiempo. Dame el más largo que tengas —dijo él estirando la mano. Enrolló la tela a conciencia alrededor de la frágil extremidad que asomaba— necesito que las dos tiren con suavidad, voy a intentar rotarlo.

Las mujeres se pararon a unos pasos de la grupa y a la orden de Lorenzo, empezaron a jalar. Él, sentado a horcajadas sobre la barriga de la hembra, reanudó los movimientos ahora cerca de los ijares. Luego se puso de pie y cambió el sentido, hacia arriba y abajo. Paula notó la fuerza que él ejercía, los músculos de los brazos se tensaban y la camisa se adhería por el sudor a su espalda ancha.

El gran abdomen de la yegua varió notablemente, como si el peso se hubiera desplazado hacia otro lado.

—Perfecto —dijo satisfecho— ahora yo voy a tirar de él.

Le cedieron el género e instintivamente se pusieron cerca de la yegua para intentar destrabar el miembro atascado. De pronto la pata emergió completa y detrás vino la otra y la cadera quedando solo la mitad del potrillo adentro. Lorenzo se detuvo y se secó la frente. En un tirón más el potrillo emergió completo, pero inmóvil. Comenzó a quitarle la membrana que lo cubría, le metió un dedo dentro de los ollares limpiándolos, pero el potrillo seguía sin respirar.

Las mujeres habían quedado en silencio, una al lado de la otra entrelazando dedos blancos y negros en una plegaria imprecisa. Lorenzo se acostó en el suelo y empezó a soplar por el hocico hasta que, al frágil potrillo, le sobrevino un temblor seco que lo hizo rebotar como un muñeco de trapo. Lorenzo sonrió viendo que quería levantar el cogote y las mujeres aplaudieron con emoción.

—Ahora la yegua —dijo jadeando— Está desgarrada. Necesitaría algo como... —dijo buscando en las paredes a su alrededor— ¡perfectas! — exclamó descolgando una tijera de tusar de un gancho.

Paula horrorizada pensó que finalmente iba a sacrificarla. Pero luego vio que envolvía el filo de las cuchillas con un pedazo de lienzo. Introdujo la tijera con las hojas cerradas y fue soltándola lentamente abriendo de esa manera el canal por donde había salido el potrillo.

—Tiene que coser allí. No es muy cómodo, pero creo que con ese espacio bastará —luego se dirigió a su madrina— Nicolasa, vamos a precisar más agua caliente para detener el sangrado —y la mulata huyó despavorida aliviada de no tener que presenciar lo que seguía.

Paula enhebró con resolución y se arrodilló a su lado. Estaba tan acostumbrada a bordar pañuelos como a coser heridas, y celebró poder demostrar alguna de sus habilidades. Pero la posición incómoda tuvo su dificultad. Como Lorenzo aferraba la herramienta para mantenerla en su sitio, ella debía suturar entre las manos de él. El trabajo, la obligaba a rozarlo continuamente y no sabía si pedir disculpas o fingir que ignoraba lo que pasaba. Pero Lorenzo solucionó su recato de forma práctica, la rodeó entre sus brazos. Jamás había estado tan cerca de un hombre, podía sentir el olor a jabón, a menta y a establo. Sentir el pecho de él bajando y subiendo contra su columna y sin embargo, no la estaba tocando. Abrumada por ese pensamiento, el pulso le empezó a temblar y la aguja cayó entre la paja.

—Tranquila... —le susurró él casi rozándole la oreja con los labios y

ella tuvo que hacer acopio de voluntad para ignorar el escalofrío que le recorrió la columna y recuperar la aguja.

Cuando terminó de dar la última puntada emitió un suspiro y sintió aquella mano firme y caliente sostenerla por los hombros. Por extraño que pareciera, a pesar de ser inapropiado, el contacto actuó como un bálsamo y relajó su cuerpo. Emergió de su ensoñación de golpe, cuando Lorenzo la soltó al entrar la mulata cargando un balde.

Se puso de pie y le tendió una mano a Paula para ayudarla. Con el agua que trajo Nicolasa se lavaron y enjuagaron a la yegua.

—¿Va a vivir? —preguntó la negra que no aguantaba más las ganas de salir corriendo a contar la proeza de su ahijado y la valentía de su niña.

—Si pasa la noche, sí.

Paula estiró sus delgados dedos con timidez para acariciar al potrillo que recién se había incorporado. Tomó coraje y deslizó la mano abierta en su hocico. Asombrada por su propio arrojito, alzó la vista y encontró un par de ojos azules clavados en ella. Sintió que se le secaba la boca y una sensación acuciante en la panza, como si le caminaran hormigas. Trató de llenar el momento con alguna palabra y no pudo evitar tartamudear:

—Gracias, señor Aráoz, mi padre va a estar infinitamente agradecido.

Él sacudió el sombrero que había quedado entre la paja y se lo puso sobre la cabeza.

—No podría haberlo hecho sin su ayuda, ha sido un placer —respondió él con un brillo malicioso en la mirada y una voz tan abrasadora que Paula sintió que de haber sido fuego, habría provocado hasta el incendio del establo.





Paula se levantó agradeciendo que no hubiera nadie en la casa. Quería desayunar en la cocina sola con Nicolasa. La negra hablaba sin parar mientras metía especias en el molinillo y Paula daba la vuelta a la manivela. Un perfume a menta fresca y salvia quedó suspendido en el aire y Paula se tentó y le echó una ramita de romero que estaba en la punta de la mesa, aunque no sabía para qué era la preparación. Nicolasa ni se dio cuenta. Estaba más preocupada por contarle que su padre había salido al alba, que la yegua estaba viva, aunque algo débil, que Ceferino estaba alimentando al potrillo con nata de vaca. Y que Carrazans le tenía que estar muy agradecido a Lorenzo porque si no fuera por la buena voluntad de su ahijado, la yegua, el potrillo y el jorobado de Ceferino estarían muertos y sepultados. Dicho esto apoyó con fuerza el vaso sobre la mesa y como salpicó unas gotitas las limpió con el delantal.

Mientras revolvía su leche azucarada, se quedó pensando en lo enigmático que era Lorenzo Aráoz. Tanto que a ella misma le resultaba difícil definir lo que le provocaba, aunque la ponía ligeramente nerviosa. Se notaba un hombre intrépido, capaz de conseguir todo lo que se propusiera; no obstante, no parecía peligroso. Imaginó sus aventuras por el viejo mundo, los lugares que habría conocido o las cosas que habría visto. Ella por el contrario, nunca había salido de Buenos Aires, salvo para ir a los Robles. De pronto, recordó cómo había suturado a la yegua entre sus brazos y se sintió impulsada a explorar su propia vena temeraria. Su miedo a los caballos podía haber remitido lo suficiente como para probar.

—Ensílleme uno, el que sea. Voy a salir. Sola —le dijo a Ceferino que la evaluó sin disimular su recelo mirando sobre su hombro para terminar de comprobar que nadie la acompañaba. Ni que lo colgaran se hubiera atrevido a contradecir a un patrón, pero esto se trataba de algo diferente, ella era mujer.

Quiso desanimarla con los posibles peligros, los pumas, los nidos de víboras y el sol que podía acalorarla. Pero no hubo manera de disuadirla y acabó casi en una rogativa.

—Es que me parece que al patrón no le va a gustar...

—Lo que no le va a gustar al patrón es que usted me esté dando tantas vueltas —dijo con tal determinación, que no dio espacio a réplica.

Esa mañana iba a ser perfecta. Montando solos ella y el caballo por las llanuras; eso había pensado, llanuras, verdes, muchas. Extensas, hasta donde llegara el límite de la imaginación. Como las llanuras de los hombres cuando se alejaban con las ovejas y desaparecían en el horizonte. Su alma y éste caballo, en fraternal comunión hasta volver victoriosa de su paseo demostrándole al mundo, que Paula Carrazans, podía gobernar a una bestia salvaje de la naturaleza sin la ayuda de nadie. No debía ser tan difícil, pensó.

Por suerte, había montura inglesa. Se aferraría del borrén y de los estribos, mejor que con esos recados endebles sobre los que andaban los gauchos. No tenía traje de equitación pero sí un vestido sin corset que le permitiría montar a horcajadas.

Ceferino la empujó de una de sus botas ayudándola a subir. El esfuerzo fue tremendo: el hombre, enredado entre los volados de la falda intentaba afirmarla pero Paula desacostumbrada a semejante equilibrio se despatarraba sobre la montura. Tanto fue el impulso que acabó atravesada y el mozo tuvo que ir a auxiliarla para que no se cayera por el otro lado.

No era inusual que una dama no supiese montar. A las señoritas de bien, las llevaban y traían en carruajes. Trasladarse a caballo era considerado de mal gusto, salvo en paseos campestres, cosa que para algunas jamás llegaba a suceder, como en este caso. El peón seguía sin estar del todo seguro, pero con el carácter de la señorita no se animó a decirle más nada. Le indicó cómo tomar las riendas, cómo doblar y cómo frenar.

La patrona salió al paso del cobertizo, y se internó en el bosque que rodeaba la estancia. Antes de perderla de vista, se persignó tres veces.

—Excelente. Así es, vamos. No, no, no. No te pongas nervioso, que con los nervios no llegamos a nada ¿Y si te acaricio acá? Ah, no te gusta —hablaba sola, nunca le gustó el silencio— ¿Si sacudís la cola es que no te gusta? Claro. Me imaginaba. Si a mí no me gustara algo y no pudiera decirlo, haría lo mismo. Ahora, ¿Y si tiro la rienda para este lado? Fantástico. Y hacia el

otro lado... Maravilloso. ¡No puede ser más fácil! Vamos a entendernos: ésta es mi segunda experiencia. Te suplico, nada de sorpresas. ¿Quieres que te cuente la primera? Me fue bastante mal. Fue hace muchos años. Pero era un caballo malo, no como vos, por supuesto. Y después dije que no. Que mejor no volver a probar. No quiero ofenderte, no es nada personal pero no me atraen los miembros de tu clan, en general ¿Vamos hacia allá? ¿No? Ah, no querés ir allá. Bueno, andá por donde te parezca. Debés saber mucho mejor que yo cuál ruta es la más conveniente. Pero nada de sorpresas, ¿Eh? que no me gustan los sustos. Donde quieras, y yo voy arriba tuyo mansita. No me tirás y yo no te pateo ni te pego con este... ¿Cómo se llama? palito. Qué linda esta lomada, no la agarres rápido ¡Una laguna! ¿Cuánto hace que estamos caminando? —no quería desesperarse pero se estaba poniendo nerviosa. Nadie en la casa sabría hacia dónde habría salido— Quizás tendríamos que volver, a ver si nos perdemos ¡Ay, no! ¡No! ¿Cómo se te ocurre ponerte a comer justo ahora? ¿Y ahora como recupero las riendas? Si me bajo ¿Cómo me vuelvo a subir? Pero por la santa virgen bendita y los santos que están en los cielos... ¡En la orilla hay un hombre desnudo! —Dijo, agachándose lo más que pudo sobre su montura para evitar ser descubierta—.

Le gustaba el agua fría, desadormecía los músculos del cuerpo y lo inducía a pensar con claridad. Escribiría a Lopez Mestre contándole la charla que había tenido con Carrazans para que no siguiera buscando en vano. Caminó hasta la orilla a recoger el jabón de lejía que estaba junto a su ropa y volvió a entrar en la laguna. El asunto de la herencia estaba zanjado y a decir verdad, a él tampoco le importaba más.

Se echaba agua en los hombros cuando oyó el ruido. Desde donde estaba reconoció entre los pajonales la silueta de Flojo, ese caballo manso y viejo que él mismo había domado cuando chico. Le silbó como le había enseñado y el otro, reconociendo el sonido, trotó alegremente hasta él, agitando sobre su lomo a su jinete que no soportó el zarandeo por la cuesta y cayó de costado al agua.

—¡Señorita Carrazans! —le gritó reconociéndola en el acto y la tomó del brazo ayudándola a incorporarse. Ella se describió los mechones de pelo mojados que le tapaban los ojos tan pronto como deseó volvérselos a echar encima para no ver el espectáculo.

—Señor Aráoz, por favor ¡Vístase! es un... —y meneó la cabeza sin

encontrar la palabra— ¿Cómo se va a estar bañando así a la vista de cualquiera?

Lorenzo se quedó perplejo sosteniendo las riendas. El agua le tapaba solo hasta las rodillas.

—Para su información —dijo sin moverse— esta es mi laguna y está dentro de mis territorios. Usted era quien estaba espiándome atrás del médano mientras me daba un baño.

Paula abrió la boca y comenzó a hacer sonidos inarticulados ante aquella impertinencia.

—¡Yo-no-lo-es-ta-ba-es-pi-an-do! ¡Fue el caballo!

—¿Flojo era el que me espiaba?

—¿Flojo? ¿Flojo se llama? Y sí, y es bastante flojo, solo piensa en comer, en ir a donde se le da la gana atrás de los silbidos de cualquiera — continuó hablando de forma compulsiva; le resultaba complicado mantener una conversación con un hombre que estaba como Dios lo trajo al mundo.

Él la interrumpió recreándose con aquellos cachetes enrojecidos que parecían a punto de explotar.

—¿Nunca pensó en que tiene una facultad especial para enloquecer a los caballos?

—Yo no enloquezco... —y no pudo decir más. Lorenzo se agachó examinando algo. Paula cerró los ojos porque lo único que veía y no podía dejar de ver, era lo que le colgaba entre las piernas, que no entendía por qué no acababa de cubrirse de una vez por todas. Y mientras miraba al cielo pensaba que, aunque ella había visto desnudos a sus hermanos gemelos cuando eran bebés, aquello nada tenía de parecido a esto. Sin dejar de apuntar la barbilla hacia las nubes que pasaban, tanteó las riendas con el propósito de apoderarse del caballo. Haciendo uso de la misma cordialidad de quien estuviera tomando el té con un caballero impecablemente vestido dijo:

—Si me disculpa, voy a volver por el mismo camino por el que vine, que es por allá, por donde se le ocurrió venir a este animal.

—Me temo que eso no va a ser posible. Se lastimó mucho una pata al tropezar con la rienda.

—¿Y...?

—Quedó manco.

—Señor Aráoz, a usted le parecerá que yo no sé nada de nada, pero no se burle. Este caballo no está manco pues tiene sus cuatro patas.

Lorenzo echó un bufido impaciente.

—Señorita Carrazans, manco significa rengo. No lo puede montar así.

Paula miró al animal, lo miró a él cuidando fijar sus ojos de la cintura para arriba y pareció darse cuenta en ese acto de lo absurda que estaba siendo la situación.

—De todos modos, Señor, me niego a seguir esta conversación si no se viste.

Lorenzo con malicia le dedicó su más inocente cara. Salió del agua con total desvergüenza y Flojo lo siguió como un perrito. De espaldas, y mostrando la parte de su humanidad que a ella le faltaba conocer, se puso el calzoncillo, encima el chiripá y lo ajustó con una faja que dio varias vueltas a la cintura. Aprovechó para mirarlo en detalle; no tenía los músculos de un caballero, sino los de un hombre aficionado a los trabajos físicos pesados. Sin embargo, y vaya a saber por qué se le ocurrió esto, juraría que se estaba poniendo la ropa con elegancia. Recién cuando se colocó la camisa de crimea, ella abandonó el agua.

—Vamos —dijo él.

—¿Adonde?

—A su casa.

Lorenzo amarró a Flojo de su montura y se subió a Cimarrón.

—¿Pero no dijo que no podía montarlo?

—Nadie va a montar a Flojo. Usted viene aquí arriba conmigo —dijo palmeando su manta.

—De ninguna manera voy a ir con usted, que en definitiva es un extraño, sobre ese...cuerito de oveja.

—No hay problema —señaló y empezó a andar sin darse vuelta llevándose consigo los dos caballos. Paula entre desconcertada y enfurecida fue detrás tropezando con el excesivo género mojado de su falda. Caminó un corto trecho apartando los yuyos, maldiciendo por la impresión errónea que había tenido de ese sujeto infame el día anterior; Era un salvaje, un bruto y trataría muy bien a las yeguas, pero no tenía ni idea de cómo se trataba a una mujer. De pronto un ramalazo le dio en el codo, seguir luchando contra los cardales era inútil. No tenía alternativa.

—Está bien. Subo. —se escuchó decir y extendió su mano.

Lorenzo viró y de un diestro tirón la colocó delante de su montura. Le resultó divertido sentirla contonearse pretendiendo tomar distancia.

—Agarre las riendas.

—¿Cómo?

—Que agarre las riendas, quiero ver como las toma.

La observó asir con elegancia las tiras de cuero crudo con sus dedos delicados y perfectos como si fueran cintas a trenzar.

—Así es, con suavidad, pero de ésta forma —dijo encerrando ambas manos entre las suyas y envolviéndola con sus brazos— Los codos así, pegados a la cintura.

—Sí, sí. Entiendo.

—Perfecto. Pero no tan rígidos —señaló acariciándole los codos para que cediera la presión. Ella cerró los puños y se concentró en las indicaciones intentando ignorar que la estaba tocando con total descaro.

—Les gusta que los acaricien. Pero cuando no hacemos lo adecuado se fastidian y si hacemos demasiado se empalagan. Hablan con el cuerpo. Y usted es quien manda, pero no con la fuerza. Él se entregará sumiso a la persona en la que confía.

Su voz aletargada era casi hipnótica y ella tuvo una relajada impronta de seguridad.

Dieron unos cuantos pasos en silencio hasta que ella habló.

—¿En serio usted cree que confía en mí?

—El caballo sí.

—¿Usted está seguro que no va a hacer algo malo?

—Ellos tienen un humor parejo. No cambian repentinamente de temple. No entienden de moral, no saben lo que es malo. Ningún caballo debería hacer lo que usted no quiere que haga. Por ejemplo, espiar a gente bañándose.

Paula que venía siguiendo atentamente la explicación, se dio cuenta que él se estaba divirtiendo a costa suya. Pero por alguna razón, ahora no le molestaba.

—Esta laguna perteneció a mis abuelos —dijo ella— Era el sitio predilecto de mi abuela. Pero cuando murió, mi abuelo decidió vender. Por eso vengo de vez en cuando a visitarla, nunca sin compañía por supuesto. No sabía que le pertenecía.

Él se limitó a afirmar con la cabeza.

—Cuando era chica, me contaron que a mi abuela la raptó un malón y murió cautiva. Este lugar entristecía mucho a mi abuelo, por eso se deshizo de esas tierras.

A Lorenzo le agradaba el melodioso gorjeo de su voz, la pollera tocando sus piernas y ahora que estaba distendida, el vaivén suave de su cintura.

—Una historia triste. Pero le aseguro que los indios no somos tan malos como parecemos.

—Puede ser —dijo, no hallando argumentos para contradecirlo. Después me enteré de una historia distinta, la que andan diciendo por ahí.

Él no dijo nada, animándola a seguir.

—El matrimonio de mis abuelos fue por conveniencia y ella, mi abuela, jamás lo amó. Cuando fue lo del malón, mi abuelo la buscó por años, tras el rastro de las indiadas que se decía, tenían cautivas. Cuando dio con ella y la rescató, mi abuela huyó nuevamente hacia el desierto. Y él, que había ido con el ejército a buscarla.

—¿Y usted cuál de las dos historias cree?

—No sé... Dicen que yo soy parecida a ella.

—¿Entonces?

—Si quisieran obligarme a algo que no quiero hacer, buscaría mi libertad a cualquier precio ¿Usted qué opina?

A Lorenzo lo asaltó una especie de incomodidad y no supo bien por qué. Quizás, porque no estaba acostumbrado a exponerse con la naturalidad que ella lo hacía. Tuvo el arrebató de revelarles sin palabras lo que para él era la libertad. Desenganchó a Flojo sabiendo que estaban cerca de Los Robles y que volvería sólo rengueando a su caballeriza.

—Sujétese —dijo y cruzándole una mano sobre el abdomen, la abrazó contra su pecho. Chasqueó la lengua y espoleó a Cimarrón que con sistemática lealtad accedió al galope de inmediato.

En un primer momento Paula se asustó y se puso totalmente tiesa ante la sacudida, pero él curvó su torso acoplándose a ella para imprimirle el ritmo. Paula dejó de resistirse y logró deslizarse armoniosa, pegada a Lorenzo.

Una brisa perezosa movía la vegetación impregnando el aire de aromas silvestres y de mágicas pompas del Diente de León. Paula, perdió el miedo; se colmó de una emoción irracional, alegría, euforia, un apego arrebatador por esas tierras. Le hubiera encantado correr y correr hasta echarse en la espesura de los trigales y desaparecer. O salir despedida, volando hacia los árboles y compartir el espacio con los pájaros. Se le antojó absurdo que a personas como su madre, aquel paraje produjera exactamente el efecto contrario. Y gritó. Un grito salvaje, descabellado, conmovedor.

Lorenzo sonrió ante el arrojó pero no le dijo nada. Aspiró su aroma que le llegó a través del pelo que le acariciaba la cara y sintió cómo cada uno de

sus nervios respondía ante el estímulo. Y algo cambió: tuvo la perturbadora sensación de estar de alguna forma, a punto de fundirse con ella. La fricción con su cuerpo despertó en él un deseo urgente que no se podía permitir. Entonces, se detuvo.

—Llegamos —dijo.

Paula no entendía y lo miró de reojo calibrando la intención sin saber si de nuevo estaba burlándose de ella.

—¿Me va a dejar a pie, aquí, en el medio de la nada?

Él le dedicó una sonrisa elocuente.

—Señorita Carrazans, éste es el bosque que rodea su estancia, está a cinco minutos caminando de su sillón favorito. Por su honor, le aseguro que no querría entrar montada conmigo así y ser el centro de los chismorreos de la peonada.

¿Le estaba diciendo que no se había comportado como una dama montando con él?

—Gracias señor Aráoz. Ha sido muy... educativo el paseo.

—De nada, señorita Carrazans —dijo, y partió a la velocidad con la que habían llegado. Paula se quedó inmóvil con el cuerpo temblando de su propio arrojito y se puso la mano en la frente viendo cómo a Lorenzo Aráoz se lo tragaba el horizonte.





—¡Niña Paula, pero qué le ha pasao! —le salió al paso la mulata.

—No es nada Nicolasa, nada. Baje la voz que mi padre la va a escuchar.

La mujer se esforzó para hablar más bajo, provocando que su voz finita sonara como un chirrido.

—¡Pero qué no va a ser nada niña Paula! Mírese el vestido, qué enchastre —dijo manoteándole las prendas de seda mojadas— y el caballo que volvió sólo, sin usted arriba. Ha venido Ceferino pálido como sábana nueva con que el patrón lo iba a crucificar ¡Y usted tan campante, con los botines en la mano como si viniera de oler flores!

A medida que subían la escalera, Paula intentaba callarla llevándose el índice a los labios mirando a un lado y a otro. Ya en su habitación, cerró rápidamente la puerta para que nadie más pudiera oírla.

—Bueno, bueno, está bien... —quiso calmarla— Fui a dar un paseo.

—Un paseo —repitió la negra cruzándose los brazos.

Paula revoleó los ojos y se acercó a las cortinas que comenzó a acariciar distraídamente.

—No tomé bien las riendas, el caballo se molestó con razón y yo, en mi inexperiencia, no supe darle la confianza necesaria. Entonces él decidió partir. Sin mí —contestó Paula repitiendo lo que había aprendido por Lorenzo.

—¿Qué no le he dicho yo que las señoritas no deben andar solas por ahí porque puede ser mortífero?

Ignorando la muletilla de la mulata preguntó por su padre.

—No ha regresao, tiene suerte usted mi niña de que no la vea en esas fachas y de que todavía no se haya enterado de su aventura.

—Y si no está papá ¿Por qué seguís murmurando?

—¡Porque usted me ha dicho! ¡Por qué ha de ser! Voy a prepararle un

baño para que se saque eso —dijo aflojándole el lazo del corsé.

Paula sintió sus pulmones liberados de la presión y salió con un paso del círculo de vestido que había quedado alrededor de sus piernas. En el intervalo en el que, Nicolasa fue buscar agua caliente, ella se dejó caer en la cama, rebotando con placer en la colcha de puntillas. Estaba extenuada y a la vez eufórica. Todo había resultado tan inusual: salir a montar sola, la laguna, Lorenzo. Lo excitante fue la vorágine; no se terminaba de acostumbrar a lo que iba sucediendo, cuando pasaba algo nuevo ¡Dios santo, y Lorenzo Aróz desnudo! Pensó llevándose las manos instintivamente a las mejillas.

Inspiró profundo; el ambiente estaba cargado del aroma dulce y terroso que se desprendía de la salamandra. Por más que ella lo intentara, le parecía imposible hacer ese menjunje como Nicolasa. A diferencia de los preparados de la botica que las medidas de las mezclas debían ser exactas, Nicolasa combinaba las porciones con pura intuición, como si su olfato le dictara los secretos de cada planta.

Se incorporó y acercándose al espejo, empezó a sacarse la camisola. Desde que se había convertido en una joven casadera, le permitían tener un espejo en su dormitorio porque era fundamental para lograr ser atractiva para los hombres. Pero debía ser usado responsablemente; *es pecado mirarse las vergüenzas*, le resonaba la voz de su madre. Y pensó con cierto arrojo que, si había un día para las transgresiones era ése. Tenía una curiosidad impostergable desde hacía un rato, cuando abandonó el bosque, de comparar su propio cuerpo con el de Lorenzo.

Sintió el ligero peso de sus pechos alternadamente. Eran pequeños, no como los de Nicolasa, grandes como melones. Se arrepintió de pensar en los de Nicolasa, eso sí debía encontrarse prohibido en algún mandamiento. Y siguió con su examen que era obvio, pero resultaba tan entretenido como una discusión desopilante de filosofía. Los hombres no tienen senos porque no amamantan, concluyó mirando su reflejo con cara seria como disertando ante un congreso de eruditos. Deslizó la yema de los dedos rodeando bordes sedosos; el pezón se erguía y la piel de los brazos se le erizó. Sonrió ante el descubrimiento y lo repitió hasta que dejó de suceder. No encontró mayor análisis en lo que concernía a los pechos, pero lo de ahí abajo era otra cuestión. El mismo triángulo rizado, quizás con un color parecido, el suyo, no tan espeso como el de él. Pero la diferencia estaba en aquello, lo que no tenía ni que nombrarse.

En la biblioteca de sus tíos, casi todos los libros estaban permitidos.

Alguna que otra vez, su tía Deirdre apartaba alguno en particular; a pesar de ser la mujer más liberal que había conocido, era reticente en cuanto a temáticas que le decía las mujeres debían reservar hasta que se casaran. Aunque en lecturas de lo más sagradas se filtraba siempre información y supo así desde muy chica, lo que hacían los hombres y las mujeres para tener hijos.

Revivió el galope cadencioso, el viento fresco, el olor a pasto, a animal sudado y esos brazos que la ceñían. Hurgaba donde el vello era crespo y la carne se humedecía entre sus dedos. Un suspiro tembloroso le recorrió los labios y se llevó el puño a la boca. La cara y el cuello le ardían y tuvo la impresión de que necesitaba de algo vital, como del agua cuando se tiene sed. Oyó los pasos apurados de las sirvientas con los baldes en el pasillo y se cubrió con su bata. Ahora que habían hecho colocar griferías en Buenos Aires, se daba cuenta del fastidio que era bañarse tan lejos de la cocina. Aún así, no extrañaba en absoluto. La tranquilidad lejos de su madre y de los gemelos ruidosos no tenía precio.

Se sumergió en la bañera dejando que Nicolasa le desarmara el peinado y le enjuagara el pelo. La escuchó quejarse de la suciedad, de las picaduras de insectos, repetir de las muchachas que andan solas y luego no la oyó más. O resolvió no prestarle atención. Siempre había alguien dispuesto a decirle lo que debía hacer. Como su madre, a quien lo único que la satisfacía era quejarse continuamente de lo que le molestaba de su hija; que no le gustaran los bailes ni las reuniones sociales, que desapareciera por horas en la botica, que no hiciera correctamente el punto cruz o que no tuviera las aptitudes buscadas por cualquier caballero de familia distinguida.

Y en parte tenía que admitir que era cierto; Paula carecía de entusiasmo en los detalles domésticos: mucho menos le interesaban los chismes. Se sentía femenina y le gustaba arreglarse, pero le aburrían soberanamente las tertulias. Prefería acompañar a su padre al campo. Y por sobre todas las cosas que existían, el placer supremo era estar en el negocio de su tío. Ahí podía participar de conversaciones con personajes interesantes a diferencia de las charlas azucaradas que agradaban a las jóvenes de su edad sin otra aspiración más que encontrar un marido que se ocupara de pensar por ellas.

Lo que Paula quería, era aprender justamente lo que no se les enseñaba a las damas. Seguir investigando y curando a la par de su tío; preparar la receta para el catarro nervioso, administrar un vomitivo de tártaro emético para el crup, entablillar huesos o vacunar contra la viruela. Porque para su tío, ella no era un clavo torcido que había que enderezar.

Micaela había consentido al principio que se entretuviera en el negocio, era chica y molestaba en la casa y aparte su tío Martín insistía en llevarla. Como sea, su madre se acostumbró a no verla. Y al nacer los gemelos, lo siguió permitiendo porque sus nervios la forzaban a no ocuparse de nada, situación que se mantenía hasta la actualidad. Pero siempre, encontraba el momento para endilgarle que su afición a aquellos menesteres, desprestigiaba a la familia.

*Y si la señora Micaela se entera, vamos a tener serios problemas, porque ya es sabido que acá el que se mete a redentor sale crucificado* escuchó decir a Nicolasa a su espalda que seguía con su parloteo mientras la envolvía con una toalla.

Por supuesto que estaba en problemas. Cumpliría veinte años en marzo y culpa de su escasa participación social, sus tías, las hermanas de Micaela, comenzaban a hacer hincapié en el peligro de la soltería a tan avanzada edad. El repentino interés de su madre le causaba indignación, sobre todo porque se orientaba a su futuro conyugal y no a ella.

Micaela había encargado telas y moldes a París decidida a renovarle el vestuario íntegro. Vestidos más audaces, zapatos forrados, sombrillas y esos sombreros modernos. Para cuando volviera de este viajecito del campo tendría tantos eventos sociales que sería un milagro si no salía casada de alguno.

Se sentía como una vaca vieja siendo subastada al mejor postor. No se consideraba atractiva, no sentía que tuviera las virtudes que solían agradarles a los caballeros como la sumisión y la ignorancia. Pero quizás, en algún lugar, existía alguien especial para ella, que la quisiera tal cual era y que le permitiera seguir con su vida tranquila. Y por razones obvias, estaba segura que ese candidato no aparecería mágicamente en un baile de presentaciones.

*“Querida, no es sensato casarse por amor”* le había respondido su madre a su perorata romántica. A Paula, la sola mención de esa frase leída en tanta novela, ya no le infundía el menor respeto. *“El amor viene con los años, y solo de la mano de quien pueda darte aún más de lo que estás acostumbrada a tener”*; *“Mira a tu prima Mercedes, que enfermó por amor y hubo que medicarla hasta que se le pasó”* le recordó su madre.

Paula sabía bien lo que les hacían a las chicas cautivadas por el joven equivocado. Era bastante corriente, con la cantidad de inmigrantes pobres que

llegaban en barco buscando cambiar su destino. Bastaba la mínima sospecha, una esquela escondida en un rincón, o la pesca de miradas furtivas entre los enamorados para que las familias adormecieran a las insurrectas con láudano hasta que no recordaban ni quienes eran. Cuando Paula atendía en la botica a las sirvientas con el encargo, en más de una ocasión se sintió tentada de cambiar el contenido y llenar los frasquitos con tisana de ruibarbo.

Su padre antes de este viaje al campo, le había adelantado que tenía planes para ella, no había explicado cuales, a su regreso a Buenos Aires. Paula no se atrevió a preguntar; conocía sus límites. Pero en aquella cena observó cómo sus tíos y su madre, continuaron comiendo obsecuentes, era obvio que estaban al tanto. Sea de lo que fuese que se tratara el proyecto, no podía negarse que estaba de acuerdo la familia entera.



Seguía el rebaño ausente y sus hombres lo secundaban sin importunarlos. No era necesario conocerlo mucho para saber su estado de ánimo; la sola rigidez de su mirada bastaba para recordar su sitio hasta al más bravo.

Una bandada de perdices levantó vuelo repentinamente delante de él y sujetó las riendas tranquilizando a Cimarrón, y alzó la vista para seguir las a través del cielo diáfano. Las perdices auguraban complicaciones.

Descubrir que el deseo existía de ese modo lo había dejado confundido y preocupado. No era de los que malgastaba el tiempo en líos virginales, le gustaban las mujeres que destilaban experiencia. Sin embargo, no había pegado un ojo en toda la noche pensando en Paula Carrazans.

Sobre todo, no era de los que se domesticaban; no necesitaba un hogar caliente, ni fino colchón de plumas, ni mujer que se encargara de zurcirle el atavío. Porque fue criado sin la necesidad de valerse de nadie. Podía ser instruido, y conocer el sabor de los mejores licores; pero prefería morir a ocupar una posición en la aristocracia o un sillón familiar sosteniendo un libro de poemas. Y menos ahora que recuperaba su libertad. Pero que no precisara de todas aquellas comodidades, no significaba que no coexistiera en él esa dualidad.

Dentro de poco debería trasladarse al epicentro de lo que rehuía, en el preciso momento en el que arribara Thomas. Su amigo le había expresado en su carta la intención de visitar Buenos Aires como parte de su gira. Lo que para Lorenzo significaba la inevitable inserción en la sociedad porteña. Bailes, tertulias, y variados eventos para agasajar al gran maestro Thomas Rickinson. En esa carta le contaba que había estado en Bombay dando conciertos. Que esperaba recuperarse del incordioso viaje de regreso, en el que había tardado seis meses en bordear el cabo Nueva Esperanza. Y que su próxima aventura sería cruzar el atlántico y que desembarcaría en marzo.

Si lo viera en ese instante, pensó y sonrió de solo imaginárselo descendiendo de punta en blanco de ese vapor horrorizado con sus fachas. Nada había cambiado desde el orfanato, o cada cual se perfeccionaba en lo suyo: Thomas mercedamente, continuaba con su brillante carrera. Él por su parte, olía a estiércol como siempre, cambió pantalones por bombacha y en vez de peinarse usaba vincha. Se encontraba más a gusto que nunca y podía jactarse de prosperar de forma vertiginosa. Claro que podría hacer el esfuerzo de volver a convertirse en un caballero por un par de semanas, deliberó con ironía. Thomas, William y él; juntos como en los viejos tiempos. Con este solo pensamiento, le había cambiado el humor.

Las ovejas, entraron al corral empujadas por los gritos de los arreadores. A la orden de Lorenzo, se cerró la tranquera y todos ocuparon sus puestos.

Los jornaleros de la primera esquila, resultaron lentos y poco cuidadosos. Los despidió antes de finalizar la temporada y tomó otros, pero los inconvenientes persistieron arrojando resultados alarmantes. Antes de comenzar este año, hizo reformas: se aseguró buenos peones mandaderos pagando por adelantado. Era un riesgo pero valió la pena correrlo, podrían haberse ido con el dinero y no volver más. Pero hasta ahora, el resultado era lo esperado. Como ofrecía esa ventaja les exigió papeleta de conchabo, de manera que ninguno andaba huyendo de la ley o en cosas raras. Aparte contrató indios, pero como a ellos no les daban papeleta, averiguó si eran conocidos o si habían tenido otras ocupaciones por la zona.

Para estimular a sus esquiladores, y que no abandonaran la estancia en la época fuerte como era común que sucediera, ideó un sistema de recompensas; pagaba el doble a quien no lastimara ni un cuero y al cierre de la semana, otro tanto para el más rápido entre los anteriores. Por lo general, el premio se lo llevaban los indios agregados que no cobraban jornal, trabajaban a cambio comida y vivienda. Pero que les gustaba eso del premio para gastárselo en caña. Y él, confiaba más en los de su sangre que en cualquier otro. En particular, cuatro de ellos que eran hermanos entre sí y a los que llamaba *Los María*, porque al darles bautismo cristiano les habían puesto ese nombre sumado al de algún apóstol. José María, Pedro María, Juan María y Pablo María. Si hubiera tenido que elegir una ocupación para ellos, habrían sido los guardaespaldas perfectos; lo seguían a sol y a sombra, ya estaban sentados en la puerta de la casa cuando él salía a la madrugada y a veces cuando se levantaba en medio de la noche, los veía haciendo fogón desde la

ventana. El único inconveniente era lidiar de tanto en tanto con sus borracheras, pero como los sentía su propia familia, consentía sus vicios hasta cierto límite con actitud paternal.

Alzando el brazo, chifló al *María* que llevaba las cuerdas, para pasar por sobre los balidos ensordecedores. Las ovejas, fueron maneadas una al lado de la otra y Lorenzo se arrojó a la tierra para arrodillarse a la par de sus peones. Fuera del brete, los envellonadores separaban la lana según la calidad, eliminando las espigas y la paja. Una vez limpia, la embrollaban transportándola al galpón para el romaneo.

Desde el puerto argentino, el vellón se exportaba sucio y sin peinar a Europa donde se manufacturaba. Con conocimiento de los cambios que se venían gestando en el mercado, él tenía un plan distinto: mandaría la lana peinada y teñida. Todo se encontraba en la naturaleza para ser usado, pero los criollos no se tomaban la molestia de perfeccionarlo. El rojo punzó lo daba la cochinilla que parasitaba los cactus del nordeste, el amarillo se extraía de las raíces del Quebracho Blanco, el negro del Petiribí. De lavandas y distintos yuyos, el azul. Con esta estrategia confiaba en el valor agregado, impulsaría su producción a competir fuera de temporada: para la época en la que al resto se le acababa la mercadería, él recién empezaba a entregar. No es que buscara convertirse en un hombre rico, aunque la prosperidad parecía perseguirlo. No tenía que demostrarle nada a nadie, porque no tenía a nadie. Sencillamente, no podía dejar de trabajar ni de buscar que esa tierra rindiera sus mejores frutos porque eso era lo que había hecho siempre. Estaba en el lugar en el que le gustaba estar, con la gente con la que se sentía a gusto y amasando una pequeña fortuna que no necesitaba. A su entender, su habilidad en la economía lo alejaba de quien era realmente, o de lo que quería volver a ser. Como el don del rey Midas.

Concluida la jornada, se sentó a tomar mate con los peones en torno a la fogata. Uno al que llamaban *el guisandero*, preparaba caldo flaco de vaca y hervía mandioca. El más viejo, empuñó la guitarra y comenzó a recitar versos que llamaban a la reflexión o que hacían reír. La compañía era chispeante y terminaron todos por sumarse contestando las payadas en un ir y venir de coplas.

Al día siguiente, se festejarían las fiestas patronales. Era un acontecimiento importante: cada cual iría a mostrar sus habilidades, así que



se dispersaron temprano para acondicionar sus aperos.

La noche de luna llena le permitió volver montando sin sorpresas. Silbaba una de esas bagualas tristes que había entonado el viejo. Ésta versaba de un mozo al que no le importaba vagar por la estepa sin techo y pasado de hambre, pero sí lloraba por una china que le había negado la bendición. Y ese deseo absurdo que había logrado mantener a raya, la mayor parte del día, volvió caprichosamente a ocupar sus pensamientos.



La celebración había empezado al mediodía en el pueblo, con la misa al aire libre y la procesión con la imagen de la virgen circundando la plaza. Se fue extendiendo a lo largo de la tarde cuando esa pequeña multitud se trasladó a la posta en donde, a través de una amplia exhibición de destrezas gauchas, se galardonaría a los más habilidosos. Y acabaría al anochecer cuando la paisanada se iría apagando con danzas y recitados.

Habían visto las cuadreras y la doma. Estaban por comenzar los juegos de cañas pero Lorenzo no quiso participar para no lastimar a Cimarrón. Buscando un buen lugar para ver, le contó a William que se trataba de una contienda en la que dos grupos de jinetes combatían entre sí. El que era boleado, pasaba al otro grupo y ganaba quien se quedaba con todos los del equipo contrario. No acababan de encontrar un par de sillas vacías que Lorenzo las abandonó al escuchar que se iba organizando la corrida de sortija. Un joven desalineado pero robusto se acercó y Lorenzo aprovechó para presentárselo; se trataba de Belisario, un antiguo camarada. Haciéndose bromas entre ellos, se dirigieron a la larga fila para anotarse. William quiso caminar a su lado pero era casi imposible; alrededor se iban congregando varios curiosos que luchaban por escuchar lo que se decían.

Por lo que William alcanzó a comprender, Belisario era el favorito, pero no hacía mella a la fama legendaria del indio Aráoz y las apuestas daban empatadas. De un salto, Lorenzo montó por la grupa de Cimarrón y le recomendó permanecer cerca de los palos para que viera ensartar la sortija.

Del lado opuesto de la huella, la multitud se abrió ante la aparición de algún personaje importante. Antonio Carrazans, oyó murmurar a alguien. William entendía a qué se debía el alboroto, era el patrón de la estancia más grande en leguas. Vestía como gaucho elegante, con telas impecables y un poncho cruzado por sobre el pecho que era más adorno que abrigo. A

diferencia de los que andaban por ahí, no sostenía el chiripá con género sino con una rastra llamativa de monedas incrustadas. Desde donde se encontraba, se inclinó a modo de saludo, sabía que la competencia se había detenido con su llegada.

Un carruaje llegó con dos mujeres que se unieron a Carrazans. La más joven iba vestida con sencillez práctica, no obstante era evidente que pertenecía a la aristocracia. Detrás, una mulata de belleza inusual. Su talle era tan pequeño respecto al resto de sus atributos que William tuvo el perturbador pensamiento de que si envolvía esa cintura entre sus manos podría tocarse la punta de los dedos por ambos lados.

Paula se acercó a la largada tomada del brazo de su padre, desde donde tenía una vista privilegiada. Los jinetes se pechaban unos a otros en broma o desafiándose. Una paisana pasó entregándoles a cada uno un palito. Lorenzo en el centro, se destacaba por su porte temerario. El azul de sus ojos evaluaba la anilla a lo lejos, como un ave de presa a punto de lanzar un ataque infalible. Destilaba naturaleza temperamental, como si estuviera por encima del mundo ordinario. De pronto, su mirada se clavó en la de ella y se suavizó como por arte de magia con una sonrisa extraña; como si se alegrara de verla ahí. Cuando sonó la descarga de un rifle, Paula contuvo el aliento. El caballo de Lorenzo, se encabritó ante la explosión; hincado en sus vigorosas patas traseras y, envuelto en la polvareda, brillaba sobrenatural como una criatura mitológica. Luego, Lorenzo y su caballo emergieron de esa nube enrarecida alcanzando a su contrincante sin dificultad. La gente se desparramó como un avispero sacudido por un vendaval furioso. A todo galope con la sortija en alto, ambos jinetes se pararon en sus estribos dirigiéndose hacia unos postes que formaban una hache.

Los gauchos, que se amontonaban junto a ella, vociferaban sus apuestas. Incluso las mujeres gritaban descuidando todas las formas.

Pasaron con tal velocidad delante suyo que solo pudo ver las argollas flameando sin saber si alguno había logrado embocar la sortija. El maestro de posta bajó un pañuelo blanco y el público estalló en aplausos. Vitoreados, los dos jinetes subieron a un podio construido con bolsas de papas. Al parecer, se había tratado de un empate, porque ambos recibieron el premio, que era una botella de algún licor.

Un suave tirón en el brazo la atrajo hacia una conversación. Su padre le

presentó a la familia Martínez Baigorria, también terratenientes porteños que, decían, estaban asistiendo a la competencia por casualidad. La señora, se quejaba de la ignorancia de la gente de campo, de la falta de respeto a la santa virgen con estos juegos profanos y luego dijo mucho más buscando adular a su padre. Llevaba puesto un sombrero de plumas y sombrilla, atuendo del todo inadecuado para una celebración nocturna en el campo y ponía cara de desagrado a todo lo que le pasaba cerca. A Paula le pareció que la mujer era muy maleducada o se le iba de las manos la voluntad de querer codearse con un Carrazans. Su padre, a su vez, había quedado con una sonrisa que parecía sostenida con tachuelas. Esa mujer, con su conversación banal y su ropa, lo único que hacía era demostrar falta de buen gusto y ser una burla a la humildad de aquellos paisanos. Paula perdía el tiempo con esta conversación intrascendente, estaba fascinada con la celebración. Volvió su atención hacia donde todavía se encontraba Lorenzo y lo vio sonreír ahí arriba. Tenía una sonrisa hermosa. Lejos de presumir de su triunfo, se veía distendido y a su vez, alerta. Y luego, él pareció fundirse en la fiesta que cobró una extraña vida tras su ausencia; pero no se había ido, estaba por ahí, entre los farolitos de papel colgados en las ramas de los árboles que rodeaban la pulpería, entre la música que empezaba a sonar, en la oscuridad que hacía aparecer y desaparecer de un momento a otro las personas a su alrededor. Era un entorno trasgresor y misterioso. Las risas a llenaban la atmósfera acallando el resto de los sonidos. Los aromas se volvieron densos, mezcla de brasas ardiendo, bebidas destiladas y sebo. Hubiera querido quedarse hasta el final, saber qué venía después, pero su padre no lo permitió y con la excusa de escoltarla a Los Robles, él tampoco se quedó. Mientras se retiraban vio que algunas señoras también subían a sus carruajes llevándose a sus hijos. Otras en cambio, eran atraídas por la débil luminosidad de la pista respondiendo con un aleteo de faldas a los hombres que las invitaban al baile. Se preguntó dónde habría quedado Lorenzo y si bailarían.

Del otro lado de la pista, Belisario se unió a Lorenzo y a William en la pulpería para beber el premio. Se ubicaron en una mesa adentro. Tomaron toda la ginebra y luego pidieron licor de caña con queso. Un candelero improvisado con un aspa de toro y sebo vacuno iluminaba la cara enrojecida de William. Lorenzo, le apoyó un dedo en el filo del vaso cuando intentaba llevárselo a la boca y se lo bajó hasta la mesa.

—Acá Will, más vale andar prevenido que entonado.

—¿Entonado? —preguntó sin entender.

—Que no hay que perder las facultades —explicó, y con la cabeza señaló a dos paisanos en una especie de enfrentamiento— Con un par de ginebras encima, he visto perder una oreja y hasta una extremidad en estos duelos.

Agitaban los ponchos y desenfundaron los cuchillos. William deseó no quedar jamás en el medio de esas contiendas.

—¿Y por qué pelean? —preguntó.

—Un animal robado, una mujer, cualquier cosa es mecha. Uno de los dos muere o abandona herido. En este caso es amistoso; Es un visteo nada más. Ahí sacan la olla del fuego.

—¡No me digas que se van a tirar con agua hirviendo! —exclamó horrorizado.

Lorenzo se rió de la ocurrencia y Belisario se arrimó a la mesa para explicarle.

—Pasan el dedo por la olla quemada y se marcan con tizne la cara. Al primero que pintan pierde.

Los peleadores habían quedado a sus espaldas. William se cruzó de piernas y se apoyó en el respaldo de la silla para mirar atrás.

Con habilidad y usando los flecos del poncho, uno de los luchadores le pegó en los ojos a su oponente que se agarró la cara dolorido.

—¿Y eso vale? —dijo soltando el nudo de sus piernas y volviendo a la posición anterior.

—Vale todo —dijo Belisario mordisqueando un yuyo.

—Tienen la consideración de sacarse las espuelas para no enredárselas con los ponchos, y los facones para no tentarse —dijo Lorenzo— Pero es una demostración de defensa, si es bueno en el visteo es alguien con quien no hay que meterse.

Siguieron con cuerpeadas y aunque fueran simuladas, se palpitaba un encuentro tenso. Lorenzo perdió la concentración y se puso de pie un instante para ver desde una ventana. Esperaba que Carrazans hubiera tenido el sentido común de llevarse a Paula de ese sitio. Por sobre la pelea y en la otra punta de salón divisó a *Los María*, firmes como estacas, no le quitaban el ojo de encima. A Lorenzo jamás se le hubiera ocurrido contar con ningún tipo de protección, pero sabía que ellos no se iban a mover de esa esquina, de esa forma agradecían el trabajo y el lugar que les daba en la estancia.

En el visteo que atraía todas las miradas, el más alto arrojó el poncho y el otro esquivó contraatacando con la mano pintada.

—Tanto amagar perdió cancha —explicó Belisario arriesgando un resultado.

William estaba compenetrado en la lucha.

¡Cuide abajo! gritaban ¡Cuide arriba! ayudaban. Hasta que uno dio la estocada final trazándole al otro una raya negra en la cara ¡Esa! vociferó a coro la ronda que se había formado alrededor. Los aguerridos contrincantes se dieron la mano como dos caballeros y ahí nomás reaparecieron las guitarras y se largó el baile como si nada hubiera pasado. Por la euforia con la que empezaron a bailar pisoteando el suelo con determinación, William comprendió que ese baile que después supo, se llamaba malambo, también era una forma de exhibir habilidades.

Un borracho se tropezó con la mesa en la que se encontraban sentados y quedó tirado en el piso sin poder incorporarse. Lorenzo le hizo señas a William para que no lo ayudara, indicándole que ya era tiempo de irse y saludó a Belisario con un gesto compadecido.

Cuando salían, Lorenzo, como al pasar, le dijo que conocía al susodicho y que Belisario se encargaría de él, y siguió con paso apurado hacia el palenque sin prestar más atención al asunto. Y cuando William se dio vuelta, vio a lo lejos como Belisario le echaba un baldazo de agua en la cabeza.

Sólo escuchó a Lorenzo preguntarle al caballerizo si la familia Carrazans se había retirado y volvieron a la estancia.



Mandó a llamar temprano a sus hombres. Una majada de Carrazans se había cruzado con su rebaño y había que separar y arrearla de vuelta.

El trabajo podía haber esperado unas horas más, pero quería ejemplificar a la peonada. Una noche de juerga no exoneraba descuidar la hacienda.

El día amaneció encapotado, amenazaba tormenta cuando llegaron a Los Robles. Belisario y un par más les salieron al cruce.

—Ahora sí se le va a armar a Ceferino —dijo Belisario mientras abría la tranquera, confirmando lo que Lorenzo sospechaba, que ese capataz no pasaba día sobrio.

—Cuando se entienda que el que tiene que llevar las riendas aquí debiera ser usted, las cosas cambiarían mucho —le contestó Lorenzo que ya había notado la falta de actitud del capataz desde el día que había parido la yegua de Carrazans.

Después de ocuparse de los animales Lorenzo mandó a sus hombres de vuelta y acompañó a su amigo al galpón a tomar unos mates. Belisario abrió un zurrón de yerba y y él puso la pava al fuego. Estuvieron charlando un rato de los resultados de las competencias del día anterior, de los borrachos y de la hacienda. Belisario sacó una chusca del bolsillo del pantalón y armó un cigarro para su invitado y otro para sí. Las diferencias de pronto habían dejado de existir y volvían a ser como hermanos. Lorenzo hasta escupía el piso tras cada puñado de palabras como cuando eran chicos. Quien no lo hubiera conocido, habría pensado que se trataba de una actuación mediocre para parecer un gaucho raso. Pero Lorenzo no fingía, hacía lo imposible por recordarse a sí mismo quién era.

Un peón se acercó a avisar que el patrón andaba juntando a los suyos y se despidieron con un gesto de sobre entendimiento; ya sabían la que se

venía.

Afuera, la ventolera traía olor a humedad. De pronto, la oscuridad; como si hubiese anochecido. Tenía que volver urgente, venía tormenta y de las complicadas. Estaba montado cuando reconoció unas voces femeninas cerca. Ató a Cimarrón al resguardo y rodeando el galpón se ocultó entre los árboles. Nicolasa, apurada en descolgar la ropa de los alambres, señaló arriba y huyó hacia la casa con un canasto lleno de sábanas. Paula le contestó algo en tanto reía sosteniéndose el sombrero. Se alzó la falda hundiéndola para depositar ahí un manojo de flores recién cortadas. Y otra vez, estaba descalza. Y pensó en que si lo obligaran en ese instante a definir lo que le provocaban nada más que sus pies desnudos, no habría podido encontrar ni un solo pensamiento decente; deseó besarle desde la punta de los dedos, los tobillos y el empeine y subir con sus labios por las piernas hasta volcarle todas las flores.

Como un conejo que en la quietud de la naturaleza presiente el acecho del lobo y que antes de huir echa un vistazo para contemplar su destino final, se puso de pie y miró hacia donde él se encontraba.

—Señorita Carrazans —dijo y necesitó aclararse la garganta, al tiempo que se inclinaba con cortesía.

—Señor Aráoz —exclamó sorprendida explorando en torno el parque desierto.

—Vine con una majada extraviada —dijo. La miró fijamente con tal intensidad que parecía que estaba hablando de cualquier asunto menos de ovejas.

Paula no pudo evitar, a esa corta distancia observarlo en detalle. Las cejas negras obstinadas, los ojos de un azul perfecto que contrastaban tanto con esa piel morena. La frente, las pequeñas cicatrices de vaya a saber qué aventura extraordinaria. En el mentón, se le dibujaba un hoyuelo que hacía resaltar su labio inferior. Al caer en la cuenta de que él también se la había quedado mirando, tuvo problemas para respirar, o el corazón le empezó a latir en el estómago. Sea como fuera no supo cuál de los dos trastornos provocó el otro y ella, que según su madre tenía el defecto de la locuacidad, no se le ocurría nada que decir.

—Mañana volvemos a Buenos Aires —fue lo primero que le vino a la mente. Pero él no contestó.

Comenzó a gotear perezosamente, y ella levantó las palmas para sentir la lluvia.



—Llueve —agregó en voz baja.

—Tendría que ir a refugiarse —sugirió él, sin quitarle los ojos de encima.

—Si —contestó ella pero no se movió.

Lorenzo inclinó levemente la cabeza y le sonrió de manera extraña.

—No debería estar sola aquí conmigo —deslizó con suavidad.

Un trueno la hizo saltar en su sitio pero él ni se inmutó. El viento le agitó el pelo que fue a rozar la cara de Lorenzo. Buscó acomodárselo detrás de las orejas, pero los mechones rebeldes, volvían a él.

La sensación era tan agradable que Lorenzo aplacó sus intentos sosteniéndole la muñeca.

—¿A qué debería temer? —inquirió ella desafiándolo, mientras alternaba su atención entre su peinado y su brazo apresado. Sabía que él era fuerte; si quería, podía dominarla físicamente. Sin embargo, en vez de temerle se sentía a salvo.

Los rodeó un remolino de hojas secas y se desató un aguacero. Lorenzo, le agarro la mano llevándola al reparo de los árboles.

—Puedo mostrarle los más variados ejemplos —le contestó, y con sus labios rozó brevemente los de ella tan suave, tan sutil, que Paula por un instante no pudo precisar si había sido besada. De todas formas, su mano pareció perder el control y las flores cayeron al piso.

Desde el pórtico, Nicolasa no los veía. Llamaba con insistencia sin atreverse a pisar fuera de la galería por su temor a las tormentas. Pero Paula, se sintió incapaz de moverse; como si hubiera echado raíces y la voz abandonado su garganta.

Él, estaba muy cerca y tampoco decía nada, parecía absorto en sus labios. Con los dedos le exploró las comisuras de la boca y Paula contuvo la respiración. Entonces, volvió a besarla con devastador cuidado.

Debería haber luchado en sus brazos, no obstante Paula no consiguió deshacerse con facilidad de aquel contacto nuevo y excitante. La abrazaba, y el calor arrollador de sus manos le atravesó las capas de tela como si le estuviera tocando el alma. La suavidad de su lengua alcanzó la suya provocando la sensación más íntima que jamás hubiera podido imaginar. Y de pronto, su mundo se transformó en un océano de percepciones elementales, como si todo estuviera sucediéndole por primera vez; como si la lluvia nunca antes la hubiera mojado, como si el oxígeno no supiera que hacer dentro de los pulmones. El corazón le zumbaba en los oídos y la

atravesaban punzadas de hielo y fuego.

El bosque no logró aislarlos, llovía con la misma intensidad bajo el follaje que en el claro. Ella temblaba sin poder detenerse y tenía la certeza de que no tenía nada que ver la ropa empapada; era como si sus músculos estuvieran a punto de colapsar y anhelaran ese desenlace. Cuando el reguero de besos se desplazó por su mejilla hasta llegar a la zona oculta detrás de su oreja, buscó adherirse con todo su cuerpo a él.

Lorenzo, emitió un gruñido y la apartó con expresión azorada.

Sin abandonar los escalones de la galería, Nicolasa volvía a reclamar a los gritos que Paula volviera a la casa.

Ella alzó su falda y sin volver a mirarlo salió corriendo.

Un listón celeste se le desprendió del sombrero y Lorenzo se agachó a recogerlo. Pensativo, lo enredó entre sus dedos hasta casi cortarse la circulación. Se llevó las manos a la nuca, en ese instante supo que había cometido su peor error.



## *Buenos Aires, enero de 1871*

Finalizada la esquila, Lorenzo se jugó todo en su proyecto inicial. Luego de cubrir el pago de la temporada a los esquiladores, viajó al litoral para negociar el teñido del vellón. La guerra de la triple alianza había mermado la producción en el norte y él posicionaba así su producto casi sin competencia. Su apuesta había dado los resultados esperados, fracasar no estaba en sus planes. Aunque el trabajo con majadas era sencillo para él, sabía que tarde o temprano dejaría de ser un negocio rentable; Inglaterra estaba perfeccionando razas y no dudaba que pronto sería difícil colocar la lana con semejante competidor. Si quería seguir prosperando, tendría que optar por algo todavía más novedoso que teñir y peinar. Como por ejemplo la estancia mixta; siembra de cereales, quién sabe pensó, con cría de animales de vellón de fibra larga resultara bien. De acuerdo a la variación de los precios internacionales, exportaría unas veces cereales y otras, lana. Levantada la cosecha podía volver a plantar cereal o poblar los campos para la cría, lo que resultara más conveniente.

Recibió en pago diez veces más de lo que había invertido en monedas de oro y, para festejar, se hospedaron con William, en el mejor hotel de Buenos Aires. Thomas llegó dos días después. Su amigo junto a la compañía, presentaría funciones en el teatro Colón, y luego partirían hacia el Brasil.

Verlo llegar al muelle fue todo un espectáculo. La gente se agolpaba para conocer a uno de los pianistas más afamados de Europa. Todo en él se veía sumamente ostentoso, pensó Lorenzo; la ropa, el sombrero, los anillos y el equipaje que iba formando una montaña interminable sobre la explanada. Su manera grandilocuente de moverse, llamaría la atención en otros casos, pero en él se veía natural. De la misma manera que en el instituto, como si siempre hubiera sabido cuál era su destino. Un grupo de señoritas lo rodeó pero cuando los vio a ellos dos, se las sacó de encima como hilachas. Se encontraron en un abrazo fraternal y la gente que se había alejado un poco, volvió a asediarlos tratando de entender qué tipo de personajes eran Lorenzo y William que merecían más atención por parte de la estrella que el mismo gobernador que esperaba unos metros más allá junto a la prensa. William lo amonestó brevemente al respecto y se rieron de que siguiera retándolos como a chicos. Thomas terminó por unirse de mala gana a la comitiva que lo esperaba para el breve discurso de bienvenida. Librado del trámite, se dedicó a criticar el bronceado poco conveniente de Lorenzo y a burlarse de las canas

de William que no paraba de protestar por la chusma que los acosaba.

Una horda de estibadores no paraba de bajar baúles y Thomas los miró con fingida culpa, la mayoría eran suyos. Rebuscó en sus bolsillos y le dio un puñado de monedas al capataz para que repartieran entre todos. Thomas era ahora un hombre rico, pensó Lorenzo con satisfacción.

Se alojó en el mismo hotel donde estaban ellos. Luego de refrescarse tomaron un descanso obligado porque, a pesar de que Thomas estaba ansioso por pasear, el calor hacía intransitable la calle a la hora del sol. Se sentaron en el recibidor de su habitación, entre las decenas de flores que le habían mandado. Thomas era puro despliegue de entusiasmo por entregarles los regalos y contarles sus peripecias. Traía tantas noticias del otro lado del mundo como paquetes. Desde óleos hasta trastos novedosos, los baúles estaban atiborrados de objetos exóticos.

En sus dos protegidos, pensó William, una infancia llena de carencias había forjado voluntades análogas: uno derrochaba en todo lo que nunca había tenido, y el otro era capaz de trabajar el doble que una docena de hombres para sosegar su ambición. Aun así, oírlos conversar era un placer. Hacía rato que no veía a Lorenzo tan distendido. Y no era que la estancia le trajera preocupaciones. Su obcecación era de otra naturaleza; un joven que se había obligado a creer que no necesitaba de nadie. Y ahí, frente a sus ojos, estaba justamente la prueba contraria.

Cuando bajó un poco el sol, los tres salieron en coche a dar una vuelta. Thomas comenzó a dar sus primeras impresiones de la ciudad como un arquitecto obsesionado con cada detalle. Que la distribución de las manzanas cuadradas y homogéneas lo asustaba porque parecía que las calles se extendían hasta el infinito y que el dibujo urbano era burdo y sin gracia. Aunque luego le gustara, de forma inexplicable, el sistema de numeración de avenidas con carteles de chapa azul. Los edificios le parecieron pobres comparados con los de París que era el centro estético por excelencia y al que, a su parecer, todas las ciudades deberían aspirar; como el estilo del nuevo edificio de la aduana, que sobresalía detrás del antiguo fuerte que ahora se veía destruido y bordeado de malezas. Bajaron a tomar el té en una confitería en la calle de La Victoria y luego caminaron por Esmeralda hasta La Recova, donde estaban las mejores tiendas. Aunque monótona, Thomas concluyó que la sociedad porteña al contrario de su arquitectura, sí rozaba la modernidad y que procuraba vivir a lo parisiense. Las mujeres tenían clase, vestían a la moda y se mostraban por espacios públicos. William le comentó

que los hombres más influyentes se reunían en círculos exclusivos como el club del Progreso, al que solo se ingresaba por votación de sus directivos. Thomas se limitó a asentir con la cabeza y cambió de tema. Ya había recibido invitaciones en el vapor, pero no tenía intención de participar en ningún evento al que no pudiera asistir con Lorenzo y William.

Volvieron al hotel entrada la noche y ahora sí, Thomas estaba exhausto. Cenaron, tomaron unos tragos y se acostaron temprano.

Por la mañana, Lorenzo decidió hacer algo que venía aplazando: ir a visitar a Deirdre. No podía cruzársela en cualquier evento y excusarse alegremente por no haberle avisado que estaba en la ciudad. Y la razón por la que le había costado ir durante todos esos días, era porque sabía que era inevitable encontrarse también con Paula.

Había llovido bastante por la noche y las calles eran un desastre de barro. Para llegar a la casa, tuvo que bajar del carruaje en la plaza. Desde ahí, caminar sobre tablones dispuestos para que ningún cristiano desapareciera dentro de esos pozos que, llenos de agua, nunca se sabía dónde acababan. Y encima, el olor; los baches habían sido rellenos con basura y las moscas se daban el festín al igual que los mosquitos. Después de unos días en Buenos Aires, ya estaba harto y se sentía más extranjero que el propio Thomas. No le interesaban ni las reuniones ni los paseos. Hasta le parecía que de un momento a otro la ropa que vestía iba a reventar por algún lado. Como los zapatos. Estaba pensando en los pasos, en los pies y en que las botas de potro eran más confiables que los mocasines cuando llegó a la vidriera de la botica.

Como estaba de la vereda de la sombra, no podía ver más que penumbras desde la puerta vidriada.

No había anunciado su visita, pero como estaba en horario comercial, pensó en que lo más indicado sería entrar por ahí en vez de presentarse en la casa.

La puerta se abrió y se escuchó como si chocaran entre sí el sinfín de frascos que poblaba los estantes. El lugar parecía falto de todo, de luz, de aire y de cualquier atractivo. Y pensó en cómo alguien como Deirdre, criada también en el campo, podía sentirse a gusto en esa cueva. De pronto un perfume floral, que reconoció al instante venció la insipidez del ambiente.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó Paula emergió debajo de un exhibidor— Señor Aráoz... —balbuceó tratando de sonar natural. Y luego

sintió fuego en la cara ante el recuerdo inminente de aquel beso en Los Robles.

En los labios de Lorenzo se dibujó una lenta y encantadora sonrisa y se acercó un par de pasos más a ella.

—Señorita Carrazans.

—Qué sorpresa usted aquí —dijo confundida agarrando un plumero. Había pasado tanto y no había vuelto a saber de él. No entendía que hacía ahí ni porqué estaba vestido con ropas tan distinguidas. No pudo evitar bajar la vista a su propia ropa, elegida por su madre, a su delantal de trabajo, a sus pies descalzos. Con un pasito al costado, se subió sobre los zapatos que escondía tras el mostrador.

—Vine a visitar a Deirdre. No sé si sabía, somos viejos amigos.

—Sí, sí. Claro. Tía Deirdre —vaciló Paula para luego pasar a explicarle que había salido, que si quería podía aguardarla un momento. Y mientras tanto pensó en si debía invitarlo o no a tomar un té, siendo que estaba sola en la casa salvo por la servidumbre; siendo que había sido besada por él, siendo que ahora era una mujer comprometida.

Lorenzo observaba cada uno de sus gestos mientras ella iba acomodando unas cajitas debajo del mostrador. Notó algo: como si estuviera triste o preocupada. Apretaba las manos sobre su regazo cuando parecía que se habían acabado las cosas que acomodar y sus hombros caían hacia adelante. Hasta la forma de vestir era diferente, quizás porque estaba en Buenos Aires y no en el medio del campo. Pero debajo del delantalcito inocente que la cubría, se alzaba su figura gracias al corset.

Paula se sintió observada y lo vio fruncir el ceño.

—¿Qué tengo?

El, extendió el silencio sin responder a su pregunta y aprovechó para provocarla.

—Me parece poco usual que una joven que le sobra dinero trabaje como un hombre.

Paula estaba acostumbrada a este tipo de planteos poco felices y hasta le resultaba estimulante defenderse; una dama debía tener tantas inquietudes como una maceta. Quién querría acercarse a una mujer como ella, pensó con amargura. Ni siquiera él, que la había besado y que ahora conversaba como si aquel episodio jamás hubiese existido. Aunque sus padres se las habían

arreglado para conseguirle un pretendiente tan desesperado, que hasta estaba encantadísimo con sus extravagancias. Sintió un revoltijo en el estómago al pensar en el asunto. Le dio la espalda y de un estante, bajó un libro que abrazó como un escudo. Se dio vuelta y solo atinó a decir:

—En mi familia todos somos un poco inusuales.

A él le pareció simpático el cambio. Ya lo había notado antes; usaba un tono pausado y melódico cuando explicaba algo y movía las manos enguantadas con ligereza, como si buscara traspasar el entendimiento del otro. Pero cuando estaba enojada, todo su cuerpo quedaba estático.

Un ruido consistente a sus pies lo distrajo. Cuando miró al piso, un gato enorme chocaba una y otra vez la cabeza contra el mostrador.

Paula rodeó corriendo el exhibidor y lo alzó.

—Pobre Campana —dijo mientras lo acariciaba.

—¿Campana?

—Sí, lo llamamos así porque repica contra todo, está totalmente ciego.

Hay veces que se hace mucho daño.

Lorenzo pensó en que la desgracia del gato era muy graciosa, aunque era evidente que el gato no la pasaba bien en absoluto.

—¿Habría alambre y alguna tenaza?

Sin preguntar para qué, Paula desapareció tras una cortina floreada y volvió al instante con el pedido.

Lorenzo cortó dos pedazos de alambre y extendió los brazos para que Paula le pasara el gato. Ella se lo dio intrigada y al hacerlo los dedos callosos de él, acariciaron la franja de piel adonde no llegaban sus guantes. Pero él pareció no notarlo.

—La idea, es que no suceda más —dijo bajando el gato al suelo y Paula no sabía a qué se estaba refiriendo.

Se acuclilló para enroscar ambas varillas al collar apuntando hacia adelante y lo liberó con cuidado. El animal, se sacudió intentando deshacerse del armazón. Luego se puso en marcha y antes de estrellarse contra el mueble, las varillas hicieron tope y frenó. Estuvo tanteando hasta que entendió el límite; donde chocaba con el arnés, se acababa el camino.

—No es cómodo pero se va a acostumbrar.

Paula se rió y al hacerlo, batió con frescura sus largas pestañas.

—¡Es magnífico! —exclamó ella.

—Eso que hace con los ojos es magnífico.

—¿Qué hago con los ojos? —preguntó todavía riendo.



—Alas de colibríes.

Paula se puso seria de golpe. Lorenzo Aráoz podía ser muy ambiguo. Debía tomar su galantería con precaución, aunque el corazón le latiera tan fuerte que podría ser oído por cualquiera que pasara por la calle.

—¡Lorenzo! —se escuchó de pronto la voz de Deirdre que abrió la cortina floreada —¡No puedo creer que estés acá, qué sorpresa! —dijo mirando alternadamente a los dos.

Él se adelantó a besarle cortésmente la mano con una sonrisa

—Te pido disculpas. Debí anunciar mi visita, pero tengo compromisos toda la semana y no quería pasar otro día sin saludarte.

Paula se sorprendió al escuchar que pese a que Deirdre era mayor que él, se tuteaban con familiaridad. Mientras ellos charlaban, se subió a una escalera con la excusa de acomodar algo y quedarse ahí.

—Me imagino que viniste a encontrarte con tu amigo el pianista ¿Vas a ir a todas las funciones? —preguntó Deirdre y apoyó su mano sosteniendo la escalera— Tené cuidado querida.

—No, no creo que a todas. A la primera seguro, quizás alguna más. De todos modos me voy a quedar en Buenos Aires hasta que vuelva a embarcarse.

Por más que aparentara interés en la conversación, la atención de Lorenzo estaba en las alturas. Deirdre siguió la línea de sus ojos.

—Nosotros también vamos a ir la función de gala ¿Verdad, Paula? —preguntó.

—Si tía —respondió solícita y en ese instante, se le resbaló un frasco de vidrio de las manos que estalló en pedazos.

—¡Paula, por Dios santo! ¿Estás bien?

—Si tía, disculpen... —dijo bajando y de forma inesperada, salió corriendo.

Deirdre se quedó mirando con preocupación el vaivén de la cortina por la que había desaparecido.

—Pobrecita —dijo e hizo un chasquido suave con la lengua.

Lorenzo arqueó las cejas y Deirdre se arrepintió de inmediato de la infidencia. Pero como consideró que él estaba relacionado con la familia desde hacía tanto tiempo, le pareció que contarle no era un chismorreó. De todas formas, ya se iba a saber.

—Está un poco perturbada; Antonio ha cedido su mano a Don José Anchorena.

A Lorenzo el cuerpo se le enfrió y se le calentó como si le hubieran echado un baldazo de agua fría y luego lo hubieran prendido fuego.

—¿José Anchorena? ¿El Juez de Paz?

Deirdre asintió.

—¡Pero si es un viejo!

—Sí, es verdad que es mayor. Pero mejor así. Un hombre experimentado, que va a saber guiarla, que es sumamente rico, e influyente —enumeró— La unión conviene a ambas familias. La presentación en sociedad va a ser justamente en esta gala.

Lorenzo, trató de apartar de su mente cualquier imagen de otro hombre con derecho a ella y a cambio se recordó cuál era su lugar. Un bastardo con escasa herencia. Un indio, un peón, un don nadie. Aunque Paula intentara parecer una joven rebelde, despojada de ambiciones no era más que una niña mimada y rica que tendría siempre necesidades costosas que satisfacer. Era preferible no enterarse de más detalles.

Le preguntó a Deirdre por sus cosas. Ella le contó que estaba bastante ocupada, porque Martín andaba en la calle con mucho trabajo.

—El chico que lo ayuda está enfermo. Hay mucha gente enferma.

—Y eso que es verano... —dijo él, que no tenía ni idea de pestes porque jamás enfermaba pero que sabía que era común que las gripes se contrajeran en invierno.

—Sí. Eso es lo raro. Esperemos que no sea cólera, como andaban diciendo por ahí. Sobre todo por mi estado —dijo haciendo una pausa deliberada, con los ojos bien abiertos y una sonrisa contenida.

—¡Pero felicidades Deirdre! Aunque estás muy delgada para estar embarazada, nunca me hubiera dado cuenta.

—Es que los malestares me tienen a mal traer. Ya me dijo Martín que en un mes voy a estar sintiéndome mejor.

La puerta de la tienda se abrió de golpe. Un hombre mayor, entró buscando algún medicamento para bajar la fiebre. Estaba sudado y con señales de fatiga. Lorenzo se despidió. Y cuando se dio vuelta, esquivó justo a tiempo al gato, que venía a chocarse contra su pierna.

Al teatro Colón le decían “El hueco de las ánimas” porque debajo de esa construcción, había un cementerio. Mirando hacia ese techo alto y abovedado, Lorenzo imaginó el paso triunfal de esas almas ascendiendo

quizás a mejor vida.

Las plazas estaban totalmente ocupadas ese día y no se podía ni caminar por la antesala. Los caballeros de etiqueta, alternaban entre amistades fumando cigarros y bebiendo. Las mujeres se unían en coloridos grupos con vestidos suntuosos de mucho género y grandes moños. Todo trataba de imitar el gusto europeo, incluso se podía escuchar cómo los porteños con intencionalidad, salpicaban conversaciones con alguna palabra en francés.

Un hombre bajito los condujo a un palco preferencial y les entregó las contraseñas, unas tarjetas que les permitían salir y entrar cuantas veces quisieran. El palco era para seis personas pero solo lo ocuparían ellos dos así que tenían espacio de sobra. Las butacas eran de caoba tapizadas en marroquí oscuro. Una cortina de terciopelo color sangre, dividía el sector de butacas de otro más atrás en donde habían dos sillones enfrentados con una mesa atiborrada de bocadillos y champagne. Como era de esperar, Thomas se había encargado de exagerar las comodidades.

En el lado opuesto del teatro, también ocupando un palco preferencial, la familia Carrazans. La presentación en sociedad de los recientes novios se desplegaba con toda pompa, tanto así que en el centro en vez de estar sentados Antonio y Micaela, estaban ellos dos. Detrás, se ubicaron Martín y Deirdre.

Ya en el foyer, los comentarios al respecto iban y venían, todos hablaban de lo mismo. La flamante pareja, el collar de esmeraldas regalo de compromiso, la belleza de ella, la fortuna de él, el vestido diseñado en París como otros tantos, entre ellos, el de casamiento.

Lorenzo le sacó de un tirón los binoculares a William y miró de palco a palco. Paula, estaba hermosa. Tenía un vestido de color verde y sobre su profundo escote descansaba un collar imponente. La araña gigantesca que brillaba con decenas de lámparas de gas, comenzó su ascenso reduciendo la intensidad de la iluminación, pero Lorenzo no abandonó ni los binoculares ni su objetivo. La mano de Anchorena, quiso posarse en la de su novia pero ella la retiró con diplomacia. Micaela Carrazans, miró con mortificación la escena. El juez no renunció, y esta vez, extrajo la mano del propio regazo de Paula para apresarla sobre la barandilla con insistencia posesiva. Lorenzo, tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no atravesar de un salto el teatro y ahorcar a ese viejo. Las luces se apagaron, y no pudo ver más.

Cuando finalizó el concierto, quizás por la música, ya más sosegado

trató de olvidarse de la situación. Luego de los aplausos bajaron hasta los camarines evitando el foyer y se unieron a Thomas al festejo por el éxito del debut. El recinto estaba atestado de personajes pintorescos que hablaban en distintos idiomas. Mujeres a medio vestir parecían salir de todas partes y hombres vestidos de mujeres se quitaban el maquillaje. Había olor a flores, a cigarro, a perfumes caros y a cebo de vela quemado. Un grupo rodeó a Thomas bañándolo en champagne y luego se arrojaron hasta el agua de los jarrones en medio de un ritual que al parecer practicaban en todos los debuts. El suelo se puso resbaladizo como un chiquero y andaban todos agarrándose como borrachos.

Una dama tropezó y fue a caer convenientemente en sus brazos. Tenía el pelo rubio, casi blanco que hacía más evidentes sus ojos verdes. Parecía un ángel del demonio, y era toda una excentricidad. En el transcurso de esa larga noche de festejo, supo que era francesa, que se llamaba Antoinette, que había viajado en el mismo buque que los músicos, que era casada con un capitán que andaba navegando lejos y que a ella no le gustaba dormir sola.

William, que se había separado de ellos antes de terminar los festejos, los despertó a la mañana siguiente, y no tuvo mejor idea que hacer un paseo campestre. Al principio los tres iban en un silencio casi cómico, y Thomas con los ojos entrecerrados por la luz del sol bromeó al respecto:

—Lorenzo, parece que anoche te comieron la lengua los ratones ¿O habrá sido un ratoncito solo de ojitos verdosos?

William lo miró de reojo fingiendo reprobación.

—Qué poco me conocés amigo —dijo Lorenzo haciendo un gesto despreocupado— No me doblegan *los ratones*. Es sólo que perdí la costumbre de estas excursiones. En el campo ando siempre solo y me estoy volviendo ermitaño.

—¡Por eso vine en tu rescate! Esta noche tengo que cenar con el gobernador, pero mañana te quiero repuesto y sociable de nuevo porque tenemos un *¿recibo* se dice aquí? —preguntó dirigiéndose a William.

—Sí, es una fiesta de etiqueta para escuchar música —contestó William ayudando su español.

—¿Dónde será el *recibo*? —se burló Lorenzo imitando el pésimo español Thomas.

—En el palacio Anchorena —contestó.

William miró a Lorenzo por un instante para luego fijar su atención en las nubes que encaramadas en el cielo, parecían más inalcanzables. No sabía

con exactitud lo que pasaba entre él y Paula, pero había que ser ciego para no darse cuenta que cada vez que la veía se transformaba en otra persona. Pero al final, Lorenzo siempre era un enigma, si el comentario lo afectó no había hecho ni una mueca que lo delatara.

El coche se sacudió al entrar a la zona de los bajos lodosos. El aire era pesado, irrespirable. Thomas se llevó a la nariz el pañuelo embebido en perfume. Afuera, los mercachifles ofrecían bagatelas y unos paisanos jugaban alegremente a los naipes en una fonda.

—La única explicación que encuentro para que esos hombres aguanten semejante olor es que están pasados de ginebra —dijo Thomas con cara de asco.

—En un momento salimos. Cuando pasemos el puente va a estar mejor —lo tranquilizó William.

—¿Hay agua corriente en la ciudad?

—Casi nada, la mayoría de las casas usan el aljibe —le comentó Lorenzo.

—Y los aguateros traen el agua del río —agregó William.

Hablaron sobre el tema de los pozos de agua tan cerca de las litrinas y Thomas comparó la diferencia de urbanización de Buenos Aires con Río de Janeiro, tan cerca y mucho más desarrollado.

—Tienen avenidas, plazas y una línea de tranvías tirados por caballos atraviesan toda la ciudad.

—En Buenos Aires solo existen cuatro empresas de recorrido corto y los caminos dejan bastante que desear —dijo William.

—Y si conocieras Arroyo Cruzado... —dijo Lorenzo con un suspiro melancólico— Todavía nos alumbramos con lámparas de kerosene, un lujo al lado de la paisanada que no conoce otra cosa más que las velas.

Después de traspasar el puente que los libraría del hedor llegaron a un gran parque público y bajaron del coche.

A Thomas no le llevó mucho darse cuenta que los espacios de esparcimiento no se parecían en nada a los jardines londinenses. En comparación a aquellos, cuidados y llenos de flores, esto se encontraba en puro estado de abandono. Los bancos para sentarse estaban cubiertos de malezas, los caminos desordenados y los arbustos sin podar. Todo eso no impedía que la gente a su forma, caminara con gallardía por las callecitas de pedregullo. Las mujeres iban tomadas del brazo., las jóvenes reían al ser halagadas por algún enamorado que tiraba al descuido, alguna florcita a sus

pies.

En los solares, se apostaban desde organilleros y mendigos hasta adivinas y sacamuelas esperando a los paseantes que desprevenidos aparecían entre los matorrales.

Luego de un rato de caminar y charlar sobre cosas que recordaban de cuando eran chicos se pusieron a hablar sobre política y economía.

Caminaban enfrascados en una conversación sobre la retracción en todo el mundo de las inversiones inglesas.

—No solo está repercutiendo en Inglaterra. ; la depresión se está haciendo sentir en toda Europa —les contó Thomas.

—El descalabro de la economía francesa fue en realidad luego de la guerra franco prusiana —opinó Lorenzo.

A metros de ellos, paró un carruaje que los llenó de polvo. Una risa contagiosa brotó de su interior y, detrás de ella,, se asomó Antoinette que por llamativa casualidad había ido a pasear al mismo sitio. De inmediato, Lorenzo se adelantó a saludarla y ellos lo siguieron al tiempo que se acercaba al oído de William.

—Te apuesto lo que quieras a que el gato irá con el ratón a la fiesta —le dijo.



Después de aquella carta en donde le informaba que no precisaba más de sus servicios, no había sabido más de Lopez Mestre. No le había dejado nada para resolver, ni siquiera le había avisado que estaba en Buenos Aires. Por eso le llamó la atención encontrarse con una esquila del abogado al llegar al hotel.

Un hombre de cara apergaminada que no parecía ser un criado, lo hizo pasar al desván y lo dejó solo.

Los muebles se veían sucios y con un exceso de objetos en un orden curioso. Sobre una mesa de arrime, una torre formada por libros apilados, una caja de madera, cuatro tazas boca abajo y arriba de todo esto, una lámpara. En la chimenea colgaba un escudo familiar y debajo, en el estante, varias estatuillas de espaldas mirando a la pared como si lo estuvieran reverenciando.

El acopio caprichoso del abogado le recordó a otros objetos, los atesorados por los chicos del internado; un anillo, un juguete, hasta un alfiler, cualquier cosa que los vinculara con el hogar que alguna vez tuvieron. El abogado era un hombre latoso, entrometido y por demás delicado. Pero sabía que podía confiar en él.

Por fin apareció. No tenía buen semblante. Recordó que allá en la estancia, le había dicho que el aire de campo no le hacía bien, pero no lo veía mucho mejor ahora en plena ciudad.

—Disculpe la tardanza —dijo abriendo y cerrando los puños antes de estrecharle la mano— hace rato que quiero contactarme con usted, pero el reuma me tuvo postrado. Todavía me duele un poco en las manos.

Pasaron al despacho que estaba igual de descuidado que la habitación

anterior. Gonzalez Mestre se demoró en un insufrible ordenamiento de papeles, exigió café a su sirviente, buscó un pañuelo para limpiar sus gafas y luego zapateó el piso como si le picaran los pies. Y Lorenzo a la espera. Parecía que a propósito demoraba la explicación de porqué lo había citado.

—¿Sucede algo? —preguntó Lorenzo ya exasperado con las tareas recreativas del abogado. Por más que un momento atrás los pensamientos hacia él rozaran lo amigable, ahora terminó por perder la paciencia.

—Acá está —dijo al fin sacando un papel garabateado— Empecé la búsqueda a partir de lo último que usted me contó cuando cerramos el asunto de la herencia.

—La charla con Carrazans. Y también le dije que...

—Así es. Pero no me gusta quedarme con dudas. Es como un *cliché* de mi personalidad.

Lorenzo le dio la venia, alzando una ceja y cruzando los brazos sobre el pecho hasta apoyar la espalda en la silla.

—Me gustaría detenerme a contarle algo de historia —dijo deslizando sus gafas hacia abajo por el puente de la nariz para mirarlo.

—Adelante.

Gonzalez Mestre estornudó dos veces buscó un frasco con algún ungüento que olió de forma compulsiva y levantó la mano para excusarse. Lorenzo permaneció inmóvil.

—Antes de que usted naciera, de hecho yo era una criatura que deambulaba en pañales... —acotó sonriendo— Rivadavia, entregó en enfiteusis tierras. O sea, cedía los campos de forma perpetua o a largo plazo a cambio de un pago anual. ¿Por qué hizo eso? Sencillamente, porque no las podía vender; las había hipotecado en garantía de la deuda externa.

Pero nunca cobró arrendamiento.

Exacto. En 1836, a partir de la Ley Agraria, Rosas les ofreció a los que poseían esa tierra que pagasen los impuestos atrasados, de lo contrario se los sacaría. Pero los estancieros no pagaron lo requerido ¿Sabe por qué?

—No habrán podido. Sería alto el valor y trabajar la tierra no daba una ganancia significativa.

—Muy bien ¡Usted es un hombre muy inteligente!

Lorenzo frunció los labios tamborileando con los dedos sobre el apoyabrazos del sillón y lo dejó seguir.

—Rosas expropió las tierras. Acá no me voy a explayar porque no quiero ahondar en cosas de política pero usted se imaginará... Estaba la



mazorca matando y torturando. Nadie estaba a salvo.

—Tenían inmunidad para hacer lo que quisieran en nombre de la santa confederación.

—Exacto. Sabe bastante a pesar de... Bueno.

—¿No haber vivido en este país o ser indio?

—Disculpe. No quise ser ofensivo.

Alguien golpeó la puerta y una mujer entró sosteniendo una bandeja con tortas fritas. El abogado, se abalanzó sobre los bocadillos para probarlos y luego, le extendió el plato a Lorenzo que rechazó el ofrecimiento. Se limpió con el puño de la camisa y siguió hablando mientras masticaba.

—Para comprar las tierras, la Casa de Moneda abrió créditos a quien estuviera interesado, con la garantía del juez de paz del partido.

La conversación de pronto cobró interés para Lorenzo que llevó su cuerpo hacia delante mientras el abogado seguía diciendo:

—El juez de paz tenía poder absoluto para decidir quién accedía a esta facilidad. Había que llevarse bien con el magistrado ¿O no? —deslizó y yo pensé en su padre. Pensé en que, Lord Brendson no era exactamente un hombre que necesitara garantías ni crédito para comprar tierras, sin embargo las adquirió mediante este sistema.

Cuál sería el beneficio que obtendría Lord Brendson invirtiendo de esta manera, pensó Lorenzo mientras seguía el hilo de la explicación tan concentrado que no prestó atención al abogado que ahora daba un respingo y abría la boca a la espera de un estornudo que no logró salir.

—Quizás nunca sepamos cuáles fueron las intenciones de su padre — siguió hablando como si siguiera el pensamiento lógico de Lorenzo—. Lo que sí averigüé, es que el viejo Carrazans, o sea, el padre del Antonio Carrazans que usted conoce, se deshizo de ellas. No pagó los impuestos pero pactó con el juez de paz una venta que luego, le pagó Charles. Fue un intercambio. El dinero se desviaba. ¿Me sigue?

—Un negocio interesante, el dinero nunca entraba a las arcas del estado ¿Cómo averiguó eso?

—Nunca revelo las fuentes, pero le doy una pista: el viejo Carrazans no fue el único hacendado en negociar de esta forma.

Ahora Lorenzo estaba asombrado. Tenía que reconocer que el abogado era expeditivo. Tratar de averiguar el camino recorrido por su padre hacía más de veinte años, era dar con las huellas de un fantasma. No había casi nada. Y sin embargo se había hecho de datos con la misma maña con la que

un perro rebusca en la basura.

—Podría no haber sido un accidente... —pensó Lorenzo en voz alta y Lopez Mestre sacó del medio del escritorio el plato de tortas fritas para apoyar los brazos cruzados.

—Hay un hombre llamado Lezica. Es el que disparó en la cacería. Fue exonerado tras dos meses de prisión. Tiene una chacra en Ensenada y para serle sincero, no lo fui a ver. Mi salud me priva hasta de satisfacer mi curiosidad.

Tras un nuevo acceso de tos y estornudos, dieron por terminada la reunión y quedaron de acuerdo en mantenerse al tanto de las novedades.

La chacra de Lezica no era lo que imaginó. Si éste hombre tenía relaciones con Anchorena o con Carrazans debía vivir acorde. Pero parecía no ser el caso; un rancho humilde, bordeado por canteros con flores y ventanas de cortinas remendadas por manos de mujer. Al costado, un sinfín de vasijas se apilaban secándose al sol, por lo que imaginó que era alfarero. No cabía duda, debía haber un error.

Detuvo un instante el nudillo en el aire antes de golpear la puerta, con esa sensación desagradable y recurrente de ser ajeno. Si el abogado estaba en lo cierto, iba a encontrarse frente a frente con el hombre que había matado a su padre. Lord Charles Brendson; ese nombre que no significaba nada para él, que no le tocaba ninguna fibra y que hasta que le producía una desconfianza incómoda. Nada sabía de la relación que había tenido con su madre. Por qué ella nunca quiso hablarle de eso ¿Y si la había violado? Todo lo que sabía de ese inglés era que abandonó Inglaterra con una reputación dudosa. Pero por otro lado, sentía la obligación ética de investigar sobre su muerte.

El sujeto que salió a recibirlo ahuyentando a los perros que retozaban sin molestar, se presentó como Lezica. Un hombre de campo, tosco, no se lo imaginó alfarero, moldeando esas vasijas.

Le dijo que quería hacerle unas preguntas sobre Lord Brendson y, el otro, con un gesto sombrío demostró entender de quien se le estaba hablando. Lo hizo pasar y se sentaron a la mesa. Lezica sirvió caña.

No le explicó cuál era su parentesco. Puso como excusa antiguas deudas que tenía el finado y la escasa cantidad de gente que había tenido trato con él. Que necesitaba saber en qué circunstancias lo había conocido, lo del accidente, y cualquier dato que le pareciera relevante. El otro, se quedó

callado con una mano revolviéndose la barba y pasó largo rato mirando al techo sin decir nada. Sabiendo lo que tenía que hacer, Lorenzo apoyó ruidosamente una bolsa con monedas sobre la mesa, cortando aquel silencio. El hombre agarró la bolsa sopesándola en sus manos anchas e inclinándose hacia un costado le dijo:

—Es usted muy generoso y yo le voy a cumplir. Pero no quiero problemas con nadie ¿Entiende?

—Perfectamente. Lo que se hable acá queda entre nosotros. Tiene mi palabra.

El hombre bebió la caña de un solo sorbo y se sirvió otro vaso.

—Yo no sé nada de ese Brendson. Yo solo trabajaba para Anchorena cuando me llevó a la cacería para enlistar las armas.

—¿Enlistar? ¿No estaba usted cazando?

—No. Yo no sé tirar tiros. Yo me ayudo a cuchillo nomás. El patrón me enseñó a cargar y a limpiar para la ocasión y yo le andaba de atrás a todos los invitaos. El patrón me decía “ahura” y yo les alcanzaba los rifles. Los ingleses no me pedían porque hablaban muy poco el criollo. Y otros hablaban más o menos como usted.

Lezica se puso de pie con la bolsa en la mano y caminó un par de pasos hasta esconderla en un tarro de la cocina frente a sus ojos. Entonces Lorenzo supo que se había ganado su confianza y que podía preguntarle cualquier cosa.

—¿Y cómo fue entonces? —preguntó e imitando a Lezica se tomó todo el vaso de caña.

—Desde varios días veníamos andando. De gallos hasta la última estrella para agarrar también los bichos que andan en la oscuridá —dijo el otro llenándole de nuevo el vaso, ya parecían viejos amigos— Una noche se oyó un ruido clarito. Iluminamos y algo se había agitado ande había un espinillo grande. Ahí me ordenó el patrón que entregue armas. Como él y el otro las llevaban cinchadas, dispararon antes que los gringos. Cuando jui a ver qué había sido, estaba el finao ahí mismo. ¡Malaya! —dijo dando un puñetazo sin mucha convicción sobre la mesa y se abrazó a la botella de caña — Qué tenía que andar haciendo ahí, escondido de noche si se andaba cazando.

—¿Usted dice entonces que el juez fue el que disparó?

—¡No, qué va! Los dos a la vez; parejito. El juez Anchorena y Carrazans.

Lorenzo irguió su cuerpo ¿Realmente podía haber sido así? Su viaje a Europa, sus estudios costeados por su patrón porque decía sentirse en deuda con él. La última charla con Carrazans en la que le decía que no investigara más, que no había nada más. Y el juez, el mismo que se iba a casar con Paula.

—Yo creo que ni ellos saben quién lo mató —siguió diciendo— Pero el juez era un hombre importante, imagínese, el que dispensa la ley. Por eso me vino a ver el secuaz.

—No sabe el nombre...

—No. No era del pago, pero yo le había visto en lo de Anchorena. Yo conocí un francés y éste hablaba lo mismo de mal. Era raro, metía miedo. Se hacía el amable, me propuso un negociao, mucha plata me iba a dar. Yo tenía que hacer de culpable. A mi medio que no me gustaba, soy un hombre respetable. Entonces me galleó, que me iba a hacer sacar la papeleta de conchabe y que a mi familia no le iba a ir bien. Luego se afinó y me prometió que iban a ser unos días nomás, que del entuerto me iban a quedar unas tierras para irme con mi china y los críos. Estuve en el calabozo dos meses. Pero viera lo bien que me trataron —dijo asintiendo con la cabeza como si aquello fuera un recuerdo memorable— Ni cepo me pusieron y comí mejor que en mi casa. Hasta una negra entró a limpiar de ratones y bichos. Un día me sacaron y me dieron esta chacra. Está a mi nombre, tengo los papeles que dicen eso.

Lorenzo reflexionó por un instante sobre los motivos que lo habían traído hasta este lugar y en qué cambiaba conocer ahora esta otra realidad ¿Qué le importaba que hayan matado a su padre? Podría haber sido cualquier otra persona, ni siquiera era el caso que mataran a su padre.

—¿Y Carrazans? —preguntó.

—No sé nada de ese—. dijo, y se quedó pensando —Ellos eran amigos.

—Gracias, Lezica.



De todas las cosas absurdas que podían llegar a suceder, Lorenzo tenía que asistir esa misma noche, al concierto de Thomas en el palacio de Anchorena. Todo el embrollo de su existencia se entretrejía en ese ambiente. Anchorena, Carrazans, Paula.

Como llegaron al palacio en calesa descubierta, antes de que Thomas pusiera un pie en la vereda ya estaba recibiendo ovaciones. Lorenzo iba detrás intentando guardar distancia. Tenía intención de pasar desapercibido, pero la compañía de Thomas le auguraba todo el alboroto posible.

De la fila interminable de carruajes que se formó en la entrada, uno le llamó la atención; por la portezuela asomó un zapato seguido de una mano femenina que alzó la falda con graciosa imprudencia. Y supo que no podía ser otra que Antoinette. Antes que el propio cochero lo lograra, Lorenzo estaba ahí para ofrecerle su brazo. Aunque no se hubieran puesto de acuerdo para asistir juntos, sintió un ramalazo de frescura con ella a su lado.

—¿Quién es ese hombre tan distinguido? —preguntó una mujer de mejillas redondas y coloradas al verlos entrar.

—No tengo idea, pero es muy buen mozo, estoy segura de no haberlo visto antes —dijo otra.

—Parece inglés.

—¿Y la mujer que lo acompaña?

—Tampoco la conozco, pero qué bella es también.

—Sí, pero ¡Qué escote! Poco adecuado... Parece una bailarina de zarzuela del teatro La Victoria —dijo ruborizándose al amparo de su abanico

—¿Qué opinás querida?

—El talle es demasiado ajustado, es obvio que no parece una dama,

pero el vestido se ve costoso. Debe ser europea.

Una señora mayor se les unió.

—¿Cómo la están pasando? Qué maravilloso que el maestro esté entre nosotros ¿verdad?

—Estábamos conversando sobre la pareja que entró junto a él.

La recién llegada también ocultó la cara entera tras el abanico de plumas e incrustaciones de oro:

—Si les cuento lo que se dice, no lo van a poder creer —dijo en voz baja.

—¿Qué es? ¿Qué se dice? —preguntaron las otras dos chocándose entre ellas para poder acercarse más.

—Que era un peón de Don Antonio Carrazans.

Las mujeres abrieron los ojos como platos.

—No, no puede ser —dijo una alejándose un paso de la señora.

—Es así. Y no solo eso... —bajó el abanico como para tomar valor y lo volvió a levantar al tiempo que lo agitaba suavemente como si la infidencia necesitara más aire— es mestizo. Madre india y no se sabe quién es el padre.

Thomas sentado al piano ejecutaba sus últimos y exaltados acordes. Había preparado algo especial para la ocasión que lo hizo merecedor de un aplauso caluroso: la interpretación del himno nacional. Luego los presentes, que se habían puesto de pie ante la canción patria, volvieron a sus lugares y continuaron aclamando el resto de sus interpretaciones.

Lorenzo miraba a Paula apoyado en una columna. Se la veía reconcentrada en el pianista, se notaba la admiración que sentía por él. Sentada en un sillón individual con un jugo de frutas en la mano emanaba una especie de aire virginal que parecía buscado para la ocasión. De pie detrás de ella, Anchorena le apoyaba la mano sobre la pequeña parte del hombro que quedaba al descubierto. Ella parecía escuchar la música, pero cerraba las puntillas del cuello cruzando y descruzando las piernas hacia uno y otro lado.

A unos pasos de la pareja, el matrimonio Carrazans.

Como una revelación Lorenzo comprendió la trascendencia del grupo. Cómplices en todo. Un casamiento que sellaba quizás para siempre secretos que ahora serían de familia. Y Paula, como un estandarte, una bandera de tregua. Un intercambio generoso; la bella y virginal joven al lado de un viejo decrepito, que podía ponerle las manos encima porque tenía derecho a todo lo

que el poder y la fortuna pudiesen comprar.

Tuvo el deseo de arrebatárles algo a todos ellos ¿Y si ella lo eligiera a él? ¿Si ella lo eligiera por sobre la autoridad de su padre, la fortuna de Anchorena y por sobre todas las cosas a las que estaba acostumbrada? ¿Si ella eligiera a un indio?

Algo comenzó a bullir dentro de él y se forzó a dejar de mirarlos.

Las puertas del gran comedor se abrieron y oyó las voces a su alrededor deshacerse en exclamaciones. El lugar era imponente; varias veces más grande incluso que el que tenía la condesa de Devonfort. Todo era un derroche de ostentación, los muebles labrados, los pisos brillantes, el techo con sus pinturas y frisos. Los cubiertos y los platos laminados en oro refulgían gracias a la enorme cantidad de luminarias a gas. De un lado del salón, las paredes estaban cubiertas de espejos y del otro, de murales que recreaban escenas de cacerías. Lorenzo de pie en ese lugar descubrió un efecto inquietante: se veía a sí mismo en medio de la cacería.

Los comensales fueron conducidos a las mesas en orden de preponderancia. En la principal, José Anchorena junto a la flamante novia, sus futuros suegros y las personalidades distinguidas, entre ellos, Thomas. Al ver que Lorenzo tomaba otro camino hizo un mohín de disconformidad que él desarticuló con una mirada reprobatoria.

Un camarero, lo condujo a su sitio y pronto se dio cuenta que lo habían sentado en el sector de los nuevos ricos. Propietarios de industrias nacientes como el que tenía a su derecha que se dedicaba a los carruajes, o el de la izquierda a la del tabaco. El de enfrente tenía una fábrica de bolsas para la agricultura. Esta nueva clase, no era reconocida por la sociedad pero tampoco eran descartados. Nadie podía negar que se estaba proyectando un cambio profundo en la actividad económica, y que estos emprendedores acumulaban riqueza de forma vertiginosa. La misma rivalidad existía en Inglaterra, aunque allá tenía que ver con la posesión de títulos nobiliarios. Un duque en la ruina, tenía más peso que el próspero dueño de una flota de barcos. Como el viejo mundo al que siempre los criollos buscaban copiar, en Buenos Aires se consideraba a estos personajes, faltos de clase. Así que se los excluía de los clubes, se minimizaba el contacto entre estos y las hijas casaderas o como en este caso, se los alejaba respetuosamente de la cabecera de la reunión.

La conversación con sus compañeros de mesa resultó de lo más interesante. Hombres que habían superado contingencias y entendían el comercio de forma práctica y certera. Y luego llegó a ser de lo más divertida

cuando comenzó a servirse el banquete acompañado con vinos italianos y blanquísimo pan de trigo. El maitre salía a anunciar cada plato nombrando hasta la última especia que contenía. Lorenzo y sus compañeros de mesa, jugaban a memorizarlos. Pasteles con recoldo de pichones de perdices ensalsados con ambrosía de nueces de la india y pasas de corinto. Pollos en salsas de endibias, hierbas del pacífico, láminas de limón acarameladas y carneros mechados con cosas que ya ni escucharon ni pudieron recordar porque les dio tanta risa que tuvieron que disimular para no llamar la atención.

Cuando empezó el baile para los jóvenes, los hombres mayores, como Anchorena se retiraron al fumoir a degustar licores. Las señoras tomaron lugar en otra sala, en donde un trovador recitaba poemas.

Antoinette, a quien no había visto en toda la cena, apareció alegremente para instarlo a bailar y él, la tomó en una mazurca.

—¿Es verdad lo que dicen? ¿Que ese hombre fue peón de tu padre? —le preguntó una prima a Paula.

—Sí. Trabajó de chico en la estancia.

—¿Y en qué momento se transformó en un príncipe? —preguntó y ambas se rieron.

—Estudió y vivió en Europa.

—¿Y cómo es que un peón estudió en Europa? —quiso saber la prima.

—No lo sé —dijo Paula y era la pura verdad. No lo sabía.

Y de golpe, toda la atención se centró en esa pareja. Paula pensó que era imposible no mirar semejante exhibición. Lorenzo tan alto, imponente, enigmático al lado de esa mujer ingratamente atractiva que se movía entre sus brazos como si hubieran practicado esa pieza por años. Él no se parecía al hombre que conoció en el campo, ni al que le había puesto un arnés al gato, siempre parecía que Lorenzo Aráoz podía transformarse en cualquier cosa que se propusiera. Ahora, eclipsaba a todos los bailarines. Paula podía ver las miradas de las mujeres que lo codiciaban e inexplicablemente, ese descubrimiento la mortificó.

No, no la estaba pasando bien. Era joven, quería bailar y disfrutar de la fiesta como todos los demás. O mejor, quería estar encerrada en su cuarto leyendo a Lord Byron o a Lamartine. Todo era preferible a estar ahí sentada, escuchando zonceras. O con la inquietud de que el *Tatú Carreta* terminara



con sus asuntos y volviera a requerirla. Lo había apodado secretamente así porque era un hombre horrible y acorazado, con pelos en la nariz, piernas cortas y orejas diminutas. Su única virtud era ser obsecuente con sus intereses: no le importaba en absoluto que ella estuviera el día entero en la botica, que atendiera enfermos o que no hiciera más vida social que una polilla de biblioteca. A cambio, solo exigía mostrarse junto a ella en algún que otro evento. Por el resto, rara vez la molestaba. Y gracias a Dios, ni siquiera había intentado besarla. Pensar en besar esa trompa larga y babosa le revolvió el estómago.

Aprovechó que nadie le prestaba atención para dar una vuelta sola por el salón. Ojalá un golpe de suerte hiciera que se abriera un agujero en la alfombra, que la tierra se la tragara, pensó.

Thomas pidió una pieza a Antoinette quien aceptó divertida. Lorenzo se la cedió quedando solo en la pista cuando vio a Paula pasear entre la gente. En un par de zancadas, ya estaba caminando junto a ella.

—Buenas noches, señorita Carrazans.

—Buenas noches, señor Aráoz —dijo sin dejar de caminar.

—Es una pena que no esté bailando. Está usted muy hermosa para desperdiciar la velada así —dijo siguiéndola con las manos enlazadas en la espalda.

—Estoy esperando a... mi prometido —le costó decir porque casi se le escapa *Tatú*— Él está con sus asuntos, luego vendrá a bailar algo más a su gusto, esto es muy movido. Quizás cuando toquen un vals.

—Por supuesto, su prometido. Me enteré de su compromiso y quisiera felicitarla ¿Ya tiene fijada fecha de boda? —sonrió con acritud.

Se detuvieron. Paula fingió no interpretar su mordacidad. Lorenzo Aráoz no solo se transformaba por fuera. Por un momento, hasta pareció estar celoso. Este pensamiento la hizo sonreír y tuvo que morderse los labios para concentrarse en la pregunta.

—Dentro de un par de meses —demoró en contestar. No podía enfrentar la cercanía de ese momento. Era como si esa realidad fuera a pasarle a otra.

Lorenzo la miró a los ojos pero esta vez, despojado de toda malicia y ella sintió que él podía leerle el alma. Quién es realmente Lorenzo Aráoz, pensó. Y desde su posición pudo verle la nuez de Adán, moverse al tragar saliva. Paula bajó inmediatamente la vista para posarla con toda la atención que fue capaz en su pañuelito de cambray con puntillas.

Una molestia en la nuca puso de nuevo todos los sentidos de Lorenzo en alerta. Se dio vuelta y descubrió a un hombre que los observaba. Luego lo vio intercambiar una mirada significativa con Anchorena que entraba al fumoir. Ostentaba una postura rígida que desentonaba en la escena; brazos largos como los de los monos, ropa holgada y una fealdad siniestra. Y aunque la boca la tuviera apretada en una línea tensa, y a pesar de que habían pasado muchos años, Lorenzo supo que tenía los dientes torcidos y negros, que era el sujeto que lo había llevado a Inglaterra.

—¿Conocés al hombre que está parado cerca del cortinado?

Otra vez la tuteaba; según el tono de la conversación él prefería tutearla. Como ahora. Paula se inclinó hacia el costado para espiar detrás de Lorenzo.

—Bourque. Es una especie de ayudante de... mi prometido ¿Qué pasa con él?

—Nos está observando.

—Siempre hace eso. Desde que José empezó a mostrar su interés en mí. Al escucharla nombrar al viejo por su nombre de pila cerró los puños de forma refleja. Era evidente que se encontraba muy orgullosa de *José*.

—¿Tiene a un matón vigilándote?

—Creo que sí. Digamos que...me lo encuentro bastante seguido en la vereda.

A unos pasos, Micaela Carrazans también vigilaba la conversación. Antonio siguió la línea de su mirada y la tranquilizó:

—No te preocupes querida, que intercambie un par de palabras con Aráoz no es para alarmar a nadie. Anchorena no es un hombre que vaya a ponerse celoso. —dijo dándole unas ligeras palmaditas en la mano y agregó fingiendo tono de confianza— Tiene para ofrecer mucho más que cualquiera de esta sala.

Micaela lo miró de reojo y lanzó una carcajada mordaz.

—¡Querido! me sorprende lo poco que conocés las razones de las mujeres —¡Paula, hija! vení —gritó con la mayor moderación que pudo al tiempo que se ponía de pie para llegar hasta ella.

Lorenzo no recordaba mucho a la madre de Paula; la última vez que había tenido contacto con Micaela era muy chico, pero le bastaron unos segundos de observación para entender de qué tipo de persona se trataba. En el centro del salón había un grupo de mujeres al que la señora Micaela intentó esquivar pero no pudo. De forma irremediable tuvo que mostrarse entusiasmada hacia ellas, sin embargo, era obvio que se asqueaba con todo

contacto porque al saludarlas besaba el aire cerca de sus mejillas.

Cuando Micaela logró llegar hasta ellos, él se inclinó cortésmente y aprovechó que ella se distrajo para estamparle un beso en la mano que ofrecía sin querer como una flor marchita. Lo satisfacía y le era sumamente sencillo este juego de incomodar al clan Carrazans. No pudo disfrutar todo lo que quería de la cara de espanto de Micaela porque alguien le tocó el hombro y cuando se dio vuelta, ella aprovechó para arrastrar a Paula lejos de él.

Quien se había acercado era uno de los caballeros con los que se había sentado a la mesa, el que confeccionaba bolsas para la agricultura. Venía a presentarle a su hija; una delicada y silenciosa mujercita con la que cualquier hombre corriente habría entablado alguna conversación de poesía o de lo que fuera que hablaban esas chiquillas de mirada asustadiza. Lorenzo optó por disertar sobre el clima mientras con la mirada buscaba a su salvadora Antoinette, que desde la mesa de los refrescos le dedicó un guiño cómplice. Thomas también estaba ocupado en su interludio dialogando con un grupo de jóvenes. Detrás de él, apareció el viejo Anchorena con una copa en la mano y se inclinó a decirle algo al oído.

De inmediato, Thomas ejecutó dos acordes estridentes para acallar las voces y Lorenzo se excusó para acercarse hasta el sector del salón donde estaba el piano.

Anchorena ofreció su mano invitando a su prometida a acercarse a tocar ella misma. Paula esbozó una sonrisa tímida y saludó a Thomas con consideración. Estaba sentándose en el banco cuando el juez levantó su copa:

—Bueno, todos sabrán el motivo de esta celebración, o creen saberlo — bromeó y se escucharon risitas— quiero aprovechar esta magnífica noche, en donde contamos con el honor de la presencia del maestro Rickinson... —y sonaron los aplausos— para anunciar a todos los presentes mi boda dentro de tres meses con la señorita Paula Carrazans.

Volvieron los aplausos y se escucharon felicitaciones y el padre de Paula, propuso un nuevo brindis. Anchorena la miró buscando consenso en su novia con la copa levantada, pero Paula mantuvo la cabeza gacha.

—Adelante —le ordenó él con la sonrisa petrificada sin poder disimular el disgusto por su actitud.

—Los dedos de Paula se deslizaron con dejadez por sobre las teclas y luego, cerró los ojos.

El sonido sosegado inundó la sala como si brotara de a poco de un volcán que se creía muerto. Una melodía dulce, que apaciguó hasta la cara

desconcertada de su padre. Luego, como esperaba Lorenzo que se produjera, los dedos se clavaron en las teclas como los rayos cuando caen sobre la llanura y se produjo un sobresalto general, salvo en Thomas que conocía la intrincada partitura.

Y volvió la calma.

Lorenzo recordó la primera vez que la oyó tocar, cuando callaba el canto de los pájaros. Tenía a toda la audiencia entre embelesada y en vilo. A Lorenzo le gustaba así, dando guerra a su manera. Lorenzo imaginaba escenas escandalosas como desnudarla sobre el piano o calzársela al hombro delante de todos y salir con ella montado en su caballo y no parar hasta la pampa. Sacudió la cabeza bajando la vista al piso y pateó con la punta del zapato una basura imaginaria. No podía sentir hacia ella la indiferencia que hubiera deseado y no encontraba solución lógica a su problema. Cada vez que estaba cerca terminaba prendido y embotado. Como el río que desborda, como el viento que urge el fuego; como la naturaleza que busca desahogarse, aquello que le decía su madre.

El movimiento en sentido ascendente, culminó en una nota triunfal.

Estallaron los aplausos pero pronto se interrumpieron, una mujer se había desmayado en la antesala. El calor era sofocante. La brillante concertista dejó de ser el centro de atención. Carrazans se alejaba del salón tratando de calmar Anchorena que parecía enojado y no era justamente porque se le estuvieran desmayando los invitados.

Paula también se sintió sofocada. Le avisó a su madre que iría por una bebida fresca, pero Micaela optó por responderle con una mirada cargada de indiferencia. Perfecto, pensó Paula. Ahora todos parecían estar a disgusto como ella. A mitad de camino, cambió de rumbo y pasó por entre la gente que bailaba habanera. Tenía que salir urgente a tomar aire.

Lorenzo la vio desaparecer tras el cortinado del balcón, esperó un momento y, cuando estuvo seguro de que nadie la había visto escabullirse, salió tras ella.

Bajó por una escalera de mármol hasta el parque. Las esculturas, que bordeaban el camino, brillaban reflejadas por el débil resplandor que llegaba de la fiesta. Del camino principal se desprendían otros que se perdían entre la

vegetación y más allá del suelo de pedregullo, no se veía nada. Su vista se acostumbró rápido a la oscuridad pero el lugar era enorme, podía estar en cualquier parte. De pronto, oyó un suave sollozo que lo llevó al sitio exacto. Estaba sentada en el borde de una fuente, los pies sumergidos en el agua y el vestido enmarañado a su alrededor.

Unas parejas salieron también del baile y tomaron el camino principal. Paula los escuchó conversar y reírse.

Lo peor que le podía pasar es que alguien la descubriese llorando. Buscó refugio entre la colección de deidades y demonios de Anchorena, dando un par de patadas al aire; imposible esconderse con tantos volados. No pudo evitar mirar la imagen esculpida sobre el pedestal: una mujer desnuda con un pequeño sátiro arrodillado entre sus piernas y una lengua de dos puntas que buscaba alcanzar un punto que graciosamente ella intentaba tapar con un arpa. De pronto, sintió que le aferraban la mano y cuando miró a la cara a su captor, era Lorenzo. Detrás del pedestal de la escultura la inmovilizó con su cuerpo también, y si hubiera querido quejarse, no pudo porque él le tapó la boca. Por supuesto que no iba a gritar, pero ni tiempo le dio de explicarse, que el menor ruido delataría que se había escapado de la fiesta, sin chaperona, que lloraba, y que encima, ahora estaba entre los brazos de él que vaya a saber cómo hacía para aparecer cada vez que ella estaba en una situación vergonzosa.

Siseó para tranquilizarla hasta asegurarse que no iba a gritar y la soltó. No sólo no gritó, sino que se quedó completamente callada espiando por el borde de la escultura con toda su atención dirigida a las parejas que se alejaban. Lorenzo sonrió con ternura. La palma de Paula descansaba con una inocencia brutal sobre su pecho y maravillado, reparó en lo vivificante que resultaba ese contacto. Con la otra mano sostenía los zapatos. Por qué siempre estaba descalza, se preguntó él. Y la idea de que podía perder el equilibrio lo llevó a deslizar el brazo alrededor de su delicada cintura. Ella continuaba de perfil, como si no quisiera ver otra cosa que lo que estaba sucediendo allá, en el camino. Pero él solo podía verla a ella, veía su pecho suave subiendo y bajando al ritmo del respirar de los potros libres de la pampa. Veía sus labios rosados que ahora se entreabrían todavía sin mirarlo y un mechón de pelo que

se había soltado hasta tocar el espacio aterciopelado de su clavícula. Lorenzo sintió la sangre arderle dentro de las venas. Con los dedos temblorosos, le acarició la mejilla para que lo mirara, como si tocarla fuera el fin absoluto de su control. El perfume a flores invadió sus fosas nasales; demasiado cerca para detenerse. Se inclinó y besó sus labios con suavidad para tratar de calmar aquello que era como el hambre.

A Paula se le cayeron los zapatos de la mano y cerró los puños para empujarlo, pero acabó agarrándose a su camisa. Como si él comprendiera su dilema, el beso se hizo más exigente y ella abrió la boca convencida de que su cuerpo se estaba negando a obedecerla. Él la acarició con su lengua incitándola y Paula respondió con todo el candor que fue capaz, tiritando de vértigo a algo que no sabía definir. Se alejó de su boca para bajar por su cuello en lo que, a Paula le pareció, un reguero de fuego. La descarga de placer fue instantánea, Paula sintió cómo se le crispaban los brazos y le cosquilleaba en la panza. La fiesta, la gente, el camino, quería aferrarse a cualquier cosa que la sacara de ese estado de aturdimiento, en donde solo podía percibir su voluntad dispararse en todas direcciones; en el aliento tibio por su cuello, en la yema áspera de aquellos dedos enterrándose en su pelo y abarcándolo todo.

Lorenzo dejó de besarla jadeando y apoyó las manos abiertas sobre el mármol frío murmurando algo en una lengua que Paula no conocía. De pronto, alzó la cabeza para mirarla de una forma tan devastadora, que ella comprendió que ambos estaban batallando contra su mutua atracción. Entonces fue ella la que volvió a su boca, ella la que sin saber lo que se necesitaba para templar ese tormento, se apretó instintivamente contra ese cuerpo que la rodeaba, contra sus piernas y sus caderas.

La recibió en un estado de ensoñación hasta que su capacidad de pensar se reestableció de golpe; todos sus músculos de hombre protestaron dolorosamente cuando se obligó a alejarla con un gesto grosero. Desorientada, sin aliento y con la boca enrojecida de besos, Paula intentó acomodarse el peinado y el vestido.

Paula Carrazans, era la encarnación de lo que él estaba obligado a vengar. El eslabón más fácil de perjudicar. Tan sencillo sería seducirla y

deshonrarla. Y sin embargo, no podría hacerlo. Aunque la deseara como si toda su vida hubiera conducido a esa mujer. Se sintió tan vulnerable que lo único que pudo hacer fue descargar su frustración en ella.

—Creo que ahora sí, está un poco más preparada para casarse.

Paula quedó inmóvil por un momento, sin comprender. Su expresión cambió de la sorpresa a la furia y le lanzó una cachetada que él no quiso esquivar. Lorenzo se llevó una mano a la mejilla y una risa estentórea brotó de su garganta y ella no supo si volver a pegarle o gritar de rabia.

—¿Eso fue esto? ¿Una burla? Yo estoy comprometida... —empezó a decir y se abrazó a si misma sintiéndose encogerse de vergüenza y angustia.

—Su compromiso al parecer tiene sus bemoles —lo escuchó decir y pareció como si su voz llegara de un lugar muy oscuro— aunque alguien como el señor Anchorena *es* lo que la señorita Carrazans merece.

—No es asunto suyo —se defendió— Y de todas formas ¿Cuál es el propósito de Lorenzo Araóz? ¿Besarme para demostrar qué? —le echó en cara con energía renovada. La situación era tan irracional que le estaba costando hasta sentirse ofendida. Había un rencor inexplicable que Paula hubiera querido descifrar. Pero podía jurar, aunque su experiencia fuera nula en el tema, que el beso que acababa de recibir expresaba una emoción sincera.

—Cuidado —dijo Lorenzo atrayéndola de nuevo contra el pedestal y hacia sus brazos.

—¿Qué? —preguntó ella dando manotazos.

—Tus padres están en el balcón.

Aunque era poco lo que podía pensar o poco lo que podía decidir si él la tenía otra vez así atrapada. Volvía a faltarle el aire, o era el corsé que la asfixiaba. Quizás era eso, o el calor, o el peso lo que hacía que ese estúpido collar le raspara tanto la piel. Como si él lo supiera, acarició su cuello con la yema de los dedos hurgando entre las abundantes piedras preciosas. Paula no podía dejar de mirarle los labios. Cada nervio le pedía de nuevo entregarse a esa boca. Se sentía tan ridícula como un ratón a gusto en las fauces de un gato.

Lorenzo volvió a echar una mirada hacia las escaleras del salón, Lorenzo la liberó de sus brazos. Pero ella no se movió. La oscuridad y el silencio se espesaban alrededor. Paula le dirigió una mirada brillante, tan cargada de palabras no dichas que lo descolocó.

—Ya no hay nadie, puede irse señorita Carrazans —dijo levantando los zapatos del suelo.

En un último intento de recuperar su dignidad, Paula le arrancó los zapatos de la mano y cruzó el jardín a paso resuelto. No iba a salir huyendo.





La niebla era extrañamente densa para esa hora del día. Sin embargo, se aventuraron a salir porque querían participar de la novena antes de la misa y comprar flores. El tráfico se tornaba difícil en días como estos en los que no se veía diez pasos adelante, así que prefirieron ir caminando con cuidado antes que subir a un carruaje.

La humedad se les pegaba en la cara y en la ropa con gotas finas, una llovizna que parecía no llegaba a mojar. Alicia se quejaba por el peinado, el vestido y los zapatos. La verdad era que le dolía la cabeza, como todos los días desde que la conocía, salvo que ahora se le habían sumado molestias articulares y otras que no supo definir bien. Paula quiso convencerla de que se quedara, que podía acompañarla algún sirviente, pero como su institutriz nunca dejaba de cumplir con las obligaciones alegó que no quería perderse el rezo de los misterios en honor a todos los santos.

Al llegar a la entrada de la catedral se encontraron con que no solo no estaba la florista, no había siquiera un desamparado pidiendo limosna. Era como si fuera el día equivocado o la ciudad entera se hubiera quedado dormida. La niebla parecía aplacar cualquier sonido y por un momento, les resultó reconfortante oír unos cascos lejanos golpeando el empedrado. Vieron pasar los caballos y luego el tranvía del que tiraban, pero no llevaba ningún pasajero. Paula y Alicia se miraron con preocupación.

Humedecieron los dedos en la pila de piedra y se dibujaron una pequeña cruz en la frente. Podían ocupar el lugar que quisieran, todo estaba vacío. Las monjas no tardarían en llegar.

Paula se puso de rodillas. En el altar mayor se esgrimía la imagen de nuestra señora de Buenos Aires. En pocos días, esa virgen la contemplaría con sus ojos misericordiosos cuando el obispo la uniera en sagrado matrimonio a Don José de Anchorena. Estrechó el rosario hasta que sintió las

perlas clavársele en las manos. Hacía más de una semana que *el tatú* no se presentaba en su casa. Algunas veces, veía aparecer por la vidriera del negocio a Bourque como una sombra tenebrosa. Como queriendo advertirle que era una mujer con dueño y que solo pasaba para recordárselo.

La ausencia de Anchorena no le llamaba la atención ya que todo el mundo se movilizaba con extrema cautela por estos días. La vida social se había enrarecido desde que se supo que la fiebre amarilla asolaba a los barrios bajos. Apenas unos pocos meses antes, había atacado Asunción causando estragos en la Capitanía de Corrientes. Y ahora la amenaza pesaba sobre los porteños por negligencia; nadie había hecho nada para detenerlo. Los buques continuaron llegando de zonas endémicas sin someterse a cuarentena. Y el primer médico que se animó a impedir un desembarco, acabó preso y lo tildaron de loco. Cuando la prensa comenzó hablar de muertes, las noticias eran a cuentagotas e inexactas: se hablaba de cólera. Aun así, había estallado el carnaval en las calles. La gente hizo oídos sordos; era más entretenido andar corriéndose unos a otros por los callejones arrojando agua que pensar en calamidades.

En la botica supieron que era fiebre amarilla ni bien aparecieron los síntomas y su tío no se limitó a preocuparse. Se abasteció tan pronto como pudo de todos los tónicos conocidos para combatir el flagelo. Aunque según él, ningún recaudo sería suficiente si la enfermedad se propagaba como lo había hecho en el norte.

Una mujer enlutada se arrodilló en el segundo banco, cerca del pasillo y frente al cristo crucificado. Alicia se dio vuelta buscando ver alguna monja, pero no había ningún movimiento. Hablaron en voz baja y entendieron que el rezo del rosario había sido suspendido.

Afuera, el sol pareció abrirse paso entre la neblina matinal cuando el vitral de Santa Catalina irradió en el altar un estallido de luces. Escuchó toser a la mujer de adelante y de repente, la vio caer hacia un lado como una bolsa de papas. Paula corrió a ella. Antes de moverla le alzó el velo. Al descubrirle la cara, se llevó la mano a la boca y sofocó un gemido. Tenía la piel amarillenta y un hilo pesado de sangre le salía de la nariz. Los guantes y el pañuelo que sostenía en la mano aquella mujer, estaban empapados en un vómito oscuro, casi negro. Paula gritó pidiendo ayuda y de golpe, por la sacristía, apareció un sacerdote a auxiliarla. Detrás, el grupo de monjas que sin acercarse se persignaban. Paula apartó el pañuelo y le desabrochó los guantes para tomarle el pulso. Estaba muerta.

Era evidente que el vallado sanitario que se había improvisado para dividir los conventillos y el norte de la ciudad no iba a servir para nada. La peste entró a las residencias de la aristocracia con la misma facilidad con la que había bajado por el río Paraná. Su tío Martín le había advertido que esto iba a suceder, la había estado preparando, pero aun así, no pudo evitar sentir un miedo tan intenso que la hizo temblar.

En la entrada de su casa. Alicia se despidió de ella aún más conmovida. Ese día extraño era su día libre y volvía con su familia.

Sin darse cuenta, Paula ignoró al mayordomo que le extendió el brazo para recibirle el abrigo. Atravesó como un torrente la primera puerta y luego la segunda hasta que se detuvo al borde del llanto al llegar al jardín de los frutales. Su tío Martín y su padre conversaban en el fondo y no la vieron llegar. En la seriedad de ambos comprendió que ellos también tendrían novedades. De pronto, su padre hizo algo impensable: abrió la puerta de la pajarera y soltó todos los pájaros.



Thomas tuvo que cancelar las demás funciones ante la amenaza de epidemia que se cernía sobre la ciudad. Un mes antes de lo previsto Lorenzo y William lo despidieron en el muelle con la certeza de que pasaría mucho tiempo antes de volverlo a ver. Y ellos también se marcharon de inmediato.

A principios de marzo un chasqui trajo a la posta del pueblo periódicos con crónicas alarmantes. Se confirmaba que era Fiebre Amarilla y que estaba arrasando la parte más pobre Buenos Aires. Y que pese a que las autoridades sanitarias hacían el intento de tranquilizar a la población, las familias más pudientes se trasladaban a sus fincas de fin de semana, campos, o adonde llegara el aire puro.

El toro madriño ingresó al primer corral seguido por setenta colorados para la yerra. En el interior, Lorenzo y uno de los *María* pechaban a las bestias con sus caballos hacia el centro donde cuatro arrieros de a pie, terminaban de encauzarlos en la manga. Los caballos resollaban nerviosos, los lazos zumbaban en el aire y los perros chocaban entre sí en el dilema entre cumplir bien con su trabajo o esquivar las acometidas de los enérgicos toros. Los animales agotados, terminaban en una fila de a diez dentro de la manga para el saneamiento.

Lorenzo desmontó arrojándole el poncho a William y, de un salto, trepó las maderas de la manga. La primera era una hembra que se veía bastante lastimada. A veces por los empujones de la manada alguno de los animales terminaba con los huesos quebrados. La palpó con la mano todavía transpirada por el trabajo del látigo, buscando fracturas. Luego de unos instantes, dio la orden de continuar con unas palmadas cariñosas sobre el cogote, no iba a ser necesario sacrificarla. Un indio viejo al que llamaban el

Sapo, porque no tenía ni un diente, ya estaba enrojeciendo la marca sobre el fuego. El fierro candente tenía dos letras superpuestas, una cruz que representaba el nombre de la estancia, Arroyo Cruzado, y una zeta en honor a su tribu, Los Zorros. El cuero ardió hasta que el olor a quemado saturó el aire y enseguida el Sapo, arrojó un baldazo de agua fría sobre el anca chamuscada. Lorenzo pinceló con yodo la piel encarnada para evitar las mataduras y abrieron la tranquera del segundo corral para liberarla al campo a retozar.

El siguiente era un entero. Lo revisó entre las tablas y encontró piel ulcerada en la boca y en el morro que podía embicharse. Uno de *Los María* ya tenía el pincel embebido en una solución de sal, limón y bicarbonato y se agachó a curar los abscesos. Lorenzo se enorgullecía de contar con un equipo diligente y entusiasta. Los pialadores de pie en el segundo corral, ya hacían círculos en el aire con sus lazos. Desde cualquier distancia, podían revolear los trenzados con una precisión rigurosa, capturando cabeza y patas al mismo tiempo para derrumbarlo. También estaba el Manco, un castrador que era el mejor en su oficio, pero que una vez no tuvo suerte y un toro bravo se le fue al humo dejándole el muñón de recuerdo. Por lo general, se necesitaban solo un par de baqueanos pesados para arrojarse sobre el toro mientras el Manco hacía su maniobra. Uno se apuró a hincarle la rodilla en el pescuezo, otro se le echó sobre las costillas. Pero Lorenzo alcanzó a ver que la bestia había zafado una pata y se arrojó sobre los cuartos traseros antes de que ocurriese una calamidad. Fue tan rápido que el cuchillo afilado del Manco le pasó silbando por la oreja. Lorenzo le dio un empujón haciéndose el enojado. El Manco, por respuesta, levantó en el aire los primeros testículos extirpados provocando gritos de algarabía. Como dictaba la tradición, los comerían asados.

Al mediodía el frío se sentía fuerte ahora que no estaban en movimiento y se sentaron alrededor del fogón donde ya no quedaba ni una criadilla, para calentarse. Las guitarras empezaron a sonar y unos se echaron una siesta mientras otros más ansiosos controlaban los lazos y los caballos para la tarde.

Cuando todos estuvieron listos, reanudaron la faena. No quedaban muchos animales pero habría sido imposible hacer todo de un tirón.

De pie en el corral Lorenzo aguardaba al siguiente entero, cuando vio pasar un gato negro muy campante por delante de los pialadores ¿De dónde demonios había salido un gato? En una milésima de segundo, pensó en Paula y el gato ciego con las antenas, en ella, en su risa y en esas mejillas

enrojecidas por su beso. En ojos como alas de colibríes y aquellos dedos delicados sobre el piano. Un toro joven era derribado a unos pasos de él. Echaba espuma por la boca y bramaba dando una lucha soberbia. Y pensó en ese viejo repugnante de Anchorena tocando esos dedos suaves y que para estas alturas, pensó también, no sería lo único que habría tocado. Y no supo cómo, pero ya lo tenía encima. El toro enfurecido lo embistió estrellándolo contra la empalizada. Oyó maderas astillarse y lo invadió un dolor tan manifiesto que creyó que era él el que se partía. El choque lo alzó en el aire y eso le salvó la vida, porque lo único que aplastó fueron sus piernas contra las maderas. Luego cayó al piso y lo último que escuchó fue el ruido de cascos en la tierra. Al despertar lo envolvió un olor fuerte a perfume y no supo si estaba en el paraíso o en un burdel hasta que reconoció a William que ahora le presionaba la nariz sangrante con su siempre oportuno pañuelo. Se puso de pie como una fiera aturdida cuando sintió varias manos que lo volvían a sentar; cuando alzó la vista para insultarlos reconoció a *Los María* y se dejó hacer sin decir nada porque estaba atontado al punto de poder decir alguna tontería. William se volvió a la casa renegando; le gustaba el campo siempre y cuando los animales estuvieran confinados, los hombres sentados en reposeras y los pájaros parlotearan en las ramas de los árboles.

Más tarde y repuesto, Lorenzo fue rengueando a ver al toro que se había lastimado mucho más que él. Los arrieros lo sacrificaron con su permiso para el asado de la noche. Una lástima, pensó, porque le hubiera gustado conservarlo. Lo cuerearon ahí nomás y se jugaron el cuero en la partida de truco antes de la cena.

Hacia rato había anochecido cuando todo terminó. Volvió al paso tratando de encontrar una posición imposible sobre su montura pero felizmente exhausto. En Buenos Aires había llegado a sentir el entumecimiento de los músculos como el peor castigo al que puede someterse a un hombre. Los porteños. La culpa del accidente había sido solo suya. Una distracción, una debilidad que él no podía permitirse.

Cuando entró en la casa, se encontró con visitas. Deirdre y Nicolasa estaban sentadas en el living y al instante se dio cuenta que algo malo había pasado. No tenía idea de que Deirdre estuviera en Los Robles.

—¿Qué pasó? —preguntó y no pudo evitar fijar la atención en el enorme vientre de Deirdre.

—Martín me trajo a la estancia por el peligro de la enfermedad —le explicó al borde de las lágrimas.

Nicolasa, que le sostenía una taza de té delante de la cara enrojecida por el llanto contenido, se adelantó a aclarar:

—Te la traje hasta acá y a esta hora porque a esta chica le va a dar un patatús si sigue así.

Intentando controlar los temblores, Deirdre hipaba perdida en su preocupación.

—Me dijo que me iba a escribir, y no ha llegado ni una sola carta de él.

—Martín te dejó en Los Robles y volvió —repitió Lorenzo tratando de ordenar los pensamientos— ¿Hace cuánto?

—Veinte días —contestó Nicolasa.

—¡Es que no quiere dejar el negocio! —sollozó Deirdre con exasperación.

Lorenzo se arrodilló delante de ella y le tomó las manos para calmarla.

—Deirdre, tenés que tratar de tranquilizarte, no es bueno en tu estado.

—Le aseguró que Martín se debería encontrar bien. Que las compañías de telégrafos estaban saturadas y que las noticias se retrasaban. Y cuando estaba logrando serenar un poco a Deirdre, Nicolasa rompió en llantos.

—¿Y Paula? ¡Esa niña y su obsesión con las curaciones!

Lorenzo se puso de pie lentamente.

—¿Paula? ¿Está Paula con él? —preguntó mirando alternadamente a las dos.

Deirdre asintió hundiendo la nariz en un pañuelo.

—Ansina es, si naciste martillo, del cielo te caen los clavos ¿Dónde te pensás que va a estar esa cabezota en plena peste? —protestó Nicolasa— Curando apestaos. Ni el mismo demonio la va a sacar de ahí contra su voluntad.

Lorenzo quedó demudado. No podía creer lo que oía; una cosa era que Martín se quedara en la ciudad en el medio del caos porque quisiera defender su negocio, la salud o lo que se le ocurriera y otra, arrastrar a su sobrina con él. Estas mujeres tenían que estar equivocadas; conociendo de antemano cómo se manejaban cuando había que salvarse el pellejo, estaba completamente seguro de que los Carrazans habrían escapado. Volvió a intentar tranquilizarlas con lo que él mismo suponía.

—Don Antonio ya los debe haber hecho entrar en razones, seguro es eso —dijo— se fueron a la quinta esa que tienen al norte y desde ahí no habrán podido comunicarse. Pronto vas a recibir noticias, vas a ver.

Pero Deirdre negó enérgicamente.

—A la quinta fueron Antonio y Micaela con los mellizos. No se llevaron a Paula. Es que hasta hace poco, se decía que solo corrían riesgo los chicos, las embarazadas, los italianos, los negros...

Lorenzo estaba haciendo un esfuerzo tremendo por no parecer alarmado pero él también comenzaba a preocuparse. Era raro que Martín Carrazans no se hubiera puesto en contacto todavía. Y lo de Paula era inaudito, se lo viera por donde se lo viera.

—¿Por qué ella está ahí? —pensó en voz alta. Era comprensible que la animara una férrea vocación pero no podía entender que su familia o Anchorena la hubieran abandonado.

Deirdre se repuso y se adelantó en el sillón.

—¿Te acordás cuando estuviste allá y te comenté que hacía rato que el ayudante no aparecía? Está muerto, fue uno de los primeros. Se lo llevó la peste. Y Paula sabía que Martín no iba a poder solo.

—Pero ¿Ni siquiera su marido se opuso a semejante locura?

Deirdre lanzó un suspiro largo y resignado.

—La boda se suspendió. Todo se ha suspendido.

Con estas últimas palabras, Lorenzo terminó de abarcar la proporción de lo que estaba pasando. Como un resorte, se levantó del piso y dio un paso atrás.

—Quiero que te calmes. Mañana mismo voy a mandar a uno de mis hombres a buscar novedades.

Con pasos largos rodeó el escritorio, revolvió unos cajones y sacó papel, pluma y tinta.

—Escribíle unas líneas a Martín. Mi hombre traerá una carta de vuelta.

—¡Dios te bendiga! —Dijo poniéndose de pie con dificultad y Nicolasa la sostuvo para ayudarla a acercarse al escritorio— También voy a escribirle a Paula —agregó con renovado entusiasmo dirigiéndose a la mulata.

Mientras Lorenzo iba y venía con impaciencia, Deirdre escribía. Con la yema de los dedos Nicolasa acarició la pequeña caja de Ñuque que había llevado dentro de su bolso. Y aunque no fuera el más oportuno de los momentos, sabía que tenía que dársela sin demora.

—¡William! —gritó de pronto su ahijado con una inflexión desconocida en su voz y Nicolasa retiró la mano de golpe.

—Qué pasa —preguntó William apareciendo de inmediato por la puerta.

Con un gesto de la cabeza, Lorenzo le indicó que salieran de la



habitación.

—William, por favor. Que alguien escolte a las señoras a Los Robles.

—Yo mismo voy a hacerlo —se ofreció.

—Bien. Te pido que las visites de cuando en cuando por si necesitan algo. Y que preparen mis cosas. Parto mañana a Buenos Aires; pero no quiero que ellas lo sepan.

Cuando regresó al salón, Nicolasa estaba esperándolo con la caja en las manos. Empezó a hablar rápido, como hacía siempre que le parecía que las palabras no alcanzaban. Habló de las cosas que se guardan y del polvo, del cariño que le tenía a Ñuque, que fue su mejor y única amiga y que tantos años, habló de las tormentas y de que un día llovió y no se la pudo dar, y después habló de las mermeladas y algo de los conejos y que por eso tampoco había podido dársela. Lorenzo se estiró la piel de la cara con la mano, estaba apurado y Nicolasa no hacía más que enloquecerlo. Entonces, viendo ella que el tiempo de la explicación se le terminaba de forma inexorable, concluyó:

—... y es mi deber, pese a tuitas las contingencias —dijo y alargó la caja de madera de caoba hasta casi enterrársela en el estómago.

—¿Qué es esto? —preguntó él sosteniendo la caja que se veía fragilísima entre sus manos enormes.

—Era de Ñuque.

La expresión de fastidio de Lorenzo se fue desvaneciendo lentamente. Dio vuelta la caja hacia un lado y otro. El primer pensamiento que tuvo es que eso no podía ser de su madre. No había en este país aquel tipo de adornos, salvo traídos de afuera, y eran lujos de la aristocracia. Incluso, el pestillo estaba engarzado en piedras preciosas. Alzó la vista hacia las mujeres.

—¡Abríla! —ordenó Nicolasa agarrándose las manos que le temblaban de ansiedad.

Accionó el pestillo. En el interior, unos cuantos papeles amarillentos hacían resaltar más la excentricidad del delicado forrado en terciopelo rojo. Sobre los papeles, dos medallas atadas con una cinta. Lorenzo jugueteó con ellas entre los dedos y las separó para verlas mejor. Una de ellas, tenía tallada una imagen que él conocía: se trataba de un escudo familiar. Lo había visto en la mansión de la condesa y en sus monturas. La otra era una

condecoración militar.

—Mirá las demás cositas —apuró la negra cuando vio que Lorenzo se tomaba demasiado tiempo con esa medallita que ni siquiera tenía una virgen. Deirdre se puso junto a él, intrigada también por el contenido.

Un daguerrotipo de Lord Brendson con uniforme militar estaba en el fondo. Era una copia exacta del que había tenido en sus manos cuando fue la lectura de los bienes de la condesa.

—Ese hombre es igual a vos... —descubrió Deirdre con asombro. Ella no había conocido a Ñuque, pero sabía que era india. Jamás supo sobre el padre de Lorenzo, aunque era obvio por el color de sus ojos que había sido un hombre blanco.

Al ver el interés de las mujeres, Lorenzo les pasó la imagen para que la vieran. Mientras tanto, abrió un papel doblado hacía tanto tiempo, que se le desarmó antes de que pudiera leerlo. Sobre el escritorio unió los fragmentos y acercó la lámpara. Se trataba de una carta, una línea muy breve dirigida a su madre. Deirdre y Nicolasa observaban la transformación en su cara a medida que leía. Al levantar la vista esperaban en una pregunta muda.

Lorenzo leyó en vos alta:

—*Buenos Aires, primero de junio del año mil ochocientos cuarenta y siete. Mi pequeña Maikono...*

—¿Maikono? —preguntó Nicolasa que por supuesto ya había revisado todo, pero como no sabía leer ni escribir, no tenía idea de qué podía tratarse.

—Maikono significa “Torcaza” en ranquel —contestó Lorenzo.

—Seguí —instó Deirdre.

—*Dejo todo. Hay peligro. Voy a ti, Charles Brendson.*

Los tres se quedaron en silencio. Sin conocer nada de la historia, Deirdre entendió que definitivamente ese hombre del daguerrotipo era el padre de Lorenzo.

—¿Qué fue eso m’hijo? —preguntó Nicolasa apartándose de él para ver mejor qué cara ponía.

—Mi madre siempre cantaba esa canción... —dijo entrecerrando los ojos en el afán de encontrar aquel recuerdo casi perdido— ”Ini pi... Entualen ini mi fei pieteu maikono...”. Significa “Quién lo ha dicho... Nómbrame, quién te ha contado eso, paloma”

Deirdre se inclinó sobre el papel para releer las líneas.

—Podría ser —empezó a decir Lorenzo— que supiera que le iba a pasar lo que le pasó.

Se alejó unos pasos de ellas dándoles la espalda.

—Lo mataron —le aclaró Nicolasa acercándose a Deirdre.

—Pero por otro lado no sé —dudó él dándose vuelta de nuevo para mirarlas— me consta que era un hombre afecto a meterse en problemas. Hasta ahora pensé que no habían tenido ningún tipo de relación, hasta pensé que la unión había sido... deshonesta —deslizó para sortear la palabra vejación ante una mujer embarazada— Pero ahora esto —dijo golpeteando suavemente con el dedo sobre la fecha— es novedoso.

Deirdre sacó cuentas y entendió enseguida.

Es de bastante antes de que...bueno, de que te concibieran.

Los dos miraron a Nicolasa que levantó los hombros.

—Su madre no era de andar parlamentando mucho. Nunca me hubiera imaginado que tenía un novio...Yo la conocí en Buenos Aires, era chica y ella ya cocinaba en lo de Carrazans, luego la trajeron pa'cá y mucho después llegué yo...será ansina pues.

En ese instante entró William a avisar que el carruaje estaba listo. Más allá de la carta y de la incertidumbre de lo que pasaba en Buenos Aires, a Lorenzo no se le pasó por alto el detalle de las miradas entre William y la mulata. Que de no haber sido por sus preocupaciones, ese intercambio disimulado le habría arrancado una sonrisa.



No le habían servido refrigerios en el coche comedor ni hubo inspector que le pidiera boleto en todo el trayecto. El ferrocarril llegó a Plaza Constitución vacío y partió lleno. La gente estaba huyendo de la ciudad.

En las inmediaciones de la estación, no pudo encontrar ni un solo carruaje de alquiler que lo llevara hasta el centro, tampoco funcionaba el servicio de tranvías. Sin más alternativa que dejar su equipaje para luego regresar por él, compró el único caballo que le ofrecieron. De tan maltrecho, el pobre animal apenas se mantenía en pie. Para empezar, le faltaba una herradura, y se la habría colocado él mismo pero el viejo que se lo vendió no tenía ni un clavo. Así que tuvo que sacarle las otras tres herraduras; buena parte del camino era de tierra, no iba a tener mayores complicaciones.

El primer impacto con lo que estaba pasando en Buenos Aires lo tuvo en San Telmo. La policía sacaba a golpes y empujones a los habitantes de un conventillo. Mujeres embarazadas, con chicos en brazos, ancianos. En el medio de la calle, ardía una hoguera en donde los guardias echaban todo lo que encontraban en las casas. Muebles, ropa, juguetes y por si el drama fuera poco, hasta fue arrojado un perro sarnoso vivo. Las mujeres y los chicos suplicaron a gritos, una negra se lanzó a rescatar al perro y se le prendió fuego la pollera. Las demás se lo apagaron a escobazos o con lo que tenían a mano porque los hombres intentaban defenderse de los uniformados. Los inmigrantes, en muchos casos recién llegados, se quejaban en todos los idiomas; parecían no poder entender lo que sucedía, por qué les sacaban sus cosas, por qué los echaban a la calle.

Indignado, se preguntó adónde había quedado la sociedad tan civilizada que había conocido unos cuantos meses atrás. Y Paula dónde está. Tengo que llegar a Paula, se decía sabiendo que era imposible tratar de hacer algo por esa gente. Mientras se alejaba absorto todavía en el humo negro de las

fogatas, su caballo frenó de golpe e hizo el ademán de recular. Ajustó las riendas para calmarlo y para su horror, descubrió que en medio de la calle había un cadáver. Se apeó para acercarse. Tenía la piel gris y ajada como una taza vieja. Los grandes ojos abiertos, aterrados como si estuviera viendo la cara misma de la muerte. El aire se saturó de un olor repugnante. Un fluido oscuro, ya seco, iba desde la boca del muerto hasta el cuello de la camisa. Lorenzo retrocedió asqueado y trastabilló ¿Era realmente posible que estuviera sucediendo esto?

Desde la vereda un policia con la cara tapada con un pañuelo le dio la voz de alto:

—¡Aléjese, no lo toque! ¿Quiere enfermar?

De golpe estaba montado de nuevo en su caballo y se iba sin poder dejar de mirar atrás. Un sacerdote, con lo que sería una biblia en la mano, leyó alguna oración corta y cubrió con cal el cuerpo.

Estaba anocheciendo y no podía apurar al animal porque sufría con cada paso. Una brisa vaporosa que anunciaba lluvia, levantó un remolino de tierra que se le pegó en la piel. No andaba nadie, la ciudad era un pueblo fantasma. Los negocios parecían abandonados, algunas casas tenían las ventanas aseguradas con postigos y las puertas selladas con candados.

Más adelante desembocó en una calle cortada por la guardia sanitaria. Se palpó el revólver que tenía bajo el poncho a la cintura. Una excentricidad heredada de la condesa por disposición de William. Aprovechando la distracción del grupo más adelante, escondió el Colt debajo de la montura, pero dispuesto a utilizarlo si no lo dejaban pasar.

Lo detuvieron para hacerle preguntas. Entre los oficiales había un médico muy custodiado, que lo hizo bajar del caballo para tomarle el pulso y hacerle mover los brazos y las piernas. A su lado, un negro de a pie con un atadito al hombro hacía los mismos movimientos que él. Pero luego notó que se estaban burlando del hombre; lo hacían trotar en el lugar, echarse al piso, hacer flexiones y luego dar saltos en un solo pie obligándolo a repetir una oración ridícula que le dictaban.

El médico le dio a Lorenzo la venia para pasar pero el negro no tuvo la misma suerte. Con el paquete en alto vociferaba angustiada que tenía a su hija del otro lado, que si no llegaba moriría, que estaba encerrada y nadie sabía salvo él. Al final uno de los oficiales le arrebató el paquete, volaron unas manzanas por el aire y le dispararon un par de tiros a los pies para intimidarlo. Desde lejos seguía gritando y Lorenzo, dio un rápido galope

hasta él.

—¿Dónde está? —le preguntó.

El negro le dirigió una mirada cargada de agradecimiento.

—Calle Santa Isabel y Santana. La casa de la familia Velásquez. Está en el sótano.

—Ponete las manos en la cabeza —le ordenó mientras asentía para demostrarle que podía confiar en él.

—De espaldas a los guardias Lorenzo hizo resonar el látigo en el aire, desde esa distancia, y tapado el negro con el cuerpo del caballo, nadie dudaría que le estaba dando una buena zurra. El negro se arrojó al piso y de rodillas lloró:

—Cuídemela.

—¡Negro de mierda! —salió gritando al trote hacia el vallado. Los oficiales lo dejaron pasar entre vítores mientras se comían las manzanas.

Cayeron unas cuantas gotas pesadas y la sudostada se le vino de golpe con ráfagas tan fuertes que hacían tambalear al caballo. Y pensó en esas familias desalojadas y en ese hombre muerto en medio de la calle, que por entierro tendría un engrudo de cal encima. Llegó al cruce que le había dicho el negro. Cuatro esquinas. Una de las cuatro casas tenía las ventanas abiertas, en otra caían de los balcones ramilletes madre selvas bien cuidadas y en la tercera ladraba un perro gordo. No conocía el apellido que le había dado, pero por la descripción, imaginó que la chica estaría en la última, en la casa abandonada. Rodeó la propiedad hasta dar con un ingreso que parecía ser de la cocina. De una sola patada tiró la puerta y se encontró con la otra, la del sótano, más resistente que la anterior y trancada con una cadena. De la leñera sacó un hacha y comenzó a darle a las maderas hasta romperlas. La oscuridad y el silencio eran totales allá abajo y tuvo miedo de no haber llegado a tiempo. Vio una lámpara que encendió para bajar. Al principio no pudo ver nada, unos cuantos muebles apilados, barriles y cajones. Hasta que la descubrió bajo el hueco de la escalera. Temblaba de miedo y se acurrucaba sobre un camastro sujetándose las piernas. Tendría cuatro o cinco años, llevaba una camisola enorme y se veía famélica.

—Vine de parte de tu papá —la tranquilizó— él me dijo que estabas acá.

La nena lo miró con desconfianza y él le extendió lo único que tenía

para comer, un pedazo de pan. Ella lo agarró con desesperación.

—Vamos a la casa de una señora que nos dé algo más rico —le dijo guiñándole el ojo y la nena en su inocencia estiró los bracitos para que la alzara. Cuando le apoyó la mejilla en la cabeza se dio cuenta de que la criatura ardía en fiebre.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó mientras la arropaba con las mantas de la cama.

—Trinidad —dijo con la boca llena— pero papá me dice Trini —y apoyó la mejilla sobre el hombro de Lorenzo.

Deseaba que al menos no lloviera tanto. Subió a Trini al caballo en medio del aguacero y la tapó con su poncho. Era de noche, y la oscuridad parecía haberse tragado al mundo. El boulevard por el que avanzaba comenzó a anegarse y al llegar, la calle empinada de Martín Carrazans era un río. Vislumbró el cartel de la botica y elevó un conjuro a sus ancestros. También se persignó, como le había enseñado Deirdre cuando lo hicieron cristiano. Un cartel de “abierto” colgaba en la puerta que sonó lastimosa cuando la empujó con Trini dormida en brazos. No había nadie y el ruido del temporal descargándose contra las ventanas hacía que el negocio se viera más vacío. Mientras se sacudía el agua, algo le pinchó las pantorrillas y casi le da un síncope. Era ese gato ciego. Sintió una punzada de satisfacción al comprobar que todavía seguía con las antenas que él le había fabricado. Se agachó a acariciarlo y en la penumbra oyó el inconfundible crujir de unas polleras.

—Sr. Aráoz.

—¿Paula? —preguntó sin levantarse. Entonces ella vio a la nena. Lo miró a los ojos como desconcertada y se acercó a tocar la frente de la criatura.

—No tenía donde traerla... —empezó a decir y ella lo interrumpió.

—Está bien, yo la voy a cuidar —dijo sin preguntarle de dónde la había sacado. Buscó unas mantas secas de un estante y se las puso a los dos encima — Imagino que busca a Miss Deirdre. No está aquí.

—Vengo de parte de ella. Traigo una carta para tu tío —dijo buscando en el bolsillo.

—Mi tío Martín está muerto —susurró mientras le sacaba por debajo de la manta seca la ropa mojada a Trini.

Fue tan inesperado que Lorenzo no supo qué decir. Podría haber dicho que lo lamentaba muchísimo o que la acompañaba en su sentimiento, pero en vez de eso, calló y la ayudó con el bracito de Trinidad.

Luego de hacer a un lado la camisola mojada, Paula se arrebujó en su

chal de lana y desvió la mirada. Lorenzo hubiera preferido que hiciera las cosas que hacen las mujeres, que llorara, gritara o simplemente, se arrojara a sus brazos.

—Te voy a llevar donde tus padres.

—No.

—¿Cómo que no?

—No estoy sola.

Lorenzo sacudió su cabeza con desilusión. Y aunque ella fuera una mujer decente y fuera inaudito lo que estaba pensando, al final, no pudo evitar hacer la pregunta.

—¿Estás con tu prometido?

Paula lanzó una carcajada débil sin contestar.

—Paula ¿Quién más está acá? —preguntó acercándose.

Ella lo miró de forma imprecisa y Lorenzo, harto de seguir con la intriga, pasó del otro lado del mostrador para abrir la cortina que unía el negocio con la casa. Y fue entonces cuando se encontró con lo que jamás hubiese imaginado. Un refusilo alumbró la habitación. Había mujeres, chicos, desparramados entre mantas, bacinillas, ahumadores de azufre.

A su espalda oyó la voz destemplada de Paula.

—Los hospitales están llenos. Nadie más puede cuidarlos. Hasta los médicos están huyendo. Usted debe irse lejos, a su casa.

El infierno desplegó todo su arsenal en un trueno que hizo temblar la cristalería.

Miró a Paula. Se veía delgada, pero con la barbilla en alto, los ojos brillantes de lágrimas que no derramaba. Los pensamientos le latieron feroces y en ese instante se dio cuenta de la dimensión de lo que ella estaba queriendo decirle. No la iba a sacar de ahí, estaba dispuesta a dar su vida por esos moribundos.

—Entonces, yo también me quedo —dijo acostando a Trinidad en un sillón.

Paula aflojó los hombros y al fin se permitió llorar. Se cubrió la cara con las manos y se dobló sobre sí misma. Lorenzo se acercó y la atrajo hacia su pecho. La sintió estremecerse entre sus brazos, le acarició el pelo y al tocarle la coronilla sintió el calor espeso que irradiaba.

—Por Dios, Paula, estás ardiendo en fiebre.

—Tenés que irte Lorenzo, si te quedas también vas a morir.

Pero él no respondió. Con un movimiento ágil la alzó y caminó



buscando donde acostarla. Miró a su alrededor, ya no había lugar en el living y en la penumbra divisó la escalera. Subió y la recostó en la primera habitación. Encendió la lámpara. El cuarto tenía una decoración muy femenina, aunque todos los espejos y los cuadros estaban cubiertos de paño negro en señal de luto.

Paula comenzó a sacudirse en violentos sollozos.

—Tranquila... Voy a buscar un médico —le dijo desatándole los cordones de los zapatos.

—No hay más médicos, Lorenzo.

—Tiene que haber alguno ¿Dónde están los sirvientes?

Paula sintió el alivio de sus pies libres, las reconfortantes manos de Lorenzo sobre ellos y al instante, la lana pesada de la frazada raspándole la piel.

—Mi institutriz fue la primera que se contagió y todos huyeron. Martín no quería que me quedara más en la ciudad, pero cuando estaba por partir él amaneció enfermo y supimos... Me pidió que le instalara un catre en el negocio y me ordenó que me fuera.

Lorenzo se quitó el poncho y lo colgó en una silla que acercó a la cabecera de la cama. Se sentó lo más cerca que pudo de Paula. Se daba cuenta de que ella se estaba esforzando en hablar pero sabía que era necesario que lo hiciese. En la mesa de luz había una botella de agua. Sirvió un vaso y se lo ofreció.

—Mi tío quería que le dejara todo cerca para atenderse solo, pero nunca hubiera podido abandonarlo —y siguió hablando muy rápido— Los remedios no curan, sólo alivian un poco. Me hizo anotar en un cuaderno, probar tratamientos, otras cosas... ¡Dios mío, no pude salvarlo! —dijo tapándose los ojos.

—No fue tu culpa.

—Todos esos chicos, y las mujeres ¡Tampoco puedo! Pero no los voy a dejar morir en la calle como los otros.

—¿Quiénes? —preguntó.

—¡Yo los vi! Sus propias familias los expulsan de sus casas y mueren como perros. Luego los llevan al tren, los queman lejos. Algunos siguen vivos... Íbamos al cementerio, revisábamos el pulso, uno por uno, un día encontramos un hombre, un borracho que se había dormido, casi lo sepultan vivo —dijo hundiendo la cara en la almohada.

Lorenzo comprendió que aquello que había presenciado en el camino,

no era ni una cuarta parte de lo que ella habría visto.

—Paula, tenés que descansar —dijo arropándola con la manta—  
¿Dónde puedo encontrar un pañuelo? —preguntó poniéndose de pie y ella le  
señaló el armario.

Lorenzo abrió el primer cajón. Sujeto con cinta blanca, un prolijo atado  
de telas bordadas con las iniciales de Paula. Si aquella era la habitación de  
Deirdre, ese sería el ajuar de bodas que le había preparado su tía. Sin sonreír,  
tensó los labios de satisfacción desarmando la pila.

Entre sábanas, broderies y camisones encontró un pañuelo que  
humedeció con el agua de la jofaina y lo colocó sobre su frente. Lo sostuvo  
durante un rato sintiendo cómo el calor traspasaba la tela hasta que se quedó  
dormida. Tendría que esperar al amanecer para buscar ayuda.

Pasó horas enfriando y escurriendo paños, era lo único que podía hacer  
mientras lloviera y fuera de noche. Por último, se quedó dormido en la silla  
frente a Paula hasta que el primer rayo de sol entró por la ventana; al fin  
había despejado. Hostigando a su caballo, atravesó la ciudad al galope por los  
terrenos todavía fangosos. Algunas calles bajas estaban completamente  
inundadas y por momentos, casi nadaban con el agua hasta las verijas. Al  
llegar, el viejo caballo se desplomó boqueando. Un hilo de sangre le brotó  
por los ollares y supo que era irreversible. Desenfundó el arma y le disparó  
un tiro certero a la cabeza. Con el puño de la camisa se secó el sudor y entró  
al lazareto.

El edificio era un depósito de cuerpos desperdigados uno al lado del  
otro sobre colchones, mantas o en el piso desnudo. A su paso, algunos le  
suplicaban por agua y se detuvo a atenderlos. No había enfermeras a la vista  
y por un momento se preguntó si el lugar habría sido simplemente  
abandonado como los comercios. Pero lo más sobrecogedor fue descubrir,  
por las ventanas que daban al jardín, que los indios y los negros infectados  
estaban al aire libre empapados en total desamparo.

Cuando logró dar con un médico, tuvo que perseguirlo por los pasillos.  
Parecía sordo a los pedidos de ayuda; indolente, se dedicaba a hacerle una  
marca con hollín en la frente a los que iba encontrando sin vida.

—Tengo mujeres y niños en una casa, es urgente, debe venir.

El hombre se dio vuelta cruzándose de brazos.

—Usted parece no entender. No puede tener infectados en una casa sin  
denunciar. Debe traerlos aquí.

Lorenzo miró a su alrededor desconcertado.

—No voy a traerlos a este lugar miserable.

—De todas formas, tarde o temprano los va a encontrar la patrulla, si es que no mueren primero —sentenció.

—¿Qué les da? ¿Cuál es el remedio?

—Aunque se lo dijera, no podría encontrar medicamentos. Y aunque los encontrara, no podría curarlos.

Lorenzo se abalanzó sobre él alzándolo del cuello de la camisa.

—Maldita sea, con qué los cura.

El hombre aprisionado entre ese cuerpo nervudo y la pared, empezó a balbucear nombres, convencido de que aparte de matarlo, iba a robar el dispensario.

—Tártaro emético en agua tibia para provocar vómitos, baños con harina de mostaza, infusión de sauco, aceite de magnesia calcinada. Hay que abrigoarlos mucho. Y con todo eso, muy pocos sobreviven.

No le quedó otra que regresar a pie. A la falta de carruajes se le sumaba la de caballos y transeúntes. Al llegar se dio cuenta de que el negocio había quedado abierto. Trancó la puerta y corrió las cortinas para que no se pudiera ver hacia adentro. Si había falta de medicamentos no sería raro que anduvieran saqueadores esperando oportunidad. Buscó entre los estantes lo que le había enumerado el médico sin tener idea de cómo iba a usar cada cosa. La mayoría de los frascos estaban vacíos y por un momento se desmoralizó; él no sabía nada de todo esto, jamás había asistido a un enfermo, ni siquiera había enfermado nunca.

Sobre el mostrador juntó todos los envases que aún contenían algo, pensó en qué hacer y recordó el cuaderno que Paula le había nombrado, aquel donde llevaba las anotaciones su tío. Lo encontró a mano, sobre el escritorio. Dio vuelta las páginas hasta que poco a poco fue entendiendo el procedimiento.

Primero, tengo que bajar la fiebre, repasó. Abandonó los frascos para ir a escurrir y remojar paños. Faltaba luz, esa casa era sombría a toda hora, pensó. Atravesó el comedor y se volvió para prender la lámpara de alabastro. Acomodó el globo y prendió la mecha. Evaluó el estado de cada uno de sus pacientes. Todos tenían temperatura alta. Dos de las mujeres con muy mal color en la piel. Entre ellas, una bacinilla llena de vómito sanguinolento. El estentóreo tic tac del reloj de péndulo parecía sentenciar que el tiempo se

acababa. Esto es imposible, se desesperó alzando la vista hacia la escalera que conducía a la habitación de Paula. Me duele mucho el pecho, escuchó a sus espaldas y no supo quién le hablaba porque todas empezaron a balbucear palabras indescifrables. Notó que la más joven tenía un bulto entre las mantas debajo del brazo. Levantó la colcha y era un bebé. Estaba muerto. Se apartó respirando con dificultad. Apretó los puños y tensó todos los músculos lamentando las cosas de la única manera en que sabía hacer: poniéndose en movimiento. Separó a la criatura de la madre que dormitaba perdida en el delirio y lo envolvió en una sábana. Avivó el fuego del hogar que ya estaba en las últimas brasas y lanzó un puñado de azufre para desinfectar el ambiente.

Sin saber dónde ir salió a la calle con el cuerpito en brazos. Al rato de andar sin rumbo, pasó un coche fúnebre y le hizo señas para detenerlo. Los pendones amarillos flameaban en astas advirtiéndole que llevaba una víctima de la peste. Llamaban la atención la hidalguía de los caballos emplumados y el coche, tan reluciente. El chirrido de las ruedas de madera frenando contra la calle adoquinada se oyó espeluznante. Se acercó a preguntar. El conductor carecía de la elegancia de los hombres que se dedicaban a este oficio; iba mal vestido y se veía muy sucio. Cuando bajó del pescante, señaló con desánimo la parte de atrás. Sobre el catafalco no había cajón, cuatro o cinco cuerpos grises, sin ropa y apilados.

—¡Por Dios! —exclamó ante el olor tremendo de los cuerpos llenos de moscas— ¿Adónde los lleva?

Al tren.

—¿A qué tren? —preguntó y se dio cuenta que Paula también había hablado algo de un tren.

—En el cementerio del Sud no hay más lugar. Abrieron uno nuevo, si se le puede llamar cementerio; es una fosa común ¿Es su hijo? —preguntó blandiendo un cigarro turco y a Lorenzo le dio la sensación por el aspecto que tenía que se los habría robado a algún muerto.

—No, no es mi hijo —contestó.

—Mejor —dijo y se quedó mirándolo con una mueca de interrogación— ¿Lo va a subir o no?

—No. No, gracias —contestó Lorenzo.

El hombre arrojó el cigarro al piso y volvió a subirse al pescante chistando al caballo para que retomara la marcha, maldiciendo al desequilibrado que lo había detenido para nada.

Recostado en el escalón de un pórtico, un mendigo alzando una botella vacía, le dijo.

—Perdió la oportunidad hombre, ahora va a tener que caminar hasta el cementerio.

Lorenzo reconoció el acento genovés y lo miró resignado. Prefirió ignorarlo, pero cuando iba por la esquina continuaba escuchando sus gritos:

—¡Hasta los carpinteros están muertos, ni cajones quedan!

Desde el carruaje, Bourque, lo vio entrar a la botica con un bulto en brazos y dar vuelta el cartel que colgaba del vidrio como si de su propia casa se tratara; donde aún trabajaba la futura esposa de su jefe. Al parecer, Martín Carrazans no era tan escrupuloso como parecía si tenía bajo su techo a su sobrina y a este indio venido a señorón haciéndole las diligencias. Que interesante, pensó. Telegrafiaría urgente al juez. No le iba a gustar nada el asunto.



Por la mañana preparó con mucho cuidado las infusiones que había anotado el tío de Paula en las primeras páginas del cuaderno y las repartió a lo largo del día. Ya sabía que no alcanzaba para todos y no se podía desperdiciar ni una gota.

Todavía no se podía sacar la imagen del bebé sobre la tierra. El cielo plumizo, el olor a nada en ese jardín de rosales secos. Para cavar la tumba, eligió un rincón con flores insulsas que crecían salvajes. Solo unas pocas paladas, no fue necesario más. Unas tablas y un par de clavos oxidados para una cruz. Hubiera querido dedicarle una oración, un momento. Pero no sabía ni el nombre de la criatura. Adentro de la casa lo necesitaban.

Como el resto, Paula durmió todo el tiempo. Conservaba las mejillas rosadas y a diferencia de las mujeres y los chicos de abajo, emanaba lozanía. Y esto generaba una esperanza implacable en él, aunque no supiera nada de cómo avanzaba la enfermedad ni de cuántos días duraba. Por ejemplo Trinidad, que había empeorado de forma alarmante en tan solo una noche. Se preguntaba qué sería del padre de esa nena, qué sería de los familiares de las personas que estaban ahí. Y también podría haber pensado en algún momento que sería de él si Paula no sobrevivía pero ni siquiera contempló la posibilidad.

La fiebre se encarnizaba con esos cuerpos debilitados y lo único que podía hacer él era tratar de mitigar con atenciones, sus efectos. Por momentos tiritaban de frío y en ausencia de más frazadas, descolgó todas las cortinas de la casa y se las echó encima. Al rato transpiraban y se empapaban y él tendía todo el traperío alrededor del fuego hasta volver a necesitarlo. Se quejaban, llamaban a sus seres queridos y él se les sentaba al lado para que no les faltara compañía. Estaba convencido de que el delirio tendría algo que ver con la deshidratación tan intensa. Pero a duras penas podía hacer que tomaran

algo. Salvo Paula, el resto no podía ni abrir la boca. Con el paso de las horas llegó a contemplar la idea de suprimirles las valiosas medicinas porque derrochaba la gran parte. Pero luego encontró una solución práctica sumergiendo la bombilla del mate en un caldo liviano que mezcló con los medicamentos. Tapando el orificio de la bombilla con el pulgar, la mezcla quedaba dentro. De esa forma, se las ingenió para introducirles el preparado dentro de la boca y logró con éxito que tragaran todo. Aun así, sabía que el líquido que ingerían era escaso.

Enderezó a Paula para darle de beber. Ella pareció preguntar con la mirada afiebrada.

—Quininia —le susurró él y Paula asintió. No bebió mucho, pero según las indicaciones, era suficiente.

Lorenzo le tocó la frente. Ardía. Acercó el balde con agua helada recién sacada del pozo donde ya tenía unos trapos en remojo. Escurrió uno y se lo apoyó en la cabeza. Porque lo había leído, iba también a humedecerle las medias y poner paños fríos detrás de las rodillas. Pero cuando levantó las mantas se dio cuenta de que era imposible encontrar un espacio de piel entre tantas capas de tela. La colocó de costado y ella ni siquiera se dio cuenta. Había desnudado a una cantidad considerable de mujeres, pero jamás le había temblado el pulso como al desabrochar esa fila de botones. Llevó a cabo su tarea casi sin pensar en lo que estaba haciendo. Al terminar de deslizar el vestido por las piernas se quedó inmóvil frente a su cuerpo desnudo. Sin darse cuenta había apretado los puños. Dios, pensó, es tan hermosa. Y la tapó.

El resto del día se le fue, tratando de ubicar alimentos. Ningún comerciante en su sano juicio abriría las puertas de su negocio. El puerto de Buenos Aires permanecía cerrado y solo algunos audaces traspasaban la frontera de la ciudad para vender mercadería de forma ambulante. Para cuando encontraba una de esas raras carretas, ya estaban vacías.

Maldijo a los porteños por sus costumbres modernas; en la casa del difunto Martín Carrazans no había ni siquiera un huerto o un par de gallinas que dieran huevos. Solo el caballo del landó que estaba conduciendo en ese momento. Y era la única posibilidad de abandonar aquel sitio, no iba a sacrificarlo hasta las últimas consecuencias.

Impaciente, porque ya no sabía por dónde más buscar, vio aparecer en la esquina una figura tan inesperada como los espejismos en medio del

desierto; una monja arrastraba un carrito de madera desbordante de frutas y verduras. Frenó el carruaje y se lanzó a ella tan de golpe que la mujer se cubrió la cara a la defensiva.

—Hermana, por caridad no se asuste que no voy a lastimarla. Necesito saber dónde consiguió eso —dijo señalando la mercadería.

La mujer lo escrutó con desconfianza mientras Lorenzo se inclinaba a espiar el carrito. Para su sorpresa, había hasta una pata de cordero.

—¿Consiguió carne fresca también? —preguntó sin poder creer que esta mujer anduviera sola por la calle con semejante tesoro.

—Se consigue todo —explicó con una vocecita suave apenas audible— pero tiene que ir temprano.

—¿Y dónde es que consigue?

La monja se le acercó al oído para hacerle la confesión más insólita:

—En los lupanares del puerto.

Ahí, donde nadie se atrevía por considerarse un foco infeccioso, entre burdeles y gente de mala vida, se había armado el mercado negro de la peste. Las prostitutas no ofertaban sus cuerpos, ahora eran virtuosas tenderas en una feria en la que se podía conseguir cualquier cosa. Hasta leche, aunque al precio que se pagaría por la mejor botella de whisky. Todo era mercadería de contrabando jabones, tabaco, café. Y estaba claro por las marcaciones adulteradas, que los animales eran robados. Parecía que todo estaba permitido. La única restricción, regía para la carne cruda, buscando evitar que se corrompiera el aire. Se prohibía su despacho más allá de las diez de la mañana. Lo que no era vendido antes de esa hora, tenía que salir de la ciudad.

Recorrió los puestos buscando los productos más frescos y el lugar que pareciera más limpio. En una calle sin salida, los cuatrerros se amontonaban alrededor de un reñidero apostando y podía leer en sus miradas que no todos estaban atentos a los gallos. Todavía llevaba ropa de campo, así que no llamaba la atención, pero hizo sus compras con el revólver desenfundado dispuesto a matar a quien se le acercara.

De regreso tuvo que tomar por otro camino; ya había escuchado en el mercado que cortarían los accesos quemando alquitrán para desinfectar. Los vecinos abrían las ventanas para que el humo inundara los ambientes y algunos hasta salían a respirar el humo para prevenir la enfermedad. Pero las casas en las que había víctimas, se mantenían herméticamente cerradas, con



las puertas marcadas con cal para que nadie entrara.

Cinco cañonazos al aire indicaron el comienzo del estado de sitio y apuró la marcha sabiendo que si no llegaba lo detendría la policía. Como si fuera una broma, un gato muerto en la calle, era devorado por ratas. No sabía si los animales estaban muriendo por la epidemia o simplemente de hambre, pero estaba claro que las ratas obtenían un beneficio truculento.

Leche, un par de gallinas, tasajo, hortalizas y vino. Iba pensando en que herviría una de las gallinas con todo lo demás para obtener un caldo fuerte y fácil de suministrar. Se sentía satisfecho por la compra. Aunque a medida que se acercaba a la casa su optimismo iba mermando. Había pasado demasiado tiempo afuera y no sabía con qué se iba a encontrar. Acuciado por este pensamiento, dejó las cosas en la cocina y subió corriendo la escalera. Paula había sacado el pie por debajo del cobertor y las medias colgaban indolentes del borde colchón.

Como si la gravedad en la que se encontraba fuese algo remoto, pensó en que ella tenía los dedos de los pies más bonitos que hubiera visto en su vida. Con los nudillos, le masajeó la planta caliente. Descubrió que tenía un lunar sobre el tobillo izquierdo y que la piel de su empeine era lo más suave que existía, incluso más suave que el vellón virgen de los borregos recién nacidos. Sumergió las medias secas en el agua que había quedado en el balde y se las volvió a colocar. Ella se estremeció por la incomodidad del frescor y aprovechó para darle de beber con una cuchara. Unas gotas de líquido le resbalaron por la boca rosada y él la limpió con el dorso de los dedos. Entonces Paula, abrió un poco los ojos brillantes y quizás, sin ser consciente de lo que estaba haciendo, acercó la mejilla a la mano de Lorenzo que le acunó la cabeza. Por un instante se quedó perplejo. Era probable que Paula nunca recordara que sus manos las que le dieron cuidados y consuelo. Sin embargo, en ese momento sintió que él era el indefenso.

Se habría quedado ahí sin despegarse de su lado, pero le había prometido cuidar de las familias que agonizaban allá abajo. Y que se lo llevara el infierno, aunque fueran todos casos perdidos, cuidaría de ellos hasta que cada uno echara su último aliento. Con suavidad retiró la mano.

Al final de la escalera encontró una muñeca abandonada. La alzó y la colocó y la puso en los brazos de una de las nenas, debía ser de ella. Mojó un trapo para impregnarle los labios resecaos y le acomodó las trenzas despeinadas detrás de las orejas. Al lado, su madre no se movía y, por su color mortecino, supo que ni hacía falta tomarle el pulso. Se puso de pie y se

llevó las manos a la nuca derrotado. Las perspectivas eran desalentadoras, en solo dos días había perdido dos vidas. Bañarlos, secarlos, taparlos y ese sinfín de mantas y bacinillas que llevaba y traía. Por más que los cuidara como crisálidas de sol a sol, no iban a sobrevivir. Otra vez cavó en el jardín. Ya no quedaba lugar donde hubiera flores, ni iba a haber cruz.

Encendió el humeador con alcanfor y almizcle para desintoxicar el aire y luego puso otra vez el caldo a hervir. Estaba agotado. Había dormido casi nada y necesitaba lucidez para encontrar alguna solución. Tenía que haberla. Intentando despejarse, dio una vuelta por la casa y encontró la biblioteca. La habitación era impresionante. La casa en sí, era de una sencillez casi ridícula, porque un Carrrazans realmente debía esmerarse mucho en hacer alarde de moderación, pero en ese lugar, el tío de Paula había depositado su estampa. Filas y filas de libros y estanterías con lomos de todos los colores. Colecciones enteras en distintos idiomas y de cualquier tema que uno quisiera encontrar. Era el único lugar bien iluminado de la casa. Frente a la ventana, un escritorio con una pila de libros desordenados; supuso que esos serían los que había que consultar. Y en efecto, todos resultaron ser volúmenes de medicina. Agarró el primero y se lo llevó a la cocina. Leyó hasta que los ojos le ardieron y el caldo estuvo listo. Y siguió leyendo entre tareas. Pero en los tomos no encontró información que lo ayudara. Aunque le resultaran de lo más interesante, por ejemplo, el caso de unas crónicas que relataban el modo en el que otras epidemias cesaron abruptamente.

Abrió los ojos. Y luego recordó: había ido a buscar al negocio el cuaderno de Martín para leerlo de nuevo. Había apagado el fuego en la cocina y se había sentado frente a Paula en el sillón de damasco. Había leído de un estadio en donde la fiebre bajaba abruptamente, pero no era signo de mejoría. Una etapa estacionaria, decía, si volvía era irreversible y fatal.

El cuaderno estaba en el piso. Sin levantarlo, observó a Paula respirar. Nada había cambiado y no tenía idea cuánto tiempo hacía que él se había quedado dormido. Se agachó a recogerlo. El cuaderno había caído abierto en un cuadro comparativo entre los enfermos de la casa. Por lo que pudo entender, todos habían pasado ya la etapa de remisión, pero la fiebre había vuelto. Lo cerró apretando las tapas negras y, en un acto casi reflejo, le tocó la frente a Paula. Se giró hacia la palangana apoyada sobre la silla y diluyó en el líquido unos chorritos de vinagre. Escurrió un paño y se lo pasó por las

mejillas, la frente y el cuello. La escuchó suspirar. Más bien emitir un gemido suave y agudo de placer. Como una nena saboreando su postre favorito.

Y pensó en Trini.

—Si supiera cómo... —dijo en voz alta mientras anotaba su nombre también en el cuadro.

De pronto unos golpes enérgicos en la puerta de calle sacudieron el silencio. Se asomó ocultándose tras las cortinas. Afuera, el coche de la policía sanitaria. Varios oficiales y un médico, se preparaban para tirar la puerta abajo. Los habían descubierto.



Cuando agitó los párpados con su aleteo de colibríes Lorenzo, en un brote de inspiración poética, pensó eso, que había despertado como despiertan los pájaros por la mañana. La tomó de la mano acariciándole los dedos fríos y ella le respondió con una leve presión. Parecía increíble luego de tantos días de fiebre y agonía, que pudiera recuperarse de la nada. Ella buscó alrededor confundida y luego se fijó en él con extrañeza preguntándose, sin duda, qué haría ahí. Y en un movimiento rapidísimo, demasiado rápido para su estado frágil, metió los brazos por debajo del acolchado, se palpó el cuerpo, y el tierno pajarito se transformó en un ave rapaz.

—¡Por qué estoy sin ropa! —quiso gritar y en su lugar salió una voz ahogada y dificultosa que la hizo toser. Se incorporó un poco y Lorenzo le palmeó la espalda disfrutando el espectáculo de ver cómo se enfurecía, se pertrechaba entre las sábanas y se sonrojaba tosiendo. Sí. Definitivamente, estaba mejor.

—Te desvestí, te bañé y te volví a vestir.

Paula lo miró aterrorizada.

—Al menos una decena de veces —agregó él.

Cómo era posible, pensó ella. La mesa de noche, repleta de frascos. En el piso, una palangana. Y cuando sintió el olor ácido del vinagre, recordó. Sabía que había enfermado, que soñó, que había llorado o gritado o ninguna de esas cosas. Había paños calmándole el dolor de cabeza o sacándola de pesadillas. Pies mojados y quizás caricias que tan pronto olían a vinagre como a aceites florales o a colonia masculina. Sabía que la había tapado para mantenerla caliente, que para bajarle la temperatura la había sumergido en agua que se sentía helada. Se llevó la mano al pelo, se sentía muy limpio.

Él sirvió una taza con un líquido verde.

—Tengo mucha sed —musitó ella.

—Lo sé —contestó Lorenzo y la ayudó a incorporarse, le acomodó unos almohadones y le alcanzó la taza que había servido.

Paula observaba atónita la naturalidad con la que se desenvolvía. Era evidente que la había atendido sin la ayuda de nadie. A pesar de la vergüenza y de que sabía la respuesta, tenía que preguntarle.

—¿Alguien más me cuidó?

—No.

Con la mirada decentemente clavada en el suelo volvió a preguntar.

—¿Y cuántos días hace que estoy así?

—Cuatro. Hoy es el primero sin fiebre.

Paula lo miró abatida. Luego giró la cabeza hacia la ventana. Ella tenía claro que esta mejoría podía no ser tan esperanzadora. Luego volvió a prestar atención a la taza.

—¿Qué es? —preguntó.

—Té de menta.

Bebió un trago y sintió cómo toda la boca se le refrescaba. Lorenzo la distrajo al inclinarse. Paula lo vio abrir el cajón de la mesa de luz y sacar una latita plana como una medalla, en donde él sumergió con suavidad un dedo que le llevó a los labios. Ella pasó del sobresalto al escalofrío con esa caricia recorriéndole la boca. No se detuvo a pensar si era correcto o no que la tocara de aquella manera. Porque no podía discernir, sabiendo que él había conocido toda su intimidad, si era su deber ahora establecer un límite para el decoro. Lo dejó acariciar sus labios extasiada con ese contacto y cerró los ojos.

—Es cera de abejas con aceite de almendras —dijo él con su voz grave — así no están tan agrietados.

Sin abrir los ojos, Paula se humedeció los labios con la punta de la lengua. Lorenzo carraspeó, consciente de la inocencia con la que ella lo atraía. Y pensó que ese momento tan perfecto sería un recuerdo insoportable si ella volvía a tener fiebre a la mañana siguiente.

—¿Cómo te sentís? —le preguntó con más ansiedad de la que le hubiera gustado demostrar. Porque de pronto Paula ya no era una moribunda, él no era su protector, era un hombre y ella una mujer inalcanzable. Porque era una Carrazans, porque Antonio Carrazans había matado a su padre y por todo lo que hacía que, fuera de esa habitación, sus realidades fueran irreconciliables.

Ajena a sus inquietudes, ella contestó.

—Como si me hubieran metido los músculos y los huesos a la fuerza

adentro de la piel.

—¿Algo más? —preguntó él, ahora sonriendo.

Paula emitió un suspiro y contestó:

—Las piernas me pinchan.

Lo observó mientras se ponía de pie e iba hasta la cómoda.

—No, por favor —dijo Paula que reconoció al instante el frasco de linimento de camomila, sabiendo lo que pensaba hacer. Porque una cosa era una pomada en los labios y otra era...

—Lo he hecho todos los días, lo decía en el cuaderno.

—Ah. Sí, sí. El cuaderno —se cubrió hasta el cuello con la sábana—. ¿Hiciste todo lo que decía el cuaderno? —preguntó y lo primero que se le vino a la mente fue la bacinilla, y luego otras cosas en las que no quiso pensar.

—Todo —dijo él mientras la destapaba con total naturalidad. Paula sintió cómo se le erizaba la piel al ver esas manos untadas, grandes y oscuras resbalar sobre la blancura de sus piernas. Tenía las manos increíblemente calientes. Deslizaba, apretando y cediendo, con la fuerza justa y en el lugar indicado. Le pareció que debía hacer algo, detenerlo, enojarse, o aunque sea darle conversación. Pero no podía ni hablar. Era indecente, pero maravilloso. Lorenzo le estaba masajeando las pantorrillas y Dios la perdonara, no quería que se detuviera. Realmente aliviaba el dolor, todos los dolores, los dolores de sus cortos años, como una purificación. Los músculos vueltos piedra, tras su fricción, cedían de forma casi mágica. Descendió a los tobillos, los envolvió en un masaje circular para terminar en los recovecos de los dedos de sus pies. Sintió unas cosquillas que le atravesaron todo el cuerpo y soltó una risita nerviosa.

—Basta, por favor. Creo que ya es suficiente.

Él cerró el frasco, volvió a tapparla y levantó el colchón para ajustar las mantas a la cama.

—¿Tenés hambre?

—No mucho —contestó— ¿Cómo están los demás?

Él se quedó de pie al lado de la cama sin saber cuánto contarle.

—Alguien nos delató —dijo—. La policía allanó la casa, no sé qué habrá sido de ellos. Seguro terminaron en el lazareto.

Como si hasta ese instante no hubiese esperado ningún suceso terrible, su optimismo se derrumbó de golpe.

—Santa Madre... —exclamó y se le llenaron los ojos de lágrimas—

pobre gente... no van sobrevivir en ese lugar... Lorenzo, hay que ir a buscarlos —dijo haciendo el ademán de querer levantarse.

Apoyándole una mano implacable sobre el hombro, Lorenzo siseó.

—Sh... tenés que estar tranquila; no hay nada que hacer.

Al ver su cara ensombrecida, Paula no pudo más que sacar la cuenta del tiempo transcurrido. Para cuando ella enfermó, todos estaban muy mal.

—¿No todos sobrevivieron, verdad?

Lorenzo se limitó a callar.

Una lágrima gruesa brotó de los ojos apagados de Paula y bajó la mirada. Él hubiera querido decirle algo alentador pero no había nada. Con el pulgar le secó la mejilla.

Ella pareció reponerse y volvió a hablar:

—¿Y cómo no me llevaron a mí también?

—Porque te escondí —contestó él.

Paula no podía creer lo que le estaba diciendo.

—¿Adónde?

Con una mueca, Lorenzo le señaló el ropero y ella pasó de la seriedad absoluta a reírse, tensando los círculos grises que envolvían sus ojos.

—Menudo susto me habría dado si me hubiera despertado ahí adentro.

—Era un riesgo que teníamos que correr. De todas formas ni siquiera lo recordás.

De nuevo la invadió el desánimo y una pesadez amarga en los hombros. No podía recordar nada y a pesar de que confiaba en él, no dejaba de estar al cuidado de un extraño. Cómo podía ser que nadie de su familia hubiese intentado saber de ella o de Martín. Martín estaba muerto. Dónde estaba su madre, su padre. Quizás, pensó, todos estaban muertos; no podía haber otra explicación. Entrecerró los ojos.

—Demasiada charla por hoy, dormí un rato que, para cuando te despiertes, te voy a traer algo para comer.

Pero Paula no contestó. Apoyó la cabeza en la almohada y se dejó arropar.

Más tarde, Lorenzo regresó con un plato de sopa. La encontró despierta, sentada en la cama y con un libro en la mano que acercaba a una vela. Era bastante gordo y él no lo había visto entre los que había estado leyendo.

—¿Dónde estaba ese libro?

—En la habitación de Martín.

—¿Caminaste sola hasta allá? No deberías...

Paula lo interrumpió levantando una mano.

—Tenía... otras necesidades. Y me siento muy bien.

Apoyando la bandeja sobre la silla, Lorenzo sonrió por lo bajo. La recuperación era asombrosa, nunca se imaginó que podría tan pronto levantarse de la cama.

—¿Algo interesante? —preguntó señalando libro.

—Mucho —le contestó ella casi sin levantar la vista.

—Quiero saber —dijo Lorenzo.

Perdón —dijo ella— cuando leo me compenetro en la lectura y... en fin, ¿Te interesa lo que estoy leyendo?

Lentamente, Lorenzo afirmó moviendo la cabeza.

—Se trata de una epidemia de cólera en Londres. Un médico inglés después de hacer un seguimiento del contagio, llegó a la conclusión de que era el agua. Hizo clausurar los pozos y la epidemia cesó.

—John Snow.

Anonadada, Paula cerró el libro.

—¿Conocés el caso?

—Lo leí de otro lugar, en un libro que estaba en la biblioteca de tu tío —contestó sentándose en el borde de la cama con el plato de sopa en la mano y ella se quedó pensando en que él realmente o, tenía una memoria prodigiosa o había estado leyendo los tomos a conciencia.

Para enfriar el caldo, Lorenzo sopló la cuchara antes de acercársela a la boca. Paula le permitió consentirla, los dos sabían que no tenía ningún impedimento para hacerlo ella misma. El líquido le molestó en el paladar lastimado y levantó la mano para detenerlo. Él le limpió la comisura de los labios con la servilleta y se puso de pie. En el aire flotó un reconfortante aroma masculino mientras le acomodaba las almohadas. Tenía la camisa desabrochada y se fijó en su pecho de músculos de hombre de campo, en su cuello ancho y en un colgante extraño. Iba a preguntarle qué era pero cuando él la descubrió espíandolo, le besó deliberadamente la frente.

—No deberías besarme —dijo ella contrariada.

—No es menos de lo que usted se merece —la provocó.

Y ella se sonrojó. Recordaba muy bien esa frase y el beso en la boca robado en los jardines del palacio de Anchorena.

Se miró el anillo de compromiso que aún llevaba puesto y que ahora le



bailaba en el dedo flaco. A la distancia todo parecía de los más absurdo, y sobre todo, su compromiso. Pero cómo habría podido oponerse. No se consideraba agraciada y tenía inquietudes desfavorables para una dama. José era el único hombre que le había propuesto matrimonio y su familia estaba encantada. Cuando ella intentó insinuar que el señor juez no era lo que hubiera soñado, se las tuvo que ver con Micaela; tan extasiada con la propuesta que, del modo más afectuoso que Paula hubiera recordado jamás, hasta se avino a darle consejos de madre. Le hizo entender que el amor no existe antes del matrimonio, que eso viene después, que el noviazgo atentaba contra la decencia de las señoritas y que la madurez era un valor agregado, sumaba experiencia al esposo. Y por supuesto todas las bondades de la riqueza que la familia y las generaciones venideras agradecerían.

Aunque las opciones eran inexistentes, a Paula todavía le parecía un viejo achacoso que bien podía ser su padre. No estaba apurada para casarse y a su galán no le podía encontrar ningún tipo de atractivo. Pero con el correr de los días, cuando él empezó a frecuentarla, a llenarla de regalos y atenciones, y a interesarse en los temas que a ella le apasionaban, le pareció que no era tan terrible. Hasta le gustaba de vez en cuando conversar con él. José nunca había intentado nada, salvo algún acercamiento inofensivo. Se comportó siempre como un caballero. Aunque la sola idea de que le diera un beso le helaba la sangre, no se sintió con derecho menospreciarlo.

De pronto Lorenzo la estaba mirando con insistencia. Como siempre lo hacía. Y ella se preguntó si nadie le habría explicado nunca que no se debía mirar así. Quiso buscar un tema de conversación que evitara que hiciera algo irreflexivo como volver a besarle la frente o cosas por el estilo.

—No vi al gato. Lo llamé pero no vino.

—¿El de las antenas? —Desde su llegada no se lo había vuelto a cruzar y en todo este tiempo ni lo había recordado.

—Lorenzo, contáme algo. Tengo miedo de volver a dormirme —le dijo Paula de repente olvidando lo del gato. Parecía como si no pudiese soportar más noticias dramáticas, ni siquiera le pidió que lo buscara.

—Está bien que duermas.

—¿Y si no despertara más? ¿Si mañana amaneciera otra vez con fiebre y...?

—¿De qué querés que hable? —la interrumpió.

—De Inglaterra ¿Cómo es?

—Solo conozco Hampshire y algo de Londres.

Paula notó un cambio operándose en su voz, pero quería ir más allá.

—¿Y cómo es Hampshire?

—Lindo.

—¿Lindo? ¡Por favor! Podrías hacer una mejor descripción —lo animó.

Lorenzo recogiendo el guante comenzó a describir el paisaje como si estuviera leyendo una novela de aventuras románticas de esas que les gustaban a las mujeres:

—Hampshire es un paraje de tierras fértiles y bosques —dijo extendiendo los brazos como si los árboles estuvieran ahí— Los jabalíes y las ardillas comen las bayas que caen a la tierra y las praderas son atravesadas por ríos en los que pescan las nutrias —aquí se detuvo para poner su cara más melancólica— Los campos se llenan de flores en la primavera y cuando es invierno cae una nieve copiosa en donde los ciervos... dejan la marca de las patas y es muy fácil cazarlos —dijo y se tentaron los dos de risa porque se le habían acabado las imágenes románticas— Y por último —agregó levantando un dedo para no ser interrumpido— Las casas son blancas con techos de paja y chimeneas altas.

Y volvieron a reirse. Y Lorenzo pensó en lo hermosa que era cuando reía.

—¿Y cómo es Londres? —preguntó ella sin esquivar su mirada.

—Más moderna. Aunque conserva casi intactas sus viejas murallas y sus tabernas.

—Mi tío contaba sobre eso, los adelantos, la sociedad, el lujo, las cosas a las que deberíamos aspirar.

—El progreso no siempre implica bienestar —opinó él— hay mucha pobreza en la ciudad aunque descollen las veladas de la aristocracia.

—¿Fuiste a muchos bailes? —dijo ella mordiéndose el labio inferior tratando de imaginarse qué tipo de vida habría tenido allá para convertirse en un caballero.

—Algunos.

—¿Y en qué se diferencian con los de acá?

—Las señoritas casaderas se presentan en sociedad en los bailes. Las que viven en la comarca, preparan todo el año sus vestidos y luego viajan hasta un día entero para llegar a Londres y hacer temporada en el verano.

Las señoritas, pensó ella y la incomodó algo parecido a una punzada de celos. Qué recuerdos podrían traerle a él las señoritas londinenses, por qué sabía tanto de ellas. Qué sabía de sus vestidos o a qué distancia estaban las

comarcas.

—¿Y los hombres? —preguntó.

—Los hombres son un poco delicados. No les gustan las actividades en las que se pueden ensuciar y rara vez pierden la compostura. Para ellos el honor está por sobre todos los valores morales y siempre buscan equipararse para arriba.

—¿Para arriba?

—Hasta el chico más humilde es enseñado en los modales de los nobles.

Paula pensó en ese tono impersonal que él estaba usando. Como si Inglaterra hubiese sido una maqueta. Como si no se estuviese refiriendo a él mismo.

—¿Y por qué volviste? —preguntó.

Lorenzo se puso serio y respondió con aspereza.

—Nunca tendría que haberme ido.

Él entonces se puso de pie e hizo el ademán de ir a buscar algo.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó.

Lorenzo volvió a ella, había algo intimidatorio en su actitud. De pronto estaba erguido, o respiraba diferente. Y sus ojos azules destellaron una oscuridad que no la asustó pero sí la puso en estado de alerta.

—No creo ser yo el que tenga que darte esa respuesta, si es que en verdad no lo sabés.

—¿Por qué tendría que saberlo? —insistió ella.

Pero él no respondió. Le dio la espalda revolviéndose el pelo con la mano y salió de la habitación. Paula se quedó mirando el hueco de la puerta. Luchó un rato para no quedarse dormida esperando que volviera y al final la venció el cansancio.

Lorenzo salió al pasillo maldiciendo por lo bajo. Se había excedido; no podía tener una conversación así con ella estando tan débil. Pero es que Paula preguntaba, y siempre con sus preguntas llegaba a donde él no quería llegar.

De pronto, escuchó un sonido en la planta baja, como si un objeto se hubiese caído. Bajó la escalera pegándose a la pared y cuando se palpó los pantalones, no sintió el revólver. Lo había dejado cuando cortó leña para cocinar.

El intruso estaba de espaldas husmeando por los rincones. No habría

ningún mueble; no era un ladrón, lo que lo hacía más peligroso. Con rapidez, Lorenzo saltó desde el escalón y le cayó encima. Rodaron por el piso y el otro le propinó un golpe en la mandíbula que lo desconcertó. No era inexperto, pegaba de manera durísima. En un santiamén el hombre se levantó y Lorenzo, que todavía estaba en el suelo le dio un tirón del pie haciéndolo trastabillar y caer sobre un armario. Toda la vajilla de plata se desparramó por el piso y el hombre atravesó los trastos a gatas. Lorenzo a sus espaldas lo dio vuelta desgarrándole la manga de la camisa. Le lanzó un puñetazo y luego otro y otro más. Le resultaba estimulante descargar la tensión de tantos días en una pelea cuerpo a cuerpo. Cuando fue a golpearlo de nuevo, su contrincante se lo sacó de una patada y Lorenzo chocó contra la pared de atrás. El hombre se le fue encima y a la luz de la única vela encendida, logró ver que tenía la cara tiznada como para ocultarla. Forcejearon una vez más. El intruso sacó algo que brilló en la oscuridad y se lo clavó. Ardía como el fuego. Tenía que ser un sacabocado quizás, porque se lo retorció en la carne anulándolo por completo. Alcanzó a ver que tenía brazos largos y en uno de ellos, una cicatriz. Cuando Lorenzo se arqueó por el dolor punzante en el hombro, el otro logró zafarse y escapó tropezando.



Cuando se despertó, Lorenzo dormía a su lado sentado en un sillón. Con las piernas estiradas y los brazos cruzados, tenía un aspecto formidable; parecía un guerrero con los ojos cerrados. Y frente a esa apariencia despojada, le hubiera encantado tocarle el hoyuelo que se le formaba en el mentón o peinarle con los dedos el mechón de pelo rebelde que le caía sobre la frente. Repasó la conversación del día anterior y buscó entre las posibilidades más inverosímiles, pero continuaba sin entender muchas cosas de la vida de ese hombre de ojos azules del que, lo único que sabía con certeza, era que era hijo de una india. Y su primera duda tenía que ver con algo que ni ella misma se había preguntado jamás. Y empezaba a comprender que era vital descubrir las razones por las que un niño peón termina viajando a Inglaterra para volver hecho hombre y rico. Y porqué él le decía que ella no podía desconocer las razones. Por un momento, hasta se le pasó por la cabeza lo más atroz, que fuera por ejemplo, hermano suyo. Un hijo ilegítimo de su padre. A veces ocurría, no era exactamente un dilema sin precedentes. Pasaba en la literatura desde la época de los griegos. Pero descartó la posibilidad enseguida, por morbosa. Él le había deslizado saber cuáles eran los motivos de su exilio. Aparte la había besado. Qué espanto las cosas que se le ocurrían, pensó. Deirdre tenía que saber de qué se trataba todo esto, y su padre y su tío. Hasta su madre quizás. La convicción de que le habían ocultado algo terrible la llenó de angustia. Se estrujó el acolchado contra el pecho y él pareció escucharla porque de golpe se puso de pie para atenderla.

—¿Cómo estas hoy?

—Mucho mejor.

—¿Tenés hambre? Ya preparo el desayuno.

—No —dijo ella y lo detuvo del brazo.

—¿Qué pasa?

Pero Paula tenía miedo de preguntarle y se quedó callada. Se dio cuenta que no lo había soltado y en vez de hacerlo, siguió con la vista su brazo recio, serpenteado por venas, hasta que descubrió una mancha roja casi imperceptible, cerca del hombro.

—¿Querés que le envíe un telégrafo a tus padres? Yo no lo hice porque...

—¿Qué te pasa en el hombro?

—Es apenas un corte ¿Por qué no querés avisar a tus padres?

—Mostráme.

Lorenzo estiró el brazo y ella palpó con sus manos delicadas, la tela de la camisa. Lo miró antes de correr el cuello y el asintió.

—¿Qué es esto? —dijo al descubrir una herida tapada con trapos, mucho más grave que un simple corte —¿Qué pasó?

—Ayer entró un hombre.

—¿A robar? —preguntó mientras comenzaba a despegarle esa especie de vendaje improvisado.

—Primero pensé eso —dijo él haciendo un gesto de incomodidad al sentir el tirón—Pero no tenía apariencia de ladrón y no intentó revisar ningún mueble, parecía más bien buscar a alguien —dijo mirándola con intención.

—Acá no hay nadie importante a quien buscar.

—Creo que era Bourque.

Paula lo miró con preocupación. No era la primera vez que se cruzaba con ese hombre cuando salía de su casa. Pero nunca se había animado a plantearse a José Anchorena.

—Estaba oscuro, no lo puedo garantizar, pero tenía una cicatriz, y luego la contextura. Si te está vigilando, es probable que pronto se sepa que estamos acá solos.

Paula quedó pensativa. Claro que había sido todo una locura desde el principio y ahora, no sabía cómo iba a terminar. Cuando su padre se enterara, o su madre, o la gente. Quién iba a entender, cuando los estragos de la enfermedad ya no estuvieran ni en el cuerpo ni en las calles, cuando la sociedad volviera a los bailes a comentar los últimos chismes. Si ella estaba viva, era gracias a Lorenzo y de todas maneras cualquier formalidad acabó siendo irrelevante durante la epidemia. Pero ahora, era una mujer sola con un hombre en la casa, y eso traería consecuencias nefastas para su familia.

—Los días de fiebre no han sido corrientes en absoluto —dijo ella.

Lorenzo se llevó la mano a la herida.

—No creo que el problema principal sea tu virtud.

Bourque los había estado espiando, y era probable que pronto tuvieran noticias de lo que esto implicaba. Y Lorenzo olía peligro.

—Esto no se ve nada bien —dijo ella— Voy a tener que limpiarla y suturarla. Tráeme el botiquín del negocio, todo lo que necesito está ahí.

—No me parece que sea necesario —dijo él restándole importancia con una sonrisa.

—Hay un poco de pus acá —le mostró ella presionándole con el dedo el borde de la herida y Lorenzo reprimió una mueca de dolor con una inspiración corta.

—No es la primera vez que lo hago ¿Tenés miedo? —dijo como disfrutando de estar dándole órdenes.

Lorenzo volvió a sonreír con malicia y sin contestar fue a buscar el botiquín.

Cuando volvió ella estaba de pie lavándose las manos en la jofaina.

—Tenés que tomar un poco de láudano primero —dijo sin darse vuelta. El camisón se le adhería a los contornos del cuerpo, y a pesar de estar muy delgada su figura era deliciosa.

—¿Láudano?

—¿Nunca tomaste láudano? —dijo girándose hacia él.

Lorenzo negó con la cabeza y para cuando iba a insinuarle que le parecía desmedido tomar precauciones para que le doliera ella lo justificó:

—Va a evitar que te muevas mientras te limpio y te coso —dijo mientras sacaba un frasquito del maletín— Te va a caer de maravillas, ya vas a ver. A mi madre se le antoja dármelo bastante seguido para que no la contradiga.

—¿Contradecís mucho a tu madre? —preguntó mientras sorbía de la cuchara que Paula le extendía.

—Oh, no. No me atrevería. Jamás tenemos ese tipo de discusiones. Lorenzo sintió el líquido denso y amargo deslizarse por la garganta.

—Ahora necesito que te eches aire —le dijo sacando un abanico del cajón.

—¿Voy a entrar en calor? —preguntó con una sonrisa sardónica.

—No, me voy a dar cuenta de que el sedante te está haciendo efecto cuando pierdas el ritmo.

Lorenzo resopló resignado. Comenzó a abanicarse, y luego fingió perder el control. Cerró los ojos y revoleó el abanico para los costados.

Paula se tentó de risa.

—¿Te pensás que me vas a engañar tan fácilmente? Creo que necesitamos por lo menos tres cucharadas más —dijo golpeándose con el dedo los labios— sos muy... corpulento para una sola.

Todavía estaba sentado cuando los ojos le tomaron un tinte brillante y los párpados se le empezaron a cerrar. Paula le indicó que se recostara y lo ayudó. El calmante lo iba a dormir en unos cuantos minutos. Empezó por limpiar la herida con sumo cuidado tratando de llegar tan profundo como el corte. Cada tanto lo miraba lamentando hacerlo sufrir al verlo arrugar la frente. Por más que el láudano fuera efectivo, era imposible avanzar entre la carne abierta sin que le doliera. Cuando estuvo profundamente dormido, empezó a coserlo. Con el mismo ungüento que usó aquella vez cuando ayudaron a parir a la yegua de su padre, le untó la piel alrededor de la herida. Eso era suficiente para insensibilizar la zona. Contó veinte puntadas, el corte había sido grande, pero él ni se inmutó. Volvió a vendarlo y lo arropó cuando lo vio temblar. Eran los efectos del narcótico, bajaba un poco la temperatura corporal y convulsionaba los músculos.

Lorenzo era tan enérgico y obstinado que le pareció increíble tenerlo ahí tan apacible como un león tendido a la sombra de la tarde. Le acarició las cejas y encogió la mano arrepentida. Qué más da, pensó al instante mordiéndose la sonrisa nerviosa, estaba dormido y por lo menos, le quedaban seis horas más de sueño. Se sacó el gusto de acomodarle el mechón sedoso detrás de la oreja y luego de deslizar los dedos por la piel suave, recién afeitada ¿Usará jabón para afeitarse? Y se acercó a olerlo. De repente, la mano de él le ciñó el cuello y la atrajo dándole el beso más intenso que hubiera imaginado nunca. Ella sentía como se le tensaban las entrañas en ese trance irreal, era imposible que ya hubiese pasado el efecto del láudano, incluso seguía con los ojos totalmente cerrados. Se adhirió a él como respuesta mientras su boca no se dejaba de sorprender con esos besos ricos que tenían el sabor dulce de los postres de Nicolasa, la tibieza de la miel derretida al sol y algo de efímero, como las sandías al deshacerse en el paladar. Quiso saber a qué sabía el resto, y le besó las mejillas, el hoyuelo del mentón. Su conciencia le advertía que debía terminar con este exabrupto, era tan improbable el restablecimiento espontáneo que hasta le pareció estar aprovechándose de él. Pero era ajeno a su dominio, no podía parar.



De pronto, la otra mano de Lorenzo se coló para abrirle el camisón con un talento tal, como si desabrochar botones a ciegas fuese su especialidad. Paula ahogó un gemido al sentir que su pezón se erguía dolorosamente hasta encontrar consuelo en esa boca que bajó a buscarlo. De pronto, se sintió hinchada, tiesa y húmeda. Bajó con curiosidad la mirada, absorta en eso, lo que fuera que él estaba haciendo. Al fin la lengua presionó por última vez y suavemente cesó todo movimiento. La cabeza de Lorenzo cayó hacia el costado al igual que sus brazos que parecían haber recobrado la laxitud. Con las manos temblorosas, y la respiración entrecortada, Paula volvió a abrocharse el camisón.



Lo vio pegar un par de manotazos bruscos al aire, quedar inmóvil y luego tensarse en un grito mudo. Debían ser pesadillas, pensó ella. Paula se quedó quieta en el silloncito, incapaz de volver a intentar nada que lo sacara de su trance. Poco a poco fue abriendo los ojos vidriosos y trató de incorporarse un poco aturdido.

—No, no. Despacio —le indicó Paula ayudándolo.

—Duele como los mil demonios.

—¿El hombro? —preguntó ignorando los improperios.

—No. La cabeza.

El calor le subió por el cuello y le llegó a las mejillas. Estaba segura de que él lo notaría al instante pero ni siquiera la miró.

—No tendría que haberte dejado que me dieras ese veneno —le reprochó sacándose de encima la frazada con la que ella pretendía taparlo. Se veía furioso. Paula en cambio, se tranquilizó cuando volvió a tratarla con esa rudeza desconcertante que usaba él a veces; no recordaba nada.

—Era necesario —le contestó satisfecha de haber sorteado la posibilidad de un momento vergonzoso— De todas formas, en un rato te vas a sentir mejor —intentó tranquilizarlo— y vas a poder agradecerme quizás, haberte salvado la vida.

Lorenzo cerró los ojos con ofuscación y así quedó un rato hasta que Paula se dio cuenta que se había vuelto a quedar dormido. Cuando despertó parecía otro. Ya tenía los ojos con su azul maravilloso y hasta sonreía.

Paula no quiso entretenerse en su mirada. De hecho consideró que tenía que sentirse ofendida. Aunque no fuera así. Se puso a hacer que ordenaba los frascos sobre la mesa, primero para un lado y luego para el otro.

Él la observó ir y venir. Ya no la notaba débil ni abatida. Le pareció simpático que los roles hubiesen cambiado y ahora fuera ella quien lo

cuidara. Era raro también que alguien lo cuidara. Se acercó a él y le palpó la piel alrededor de la herida. Lorenzo le cubrió la mano con la suya y se la llevó a los labios para besarle los dedos, ella no opuso resistencia.

—Te debo una disculpa. No me desperté de buen humor antes.

—No hace falta, yo tampoco debo haber sido una paciente fácil.

Todo lo contrario, pensó él. Fue sencillo dedicarse a ella y protegerla. La peste pareció de pronto que había sido hace mucho tiempo atrás. Paula lucía estupenda en ese camisón que él había visto hasta el hartazgo. Todavía estaba delgada y pálida. Pero algo que no podía precisar, un brillo renovado la hacía más cautivante. Era un poco perturbador descubrir que le atraía de la misma forma vestida, desnuda, enferma o sana. Quería atraerla a la cama, besarle desde los pies descalzos hasta los ojos de colibrí. Oler su perfume floral y demostrarle que él tenía para ofrecerle lo que Anchorena nunca podría.

Ella se soltó de sus manos y se puso de pie para volver a doblar una manta que ya estaba doblada.

De pronto, Lorenzo recordó la herida y se levantó uno de extremos de la venda. Pasándose el dedo por la sutura, pensó en que había quedado prolijito como un mantel bordado y que de haber de haber podido le habría gustado medir la distancia entre los puntos, estaba seguro de que era exacta.

—Ayer fue mi cumpleaños —le comentó ella como al pasar.

—No puede ser verdad.

—¿Por qué iba a mentirte?

—¿Para qué te hiciera un regalo? —preguntó él con picardía.

—No, no era mi intención —dijo — Igual, me anotaron cinco días más tarde. Para la parroquia, yo cumplo el 20 de marzo. Que es cuando me lo festeja mi madre.

—Ya sabía que había una mentira.

—¡Pero no mentí! ¡Yo nunca miento!

Sin embargo le mentía, pensó él. Y no tenía más sentido seguir el absurdo. Cuánto sabría de lo que había sido su vida. Del asesinato de su padre, de su destierro o del hambre, del porqué de su regreso. Y a su vez, él mismo intentaba ocultar bajo capas de pretextos algo que no tenía solución.

—Eso no puede ser. No conocí a ninguna persona que jamás mintiera —la provocó.

—Probáme y vas a ver.

Él se levantó de la cama y con pasos tambaleantes se le acercó. Solo

llevaba pantalones, no tenía la camisa puesta y de pie frente a ella su cuerpo se veía intimidante y magnífico. Se inclinó colocando las manos en el apoyo brazos del sillón y Paula pudo sentir otra vez su aroma de hombre envolviéndola.

—No me pidas que te pruebe —le susurró rozándole el pabellón de la oreja— Sé más cosas de vos de las que podés imaginar. De hecho, ni podrías hacer que te responda tu propio cuerpo si yo quisiera.

—¿Qué? —se defendió ella en una estrategia desesperada por aparentar que no entendía.

Lorenzo le deslizó el dorso de los dedos por una de las mejillas enrojecidas. Paula oyó su propia respiración agitarse y el corazón repicarle en la garganta. Entonces él le agarró el brazo y se lo puso a la altura de sus ojos para que viera su propia piel erizada como si fuera un trofeo de guerra.

—¿Sos o no sos mentirosa? —soltó triunfal.

Volvía a ser el mismo de siempre, pensó ella indignada. Arrogante, soberbio. Él podía transformarse en todo eso de un momento a otro. Nunca iba a poder ser otra cosa, le costaba distinguir donde estaba el límite porque una parte de él era indomesticable. Y lo dijo.

—¿Y sabes lo que sos vos? —gritó furiosa— un insolente y no sos un caballero sos un... salvaje.

—De todos los insultos que se le habían ocurrido, éste último fue muy efectivo. Lo leyó en sus ojos azules que ahora parecían echar chispas y en su cuerpo que se tensó para contestar.

—¿Te crees superior por ser Carrazans? Salvaje... —dijo acercándose a su cara con desprecio— La deshonra, es ser un criminal. Asesino. Mandar a un inocente a la cárcel.

—¿De qué estás hablando? —dijo ella sintiendo que su voz se transformaba en una especie de gemido.

—De repente la señorita Carrazans quiere saber. Ahora duda —exclamó con una risa desanimada— ¿Querés saber lo que hicieron tu papá y tu excelso prometido?

Paula horrorizada, presentía que algo irreversible estaba a punto de suceder. Aún así, asintió.

—Los dos mataron a Charles Brendson, mi padre —dijo haciendo un gesto cansado con las manos abiertas— en una cacería. Al parecer fue un accidente pero...

Paula negaba con la cabeza al tiempo que las palabras se le diluían entre

lágrimas. Él siguió.

—Tenían influencias para tapar todo y mandaron a un pobre diablo a la cárcel a cambio de un rancho y una decena de gallinas.

—Eso no puede ser... Debe haber alguna confusión —decía ella que sin saber por qué, le creía.

—Ninguna. Y me preguntabas por qué yo terminé en Inglaterra... No porque fuera el hijo de una cocinera india, por supuesto. Porque era hijo de un noble. Hijo ilegítimo de un noble —recalcó— Y también quizás para aplacar culpas, tu padre no soportaba verme o quizás tenía miedo.

Paula se llevó las manos a la cara para ocultar sus lágrimas.

—Así que, Paula, no soy el salvaje —dijo con una sonrisa burlona y agregó— Quizás medio salvaje, por ser mitad indio.

La vio llorar desconsoladamente y entonces sintió como si despertara de un mal sueño. No había querido lastimarla. Intentó tocarla.

—¡Andáte! —gritó ella— ¡Andáte! Mi padre no es un asesino.

Él le dio la espalda sin decir nada más. Paula pudo escuchar cuando cerraba de un golpe la puerta de calle. La embargó un dolor áspero, un sentimiento absurdo de querer que el mundo se acabara en ese instante y se acurrucó sobre la cama.



Lorenzo pasó el resto del día caminando por las calles desiertas. Había estado en un bar durante algunas horas poniéndose al tanto de las últimas noticias, buscando distraerse. Ahí se enteró de que al fin se había decretado feriado hasta fin de mes. Una medida muy esperada por los hombres que ocupaba, sobre todo, cargos públicos y que debía seguir trabajando con sus familias lejos. Ahí había caras que reflejaban haberlo perdido todo. El desinterés, el cuerpo derrotado y la actitud rendida. Otros con tal agitación que parecían estar dispuestos a salir a una guerra. Aun así, todos coincidían en la idea de que este decreto no era para evitar que más personas se contagiaran, la enfermedad ya había diezmando la población. Era la excusa para que el presidente abandonara la ciudad.

Había pedido un licor de caña para calentarse y como excusa para estar sentado un rato más, pero el vaso quedó en la mesa casi sin tocar. Todavía sentía una especie de resaca por el láudano y de repente le venían algunos mareos. Y pensó en las niñas desobedientes, en las que se amotinaban, en las que pecaban por ser diferentes al resto. En las ovejas negras envenenadas con láudano y que aun así, continuaban siendo negras.

Y de nuevo salió de nuevo a caminar. Lo mejor en ese momento habría sido tener a Cimarrón. Galopar un buen rato, aclarar las ideas, volver a ser él mismo y no esto en lo que se había convertido, un manojo de emociones confusas e ingobernables. Era libre de volver a Arroyo Cruzado. Paula podía valerse por sí misma, hasta estaba en condiciones de viajar adonde se encontraba su familia si esa fuera su intención. La farsa había terminado, ella depreciaba sus orígenes y con razones entendibles; una joven criada con lujos entre algodones, que la habían alentado a comportarse como una princesa. De un estrato diferente al que pertenecía un peón, un indio, un bruto. Qué tonto había sido al pensar que podía ser su dueño cuando ella solo era un triste

pájaro enjaulado.

Pero por más que quisiera huir en dirección contraria a la casa y a todas las cosas de ella que lo mortificaban, estaba absurdamente anclado a esa mujer. Como el agua que horada la roca, ella había logrado algo que él nunca había sentido hacia nada ni nadie. Algo parecido al apego, pensó para darle alguna definición a ese deseo irracional de matar a quien se opusiera y quedarse a su lado hasta el fin. Necesitaba esos ojos negros, esa piel pálida, el cabello sobre la almohada y la fragilidad de sus dedos sobre las sábanas o sobre el piano. Necesitaba que se entrometiera en sus cosas, que le preguntara sobre aquello de lo que no quería ni hablar, lo que jamás le había confesado a nadie. Quería escuchar esa risa contagiosa y verla preparar ungüentos espantosos cada día de lo que durara su vida. Y para cuando llegó a esta verdad absoluta, estaba parado de nuevo frente a la botica.

Desde la calle, pudo escuchar el piano. Al pasar el umbral, se quedó observándola embelesado. Su cuerpo se arqueaba sobre el instrumento como si quisiera imprimirle su propia angustia a las teclas.

—Claro de Luna —dijo él y Paula dejó de tocar. Aunque estaba de perfil, pudo ver que tenía los ojos hinchados de llorar.

Sin abandonar el rellano de la puerta dijo.

—Vine a despedirme.

Paula asintió con la cabeza todavía sin mirarlo y con su mano temblorosa dio vuelta una de las páginas de la partitura.

—La leyenda de esta sonata es muy triste —siguió él.

Paula volvió a asentir mordiéndose los labios.

—Contámela —su voz sonó a una mezcla de orden y reclamo.

—¿Para qué? ¿No la sabés ya?

—A veces uno cree que sabe las cosas y resulta ser que hay versiones más interesantes, me gustaría escuchar la tuya.

Paula respiró hondo todavía compungida negando con la cabeza.

—Por favor —insistió él.

—Beethoven —empezó— tenía treinta años cuando se enamoró perdidamente de Constantina Guilleta, la joven hija del conde Guicciardi a quien le daba clases de piano. El compositor pidió la mano de su alumna pero el conde se la negó y rápidamente la casó con un noble. Beethoven Compuso esta obra para ella, plasmando su dolor.

—¿Y qué opinión te merece?

—Otra injusticia más del amor —dijo ella alzando los hombros.

—“Amor” es una palabra que gusta mucho a las mujeres —enunció él mientras conservaba su actitud relajada— En algunos casos, los sentimientos pueden ser también una buena inversión. Del despojo de ese amor contrariado, surgió arte —dramatizó con las manos en el aire— Y Constantina, tuvo su onerosa compensación. Pensándolo bien, no sé a cuál de los dos le fue mejor —reflexionó con ironía cruzándose de brazos.

Paula hizo caso omiso a su mordacidad, sabía qué era lo que le estaba echando en cara. Pero Lorenzo nunca era un cielo sin nubes. Ella no iba a dejar que volviera a suceder, tenía que escalar su muralla de una vez por todas. Sus dedos recorrieron las teclas. En su cabeza bailaba la pregunta. Con la premeditación con la que se mueve una pieza de ajedrez, habló.

—¿Por qué te quedaste conmigo? —avanzó el peón.

Lorenzo que intentaba simular una actitud banal apoyado en el marco de la puerta, se tensó sobre sus piernas.

—No podía dejarte enferma.

—¿Por qué, si tanto me desprecias? —un alfil quizás, pensó.

—Yo no te desprecio —dijo él sorprendido por esta declaración

—Si lo hacés. Llegás un día y desplegas un arsenal humanitario, haciendo cosas maravillosas como cuidar de esa gente y te quedas noches de insomnio al lado de mi cama, para después echarme en cara, que entre mi padre y el hombre con el que tengo que casarme hay un secreto atroz y...

—No tenés que casarte —la interrumpió.

—Sí que tengo que hacerlo.

—Una vez me dijiste que te parecías en algo a tu abuela, porque nunca dejarías que te obligaran a nada.

—¿Y qué proponés? —dijo levantando los brazos como si hablara con una audiencia hipotética— ¿Qué me envenene para evitarlo como esa chica del diario que se comió una caja entera de fósforos? ¿Que vaya a la policía a contar toda esta historia?

—Tu padre y Anchorena no son autoridad para obligarte a nada. Diferenciate de ellos diciendo tu verdad: que no te vas a casar en sus términos porque estás enamorada de un indio.

Jaque mate. La palabra se le vino a la cabeza al tiempo que una sonrisa difícil de reprimir le invadía la cara.

Lorenzo se movió con una velocidad rapaz y ella por instinto se puso de pie, apartando hacia atrás el taburete con las piernas. Sin tocarla, se puso tan cerca, que Paula tuvo que apoyarse en el piano para no orbitar



inexorablemente hacia su cuerpo. El olor, la respiración, el calor. No perder el control, no olvidar la jugada, se decía ella. Las teclas emitieron un ruido disonante y Lorenzo la rodeó por la cintura atrayéndola. Acarició su boca doblándole con un dedo el labio inferior para besarla por dentro. El beso era íntimo, despojado y Paula descubría que él besaba de mil maneras, o que sus besos lanzaban conjuros capaces de hacer perder la razón a cualquier ingenua que creyera ser capaz de dominarlo. Los dedos, impregnados de la humedad de su propia boca, descendieron por una línea imaginaria y demasiado sensible de su cuello hasta llegar a la piel del escote y se detuvieron ahí. A Paula el corazón le latía desbocado y sentía cosquillas en partes del cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Cerró los ojos con fuerza. Cualquier razonamiento, el ajedrez, la historia de la música y lo todo lo inculcado por generaciones de mujeres sensatas, desapareció. Lo único que tenía era apuro. Necesitaba tocarlo, acercarse, y le rodeó con las manos el cuello.

Lorenzo se apartó un poco. Contempló con extrañeza esa boca caliente de besos y los ojos brillosos de Paula y se sintió como borracho; le pareció que no iba a poder saciarse jamás de la necesidad que tenía de ella. La vio alzar su mano delicada hasta colar los dedos entre los botones de su camisa y él percibió esa suavidad sobre su pecho. Besame, pidió ella en un susurro y él no pudo hacer otra cosa que darle lo que le pedía. Un beso largo, seguido de muchos breves, exploraba su boca, iba a sus ojos, a su frente, a su mentón. Con la pierna separó los pliegues de la pollera e hizo una ligera fuerza hacia arriba, sentándola sobre las teclas del piano. Y otra vez el retintín de notas amorfas meciéndose en un ritmo exquisito, amoldándose a la sensualidad de sus movimientos.

Paula podía percibir cómo sus sentidos se saturaban temblando de una impaciencia que no podía controlar. Fascinada, le desabrochó la camisa y se desplazó desde ese extraño collar hasta los músculos tensos de su hombro con especial cuidado en la zona de la herida. Los dos jadearon sorprendidos por la sensación.

Lorenzo se distanció de nuevo, pero esta vez sin dejar de sujetarla. A Paula le pareció que él también temblaba.

—Casáte conmigo —le pidió.

Paula no pudo reaccionar como debía haberlo hecho. De pronto lo soltó y todo se volvió oscuro, la sala se llenó de un vacío fatal y él pareció darse cuenta de inmediato porque la miró extrañado. Se sentía tan feliz como terriblemente desdichada. Todo lo que había barrido el efecto de los besos,

recobrabá el color de la catástrofe; como la percepción de esas pesadillas de las que uno no se despierta porque están sucediendo en el mundo real.

Cómo él podía pedirle casarse si entre ellos se interponía una desgracia. Estaba claro, no era una proposición pensada con seriedad. Solo era una forma de buscar poseerla decentemente.

—No quiero casarme —dijo ella alzando la barbilla y pareció más un desafío que una afirmación.

Lorenzo la miró desconcertado.

—Pero quiero escaparme con vos —agregó.

Podría haberse considerado un claro rechazo a una propuesta matrimonial, pero Lorenzo sospechó lo que ella quería demostrar y sonrió maliciosamente.

Olvidáte de lo que te dije antes, vos no sos tu abuela. Y para tu información, tu prometido no va a ser como tu dulce abuelito que la única venganza que se le ocurrió fue venderle a su mujer su laguna preferida. El juez tiene poder para buscarnos por toda la campaña. Ni hablar de tu padre.

—Primero me pedís que me case con vos y ahora tenés miedo que te encuentre José —lo retó.

—*José* —repitió Lorenzo tensando la mandíbula. Odiaba que le dijera José.

Miedo. Él no sabía lo que era el miedo. Y luego le pareció que era inútil discutir lo obvio; No era lo mismo escaparse con ella que casarse con ella. Lo primero, lo convertía en un forajido. Lo segundo, en su dueño. Ya tendría tiempo de convencerla en el camino.

—Prepará tus cosas —le ordenó.



Qué pálida está ahora, pensó Lorenzo deslizando el brazo por detrás de la cintura de Paula que se había quedado dormida. Todavía no estaba del todo recuperada como para semejante traqueteo. Pero ya era tarde para dar marcha atrás a este plan descabellado, aunque en el fondo, no se arrepentía. No viajaban más pasajeros que ellos en la diligencia, así que la acomodó con las piernas sobre el asiento y la rodeó con almohadones que él mismo había hecho subir, para hacerle más cómodo el recorrido. Luego se sentó frente a ella.

Antes de salir, había teleografiado a Deirdre para anoticiarla de la muerte de su esposo. Hubiera preferido viajar él mismo a darle el pésame, pero no era seguro volver a Arroyo Cruzado bajo las nuevas circunstancias.

Paula hizo lo propio con su familia. Escribió algo más extenso, una carta dirigida a su madre que le costó varias lágrimas y borradores. Y que prefirió despachar en la primera estafeta que encontraron en el camino. Le contaba de la muerte de Martín para que Micaela fuera la encargada de decírselo a su padre. Dedicó muchas líneas dando testimonio de que había muerto como un héroe, ayudando hasta el final a los más necesitados. Que ella se encontraba bien, pasada la enfermedad que la aquejó. Que rompía su compromiso con el señor José Anchorena por no estar enamorada de él y que abandonaba Buenos Aires. Se disculpaba por los comentarios maliciosos que todo esto suscitaría y prometía ponerse en contacto una vez establecida. No nombró a Lorenzo, ni dio más explicaciones.

Tras un vistazo al carruaje y esquivando a Lorenzo, se sentó con un apuro injustificado a mirar por la ventanilla. Sentía una opresión en el pecho al pensar en su padre que recibiría la noticia de la muerte del hermano junto con la de su huida. Si es que su padre seguía vivo. Creía haber llorado sobre cada palabra que había escrito, al punto que casi le era imposible terminarla.

Estaba segura que su padre era una buena persona. Que a veces podía llegar a ser algo estricto y que seguro cometería errores de los que después se arrepentía. Recordaba haberlo visto mil veces, entre sus pájaros. Alimentar a los pichones y cobijarlos, curarles una pata rota, un ala herida. No podía decir lo mismo de José porque poco lo conocía. Lo único que sabía era que su padre lo había elegido para ella y que, solo por eso, tampoco podía ser malo. Pero luego estaba Bourque... si es que era Bourque quien había entrado a su casa. Por qué José necesitaría de un hombre tan peligroso... Y luego, había terminado por fin la carta y entrado a la cocina en busca de fuego para el lacre. El vapor del puchero que Lorenzo había puesto a hervir le encendió los sentidos como una pócima mágica. Se había aproximado a la olla para espiar y luego había hecho un círculo sobre los vidrios empañados que daban al jardín. Un jardín, recordó, que la había vuelto a poner melancólica, porque era extraño, nunca se había fijado, no había nada vivo ahí ¿Por qué a Martín y a Deirdre no les interesarían las plantas cuando su padre y su madre se apasionaban por la vegetación creciendo como en una selva? Cuántas cosas le parecía ahora desconocer de su propia familia. Y Lorenzo a su lado cortando frutas para el viaje. No dejaba de sorprenderla nunca, parecía que siempre pensaba en todo con la adecuada anticipación. En cambio ella, estaba tan acostumbrada a la servidumbre que ni siquiera se le pasaban por la mente cosas como viandas o abrigo. Tan acostumbrada a tenerlo todo, que nunca pensó qué haría cuando algo le faltara. Más tarde armó su bolso con apenas dos vestidos y ropa de cama. Nunca se había preparado su equipaje pero se propuso dejar atrás todo aquello que había recibido con total comodidad. Quería ser como Lorenzo. Entonces lo miró y le sonrió.

—¿Sabés jugar al ajedrez? —le preguntó.

—Mi juego preferido —contestó él.

—Traje el mío con el equipaje. Espero que seas buen contrincante.

—Ya William estaba empezando a aburrirme. Demasiado predecible.

Vamos a ver, señorita Carrazans, si usted es capaz de sorprenderme.

Y ella soltó una sonrisa coqueta.

Iban hacia el Oeste, sin rumbo fijo. La idea era viajar por diferentes rutas hasta establecerse en algún pueblo tranquilo. Paula necesitaba ante todo, fortalecerse: caminar por el sol y engordar.

La primera noche bajaron en una posada. Dormirían ahí hasta abordar,

al día siguiente, otra diligencia con cualquier destino que los alejara de Buenos Aires. No tendría las comodidades a las que ella estaba acostumbrada y que a él le hubiera gustado darle, pero era bastante decente.

Tenía dos plantas. Abajo estaban la recepción, el comedor y la cocina. Arriba, las habitaciones. Por la cantidad de carruajes estacionados afuera, parecía estar completo. Un hombre con ropa humilde pero muy prolijo los recibió y les confirmó que aún quedaba lugar si venían juntos.

—No. Por supuesto. Somos el señor y la señora Smith —y dicho esto le extendió la mano a Paula para que bajara del carruaje con unas cariñosas palabras pronunciadas en perfecto inglés— ella casi no habla español — aclaró maliciosamente.

El hombre la saludó y con un par de gestos exagerados le indicó que la ayudaría con lo único que llevaba en la mano: una manta. El resto de las cosas las bajó un mulato que venía tras él. En la recepción había una mujer bastante atípica, maquillada más bien como si el lugar fuera un burdel. Paula no llegó a decir palabra cuando el hombre que los había atendido ya estaba entrando a los gritos aclarándole *Nada de español*, dijo como si la nueva huésped fuera a ofenderse si le hablaban lenguas extrañas.

En la habitación, Paula miró la cama doble y susurró como si alguien escondido pudiera oírlos.

—No debiste decirle que éramos marido y mujer.

—No había más lugar en la posada —se justificó él— y no tenés aspecto de ser mi querida.

Paula se miró el vestido y los zapatos tratando de adivinar qué diferencia había entre una querida y una esposa. A ella le hubiera gustado más decir directamente que era su querida. En esta nueva vida que pensaba llevar a su lado, se había propuesto transgredir cualquier límite y se sentía orgullosa de esto. Nadie le iba a volver a decir lo que tenía que hacer. Y si un rato antes había contemplado algún remordimiento, ahora de pronto ser una fugitiva le producía una excitación fascinante.

Sacó del bolso unos libros y el tablero de ajedrez que colocó arriba de una mesa. Colgó la ropa en un gancho en la pared y pensó en que no se precisaban ni muebles ni roperos cuando se andaba por la vida con solo lo necesario. Pensó en que quizás ni siquiera el techo tenía importancia si había un cielo estrellado y un buen fuego. Quizás un jergón y algo de agua para limpiarse. No. No podía renunciar absolutamente a todo. Caminó hacia la ventana para mirar el paisaje.

—¿No era que disfrutabas de dormir al aire libre? —le preguntó a él recordando con ironía las veces que había fantaseado de chica con las noches en las que él se iba junto a los rebaños.

—Sí, eso era antes de dormir al lado tuyo —y sin darle tiempo a Paula de pensar en lo que había dicho, le aclaró:

—Le tomé cariño a tu sillón de damasco.

Lorenzo se sacó la chaqueta y empezó a desabrocharse los botones de la camisa. Paula carraspeó.

—Voy a dormir en el sillón, para no perder la costumbre —dijo él y desapareció tras un biombo de cuero. El lugar no estaba mal. Si estaba con Lorenzo, pensó, nada estaba mal.

—Tenemos bañera —dijo él y su voz retumbó más allá, en algún lugar atrás del biombo. Había encontrado una puerta que daba al baño privado, un lujo raro para una posada de campo.

Lorenzo bajó a tomar un trago de caña y a pedir que subieran agua caliente para que ella pudiera darse un baño. Charló con viajeros, gente de paso por ahí y al saber que venía de Buenos Aires, querían tener noticias. Vendedores, sobre todo, que habían tomado un derrotero improductivo por buscar alejarse del foco de infección. Entre Ríos, Corrientes y Misiones también estaban pasando un momento difícil, sumado al problema del indio, le comentaban. Y no tenían más alternativa que colocar sus productos en los saturados mercados de Córdoba y el noroeste.

También estuvo charlando con los dueños de la posada. Se cuidó de no hablar de más, contestando con preguntas cada vez que alguien quería saber algún detalle.

Cuando subió a la habitación se cruzó a dos mulatas con baldes. Paula también había pedido agua para él. La encontró peinándose frente al espejo, se había sacado el vestido y estaba en camisón. Es cierto que en este último tiempo la había visto más en ropa de cama que vestida pero ahora, parecía deslizar una invitación.

Los ojos de Lorenzo la miraban inescrutables y Paula sintió mariposas en la panza.

Unos golpes suaves en la puerta los sacó del trance.

—Debe ser la comida —dijo Lorenzo.

Una chica con un escote descarado, traía una bandeja cargada. A Paula

no le pareció extraño que la chica le sonriera a él con complicidad, ya había comprobado antes cómo Lorenzo llamaba la atención de las mujeres. Pero esta vez le molestó no saber las cosas que él habría estado haciendo abajo mientras ella se bañaba. Porque claro, ella no hablaba castellano.

Él, muy caballero, tomó la bandeja para apoyarla sobre la mesa. Ni siquiera miró el escote que la chica se empeñaba en exhibir, acompañándolo en el movimiento.

—*El agua se enfría* —intentó decir Paula en su precario inglés. Y se sintió doblemente mortificada. Por tener que aparentar delante de la chica y porque sabía que él hablaba un inglés perfecto.

—No es imprescindible que el agua esté caliente —dijo él luego de despedir a la chica con una sonrisa y una propina generosa— Igual necesito bañarme antes de cenar. Empezá si querés —lo oyó decir mientras se metía en el cuarto de baño sin cerrar la puerta.

Ya estaba oscureciendo. Paula prendió las velas y acomodó las cosas sobre el mantel. Se pellizco las mejillas, se acomodó su echarpe como para que la mantuviera abrigada pero no le tapara los hombros y se cruzó de piernas.

La presentación de la comida era sencilla, pero el aroma la deslumbró. Un plato abundante de guiso acompañado con pan fresco, natilla y vino. Escuchó agua que chorreaba, luego algo metálico apoyándose en la cerámica y finalmente los pasos. Lorenzo salió sacudiéndose el pelo mojado. Con la piel húmeda debajo de la camisa abrochada, tenía el aspecto de esos dioses paganos retratados en los libros de arte de Deirdre. Recogió un pan de la mesa que pareció desaparecer en esas manos y con un cuchillo lo untó de manteca y se lo pasó. Ella lo aceptó de buena gana y se olvidó de todo lo que había estado pensando hacía apenas un momento. Estaba riquísimo. En la silla de enfrente, él se puso la servilleta sobre la pierna y llenó las copas de vino. Todo se veía tan natural y doméstico que realmente parecían el señor y la señora Smith disfrutando de una cena agradable. Algo, quizás tanta perfección, le hizo recordar que aunque estuviera tan a gusto, había varias cuestiones que zanjar. Hasta donde llegarían con esta huida, o hasta cuanto él estaría dispuesto a soportar. Lo había sacado de su territorio, de donde él pertenecía.

—¿Quién cuida de tus tierras cuando no estás? —preguntó Paula llevándose a la boca la cuchara humeante.

—William se encarga de los libros y tengo un capataz en quien puedo

confiar.

Paula tomó un sorbo de vino para darse ánimo y luego se bebió la copa entera ante la mirada sorprendida de Lorenzo.

—Quiero ser tu amante —dijo y apoyó con ruido la copa sobre la mesa. Lorenzo alzó las cejas risueño.

—En eso no creo que tengamos problemas. Aunque si me pidieras lo contrario, que me comporte como un caballero, también lo haría.

—No. No quiero que te comportes como un caballero —dijo y se ruborizó de la solvencia con la cual estaba enunciando semejante afirmación — Pero... aun así...

—¿mmm? —dijo él sin alterar el gesto.

—Te estoy metiendo en algo que luego va a ser difícil de solucionar y sinceramente, después de lo que hiciste por mí... bueno, no me parece justo que te veas metido en este lío por mi culpa.

Lorenzo sonrió. Le encantaba cuando ella parloteaba y saltaba de un tema a otro sacando conclusiones insólitas.

Ella lo miró a la expectativa mientras él le sonreía. A veces pensó, a pesar de su genio irritable y pernicioso, también podía aparentar ser inofensivo.

—Cuando yo era chico —comenzó diciendo él al tiempo que le apartaba la copa ya vacía— había una torcaza que todos los años buscaba hacer nido en tu ventana, pero siempre le salía mal. Ponía dos o tres palitos cruzados sin mucho sustento y ahí depositaba sus huevos. Algunas primaveras, el viento arrojaba esas ramitas a la tierra con huevos y todo. Otras, nacieron polluelos pero tuvieron el mismo fin trágico. Y luego, una primavera llegaste vos y abandonaste un par de botines sobre el alfeizar.

—No lo recuerdo —dijo Paula sonriendo.

—Por supuesto, estoy seguro de que te sobraban los zapatos. La cuestión es que la torcaza puso sus dos o tres palitos ahí adentro y logró criar en esos zapatos a sus pichones —dijo haciendo una pausa— A veces los inconvenientes no se solucionan de la forma en la que esperábamos.

Se inclinó hacia ella y le limpió la boca con la servilleta y luego recorrió con un dedo sus labios. Paula cerró los ojos y cuando los volvió a abrir una mano se le ofrecía para que se pusiese de pie. Lo obedeció conteniendo el aliento. Una pulsión sorprendente, tan primaria como la voluntad de las torcazas que anidaban en cualquier lado, la hizo desear ser lo más descarada posible. Así como la mujer de la bandeja, invitando con sus



senos o las inglesas con el apuro desaforado de la temporada de bailes. Se alzó en puntas de pie para besarlo. Él se quedó casi inmóvil, entonces ella llevó su boca de un lado a otro, recorriéndolo con los labios. Se separó del él jadeando de su propio arrojo pero perdió la valentía al instante al descubrir aquellos ojos azules fijos en ella. Lorenzo extendió la mano para acariciarle la mejilla y Paula no pudo evitar poner su cabeza allí para que la acunara. Sintió el fuego de sus dedos rozándole la oreja, arrastrándose hasta masajearle la nuca, atrayéndola. Saboreó ahora él sus labios con una paciencia de ángel hasta desmadejar la ansiedad de Paula en un beso impetuoso. Siguió lentamente la línea de su cuello hasta ese lugar en donde su pulso se sentía latir. Y aunque estaba quieto, Paula podía sentirlo en todo el cuerpo como se siente la sorpresa o el miedo. Y luego una mano descendiendo, otra tomándola por la cintura, nuevos besos hormigueantes en el cuello, toda una invasión exquisita que sus sentidos no lograban abarcar.

Un roce a través de la tela del camisón, despertó el recuerdo de su boca en ese preciso lugar, días atrás cuando él estaba bajo los efectos del láudano. Parecía no tener prisa; sus labios presionaron esa zona sensible, entibiando enfriando, imprimiendo un ritmo enloquecedoramente lento. Paula se pisó la punta del zapato para descalzarse, necesitaba el contacto con el piso helado.

Sintió como un desasosiego cuando él soltó las únicas dos horquillas que le quedaban en el pelo. Ya sabía lo que iba a venir aunque la tomó por sorpresa que le desatara con tal frescura las cintas del camisón dejando sus pechos libres. Lo oyó lanzar una especie de gruñido que le pareció, hizo eco en su propio vientre. Lorenzo ahora, envolvía en su aliento uno de sus pezones. Los ligueros y las medias blancas cayeron por sus delgadas piernas. Él se arrodillo dedicándole una mirada abrasadora de ojos nublados. Sus dedos subieron hasta ese lugar que no se podía ni nombrar y Paula se tensó, cerrando los muslos perpleja.

Lorenzo se detuvo.

—¿Sabés lo que vamos a hacer?

—Bueno, por supuesto. Lo he visto...vi a los perros, a las ovejas.

—Entonces, nadie te ha hablado de lo que pasa entre un hombre y una mujer en la intimidad.

Las luces de las velas le daban solo en un costado de la cara ocultando el otro. Estaba muy oscuro, pero cuando Paula agachó la cabeza él supo que estaba ruborizada.

—Sé lo necesario, supongo. Y escuché conversaciones...que muchas

mujeres se desmayan en su noche de bodas. Así que sé que voy a desmayarme.

Poniéndose de pie, Lorenzo se llevó la mano al mentón en un gesto de repentina seriedad.

—No te preocupes, no va a ser tu caso. Eso es para las mujeres que no han visto antes un hombre desnudo. Y vos ya viste uno bañándose en una laguna. Supongo que te acordás.

Paula hizo una mueca con la cabeza como si definitivamente, eso no contara. Pero tenía curiosidad y quiso saber más:

—¿Y cómo es? —preguntó.

—Es parecido a como hacen las ovejas —dijo él con sentido para descartar la idea de los perros.

Era imposible concentrarse en las bestias salvajes de la naturaleza estando ella enfrente con el camisón enrollado a la cintura como una sirena. Nunca le había pasado esto de tener que dar este tipo de explicaciones a nadie. Aunque la excitación que le provocaban las preguntas de Paula le pareció deliciosa.

—Tenés que confiar en mí.

—Yo confío en vos —asintió Paula.

Lorenzo volvió a besarla con suavidad al tiempo que su cuerpo la rozaba rítmicamente y sus manos volvían a recorrerla. De pronto ella se encontró cómodamente recostada en la cama. Como si hubiese volado hasta ahí.

Él inclinado frente a ella, se desabrochó los dos primeros botones de la camisa, pero luego se la sacó por la cabeza. Su pecho dorado, subiendo y bajando al ritmo de la respiración vertiginosa brillaba a la luz de las velas. Era amplio y vigoroso. Todavía no se sacaba el resto de la ropa, pero ella recordaba muy bien. Sí que lo recordaba muy bien emergiendo del agua vaporosa de la laguna. Se tumbó sobre ella pero afirmando su peso para no aplastarla. Paula le recorrió la espalda, siguiendo con los dedos la depresión de los músculos, el filo de los omóplatos.

Quería pegarse a él, tocarlo con toda su piel, abrazarse desnuda a su cuerpo desnudo y se asombró de eso, no le daba vergüenza. Le molestaba el camisón y él pareció leer sus pensamientos, porque al instante comenzó a bajárselo. Fue dejando un reguero de besos por los huesos de la cadera, en donde la delgadez de su vientre se hacía notar. Sin saber exactamente qué era lo que tenía que esperar, tenía la certeza de que lo anhelaba con

desesperación. Su cuerpo instintivamente se arqueó buscando recibirlo.

Lorenzo, sintió ceder la tensión de la suave carne en sus yemas y una gota de sudor se deslizó por su cara.

Paula soltó un gemido que a él le quitó el aire y comenzó a susurrarle esas palabras en su idioma primitivo y profano. Paula encontraba su lenguaje cargado de significados que podía interpretar más allá de la razón y que bajaron a vibrar hasta donde sus caricias asaltaban su intimidad.

—¡Por favor! —imploró ella al tiempo que estrechaba entre sus dedos la cabellera negra y sedosa de Lorenzo.

Lorenzo expulsó el aliento vehemente, sensible a este contacto. Cuando se repuso, siguió besando, absorbiendo y repicando con sus dedos y una y otra vez.

Paula se curvó y tensó los pies sobre las sábanas de hilo duro que ahora estrujaba atormentada. La recorrió un estremecimiento misterioso y sintió desvanecerse sobre un abismo en donde perdía todo control. Atónita y saciada se aflojó sobre la cama.

Lorenzo degustó sus espasmos y luego, continuó besándola.

En el limbo en el que estaba, no se había dado cuenta que él todavía tenía los pantalones puestos y que ahora se los sacaba. Quiso tocarlo de alguna manera, como él lo había hecho con ella. No sabía cómo hacerlo, o si era correcto, estiró su mano y lo miró pidiendo permiso. Él la dejó pero inmediatamente se la apartó con un gesto penoso como si los dedos de ella lo quemaran. Volvió a colocarse sobre ella, y Paula empezó a sentir una presión abajo que la tomó desprevenida.

Nunca había desvirgado a una mujer. La presión que parecía rechazarlo lo excitaba aún más. Todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo. Cuando sintió que llegaba a un lugar donde no podía avanzar más, se quedó respirando profundamente sobre ella sin moverse. Quería que se acostumbrara a esa intromisión.

Y otra vez le habló en ese lenguaje que sonaba hermoso, que repetía como un conjuro. Necesitó más de él y lo envolvió con sus brazos.

Lorenzo tomó sus muslos con una firme presión y venció su estrechez.

Paula lanzó un gritito entrecortado y él otra vez se detuvo. Unas lágrimas brillaron sobre sus mejillas y él las tocó pasmado, como si acabara de descubrir que había cometido un crimen terrible. Como se había quedado muy callado, ella lo animó:

—Estoy bien.

—Prometo que la próxima vez va a ser mejor —susurró afligido.

Y otra vez empezó a moverse y Paula no tardó en dejar de sentir ese ardor. Esos ojos azules, la miraban con una ternura tan mortal y devastadora que se hubiera sacado ahí mismo el corazón para ofrecérselo. Poco a poco, acompañó su movimiento. Otra vez comenzó a sentir que le latían los oídos, las palmas sobre sus muslos, el hormigueo y el calor recorriendo su columna y supo que iba a volver a pasar. Se alzó buscando estrecharse a Lorenzo y él, se introdujo profundamente en ella. Una descarga de placer la tomó por sorpresa y el mundo se redujo a ese momento. Su cuerpo volvió a convulsionarse pero colmado, de alguna manera más poderosa. Y sintió la superficie de la espalda de él vibrando entre sus dedos para luego retirarse. Un líquido caliente resbaló por su vientre y al instante, Lorenzo se desmoronó a su lado y fue tragada en su abrazo

—¿Qué es esto? —preguntó y no supo cómo el oxígeno le alcanzó para decir esas palabras.

—Es lo que hace niños —dijo él buscando apoyar la cabeza en su brazo doblado—y no vamos a hacer ninguno hasta que no seas mi esposa.

Paula se acurrucó contra él en silencio.

Un tero gritó en medio de la noche. Lorenzo apagó la vela y se palpó el collar en la oscuridad abrazando a Paula con más fuerza si eso fuera posible. Prefirió ignorar el mal presagio.



No había amanecido todavía cuando Lorenzo fue a darse un baño al río. El agua helada del otoño lo llenó de vitalidad apenas se sumergió. Contuvo la respiración. Ahí abajo, todo él recuperaba su centro. Sin movimiento, sin sonidos, salvo los de su propio cuerpo. El del corazón que latía impetuoso, el de sus músculos contrayéndose llenos de energía, el de la sangre precipitándose furiosa por las venas. Un momento después, emergió con una inspiración profunda y otra más y sus pulmones recibieron el aire ancho y puro.

La ausencia de su patria nunca había sido total. Éste era uno de los pocos rituales que continuaba practicando desde su niñez. Y siempre tuvo presente, por una cuestión de supervivencia, que había un hermano lejos en otro lugar consagrándose a la misma aurora. Otros como él. Muchos. Como una manada. Los primeros pájaros comenzaron a trinar y el cielo se llenó de fuego. Nadó un rato de un lado a otro para ejercitarse, ya no como le enseñara su madre, sino como había aprendido en el instituto de Hampshire.

Salió pisando el barro escarchado, y se sentó satisfecho y jadeante mientras su cuerpo emanaba un calor vaporoso. Sonrió mirando el camino que llevaba a la posta. Ya no quería estar sin ella. Nunca más iba a sentirse solo mientras estuviera con Paula. Qué extraño era todo esto. Jamás había pensado en su soledad como algo penoso, como una carga.

Pero estaban en peligro. Tenía esta certeza. Aunque no podía asegurar cuánto tiempo tardarían en salir en su búsqueda. No iba a ser fácil ocultarse en la campaña aunque cambiaran de nombres y de roles en cada posta. Cerró y abrió varias veces el puño para confundir a su piel que ya empezaba a crisparse y se puso el poncho.

Volvió a la habitación con unas manzanas frescas para el desayuno y encontró a Paula juntando las sábanas.

—Están... manchadas —dijo.

Con una expresión que poco decía de lo que estaba pensando, él pasó el dedo sobre la mancha de sangre.

—No es necesario, voy a llamar para que las retiren.

—Es que... es vergonzoso.

—Ayer le dije a la chica del servicio que era nuestra noche de bodas. Ella misma sugirió traernos la comida a la habitación. Tu reputación y la mía, están intactas —aseguró sacándole las sábanas de la mano con una caricia.

Paula recordó a la chica de la bandeja que lo había mirado con complicidad. Y aunque ahora se daba cuenta de que su interpretación había sido un error, seguía celosa. Porque de todas formas Lorenzo había estado allá abajo charlando con esta chica, dándole explicaciones de que era casado quizá para sacársela de encima. Y por otro lado, no tenía idea de adónde había estado él esta mañana. Abrió el armario donde veía un juego de sábanas limpio. De pronto se daba cuenta de que no conocía a Lorenzo en absoluto. Se puso a tender la cama con este pensamiento. cuando vio volar las sábanas impulsadas desde el otro lado. Ella le dedicó una mirada atónita.

—Gajes del internado —se justificó él.

Mientras Paula alisaba los pliegues, lo observó doblar meticulosamente la colcha, mullir las almohadas y colocar todo el sobrante bajo el colchón. Tenía el pelo mojado y la camisa húmeda se le pegaba a la piel.

—¿Por qué estás mojado?

—Fui a nadar.

—¿A nadar? ¿Con el frío que hace? —dudó— ¿Y no es preferible el agua caliente aquí? —preguntó al tiempo que volvía a agarrar las sábanas sucias y ahora sumergía la parte manchada en un balde. Jamás había lavado ninguna prenda, pero lo había visto hacer muchas veces en su casa. Se sentó en el piso a estrujarla con ganas.

—Es una costumbre de mi pueblo —decía él— Las mujeres ranqueles paren a sus hijos siempre junto al río para poder lavarlos. En el amanecer, haga frío o calor, recibimos el agua tal cual nos la dio nuestra madre el día que nacimos —terminó de decir y le dio la espalda levantando imperceptiblemente los hombros.

Ahora Paula se sentía una tonta. Largó de golpe la sábana dentro del balde y se secó las manos en la pollera.

—La extrañas.

—La extraño. Si. —Se escuchó decir él.

Hasta ese momento Lorenzo ignoraba que lo que lo hacía vulnerable a las preguntas de Paula no era la curiosidad en sí, sino su eficacia.

—Cómo era. Yo no la recuerdo mucho, pero parecía misteriosa — siguió preguntando ella y se sentó en el borde de la cama con las piernas cruzadas para prestarle toda su atención.

—Era Machi.

—¿Machi? ¿Qué es Machi?

—Adivinaba cosas por los sueños, por el dolor de los huesos. Por lo que le decía la naturaleza. Tenía una sabiduría discreta, solo hablaba cuando era necesario. Y curaba cualquier cosa con yuyos.

Paula deseó haber tenido acceso a esos conocimientos, podrían ayudar en casos en los que la medicina todavía no encontraba soluciones, pensó. Como la fiebre amarilla.

—¿Y seguís muchos ritos ranqueles? Digo, aparte de bañarte en medio de la helada invernal.

Lorenzo la miró de reojo y ella levantó la mano a la defensiva.

—No. No quise ofenderte...por favor, es que hace frío y me pareció...

—Solo algunos —la interrumpió él con una sonrisa arrolladora y de golpe Paula se vio envuelta en el recuerdo todavía tibio de caricias escandalosas y palabras como talismanes, capaces de corromper toda voluntad. Se humedeció los labios y trató de preguntar algo más neutro.

—¿Y el resto de tu familia?

Él le contó que no tenía parientes, que su madre había sido separada de la tribu cuando era chica. Le contó como diezmaban a las familias de las tribus para que no tuvieran posibilidad de afianzarse en ningún sitio, trasladándolos a lugares extraños, donde no podían ni cazar ni cosechar. A los hombres los llevaban a trabajar a los ingenios. Las mujeres y los chicos eran arrastrados a Buenos Aires donde las damas de Beneficencia los bautizaban y les daban la educación necesaria para ofrecerlos en servidumbre. Lejos de su tribu, la mayoría moría. Pero también le contó que los ranqueles siempre buscaban mantenerse juntos, que tenía indios trabajando en el campo y que muchas veces se unía a ellos para alguna celebración.

Lo vio agarrar uno de sus libros de la mesa y pasar las páginas distraídamente. Y ella no supo por qué le vino a la mente la noche del teatro; lo recordó impecable vestido de etiqueta. Caminaba como si el mundo le tuviera que rendir cuentas. Imposible con su porte, su atractivo y esos ojos

azul profundo, pasar desapercibido. Ahí de pie con sus ropas de campo y su aparente indolencia emanaba masculinidad por cada poro. Cada una de sus facetas era tan atractiva como la otra. Ahora estaba en ese sitio, en el medio de la nada, por ella y para ella. Él encarnaba todas las cosas que le habían enseñado a desdenar: el peligro de la aventura, el encanto de lo prohibido, y el indio.

Cómo le hubiese gustado que estuviese ahí su padre para negarlo todo, para decir que había un error, que él no había tenido nada que ver. O que el pasado no existiera, y tampoco el futuro. Parecía no haber forma de salir de la encrucijada. Esta armonía solo podía existir en ese aislamiento engañoso. De pronto pensó también en los padres de Lorenzo. Se imaginó a esa mujer separada de su tribu, conservando en silencio sus tradiciones y deslumbrando nada más ni nada menos que a un miembro de la nobleza británica. Qué clase de encuentro se habrá producido entre esas dos personas. Pero si Lord Brendson tenía esos mismos ojos azules, entendía perfectamente. Él cerró el libro y Paula contuvo la respiración. No sabía qué les deparaba el futuro y no le importaba. No necesitaba ese tipo de certeza.

Bajo su mirada atenta, se sentó en el centro de la cama descubriéndose las piernas. Al ver que no se movía de su sitio, siguió jugando y desató las cintas de la camisola. Lorenzo continuaba al acecho con un interés sereno, fingiéndose imperturbable.

Se sacó las horquillas que depositó una a una sobre la mesa de noche hasta que todo su pelo negro cayó sobre sus hombros. Entonces él se acercó a ella y la atrajo de los tobillos hasta el borde del colchón.

Afuera, el viento agitaba las celosías y el agua se derramaba sobre las ventanas como si la tiraran a baldazos. La tormenta desencadenada parecía querer barrer con toda la vida exterior. Lorenzo estaba preocupado, tendrían que retrasar la partida por lo menos un par de días.

—¿Qué significa este colgante que siempre llevás puesto? —preguntó Paula con la barbilla apoyada sobre su pecho.

—Un zorro. Es el símbolo que utilizaba mi tribu para diferenciarse de las otras.

Lorenzo nunca había imaginado que podía estar encerrado tanto tiempo con una mujer ni con nadie. Tampoco que podía estar echado en la cama para otra cosa que no fuera dormir o disfrutar de placeres carnales. Ahora



experimentaba una calma diáfana y un gusto singular por charlar con Paula sobre cualquier cosa.

—Te lo dio tu madre —concluyó ella con su voz dulce que sonaba como si todo junto coexistiera en su lengua: las flores del campo, el cielo y sus tormentas, la mansedumbre de un caballo, las teclas blancas o negras del piano.

—Es una especie de brújula —dijo él— no tiene ningún artilugio magnético, pero no hace falta: me recuerda quién soy. De dónde vengo.

Esta definición hablaba mucho de su temperamento, pensó Paula. No había hombre más lejos de ser un primitivo aborígen. Y por eso parecía tener que recordárselo a sí mismo de forma constante. Había sido arrancado de su cultura, de su tierra y era claro que se sentía en deuda por eso. Porque no podía mentirse a sí mismo, ya no podía volver atrás: era instruido, sabía de música, de arte; había asistido a eventos en Londres con los que cualquier aristócrata porteño soñaría.

Por la tarde el clima mejoró y el sol empezó a asomar como un milagro detrás de las nubes blancas. Paula se puso un vestido celeste, como el cielo que se abría para ellos, pensó. Lorenzo iría al pueblo en busca de caballos para salir a la mañana siguiente sin demora. Los caminos iban a estar intransitables varios días más por la cantidad de agua que había caído y el servicio de diligencias demoraría por lo menos una semana en reestablecerse. Lorenzo le dijo que no era seguro pasar más de dos noches en cada lugar. A Paula le pareció un poco exagerado, pero no dijo nada. Si bien el hombre que lo había atacado había entrado a su casa con intenciones poco claras, no creía que Anchorena o su padre estuvieran implicados. Tampoco creía que pudieran buscarlos y, así como así, evitar que permanecieran juntos. Paula estaba ahora en condiciones de pedirles a ellos explicaciones. Aparte se había unido a Lorenzo. Sus padres no tendrían más salida que permitirle casarse con él para resguardar su honor mancillado.

Apenas se fue, Paula bajó las escaleras. Te va a hacer bien el sol, le había dicho él, pero no hables con nadie. No hablás español, le recordó con su sonrisita malévola. Si el resto del viaje iba a ser así, tendría que poner algunas cosas en claro ¿O pensaba decir en todas las posadas que ella hablaba en otro idioma?

El encargado la saludó con la cabeza y ella hizo lo mismo. El hombre

habló pausado sobre el clima, los árboles y un banquito en el jardín y ella fingió no entender. La fonda era oscura y tenía cuatro o cinco mesas dispersas con algún que otro paisano. Aunque había puesto especial cuidado en elegir su vestimenta de forma tal que no llamara la atención, se dio cuenta de que la miraban. Y no la miraban justamente como la esposa de un huésped. Ella siguió de largo con la frente en alto buscando la salida. Afuera, el supuesto banquito del jardín sería vaya a saber qué cosa porque nunca lo encontró. Atravesó el patio lleno de carretas y caballos y dio una vuelta alrededor de la casa. La chica que les había subido la bandeja la saludó a lo lejos desde el tendedero de ropa. Ahora a la luz del sol, se veía más voluptuosa, más experimentada, más mundana. A ella misma le hubiese gustado lucir así; una mujer de la que no se esperaba que supiese tocar el piano, ni bordar ni vestir elegante. Casi sin querer, se miró su sencillo y puritano vestido celeste.

Ahora la chica colgaba sábanas, y Paula apuró el paso de la vergüenza que le daba el solo pensar que pronto colgaría las suyas. La otra quedó con la ropa a medio camino, parecía que iba a decirle algo; pero luego se arrepintió y siguió buscando entre los broches, seguramente recordando que Paula no hablaba español.

Divisó los pajonales, la aguada estaba cerca. Quería tocar el agua en la que se había bañado Lorenzo para ver si estaba fría y si ella podría soportarlo. El día estaba agradable aunque continuaba algo húmedo. No corría ni una gota de viento; las hojas de los árboles parecían detenidas por alguna fuerza invisible haciendo que el movimiento de unos pájaros muy negros en las ramas pareciera desmesurado. Alzaron el vuelo y eran tantos que cuando se alejaron formaban una nube de surtidos claroscuros. Se sentó en un tronco y empezó a desatarse los cordones de los zapatos. Hacía frío, mucho frío. Pero estaba decidida aunque sea a meter un pie. Estaba agachada cuando oyó un ruido cerca y se dio vuelta. Supo que era un hombre, aunque no alcanzó a verlo. Y de pronto ya no podía ver, le había cubierto la cabeza, la sujetaba. Ella alcanzó a pegarle una patada, quiso gritar pero no pudo, le apretaba el cuello, la estaba asfixiando.

Burque alzó el cuerpo laxo sobre el lomo de su caballo. Estaba tan inmóvil que acercó la oreja a ver si no se le había pasado la mano. Todavía vivía. Al jefe no le iba a gustar nada si queda machucada, pensó. Pero lo hecho, hecho

estaba y ya no había tiempo para cambio de planes. Hacía días que los venía acechando y ya había fallado cuando el indio lo atacó. Si le gustaba así bien. Si no, se deshacía de ella.



Cuando volvió a la habitación y no vio a Paula, Lorenzo se dedicó a buscarla alegremente por los alrededores, pensaba que estaría paseando al sol o intentando comunicarse en idioma mudo con alguna persona.

Había conseguido dos buenos caballos. Tenía idea de llegar hasta Córdoba desviándose en el camino hasta albergues menos concurridos que éste. Y ya tan lejos de Buenos Aires, establecerse por algún tiempo hasta comprobar que no hubiera peligro. Luego, con tranquilidad, solucionar las cosas como se debía, casándose con Paula. Ella no era una gitana como para vagabundear por las pampas eternamente y él tampoco. Podrían entonces volver a Arroyo Cruzado, formar una familia. Fantaseó con una ceremonia ranquel y luego con chicos corriendo entre las gallinas. Se la imaginó tocando el piano para él, cerca de una chimenea ardiente y luego la pensó curando enfermos y heridos del campo. Llenando de ungüentos a los María o al Sapo, ese viejo que marcaba el ganado y que en su vida habría visto ni un doctor.

Pero Paula no se veía por ningún lado y aunque eso no fuera suficiente para sospechar nada, lo atravesó un presentimiento nefasto. Volvió a entrar a la posada, ahora hecho una tromba, a preguntar quién la había visto. Del otro lado del mostrador, la chica le respondió que iba al arroyo cuando ella colgaba ropa. Al ver su cara desencajada, la mujer se dio cuenta de que algo andaba mal. Lorenzo salió corriendo hacia el cauce del río y detrás, la chica y los dueños de la posada. Miraba a un lado y a otro, se agarraba la cabeza. Había desaparecido.

Acá hay huellas, dijo el hombre.

En efecto, había pisadas y marcas de herradura. Zapatos de mujer, zapatos de hombre. Y sangre. Una violencia siniestra se apoderó de él y sintió fuego en los ojos, como si toda la furia del mundo se encendiera con lo que estaba viendo. Los habían seguido. Ni siquiera pensó en otra posibilidad y era

obra de José Anchorena. Respiró entrecortado intentando recuperar el control. Necesitaba concentrar toda la frialdad posible para poder pensar. Esto iba a ser una cacería. Volvió sobre sus pasos y preguntó a todas las personas que andaban por ahí, si habían visto algo o habían escuchado a alguien preguntar por él o su mujer. Un par de arrieros que habían acampado en los establos dudaban responderle y por unas pocas monedas soltaron todo. Un hombre con acento extranjero durmió afuera porque en la posada ya no quedaba lugar. Indeciso, había estado preguntando por los últimos viajeros. No se sorprendió cuando le describieron que tenía cicatrices en la cara y en los brazos, como tampoco que los hombres se mostraran temerosos. Bourque era un personaje oscuro y cualquier ser con dos dedos de frente se daba cuenta de que era un tipo peligroso.

No le cabía duda que se dirigirían a Chascomús. Ahí el secuestrador tendría inmunidad para moverse a su antojo. Antes de partir escribió unas rápidas esquelas para cubrir todos los flancos. Una a William para que se preparara en Chascomús. Otra al padre de Paula para informarle la situación y por último a su abogado, Gonzalez Mestre. El sur era grande y tenía la seguridad de que no se estaba enfrentando nada más que a un novio celoso; Bourque se le iría de las manos hasta a su mismo jefe.

Salió galopando siguiendo el rastro. Solo le quedaban unas pocas horas de luz y con el cielo nublado sin luna, iba a ser imposible marchar de noche. Como el barro estaba fresco, las huellas habían quedado estampadas como lacre. Por lo visto era un solo caballo, los cascos se hundían profundamente así que llevaría a Paula sobre la montura. De ser así, no tardaría en alcanzarlos. Pensó en Paula y en ese desgraciado sosteniéndola a horcajadas y la idea lo exasperó hasta rozar la desesperación. Lo degollaría en el medio de la nada, sin más trámite.

El caballo, bañado en un sudor blanco, corcoveó al llegar a un río en donde las huellas desaparecían y luego relinchó en protesta al advertir que iba directo a meterse en el agua correntosa.

Lorenzo desmontó y cuando no hizo más pie, se agarró de la montura nadando a su lado. La corriente los arrastraba y tranquilizó al animal manteniendo el rumbo. Cuando alcanzaron la otra orilla, lo ató a un arbusto y buscó de nuevo el rastro. El terreno estaba bastante pastado; varios caballos habían estado esperando por horas en ese sitio. Los juncos se abrían y las pisadas ahora se correspondían a cuatro caballos. Dos iban cargados, el resto de las huellas eran livianas. Seguramente el captor había previsto la necesidad

de reemplazarlos en el camino largo. Lo que ahora no podía precisar era si había otra persona. El viento estaba cambiando y el piso, cada vez más seco.

Con la noche llegó la tormenta. El rastro dejó de ser visible para perderse en los inmensos fangales de la pampa. El viento azotaba los pastizales y el caballo tropezaba asustado con los relámpagos que partían en dos el cielo. Imposible seguir así, se dijo. Buscó el reparo de un árbol, y se acuclilló a esperar. Tenía todo el cuerpo mojado pero no sentía frío. Se consolaba pensando en que esta demora no lo alejaba más, ellos también habrían tenido que detenerse.



Cuando despertó, Paula no sabía dónde estaba, la oscuridad era absoluta y llovía mucho. Tenía el cuerpo acalambrado y un dolor palpitante en la cabeza. Estaba empapada y un frío que no había sentido jamás, le punzaba los oídos. Movi6 las manos entumecidas y clavó los dedos en el barro. La lluvia le empañaba los ojos, aun así pudo distinguir que estaba acostada debajo de un arbusto que no le ofrecía ningún reparo. De repente recordó lo que hacía ahí y ahogó un gemido, él estaría cerca. Giró la cabeza temblando para ver a la cara a su captor.

De espaldas a ella, Bourque bebía un trago de caña. Con el ruido de la lluvia no oyó nada, pero se dio vuelta al sentirse observado. *Touché*, exclamó al verla intentando incorporarse. Se arrastró a su lado porque no podía distinguir si tenía los ojos abiertos, aunque sabía que era así.

Paula lo vio acercarse, le pareció que la olía como un animal hambriento rastreando a su víctima. Apartó la cara y él le atrajo el mentón con fuerza, riéndose a carcajadas, con ese aliento pestilente que la había acompañado todo el camino. Tenía dientes podridos, ya los había visto antes, pero ahora eran aterradores. Entonces, sacó fuerzas de donde no tenía para levantar la cabeza y escupirlo.

Bourque se pasó el reverso de la mano por la boca y le dedicó una última sonrisa. La golpeó con la culata del revólver y al ver que caía como un saco de papas sobre la tierra, continuó dándole un par de bofetadas para verificar que estuviera inconsciente. Qué brava, *mademoiselle*. Si sigo pegándole así, no sé cuánto me va a durar dijo mientras estiraba la mano para alzarle el vestido. Piernas flacas. Siguió un poco más. O había adelgazado demasiado o la ropa que usaba antes mentía mucho. Le apretó los muslos y consideró que de todas formas, tenía la grupa redondeada como una pera y carnes duras. Ahora que se daba cuenta, tenía más cuerpo de pulpera que de

distinguida. Dejó de manosearla para no tentarse. No quebrantaba ningún pacto si probaba un poco la mercancía, pensó. Pero más valía no hacer enojar al patrón. Lo más probable era que, ni bien supiera el jefe que se la había desflorado el indio Aráoz, descartara a la novia. Y él podría ahí tranquilo sacarse las ganas antes de matarla.

No podía ni hacer fuego con la lluvia y el indio rozándole los talones. Estaba seguro que lo seguía, pero no le preocupaba. Con el aguacero, dar con su rastro, sería imposible. No quedaba mucho para llegar a la cabaña. Tomó otro trago de caña y el calor de la última gota le quemó la garganta. No había más hasta que llegara al rancho. Le vendó los ojos y no sabía ni para qué lo hacía ahora. Debió hacerlo antes.

Se acostó junto a ella y la abrazó calzando su figura pequeña y húmeda entre sus pantalones. Nadie podría discutirle que darle calor con su cuerpo no era un acto gentil.





Micaela del Valle de Carrazans iba y venía por el despacho de su quinta de San Isidro trazando un derrotero más largo que su nombre. Muy cerca, los mellizos se habían quedado increíblemente quietos en el sillón, quizás entendiendo que cuando su madre estaba así de alterada no era conveniente ni respirar. Aun así, cuando ella se topó con esos cuatro ojos al acecho, pegó un par de gritos a la niñera para que se los llevara de inmediato.

Habían leído juntos la carta de Paula, y Antonio había quedado descorazonado como un muñeco de trapo. Su hija no tenía derecho a hacerle una cosa así al padre; comunicarle que el hermano había fallecido, que ella misma estuvo al borde de la muerte. Que rompía su compromiso y por si todo eso no alcanzara para destruirlo, esa idea disparatada de escaparse para evitarlo. Siempre supo ella que, lo de que Paula se quedara a ayudar Martín y a los necesitados, era la peor idea del mundo. Una joven de su crianza mezclándose con la chusma. Y si su cuñado estaba muerto, Dios lo tuviera en su gloria, se dijo Micaela persignándose, era porque se lo buscó. Siempre fue un hombre de pocas entendederas, obsesionado con extravagancias como las ciencias y los apestados. Andar metiéndole ideas raras en la cabeza a una joven ingenua, facilitándole lecturas inútiles y orientándola de modo pernicioso a conductas nada razonables. ¿Qué más tenía que saber una mujer que practicar el arte de convertirse en una dama? Como ella misma, su madre, que se desvivía para cosechar el reconocimiento de la sociedad. Su cuñado había sido el culpable de que su hija se hubiera descarriado de esa forma. Y ahora, las puertas y las ventanas abiertas de par en par para el escándalo. Cuando su marido se repusiera de la impresión, tendría que salir a buscarla. Urgente. Todavía se podía hacer algo si Anchorena no se enteraba ¿Adónde podría haber ido sola? No se le ocurría otro lugar que a Los Robles. Seguramente buscaría cobijo en los brazos de Deirdre. Esa chica nunca fue

santa de su devoción. Varias veces la había pescado en actitudes desfachatadas, como atender el negocio sin atarse el pelo o hablar sobre política o economía con cualquier hombre como si de igual a igual se tratara. Y esas mismas cosas que Martín permitía a su mujer, se las permitía a su sobrina y ahí estaban las consecuencias. La señorita ahora, se creía con derecho a elegir marido. ¡Que no estaba enamorada! Y desde cuándo, habrása visto, se podía estar enamorada de un hombre sin haberse casado. Cuánto tiempo se creería Paula que se tardaba para saberse enamorada. Años. El amor llega como premio de muchos años de sacrificio, se dijo Micaela agarrando el abanico con el fin de batir el aire para hacer algo con las manos. Llega con los años, siempre que se eligiera el hombre correcto. Y ellos, sus padres, habían elegido el mejor candidato. El mejor. Debía considerarse la joven más afortunada del país de formar una unión con semejante personalidad. ¿Pero qué más quería? Era la envidia de media Buenos Aires ¿Acaso no la había llenado de joyas? ¿Acaso la había presionado para algo? Para nada. José era todo un Caballero. Bien sabía ella, porque jamás les quitó el ojo de encima, ni siquiera le había pedido el favor de un beso ¿Dónde se creería que iba a encontrar un hombre que la respetara de esa manera? Que era viejo. Pero qué pavada, ya le hubiera gustado a ella misma tener esa oportunidad formidable. Un hombre curtido, desprovisto de debilidades, amansado por la experiencia. Un hombre de carácter juicioso, con decisión y poder.

La puerta del despacho se abrió y se quedó mirando a Antonio. Entraba transfigurado por la angustia. Se notaba por los ojos vidriosos y la nariz enrojecida, que había llorado; ésa vulnerabilidad que a ella la sacaba de quicio. Había que estarle arreando para que conservara la compostura. Micaela se acercó a él con las manos extendidas pero en el gesto revelaba más exasperación que consuelo. Antonio se las estrechó sabiendo que para su mujer, era un momento incómodo. Pero demostrar entereza a esta altura delante de ella, le importaba un rábano. Su único hermano había muerto con el mismo altruismo del que había hecho gala siempre. Se soltó del gesto misericordioso que Micaela intentaba representar, solo para levantar la mano y anticiparse a que abriera la boca.

—Mañana salgo a buscar a Paula —dijo— No quiero ver a nadie, no quiero hablar con nadie hasta ese entonces. Incluyéndote.



Había pasado una semana del secuestro y ni noticia. Lorenzo rastrillaba los campos como poseído por el demonio, trastornado por la espera y el constante estado de alerta. Y aunque no hubiera ni una pista, nadie que supiera nada, tenía la certeza de que Paula no estaba lejos. Prácticamente no dormía ni comía y habría hecho falta un destacamento de artillería para detenerlo.

Un jinete se le acercó al galope por el camino de la estación. Tardó unos instantes en reconocerlo porque no andaba en caballo propio. Era Antonio Carrazans.

—Es imposible. No está por ningún lado —dijo Lorenzo anticipándose apenas estuvo junto a él.

Antonio le dirigió una mirada entre triste y extrañada, y Lorenzo entendió; por los pocos días que habían pasado, era claro que Carrazans había recibido nada más que la carta de Paula, donde le decía de la muerte de Martín y que se iba. Pero no la de él, en donde lo alertaba del secuestro.

En pocas palabras le explicó lo que estaba sucediendo y si se salteó detalles no fue en forma premeditada, sabía que algún día iba a tener que lidiar con las implicancias de haber huido con ella. Los pormenores le impedirían a ese hombre devastado que fue su patrón, concentrarse en lo que era esencial en ese momento.

La cara de Antonio se desfiguró.

—¡Tendrías que haber hablado de inmediato con las autoridades! —gritó enfurecido— Ya mismo voy a hacer eso —espoleó su caballo y al instante volvió a detenerlo— Anchorena. Él la va a encontrar. Y en cuanto a vos...

—Creo que él está involucrado.

—¿Qué estás diciendo? ¿José? Es justamente un representante de la ley,

ni siquiera sabe que Paula no quiere casarse...

—Fue Bourque. Él entró a la casa de Martín en medio de la noche. La descripción que dieron unos hombres en la posada coinciden.

Ahora Antonio se puso pálido y comenzó a respirar con dificultad. No necesitaba que Lorenzo le dijera nada más. Sabía que Bourque era un hombre peligroso y hasta perverso. Podía actuar por cuenta propia, pero la lógica le decía que Lorenzo tenía razón. Que la cabeza del plan tenía que ser José.

—De todas formas —siguió Lorenzo— usted tiene que ir con Anchorena.

Aunque su tono sonó como el de un hombre que conservaba todas sus facultades, Antonio quedó desconcertado.

—Si yo tengo razón y él tiene algo que ver, su hija va a aparecer sana y salva. De lo contrario, si Anchorena es tan confiable como usted piensa, va a revolver cielo y tierra hasta dar con ella.

Antonio salió de su estupor cuando le pareció entender de qué modo podrían haber pasado las cosas. No era idiota y conocía bien lo que estaba enfrentando. Su hija estaba en peligro y había que actuar rápidamente, pero era probable también que ella fuera solo la carnada.

—Lorenzo, yo no respondo por lo que te suceda cuando esto se resuelva.

—No se preocupe. Yo me cuido solo. Ahora tiene que aparecer Paula. Es lo único que importa.



*El Abrojal*, rezaba la inscripción, impecable sobre la tranquera, que indicaba la entrada a la estancia. Un momento antes, había pasado por el puesto de Galibar que andaba ocupado con carruajes, caballos y herraduras. Le había dicho que Don Anchorena estaba en el campo desde hacía por lo menos diez días.

José era dueño de grandes porciones de tierras y unas cuantas estancias esparcidas por toda la provincia de Buenos Aires. Su apellido estaba marcado por generaciones de hombre prósperos. Cuántas veces habría visto en aquella inmensa casa de Palermo la prestigiosa genealogía plasmada en obras de arte únicas que colgaban en las magníficas paredes.

Pero si José estaba cerca de Chascomús, rara vez se hospedaba en su propia estancia. Cuando andaba por la zona, prefería quedarse con él en Los Robles. Porque habían cultivado con los años una relación de amistad, o más bien, de camaradería. Asistían a los mismos eventos, conocían a las mismas personas y estaban inmiscuidos en los mismos ideales políticos. A José le gustaba la caza. Pero no le gustaba cazar solo, prefería los cotos. Pero a Antonio ya no le gustaba más cazar. Por lo general, trataba de darle vueltas al asunto, que ya no veía bien, que andaba mal de la gota, o cualquier cosa nueva que se le ocurriera para la ocasión. Lo cierto era que después de aquel accidente, hacía tantos años atrás, en donde había muerto Lord Brendson, le costaba empuñar la escopeta. Hasta el ruido feroz de los tiros junto a él lo dejaba aniquilado, temblando de algo que no tenía nombre, incomprensible, parecido al miedo. Y Antonio se daba cuenta de que no había vuelto a ser él mismo. De que aquel suceso espantoso le había dejado una marca que seguía atormentándolo por las noches en medio de sus sueños y durante el día cuando se encontraba en eventos en los que se aglomeraba la gente. Siempre sentía que alguien lo miraba. Que alguien sabía. Pero a José eso no le pasaba.

Nunca le pasó eso. Nunca sintió culpa ni remordimiento. Y a Antonio a veces le parecía que por eso lo admiraba.

Cuando alcanzó el solar de la casa, ya José Anchorena estaba esperándolo afuera. Sentado en una silla hamaca, con sus botas de montar recién lustradas y las espuelas brillantes apoyadas en la baranda de la galería. Lo recibió con una sonrisa amplia de acostumbrado anfitrión a la que Antonio no amagó en responder. Desde arriba del caballo, mientras dos peones le tenían las riendas, ya le estaba soltando lo del secuestro de Paula. Tuvo que contarle que estaba con Lorenzo cuando sucedió y para eso tuvo que contarle de la muerte de Martín. Y luego se recuperó de la melancolía inevitable que le producía hablar de esto para decirle que el único sospechoso tenía demasiadas características en común con la fisonomía de Bourque. Recién ahí, desmontó.

—¿Bourque? —preguntó Anchorena alzando las cejas sin abandonar su asiento.

—Exacto.

—Bourque se acaba de ir ayer con un encargo a Entre Ríos. Estuvo conmigo todos estos días —dijo negando con la cabeza y se puso de pie tocándose algo en los bolsillos— Ya mismo mando a mis hombres. Voy a darle captura a Lorenzo Aráoz.

—¿A Lorenzo? ¿De qué lo vas a acusar?

—Ay mi amigo Antonio...lamento mucho lo de tu hermano pero eso no justifica semejante ingenuidad ¿No salta a la vista su juego?

Carrazans ladeó la cabeza desmoronado, incapaz de interpretar ni la sugerencia ni ninguna jugada. En menos de una semana, había recibido tantas noticias fatales que estaba agotado física y mentalmente. Lo único que le importaba era recuperar a su hija.

—La engañó para escaparse con ella. La escondió y ahora espera pedir una recompensa.

Antonio no sabía que decir. Sólo atinó a preguntar:

—¿Y qué pensás hacer?

—Meterlo en la cárcel y torturarlo hasta que confiese.

—José...yo no sé...parecía tan conmovido...

—Estaba actuando. Vas a ver, en menos de un día, cómo confiesa. No creo que aguante más de eso la mano de Bourque.

—Bourque —repitió Antonio en un tono que no decía nada.

—Si Bourque ¿Qué pasa con Bourque? Es mi hombre. Sabe cómo hacer estas cosas. Y... —dijo dándole la espalda— no me va a costar mucho hacerlo regresar de inmediato para esto. —Dejámelo a mí, Antonio —le dijo volviéndose para rodearle con un brazo los hombros— No hables con nadie de nuestra charla y esperá en Los Robles. Acostáte que llevas más horas sin dormir que una lechuza. Tu hija va a estar en tu casa pronto. Estoy acostumbrado a estas jugarretas y a gente de esta calaña. No te olvides que es medio indio. Indio al fin.

José estaba muy tranquilo, pensó Antonio y por un instante lo miró a los ojos. No eran los mismos ojos que había visto en Lorenzo unos momentos antes. Entonces emitió un suspiro entrecortado. Paula iba a aparecer.

Estaba atada sobre un camastro que olía a lana sucia. Tenía en la cabeza una bolsa de arpillera por la que se podía distinguir solo la luz de una vela iluminando la habitación. A su lado escuchaba el sonido de ramas quebrándose y luego, el crepitar del fuego al arder la madera. No podía escuchar sus pasos porque él llevaba calzado liviano en los pies, pero sabía cuándo lo tenía más cerca. Un goteo persistente le recordó que tenía sed, y tragó saliva porque sabía que cada vez que pedía algo, él la golpeaba. Todavía no entendía para qué la había secuestrado. Quizá, para pedir rescate. Pero tembló de miedo al pensar en que, por la forma en que la trataba, era posible que no estuviera en sus planes devolverla con vida.

Llamaron a la puerta. Él le sacó la bolsa de la cabeza y le metió un trapo en la boca para amordazarla. Ella se quedó muy quieta y cerró los ojos para no hacer contacto visual. *Ya va*, contestó su captor con ese peculiar acento francés mientras volvía a encapucharla. Tardaba afuera. Paula forcejeó intentando desatarse pero no lo logró. Tenía los pies y las manos anudados entre sí y al parecer, las sogas también estaban ajustadas a la cama. De pronto, oyó la puerta abrirse de nuevo, pasos a su lado pero de botas y luego la puerta cerrarse y caballos que se alejaban. Después de eso, el silencio fue total. Entonces había un cómplice, pensó. Alguien a quien ella no tenía que ver. Alguien que ella reconocería. Nadie más volvió a entrar. ¡Oh Dios! Pensó. Me dejaron sola. Siguió haciendo fuerza para un lado y para el otro, tratando de escuchar cada ruido. Si la descubría queriendo liberarse, descargaría con gusto su puño contra ella. Aparte sed, tenía hambre y mucho frío. Le dolían todos los músculos del cuerpo. A través de la capucha pudo

ver extinguirse la luz, se había apagado la vela. Luego de eso, luchó un rato más y se quedó dormida.

Una cuadrilla de al menos diez hombres, apresó a Lorenzo en su propia casa. Ni siquiera trató de defenderse. Sabía que mientras menos demorara esto, más pronto estaría Paula a salvo. William, hecho una furia contenida, era el único que estaba presente; había mandado a los sirvientes lo más lejos posible esa noche.

Lo trasladaron hasta el cuartel, pero no pasó por los registros; lo asignaron a un rancho separado del edificio principal, cerca de los corrales. Un lugar que sin duda amortizaba cualquier ruido. Le sacaron la camisa y las botas al tiempo que le propinaban una buena paliza. Pero Lorenzo era fuerte y resistió los golpes con soberbia. Todo lo que escuchara o viera era de vital importancia. De todas formas, se despachó defendiéndose de algunos; se necesitaron cinco hombres para inmovilizarlo y atarlo a una silla.

Cuando no podía mover más que el cuello, lo dejaron solo. Miró a su alrededor; el único mobiliario que había era otra silla y una mesa destartalada. Casi a sus espaldas, llegó a ver una abertura enrejada en la que apenas entraría una cabeza. El techo era de adobe y paja al igual que las paredes y a pesar del frío, el ambiente se sentía irónicamente cálido. Por la puerta entablonada que tenía frente a él, pasaba el sol de la madrugada, uno de sus rayos le daba directamente en un ojo encapotado. Afuera, escuchó un par de órdenes con acento francés. Al fin se encontraría con Bourque. El sol se borró de las rendijas. Al abrir la puerta entró primero su sombra que reptó por el piso. No era muy alto, y en la rara iluminación del lugar, aquella nariz aguileña, los ojos pequeños, negruzcos y los bigotes desprolijos, se conjugaban de forma perfecta; no podía ser más parecido a una rata colándose en la madriguera.

De la cintura se sacó un rebenque que separó de su cuerpo levantando el brazo en un gesto payasesco. Y ahí estaba la cicatriz. Maldito desgraciado. Lorenzo tenía la certeza de que en los próximos minutos, tal vez horas, no la iba a pasar muy bien.

Bourque pegó con el rebenque sobre la mesa.

—¿Dónde está ella! —rugió Lorenzo.

—Bonjour Sr Aráoz, no es usted el que debe hacer preguntas. Soy yo el que debo aparentar que se las hago.



—Si a ella llega a pasarle algo...

Bourque se acercó a su cara. Apestaba a mugre y alcohol.

—Tranquilo...lo único que le puede pasar es que me ruegue por más cuando al fin me la monte.

Lorenzo se levantó doblado con silla y todo y lo embistió con la cabeza. Bourque se lo sacó de encima y le dio un rebencazo en las rodillas que lo hizo caer de boca al piso. Y luego le dio una patada en el estómago con tanta saña que hasta él mismo trastabilló.

—Maldita seas indio roñoso. Tendría que haber matado a tu madre también.

Lorenzo desde el piso, lo miró con cautela. Notó que tenía las alpargatas impregnadas en arena.

—Ah... ¿no tenés idea de lo que estoy diciendo, verdad? ¡Cómo vas a tener idea si sos un maldito bastardo! —gritó descargando con furia el rebenque sobre su hombro desnudo.

Lorenzo sacudió la cabeza y apretó los dientes resistiendo el azote.

—¿Sos valiente, eh? Pues ahorráte la voluntad. Te vas a ir de acá derecho al infierno porque no tengo órdenes de dejarte con vida —lanzó una carcajada y descargó otro rebencazo pero en los tobillos de Lorenzo y luego seis, siete en la espalda— qué coincidencia, vos y ella en el infierno...

¡Dios!, pensó. En manos de éste desalmado estaba su dulce Paula. Tenía que resistir. Ni Anchorena podría salvarla ¿Ella estaba en el infierno? ¿Quién estaba en el infierno? ¿Qué quería decir eso?

En la puerta se escucharon unos golpes. Una voz le gritó a Bourque que lo buscaban. Se dio vuelta molesto y le dijo:

—Ce n'est pas grave. No te ilusiones. Más tarde me encargo de vos.

La puerta se cerró y todo quedó en silencio. Un momento después, se oyó algo como una explosión y tuvo que hacerse un ovillo, como pudo, porque parecía que se venía el techo abajo. De la nube de polvo surgió William como una aparición, nunca se alegró tanto de verlo de nuevo, también estaba cubierto de polvo. Atrás, *Los maría* que eran los que habían tirado con los caballos arrancando la ventana y parte de la pared de adobe con ella. William lo desató y de inmediato montó a Cimarrón huyendo antes de que los guardias llegaran desde lejos a entender lo que sucedía tras la nube de polvo.

—¿Y ahora? —preguntó William mientras galopaban alejándose a toda velocidad.

—¿Ya está listo Gonzalez Mestre?

—Esperando órdenes.

—Que vaya a la Cascada del Diablo —dijo Lorenzo— Vos buscá a Antonio Carrazans. Y ustedes —agregó mirando a *Los María* por primera vez con una seriedad que no admitía réplica— no me sigan.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? ¿Te sentís bien? Parece que te pasó una estampida por encima.

—Nunca me sentí mejor en mi vida —dijo mirándolo de frente con la cavidad morada del ojo.

La mención del infierno y la arena en las alpargatas le habían dado la pista. No había por la zona lugares donde se pudiese encontrar arena y el sitio quedaba muy cerca del cuartel. No tardó en llegar a la cascada. Dejó a Cimarrón en el arenal, a orillas del río. Había un rancho a poca distancia, pero lo suficiente para que nadie lo hubiese visto llegar. Lo rodeó y se encontró con un caballo atado en el palenque. Se asomó por la única ventana que había. Adentro la luz era poca, pero vio el catre. Se estremeció al descubrir el vestido celeste. Paula estaba ahí atada y encapuchada. Se obligó a mantener la calma. Bourque apareció en la habitación con una botella en la mano y Lorenzo volvió a ocultarse. Lo escuchaba ir y venir, golpeando objetos. Era evidente que estaba nervioso. Quizás, esperaba algo o a alguien. Lo que fuese, lo habían obligado con urgencia a volver a ese lugar, si no, estaría en el cuartel para terminar con la paliza que le tenía planeada. De repente, le dijo algo a Paula en voz baja, algo que Lorenzo no llegó a escuchar y ella se acurrucó contra la pared. Pero luego empezaron a hablar más alto.

—¡No! —gritó Paula bajo la capucha— no podés ser capaz... agregó despacio, casi al borde del llanto.

Bourque le sacó la bolsa de arpillera de la cabeza y Lorenzo pudo ver la cara toda magullada de Paula. Luego, con los dientes, arrancó el corcho de la botella que escupió en el piso.

—¿No? ¿A qué se piensa que me dedico? ¿A vender mazamorra? No mademoiselle Carrazans, yo me encargo de estos trabajitos sucios —se llevó la botella a la boca y tomó un trago largo— el oficio más magnífico que existe —agregó pasándose el brazo por la boca para luego dibujar círculos en el aire— Soy un especialista: en un mismo acto, puedo matar hoy a la mujer

y al amante sin que nadie pueda hacerme culpable. Como en un mismo acto maté a Lord Brendson y cobré por dos cadáveres.

Paula levantó un poco la cabeza, había quedado tan desconcertada como Lorenzo afuera.

—¿Al padre de Lorenzo Aráoz? —se animó a preguntar ahora que lo notaba más locuaz que violento.

Bourque levantó un cuchillo que había sobre la mesa, abrió la boca para mirarse los dientes reflejados en la hoja brillante y se los limpió con las uñas.

—Un encargo interesante. Muy bien pagado, por cierto.

—Eso es mentira. Murió en un accidente... en una cacería.

Bourque, esta vez, se quedó serio. Apoyó de nuevo el cuchillo con un cuidado exagerado y luego se sirvió licor hasta que el vaso que estaba sobre la mesa, rebasó.

—Mademoiselle ¿Quién le cuenta los cuentos? ¿Su padre o Anchorena? —preguntó él y al intentar beber se volcó todo en la ropa. Se alejó de la mesa ladeado y confundido.

Así de borracho era un blanco demasiado fácil, pero Lorenzo tenía que esperar un poco más para darle la oportunidad de que siguiera hablando.

—¿Querés que te cuente el cuentito yo? —preguntó agarrando la capucha y poniéndosela de nuevo en la cabeza ahora con extremada suavidad. Paula no se resistió aunque alejó el cuerpo un poco.

—Fue tan fácil... tan fácil —siguió diciendo él— A monsieur Brendson cazar animales en la Pampa le importaba lo mismo que a un gaucho la hora del té. Pero la india...a esa sí que no le fallaba.

Paula se había quedado inmóvil con la cabeza un poco levantada, como si quisiera escuchar mejor.

—Por poco y casi lo agarro en el catre con ella —dijo y se pavoneó lanzando un silbido entre dientes.

Por un momento Paula dudó de esta versión escabrosa, tan diferente a la de Lorenzo. Pensó en que quizás le estaba mintiendo para asustarla más. O que imaginaba cosas bajo los efectos del alcohol.

—Y maté dos pájaros de un tiro. Si señor —dijo sentándose en la cama junto a ella. Lorenzo se obligó a aguantar hasta el último minuto.

Paula hizo como que ignoraba que el colchón se hundía muy cerca suyo y con voz abandonada preguntó:

—Porqué dos ¿Mató a alguien más?

Y sin querer, ella lo estaba haciendo muy bien, pensó Lorenzo. Su

inferioridad de condiciones unida a esa manía que tenía de averiguar todo, exaltaba el morbo de Bourque. Él no le iba a hacer daño mientras Paula demostrara interés en su confesión.

—La vida te da sorpresas —dijo Bourque mirando al techo y por un momento pareció que no iba a decir nada más hasta que sonrió subiendo la alpargata al borde del catre para sacarse la mugre con el puño de la camisa— Cobré dos veces. Una para matar al inglés y tirarle el muerto a Anchorena y lo más sorprendente fue que luego, José Anchorena me pagó para que lo salvara del escándalo.

Paula atónita, solo atinó a negar con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó con voz temblorosa— ¿Por qué me secuestraste?

Paula no pudo ver cómo los ojos de Bourque centellaron y pareció recobrar de pronto, algo de lucidez.

—No quiero hablar más. Ahora vamos a entretenernos de otra manera —dijo haciendo un movimiento ondulante con el cuerpo mientras llevaba la mano hacia la mesa para apoyar el vaso. Al instante Paula escuchó un golpe seco, el quejido desgarrador de Bourque y lo que pareció ser la voz de Lorenzo gritando:

—¡Vas a contarle todo esto al juez o te dejo sin los otros tres dedos! Y te aseguro, no es lo único que deseo cortarte.

Los alaridos de Bourque no cesaban y Paula movía la cabeza desesperadamente intentando sacarse una vez más la bolsa. Al instante se vio librada de la capucha. Quiso levantarse del catre y en el intento, se lastimó las muñecas con las sogas que la ataban. Cuando entendió lo que estaba pasando le dieron náuseas. Bourque de rodillas en el piso doblado de dolor, con la mano arriba, clavada a la mesa, atravesada por un cuchillo. Ahí nomás, dos dedos amputados en un charco de sangre.

Por la puerta irrumpió Carrazans, con William, el abogado Gonzalez Mestre, y el comisario con un puñado de oficiales.

—Este hombre —habló Lorenzo— tiene unos cuantos delitos que confesar que el juez va a escuchar encantado —y luego de decir esto, desclavó el cuchillo de la carne y el tablón. Bourque gritó espantado arrastrándose por el piso alrededor de la mesa para escapar de Lorenzo. Uno de los oficiales se adelantó y el comisario le cerró el camino con el brazo.

—¡No tengo nada que declararle al juez! ¡Él es el que mandó a secuestrarla! —chilló Bourque en dirección al grupo que aguardaba de forma inquietante a unos pasos de él.

—Seguro que eso va a ser lo más atractivo de toda la declaración —le sugirió Lorenzo agachándose a su altura, al tiempo que blandía amenazante el cuchillo sobre los dedos que le quedaban.

—¡Sáquenme a este salvaje de encima! —aulló Burque—  
¡Saquenmelo!

—Creo que no es necesario más —dijo el comisario apartándole a Lorenzo la mano que sostenía el puñal.

William y Carrazans permanecieron como petrificados hasta que Lorenzo finalmente soltó el cuchillo. Luego Carrazans corrió a encontrarse con su hija. Paula se dejó envolver por el abrazo protector de su padre y por encima de su hombro vio a Lorenzo descentrado, muy lejos de ahí. Ni bien Antonio le cortó las sogas, corrió hacia él. Lorenzo tenía los brazos colgando y por un momento pareció no poder responder. Pero luego la recibió y la dejó llorar, acariciándole la cabeza y susurrándole de esas palabras desconocidas que parecían tener el poder de alterar el tiempo, el curso y el sentido de las cosas.



Entre la vorágine del hallazgo de la señorita Paula y el aluvión de revelaciones en torno a tan horrible episodio, William no había encontrado oportunidad ni excusa para ver a Nicolasa.

Unos meses atrás, cuando Lorenzo viajó a Buenos Aires por lo de la epidemia, el acercamiento se había dado de forma natural. William pasaba por Los Robles con regularidad cumpliendo, en definitiva, con la misión que le había encomendado Lorenzo: asegurarse de que las señoras no necesitaran nada. No podía negar que desde que conoció a la negra en aquellas fiestas patronales, había quedado cautivado; solo un ciego no lo haría, ella era capaz de robarle hasta el aliento a cualquier hombre solo con pasarle cerca. Y parecía muy consciente de su atractivo; ignoraba a los caballeros como si estuviera saturada de halagos.

Con la excusa de sus bien intencionados fines, William terminó tomando el té todas las tardes con ella y la señora Deirdre. Una de las primeras cosas que le había llamado la atención era la soltura con la que se desenvolvía Nicolasa; charlaba, se reía cómoda con el rol que desempeñaba en esa casa, que no era precisamente el de una sirvienta. Sin embargo, a pesar de estos encuentros cada vez más prolongados, cada vez menos solemnes, la mulata jamás posaba sus ojos en los de él más de dos segundos. William interpretó que el interés de Nicolasa hacia él, no era mayor que el que experimentaba hacia el florero de la mesa ratona. La conversación entre las mujeres era fluida, hablaban a la vez y a él le costaba entender lo que se decían. A pesar del tiempo que había transcurrido desde que había llegado a este país, todavía el idioma le traía estos sinsabores. Incluso, le costaba más entender a Nicolasa cuando quedaba a solas con él, las pocas veces que Deirdre se excusaba por sus malestares. Esa fue la razón por la que, en vez de tratar de entender todo, observó. Se dedicó a adivinarla a través de cada gesto

y de cada movimiento. Por ejemplo, el sabor del té en su boca, el desconcierto en sus ojos cuando no era lo suficientemente dulce, la temperatura del líquido cuando bajaba por su delicada garganta. Él aprendió a leer el vapor de la taza solo para advertirle que tuviera cuidado porque quemaba, a interpretar la indecisión de sus dedos para saber cuándo era el momento oportuno de acercarle la bandeja con pastelitos. Y como ella parecía estar en constante estado de inquietud, también llegó a darse cuenta, por un casi imperceptible movimiento de su rodilla bajo la falda, cuando era el momento indicado para retirarse pues las señoras tenían otros quehaceres.

Una de las tardes, al llegar a la casa, la señora Deirdre se encontraba indispuesta como otras veces, pero Nicolasa no lo invitó a entrar. Todavía en la puerta, él preguntó con preocupación si era necesario que buscara un médico y Nicolasa le sonrió enigmáticamente con sus enormes dientes blancos. No sabía si la sonrisa era por él o para él o si era un regalo malintencionado del destino perverso que hace desear cosas que no se pueden tener. Porque lo extraño era que nunca había hecho eso, sonreírle así. Entonces atravesó la galería pasando por delante de él y le indicó que la siguiera. William obedeció sus palabras incomprensibles como un gatito va tras los sonidos de su ama que sostiene el plato de leche tibia. Se internaron en el jardín del costado de la casa, que podía estar lleno de capullos húmedos, mariposas y picaflones, pero la magnificencia de aquella espalda pequeña, sus curvas generosas y el hipnótico ondular de sus caderas, hicieron que desapareciera al instante el resto del paisaje. Y de repente, se agachó indicándole que hiciera lo mismo. La vio agarrar hojas, tallos, semillas que frotó entre sus manos oscuras y que le acercó a la nariz. Desprendía un aroma que debía ser el aroma del paraíso, o del limbo y William se sintió de pronto entre las nubes y cerró los ojos para escuchar su risa que ahora se acercaba. Y cuando ella quiso arrebatárle la ilusión alejando sus dedos perfumados, él le agarró las manos y todo se detuvo. Nicolasa ya no se reía. Y los pétalos y las semillas fueron a parar al suelo y él se encontró con esas manos entre las suyas deseando más de aquel perfume. Y siguió oliendo sus palmas y sus muñecas y el espacio entre los dedos como si acabara de descubrir una tremenda adicción que lo convirtiera en otro, un William desconocido hasta para sí mismo. Un William que tenía que probar sus labios más allá de las consecuencias y de todos los correctivos que pudieran existir por semejante atrevimiento. Entonces, con los ojos aún cerrados, la besó. Y fue un beso corto y casto, como pidiendo permiso pero rotundo, tan intenso como un

abismo. Se quedó en esa sensación, con los párpados relajados tratando de volver al estado de equilibrio. Cuando los volvió a abrir, Nicolasa se alejaba corriendo por el camino de las flores ahora con espinas e insectos ruidosos, molestos, que eran el alimento de pájaros rapaces. William quería cavar un pozo ahí mismo y cubrirse de hojas secas hasta no volver a ver la luz jamás. Pero él se lo había prometido a Lorenzo, y al día siguiente, volvió a la hora del té.

Era una tarde oscura y ventosa. En el sillón, la señora Deirdre todavía se encontraba un poco desganada, con los pies hinchados y una manta sobre las piernas. Su vientre estaba ya enorme y William, que no entendía nada de esas cosas, imaginó que el alumbramiento no tardaría mucho. Nicolasa no se presentó en la sala y él, que ya no pretendía ser más que amable, se limitó a asentir o a expresar alguna idea vaga mientras se perdía en los intrincados dibujos de la alfombra.

Un trueno estalló en el cielo y en la cocina se oyó un ruido alarmante. William se ofreció a inspeccionar. En la penumbra tormentosa, un juego entero de cubiertos desparramados en el piso. Unas manos negras, hermosas y perfumadas lo agarraron de la solapa y lo deslizaron hasta la pared contigua. Y en el silencio de los relámpagos que iluminaban de a ratos, lo asaltaron los besos de Nicolasa; que mudos pedían pastelitos, y que sabían a azúcar y a té tibio.

Entre trámites, declaraciones y una sorpresa muy especial que tenía preparada para Paula, Lorenzo no había vuelto a verla. Sabía que se encontraba mejor y nada más.

Ahora estaba ahí, ansioso. De pie en el umbral se sintió arder como cualquier noviecito con los nervios a flor de piel. Nicolasa abrió la puerta y casi se abalanza sobre él soltándole elogios y felicitaciones mientras lloraba exaltada. El abrazo de su madrina le recordó los rebencazos de la espalda que todavía no cicatrizaban, y se apartó con suavidad dándole un beso largo en la mejilla. Cuando Nicolasa vio que William venía con él, enmudeció planchándose el vestido con las manos.

Deirdre llegó a la puerta enseguida. Vestía de luto por la muerte de su marido y tenía la mirada inundada de amargura. Lorenzo se sintió identificado con su tormento; cuánto lo había invadido el terror por Paula. Había estado tan cerca de perderla que así de fácil se le hizo carne aquel



mismo vacío que se reflejaba en los ojos de Deirdre. El valor de su existencia habría sido nulo si Paula no estaba.

Estiró una mano hasta alcanzarla y la contuvo en sus brazos.

—Gracias por traer a Paula con vida —dijo ella y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento —dijo él.

—Lorenzo... no creo que pase nunca... no se puede soportar este dolor...

Él volvió a abrazarla con fuerza y no la soltó hasta que sintió que se calmaba.

—¿Viniste a verla? —dijo ella secándose las lágrimas con un pañuelo.

Nicolasa que continuaba al lado de ellos comenzó a explicar:

—Paulita está volviendo del pueblo. Salió esta mañana temprano a buscar... bueno, cosas de mujeres que a usted no le tienen que importar mijo —dijo dándole un codazo cariñoso.

—Sí, vine a verla. Y también a hablar con Don Carrazans —contestó.

Nicolasa los condujo hasta la biblioteca. Siempre tan verborrágica, en el camino se dio vuelta varias veces para contarle a William lo valiente que había sido siempre su ahijado. *¡De chiquito!*, ponderaba. Lo encantada que estaba con su proceder, por su hombría, por la manera en la que había resuelto las cosas...

Tras ser anunciado, Lorenzo entró al despacho y le hizo una seña a William para que entrara con él. Pero otro criado apareció para decirle algo en el oído a Nicolasa que si no fuera porque Lorenzo la conocía y sabía lo exagerada que era para todo, se habría alarmado, porque de pronto ella perdió todo el color de la cara.

—Qué pasa —le preguntó William menos acostumbrado a sus intrigas. Y a Lorenzo no le pasó desapercibido la confianza con la que se dirigía a ella.

—Nada, nada. Es la cocina —dijo Nicolasa en tono de confidencia pero abriendo los ojos en un gesto que al parecer significaba algo impostergable también para William, porque de inmediato se excusó.

—Tengo que ir a ayudar —dijo.

Carrazans estaba ahí esperando y Lorenzo no se iba a poner a indagar sobre el misterio que tanto los inquietaba, así que entró al despacho solo.

Luego de estrecharse las manos, Carrazans le hizo un gesto indicándole que se sentara frente al escritorio y se desplazó hasta un mueblecito de atrás.

—Te debo cosas que no se pueden devolver —dijo Carrazans de golpe dándose vuelta hacia Lorenzo.

Esta vez, sirvió él mismo los tragos sin necesidad de ningún sirviente.

—Quiero disculparme por haberte mentado con respecto a la muerte de tu padre, pero tenés que entender que no tuve opciones.

Por primera vez Carrazans habló de lo que no había hablado ni siquiera con Micaela, aunque ella supiera exactamente lo que había sucedido. Del suplicio que fue cargar con aquel secreto tanto tiempo; todas sus relaciones, su vida social, todo fue perdiendo importancia. Se había vuelto un hombre taciturno, fácil de manejar por Anchorena que tenía más que él que perder si la forma en la que murió Lord Brendson trascendía.

—Los dos disparamos. Cualquiera podía ser... —dijo amargamente todavía de pie frente a él— Lord Brendson, para colmo, estaba muy vinculado con El Restaurador. Y José, tenía un complicado compromiso político. Pero no quiero hablar de José, estaba tan equivocado con respecto a él...

Lorenzo trató de imaginarse por un instante lo que sería ser defraudado por un amigo de toda la vida. Como si Thomas, por ejemplo, de pronto se transformara en una persona horrible.

—Y luego Lezica... —chistó Antonio ahora con la mirada vidriosa— un inocente que por una chacra miserable se arriesgó a pasar la vida tras las rejas... muchas veces quise ir a verlo —dijo con las manos abiertas— pero José me lo prohibió. Pero eso no es excusa ahora ¿no?

Los hombros bajos, y los puños cerrados contra el cuerpo. Lorenzo no podía reconocer al hombre que, cuando chico, le parecía omnipotente.

—Yo soy el que estoy en deuda con usted —atinó a decir él.

Carrazans emitió un suspiro cercano a una risa sin ganas.

—¿Por qué estarías en deuda conmigo?

—En todo caso, es un accidente. Ocultarlo no lo hace culpable. Además, usted me guió hacia la verdad. Podría haberse desentendido, mi madre nunca había dicho palabra de la identidad de mi padre y nadie lo iba a hacer. Sin embargo, usted manejó todos los hilos para que yo llegara a la duquesa.

Carrazans se dejó caer en su asiento sin mirarlo.

—También desconfié de tus intenciones, Lorenzo —dijo de pronto incorporándose en la silla— Conozco a José Anchorena y si bien sé que tiene sus claroscuros, nunca imaginé que sería capaz de raptar a mi hija a riesgo de que le pasara cualquier cosa. Me pintó las cosas de una manera que me fue difícil no creerle.

—Confiaba en él. A cualquiera podría haberle pasado por lo mismo.

—No lo creo, vos sos un hombre inteligente. Manejaste todo de forma impecable, y dejáme felicitarte, aparte tenés un gran equipo.

La conversación se fue poniendo menos personal cuando Carrazans le contó las novedades del caso. Anchorena y Bourque estaban involucrados también en otros delitos que restaban ser comprobados; contrabando, estafas y robos.

—Al parecer —dijo— Bourque está encantado de confesar al detalle ¿sabés? Es tan sádico que todavía se reía mientras explicaba cómo “con un poquito de ruido atrás de los arbustos nos creímos que era un ciervo”.

Apretó las mandíbulas; era evidente que no podía dejar de pensar por lo que había pasado todo este tiempo. Y siguió:

—Confesó haber sido sicario de la mazorca... Y mi hija ahí, con él, estuvo tan cerca... —dijo sacudiendo la cabeza como si quisiera sacarse alguna imagen—. Por eso mató a tu padre —continuó—. Un encargo de la mazorca.

Lorenzo no podía entender.

—Pero por qué...

—Todo fue por las tierras —aseguró Carrazans sacando un libro de cuero del primer cajón del escritorio mientras, le contaba cómo Rosas, que tenía facultades extraordinarias otorgadas por la legislatura provincial, tenía poder absoluto.

Lorenzo recordó que había estado hablando sobre lo mismo hacía un tiempo atrás con el abogado Lopez Mestre.

Con un paño, Carrazans limpió la cubierta.

—Fueron épocas difíciles —dijo—. La confederación, asolada por guerras civiles, y El Restaurador guardaba una particular simpatía por todo el que contribuyera a su causa—. Lord Brendson, como otros, gozaron del beneplácito: no estaban obligados como los criollos a cumplir con determinadas exigencias del gobierno.

—Por eso adquirirían tierras.

—Entre otras cosas —dijo extendiendo una carta guardada en el libro.

Lorenzo la tomó de su mano. Era una carta del mismísimo Rosas dirigida a Anchorena en donde le ordenaba el tipo de inversiones autorizadas a realizar sin empréstitos forzosos.

—Rosas era pariente de Anchorena, medio lejano, pero pariente al fin.

De ahí que le ofreciera el cargo —dijo señalando la carta—. Pero, según declaró ayer Bourque, El Restaurador se cuidó de mandar a un mazorquero fiel a echarle un ojo. Con un espía los negociados que el flamante juez pretendió hacer a espaldas de su pariente, no tardaron en ser descubiertos.

Lorenzo se respaldó en su sillón.

—El asesinato fue la advertencia de la mazorca hacia Anchorena, le tiraron el muerto —concluyó Lorenzo.

—Correcto. Lord Brendson no tuvo nada que ver en todo ese lío. Pudo ser él como cualquier otro. Por lo que dijo, era el más vulnerable de la comitiva. Ya sabía que su madre y él... bueno.

—Entiendo —carraspeó Lorenzo al ver que Carrazans se incomodaba.

Lo observó ponerse de pie para atizar el fuego que ardía en la chimenea y a Lorenzo le llamó la atención que ese día, se mostrara particularmente doméstico. Ese señor que antes fuera su patrón, que lo puso en un barco para cambiarle el destino, y que pagó por su educación para limpiar su conciencia era un hombre que continuaba inspirándole respeto. Sabía que necesitaba de su parte alguna forma de absolución. Y aunque no le gustaba hablar de su vida personal, decidió serle franco.

—No albergo ningún sentimiento hacia el hombre que me engendró más que indiferencia. Lamento el asesinato de un inocente, eso es todo. Pero espero para ellos que el castigo por secuestrar a Paula, sea ejemplar —y dicho esto, se tomó el whisky de un solo trago y dejó el vaso vacío sobre la mesa. Pasándose una lezna entre los dedos de un lado a otro, Carrazans lo observó intrigado

—Quiero pedir la mano de su hija —soltó Lorenzo sin más preámbulos.

Carrazans se ahogó con el whisky soltando la lezna que rápidamente Lorenzo atinó a atrapar en el aire. Y tras eso, los pensamientos le comenzaron a llover sólidos y desordenados como el granizo. Como que, para empezar, no era en absoluto el esposo que hubiera imaginado para su hija. Y no porque a él le desagradara, todo lo contrario. Sino porque era un hombre difícil de integrar al cerrado submundo de la elite porteña. Lo miró de arriba abajo reparando por primera vez en ese encuentro, que estaba con sus ropas gauchas. A pesar de su notable prosperidad ¡si tenía casi la misma cantidad de hacienda que él mismo! pensó con asombro, parecía mezquino a todo lo que el dinero pudiera comprar, no le interesaban las apariencias, ni lo tentaba la pompa. Por otro lado, había que reconocer que era dueño de una personalidad interesante, nadie se atrevería a desafiarlo, se distinguía como

una comadreja entre gallinas. Y luego también estaba el asunto, había que frenar el escándalo. Paula había vivido con este joven bajo el mismo techo sin carabina. Aunque la fiebre amarilla pudiera hacer parecer todo justificable, no era así. Sumado a que el novio, que se había presentado en sociedad, ahora estaba tras las rejas. Más que honor, era ya una cuestión de salvar la decencia. Entonces se dio cuenta de que se había quedado demasiado tiempo callado.

—No sé qué decirte. Todo esto ha sido tan... repentino. Pero si es el deseo de los dos... —se encontró diciendo y la frase le pareció de lo más estúpida. Ya los había visto mirarse.

—Bueno, ella todavía no me ha dicho que sí.

—Lorenzo —dijo largando un suspiro— la última vez que traté de imponerle algo a mi hija no me fue muy bien. Esta vez, me gustaría saber si ella está de acuerdo. ¿Por qué no va y se lo pregunta?

Lorenzo se irguió rígido como un soldado al que acaban de darle su misión y a Carrazans le pareció asombrosa la debilidad que podían despertar las mujeres en los hombres. De pronto, ese Lorenzo implacable que unos días atrás le había cortado los dedos a Bourque, parecía nervioso y hasta desorientado.

—¿Me permitiría llevarla a un paseo?

—Te acordás tarde de hacerme esas preguntas.

Lorenzo asintió con naturalidad, sin asomo de culpa. Cuando se pusieron de pie, Carrazans rodeó el escritorio para estrecharle la mano y para terminar con todas las formalidades, le dio unas palmadas en el hombro.

Cuando abrió el despacho, Nicolasa se encontraba de espaldas pasando el plumero por aquí y por ahí sobre un florerito minúsculo. Lorenzo se fue apurado y Antonio se quedó con los brazos cruzados a la espera de que la negra terminara, para retarla, porque sabía que había estado tras la puerta escuchando. Pero de pronto ella se dio vuelta con la cara mojada de lágrimas.

—Fue *él*, patrón.

Por respuesta Antonio alzó una ceja y bastó ese gesto para que Nicolasa empezara a contar lo que, confesó, jamás había dicho porque tenía un miedo demencial a que algo le pasase.

—Fue ése, Bourque —continuó infundida por su propia valentía. Era la primera vez que se atrevía a decir su nombre sin que el cuerpo entero le temblara. Para ella siempre fue “el innombrable”; un recuerdo tan repugnante que como el diablo, no había que llamarlo— yo solito tenía doce años, patrón

—dijo levantando la barbilla—y ni siquiera pude gritar, porque yo soy negra y me enseñaron a obedecer, y a naidés le importaba en ese entonces. Pero quizás le sirva saber patrón, que ese bruto es un monstruo.

Antonio no pudo hacer otra cosa que guardar silencio. Se acordaba de aquella nena embarazada, de piernas largas y brazos huesudos que apenas se podía sostener en pie con esa barriga. Y de Micaela, muy joven y embarazada también, con su perorata de la liviandad de las negras para abrir las piernas tan pronto como les cambiaba la dentadura. Era verdad que en aquel entonces era sólo una criada, que había caído en la casa ni recordaba cómo, pero él no había sido nunca indiferente a su desgracia.

Ahora ella lloraba a la espera y quiso decirle algo que la hiciera sentir valorada.

—Bourque te quiso comprar para él —le confesó— Y yo no quise. En esta casa sí importas.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él se alejó a paso ligero por el pasillo. Y la negra sonrió mirando el espacio vacío que había dejado su patrón.



—Te tengo una sorpresa —dijo Lorenzo y luego silbó hacia dos caballos que pastaban cerca y que se acercaron trotando alegremente.

A Paula los días se le habían hecho interminables en su ausencia, y ahora le parecía que debía reprimir la alegría inevitable de tenerlo de nuevo a su lado. Después de todo lo que habían pasado juntos, no podía entender que él hubiera desaparecido de aquella forma, como si la tierra se lo hubiera tragado. Ni una nota, nadie que supiese de él. Lejos de Buenos Aires, era difícil saber a qué dedicaba el tiempo la gente si no había ni una iglesia donde encontrarse. En un momento, al borde del desespero, llegó a pensar que las cosas serían así, que él simplemente la olvidaría para reanudar su existencia aventurera y solitaria, para no regresar jamás. Que se habría ido con ovejas, con caballos o con cualquier cosa que lo arrojara a la Pampa, para olvidar de los dolores de cabeza que le había causado. Si incluso se había dado el lujo de rechazarlo, pensó. Y el peor de los miedos era justamente que creía conocerlo, creía saber que él sería capaz de desprenderse de sus recuerdos así de fácil. Pero se había equivocado; él hora estaba ahí.

Contempló los caballos con un cariño melancólico. No había vuelto a montar sola, pero ya no la asustaban. Reconoció a Cimarrón, que se removía nervioso con una silla inglesa en el lomo, como una señorita probando por primera vez las bondades del corset. El otro caballo no se veía tan temperamental, todo lo contrario, parecía salido de un cuento: tenía el pelaje color té con leche, las crines blancas y largas y los ojos, miel.

Aceptó la ayuda de Lorenzo para subir al estribo.

—¿Cómo se llama este caballo tan hermoso? —preguntó estirando la mano para darle unas palmadas en el cogote.

—Es una yegua, se llama Música. Y es tuya, regalo de cumpleaños.

“*Música*” repitió para sí misma Paula y sonrió. Había pasado su

cumpleaños enferma junto a él. Habían peleado y luego habían pasado mil cosas. Sin embargo él no lo había olvidado.

—Gracias. Nunca tuve un regalo tan grande.

A pesar de ser invierno, al sol se estaba bien. Primero fueron al paso, al rato Paula se animó a apurar a su yegua con los talones hasta hacerla trotar y al final terminó galopando. Paula reconoció el paraje que precedía a la laguna, pero en vez de bajar a la orilla, la fueron bordeando.

—¿Adónde vamos?

—No sea impaciente, señorita Carrazans, ya no falta mucho.

A pesar de estar en el medio del campo, siguieron por un senderito en donde el pasto se notaba pisado. El agua a la distancia estaba calma y reflejaba como un espejo los escasos árboles y las nubes de ese cielo nítido. Una bandada de patos pasó graznando sobre la superficie hasta encontrar un remanso donde guarecerse. Se daba cuenta cómo Lorenzo estaba atento a cada ruido, a los imperceptibles movimientos de los caballos y a las cosas que sucedían alrededor. De vez en cuando la miraba con esos ojos azules sin decir palabra y ella prefirió unirse a ese silencio en donde solo ellos dos parecían estar callados.

—Llegamos —dijo él y se detuvo al tiempo que le señalaba una casita.

Paula entrecerró los ojos tratando de entender de qué se trataba. A su lado, ya estaba Lorenzo desmontado para ayudarla a bajar. El roce del vestido que se levantó contra el cuerpo de Lorenzo afectó inmediatamente a los dos. Hacía casi una semana que no se tocaban y se deseaban con esa impaciencia que nace de la espera. Paula le ofreció sus labios, él le acarició la mejilla y luego le dio un beso ardiente. Entonces ella pudo sentir cómo serpenteaban cosquillas frescas a través de su piel. Quería tocarlo, aferrarse, enredarse y no le importaba si estaban a cielo abierto. Deslizó los dedos fríos por debajo del poncho. Él se los agarró bajo el abrigo hasta calentarlos y luego detuvo los besos y sin soltarla le sonrió diciendo:

—Vamos. Tengo algo mejor para vos.

—¿Mejor que tus besos?

Pero él parecía más interesado en lo que estaba por venir. Le dirigió una mirada enigmática, indicándole que lo siguiera.

La casa se notaba abandonada. No había animales ni nada sembrado. Aunque por la estación las ramas estuvieran desprovistas de hojas no cabía duda que hasta los árboles estaban muertos.

A la derecha del camino una lechuga sobre el pozo de brocal, los



observaba. No se asustó cuando pasaron a su lado. Lorenzo abrió la puerta.

En contraste con la desolación de allá afuera, el interior estaba lleno de vida. Porque lo primero que vio Paula fueron las flores. Una mesa con un mantel blanquísimo. En el centro, un arreglo floral tan complicado que seguro sería el galardón entre todos los de las floristas de la calle Independencia. Había jarroncitos que adornaban cada uno de los rincones y hasta las ventanas. Era increíble, pero sencillo a la vez. La mesa estaba servida: torta y pastelitos, porcelana inglesa y refulgentes cubiertos de plata. Una silla mecedora estaba al lado de la chimenea y a sus pies una alfombra. Un ligero olor a humedad se mezclaba con el de los capullos y las maderas, único testimonio de la antigüedad de la casa.

—¿Qué es este lugar? —preguntó ella a sus espaldas y se adelantó hasta llegar a su lado. El ambiente no estaba dividido, de forma que, desde ese sitio pudo repasar la insólita exquisitez con la que todo había sido colocado.

—Cuando compré estas tierras que pertenecieron a tus abuelos encontré esta casa abandonada —dijo él acercándose a la chimenea para prender el fuego que ya tenía los troncos preparados.

Mientras lo escuchaba y se sacaba el abrigo, Paula se acercó a oler las ristras de lavanda fresca que envolvían las cortinas de las ventanas.

Lorenzo se puso de pie siguiéndola con la mirada y evaluó el esfuerzo con satisfacción. Había hecho hasta lo imposible para levantar esas ruinas en menos de una semana. Hizo falta reconstruir el techo íntegro y una pared y luego una horda de ayudantes y sirvientes para acondicionarla. Bajo las órdenes de William, la limpieza funcionó como un batallón de infantería; tenía que reconocer que gracias al buen gusto de su amigo, había quedado soberbio. Si Paula hubiese visto en el estado en el que había descubierto ese rancho no podría creerlo.

—Es una casa humilde pero hecha con buenos materiales —continuó él — Siempre me llamó la atención. Estaba rodeada de yuyos, las paredes cubiertas de enredaderas.

—¿Y por qué te llamaba la atención? —preguntó Paula que ya no quería saber qué hacían ahí, sino dejarse llevar por la musicalidad la fantasía donde la Lorenzo la quería conducir.

—Porque no es común. Está demasiado alejada del casco para ser útil para algo y ningún peón vive tampoco tan distante.

—¿Entonces? —dijo ella sentándose en la mecedora cerca de los troncos que recién empezaban a prenderse.

—Esta semana estuve meditando mucho todas las cosas que habían pasado. Estaba dando vueltas por el campo, viendo las majadas y me volví a encontrar con esta construcción. Y me metí. Pura curiosidad —dijo alzando los hombros sin decirle a Paula qué era lo que tanto tenía que meditar. Aunque le contó otras cosas, como por ejemplo, lo que le había costado llegar hasta la puerta por aquel camino espinoso. Que la casa estaba sucia, llovida, llena de nidos de pájaros. Que los pisos de madera estaban intactos y que, gracias a eso, descubrió *el tesoro*, dijo y Paula, concentrada en las cosas que creía que él no le decía, se irguió de repente en la mecedora.

—¿*Tesoro*? —repitió ella pensando que había escuchado mal y no pudo evitar imaginar un baúl antiquísimo con herrajes oxidados desbordante de monedas de oro y piedras preciosas. Lo observó arrodillarse hasta alcanzar una de las tablas del piso que alzó con la punta de un dedo. No aguantó la ansiedad y se acuclilló a su lado. Él giró la madera sobre un clavo y luego metió la mano en el hueco. Del fondo extrajo un rollo sucio plagado de telas de araña. Lorenzo desató el nudo y lo extendió en el piso.

Paula cada vez más desorientada, se acercó. Se trataba de un dibujo en carbonilla, un hombre con el torso desnudo, en la mano llevaba liebres, o pescado; no era muy nítido. Parecía en verdad antiguo, probablemente se había borrado con los años.

—No entiendo —dijo agarrándolo de las puntas para que la luz le diera mejor.

Lorenzo había ordenado que acomodaran todo pero que dejaran la tabla suelta intacta a propósito, tal cual como él la había hallado.

—Yo tampoco lo entendí ni le encontré mucho sentido cuando lo descubrí. Pero ¿Por qué ocultar tan secretamente algo así? Pensé que debía haber más.

Paula lo seguía con atención. No sabía a dónde quería llegar Lorenzo, pero era evidente, estaba tan ansioso como ella. Se le adivinaba en ese gesto que le parecía encantador, cuando curvaba la boca reprimiendo la sonrisa. Él le extendió la mano para que se pusiera de pie y señalándole otra puerta, le dijo:

—La respuesta está afuera.

—¿Qué es? Ya no aguanto más el suspenso —admitió.

—Allá, bajo el nogal.

Salieron juntos y caminaron en esa dirección. Los pasos de Paula se hicieron más lentos al comprender de qué se trataba. Era una tumba. Sintió la

piel de los brazos erizársele por una sospecha imposible. Se agachó a correr los yuyos que tapaban la inscripción.

—Leticia Arregui... —leyó y se llevó la mano a la boca. Su abuela. Una tumba en el medio de la nada. Lejos de una iglesia, de un cementerio y lejos de la casa en la que había criado a sus hijos. Se dio vuelta a mirar el rancho y el camino abandonado que alguna vez, quizás, había estado bordeado de flores. Se imaginó el humo siempre en la chimenea, a su abuela cocinando en un lugar en el que no habría sirvientes. Y el dibujo bajo las tablas, que ahora que lo pensaba bien, parecía un indio. Miró a Lorenzo, demudada.

—Creo que nadie sabe de la existencia de este sitio —dijo él.

Paula volvió su atención a la tumba negando con la cabeza.

—¿Vos crees que ella vivió acá con su amante?

—Supongo —dijo él recogiendo una rama del piso con la que se dio unos golpecitos en la bota— Tiene que haber sido muy difícil para él, lejos de las tolдерías.

Paula lo miró de reojo. Casi tan imposible, pensó, como sacar a Lorenzo de Arroyo Cruzado e intentar que se acostumbre a las tardes ociosas de los clubes de hombres de Buenos Aires.

—También puede haber vivido sola —concluyó ella tratándose de poner en la piel de aquel otro indio— No sé. Aparte es imposible que mi abuelo no supiera que ella estaba tan cerca —dijo cerrándose el chal sobre el pecho.

—Son preguntas que le vas a tener que hacer a tu padre.

Paula se puso de pie y luego de un rato en el que no se dijo nada más, caminaron de nuevo hacia la casa.

—Qué destinos parecidos ¿no? Blancos e indios. Mi abuela Leticia...tu padre Lord Brendson —reflexionó Paula.

—Vos —dijo él y ambos se detuvieron.

Paula lo miró a los ojos que parecieron más azules, más íntimos, más reveladores que nunca.

—No tengo —empezó a decir él— para ofrecerte mucho. No soy distinguido ni vengo de cuna irreprochable. Valoro la sencillez, no puedo vivir entre las frivolidades de la aristocracia. No pertenezco a ese mundo y nunca lo voy a hacer porque aunque haya heredado una pequeña fortuna, soy un hombre del campo. Por lo tanto, no puedo garantizarte una vida de lujos porque yo mismo no los quiero.

Paula no aguantó más y se lanzó a sus brazos.

—¡Sí, quiero! —gritó.

—Pero todavía no pregunté nada —se quejó él.

Los dos se rieron y se abrazaron de nuevo. Paula temblaba y Lorenzo la envolvió con el chal.

—Está haciendo frío. Vamos a la casa —le dijo.

No tenían mucho tiempo. Por más que Carrazans hubiera autorizado una cabalgata, no era apropiado que desaparecieran todo el día. Él se dispuso a apagar el fuego pero ella lo detuvo y se agachó junto a él tentándolo con besos que Lorenzo no se esforzó en detener. A Paula le pareció tan excitante tener que desahogarse rápido que lo atrajo hacia ella apartándole las manos de sus botones para impedirle que le sacara el vestido. Él se tentó de risa y Paula lo empujó hacia un costado haciéndolo rodar sobre la alfombra. Hábilmente giró junto a él y se sentó a horcajadas sobre su vientre.

—Quiero que me digas eso que me decías la primera noche que dormimos juntos —ronroneó bajándose las mangas de la camisola hasta liberar sus pechos.

Lorenzo estiró los brazos para tocar con la punta de los dedos los pezones rosados mientras la dejaba mecerse sobre él con una cadencia perversa. Movié los labios tratando de controlar el aire para poder pronunciar las palabras en ranquel que sonaron como un mantra. Y siguió recitando hasta que Paula se volcó sobre él a besarlo.

—Lo usamos para domar a los potros —explicó entre sus besos. Y Paula empezó a moverse rítmicamente sobre él hasta percibir un cambio en su mirada, en su respiración. Y pensó en que los indios no doblegaban a los potros, hechizaban su espíritu.



Nicolasa, desde la cocina, los escuchó entrar al salón. Se sentaron en uno de los sillones hablando animadamente de algo de una ceremonia, de gente que iba a venir de todos lados. La negra no aguantó más y salió echa una tromba para encontrarlos.

—¡Ansina los quería agarrar! —dijo a los gritos revolviéndole a Lorenzo el pelo como cuando era chico, mientras lo increpaba por no haberle avisado primero a ella de sus intenciones hacia Paula.

—¡Basta, Nicolasa! —le dijo Lorenzo riéndose, tratando de sacarse esas manos de encima, y se imaginó que no habría nadie encasa porque Nicolasa se desbandaba a sus anchas cuando el patrón no estaba.

A Paula le resultó gracioso cómo se trataban; porque a ella le pasaba lo mismo con Nicolasa. Para la negra, no dejaban de ser dos chicos y para ellos, Nicolasa era como una tía, un personaje fundamental entre sus afectos.

Los tres se fueron juntos a la cocina a tomar unos mates. Ahí Nicolasa se enteró de que habían planeado vivir en el campo, volver a la estancia, y casi le da un soponcio de felicidad. Parecía un sueño volver a tenerlos a los dos juntos tan cerca, luego de tantos años en que debió acostumbrarse a largas soledades y a visitas esporádicas. Luego se entusiasmó con el asunto de los preparativos. Ella sola hablaba de preparativos, porque a los novios no parecía interesarles otra cosa que mirarse con picardía mientras Nicolasa ya se estaba viendo al pie del altar, detrás del novio con un vestido de tafetán amarillo. Todo sería distinto de ahora en más, pensó. Mientras se daba vuelta a hacer que vigilaba la pava, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Cuando se repuso, les preguntó adonde habían estado a la tarde, y Paula pareció salir de su ensoñación para contarle, en total estado de excitación, lo del lugar que había descubierto Lorenzo, de la tumba de su abuela y del dibujo. Le preguntó a Nicolasa si sabía algo de su abuela Leticia, pero la

negra era demasiado joven para haberla conocido. Le confesó que nunca supo de ella más que las cosas que se comentaron siempre por la estancia. De lo que sí estaba segura es de no haber escuchado jamás a nadie decir que estaba enterrada cerca o de que alguien visitase su tumba.

—Mire mi'ja. Me parece muy raro que no haya sido sepultada en la capilla del pueblo...

Y mientras hablaban de la muerte, la puerta de la cocina se abrió despacio y los tres se quedaron mirando en dirección al sigiloso chirrido. Era William que entraba a hurtadillas y que al encontrarlos a todos ahí reunidos, se le pusieron coloradas hasta las orejas. Trató de sonreír, luego miró a Nicolasa que, de no haber sido negra, habría estado más colorada que su visitante furtivo.

—Adelante William —lo invitó Paula percibiendo la complicidad que había entre ellos— siéntese con nosotros, no sabe los descubrimientos que estamos haciendo hoy —dijo sin ánimo de que tuviera doble sentido la oración y Lorenzo, que trataba de mantenerse serio, estalló en una carcajada.



Solo, frente a la tumba de su madre, Antonio plantaba un árbol más. Lluvia de fuego, le decían, por una cortina de flores doradas que caía formando una cueva alrededor del tronco. Siempre había tenido locura por los árboles y los pájaros, era lo único que, le contaron, había heredado de ella. Una mujer que se fue con sus silencios y secretos y que de alguna manera los había querido dejar escritos sepultada ahí, lejos de todo. Que había vivido en ese lugar no tenía dudas y que su padre lo sabía, tampoco. Por eso, tanta saña con aquella laguna. La habría desterrado de la casa hasta que nunca nadie más volviera a hablar de ella. Quién sabe si habría pasado sus últimos días con el indio o en completa soledad, lejos de sus hijos y de todos los seres que había querido.

Se sacudió la tierra y miró hacia la casa que ahora no era más una casa. Lorenzo y Paula habían tenido la idea de transformarla en una capilla y en unas horas celebrarían ahí mismo su casamiento. Tenía que apurarse para volver y cambiarse de ropa, ya iba a comenzar la celebración.



Aunque desde el trazado de la frontera sur las tribus habían desaparecido de la zona, los indios que trabajaban para las estancias y los fortines mantenían ciertas tradiciones. Era común que se llamaran a participar en ritos en que buscaban recuperar la identidad de los antiguos habitantes. Rápidamente se corrió la voz de que el indio Aráoz iba a hacer el pedido de la mano de la novia, el “ngillatun”.

La ceremonia fue al aire libre en la estancia del padre de la novia, que era lo que correspondía para la ocasión. El novio con toda la cara pintada y adornado con pieles que testimoniaban su valentía fue a pedir la mano a Carrazans, que divertido se negó rotundamente, como le habían dicho que tenía que hacer. Lorenzo entonces se retiró y desde atrás surgieron dos ranqueles para insistir sobre las bondades del novio a lo que Carrazans, volvió a negarse. El parlamento resaltaba que Lorenzo era resistente, vigoroso, buen cazador, encantador de caballos, y así pasaron muchos indios hasta que le indicaron a Antonio que era momento de dejar de rechazarlo porque se habían acabado los participantes.

Sentada junto a Antonio, Micaela tuvo que escuchar horrorizada hablar de dientes sanos y cabellos libres de piojos, porque los indios se cuidaban de no repetir las cualidades del novio echando mano a una imaginación jugosa.

Entonces alguien cruzó un cuero que separó a Micaela de Antonio, para que en el momento en el que el suegro entregara a la muchacha, la suegra no cruzara miradas con el yerno ni se dirigieran la palabra. Cosa bastante conveniente en este caso porque Micaela, a pesar de no tener escapatoria, hubiera hecho cualquier cosa por arruinarles el evento.

Lorenzo le entregó a su suegro una tropilla de caballos en pago por la novia. *Los María*, fueron los encargados de arrear los caballos hasta el corral levantando una nube tremenda de polvo. Recién ahí apareció Paula que



estaba bellísima descalza, con unas florcitas blancas en la cabeza y un sencillo vestido oscuro que era lo que exigía la iglesia. Atrás, la escoltaba Nicolasa que parecía centellear en su vestido amarillo. Lorenzo subió a su mujer al lomo de su caballo y partieron a todo galope hacia la capilla donde tendría lugar la ceremonia tradicional en la fe católica.

Los hermanos mellizos de Paula corrían entre los curiosos que buscaban apretujarse para tener una mejor visión de los novios que se alejaban. Y Deirdre, con su bebé en brazos se divertía despeinándolos cada vez que le pasaban por al lado.

William ya estaba esperando que Nicolasa terminase de despedirse. Cuando estallaron las lágrimas, la negra se encontró con un pañuelito delante de sus ojos y un brazo reconfortante donde apoyarse. Se rió y le dio un empujoncito cariñoso. Él no era *mortífero*, pensó ella imaginando que al lado de ese hombre podría soportar hasta las tormentas.

—Una capilla de estancia, sin baile, sin presentación social sin... no es nada comparado con la humillación de lo que acabo de presenciar —se quejó Micaela abanicándose para echarse encima el fresco primaveral.

—Yo que vos dejaría de protestar y me preocuparía por subir rápido al carruaje —dijo Carrazans agarrándola del codo— ese chico tiene tanto apuro que te aseguro, va a empezar el casamiento sin importarle si falta alguien.

—A Dios gracias que al menos tuve la lucidez de bautizarlo cuando no tenía voto para protestar. Si no, estaríamos rumbo a las tolderías —balbuceó Micaela con un llanto seco sobre su pañuelo.



El cielo oscuro de la noche comienza a aclarar y las nubes bajas en el horizonte se tiñen de rojo sangre. Como un pecho abierto, la inmensidad de la pampa emana el calor de una noche ardiente de verano. El mugido prolongado de una vaca anuncia el estallido de algo que, a pesar de los tiempos conserva su misterio; el amanecer. El croar de los sapos parece casi una artimaña, una distracción para evitar embriagarse de ese espectáculo sagrado. Hay que estar en guardia, todavía no es el momento de distenderse. De pronto, la quietud de la laguna se interrumpe con los chapoteos de las garzas que aleteando provocan un oleaje sordo. Un pato remonta la superficie graznando. Los horneros revuelven el fango, hay que construir el nido. El momento ha llegado. Se deberán enterrar las ofrendas para que la tierra devuelva abundancia a este niño y nunca le falte nada.

Ocultos en el cañaveral, siguen oyendo el pulular de animales que tímidamente se aproximan a beber, porque el agua es el corazón de la tierra. Peludos, zorrinos, liebres y ramas que crujen aquí y allá.

Paula está inmóvil sobre un colchón de hierba fresca. Solamente su respiración agitada se alza sobre el zumbido monótono de los insectos voladores. A lo lejos un chajá parece dar la orden porque de inmediato la brisa suave agita el pajonal, fricciona los juncos, los penachos de las flores y lo siente en su piel. Todo su vientre se endurece e intenta reprimir el grito pero no puede, se aferra de las muñecas de Lorenzo que pega su frente a la de ella para ayudarla a tomar aire. Él sisea como las cañas y ella puede sentir entre sus muslos el ardor y luego, el agua fresca resbalando.

Una vez más, solo una vez más, lo escucha decir y luego esas palabras se transforman en aquel lenguaje tan indescifrable como encantador, y algo tibio se desliza, se vacía, se revela hasta explotar en un llanto vida que quiebra la voz del Picaruzú. Lorenzo llora también y abraza ese cuerpito

color cobre como la suya. Es una niña, balbucea él extasiado, mientras se la alcanza a la madre llenando a ambas de besos. Tiene los ojos azules, los ojos de cielo de los zorros que deben atravesar un mar para descubrir quiénes son. Y se va a llamar Cielo, dice Paula que ante el reclamo de los grillos alza a la criatura hacia su padre para que la limpie.

Una manda de guanacos que se aleja mientras entra con la niña a la laguna. Cielo se apacigua en el movimiento de las ramas de los árboles que se mueven sobre la cabeza de su padre. Porque lleva la sangre de Ñuque, y entiende los secretos de las plantas, de las semillas y de las hojas que han formado parte de la humanidad desde tiempos inmemoriales, porque todo es parte del mismo río. Las lluvias le hablarán de la de las cosechas como le hablan ahora los ojos de su padre, del líquido denso que corre por las venas, que hace que se sienta caliente entre sus brazos. Es hombre, es fuerza y es refugio y ahora la sumerge abrazándola y el agua tibia baila entre ellos.

Paula les sonrío de pie en la orilla, es valiente y muy hermosa, piensa él mientras vuelven a su lado. La encontró una vez hace mucho tiempo, perdida en el maizal. Lo llevó hasta ella una brisa apacible de sonidos de espigas y de pájaros alborotados, y cuando la tomó de la mano, todo enmudeció.

# Agradecimientos

A mi esposo, Matías, por su inagotable talento para impulsarme. A Sofía y Jenaro, que saltaron un día de mi mundo hecho de sueños y se convirtieron en mis hijos; sin la comprensión de ellos habría sido imposible sentarme a escribir. A mis compañeros de taller literario quienes me convencieron de que mis obras no quedaran guardadas en el cajón. A mamá y a Lore, mis primeras lectoras, correctoras e instigadoras. A la biblioteca Popular Rafael Obligado de la ciudad de San Pedro, provincia de Buenos Aires, por su amabilidad para encontrarme datos imposibles. A Mariana, Marisa, Sandra y Soledad, y a todas las personas a las que les conté pedazos de esta historia mil veces, por la paciencia.

## Sobre la autora



Débora Gil, nació en Buenos Aires, Argentina, el 25 de julio del año 1973. Actualmente trabaja de oficinista de tiempo completo en una empresa dedicada al comercio internacional. Sin dejar de lado su afición por la literatura, lleva escritas dos novelas -esta es la primera en ser publicada- y se encuentra trabajando en una tercera. Ha participado en concursos literarios con cuentos obteniendo premios y menciones. Escribe poesía aunque todavía inédita, y redacta artículos periodísticos y de interés general para la prensa de la ciudad en la que vive.